

Cuatro citas **FALSAS** de amor



JOSSY LOES

Cuatro citas

FALSAS

de amor

Jossy Loes

Cuatro citas falsas de amor

© 2019 Jossy Loes

1902049850914

1ª Edición: marzo 2019

Corrección: Lucía Brisbane

Maquetación: Roma García

Diseño de Portada: Roma García

Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea electrónico u otro medio, sin el permiso de los autores. Todos los derechos reservados.

*A todos los soñadores del mundo,
no dejéis de hacerlo.*

“Benditos son los raros, los poetas, los inadaptados, escritores, místicos, pintores, trovadores, pues ellos nos enseñan a ver el mundo a través de unos ojos diferentes”.

Jacob Nordby

Prólogo

«La ilusión hace que alcancemos objetivos increíbles».

May

Estaba terminando de arreglarme para una de las presentaciones más importantes de toda mi vida. Después de muchas semanas de promociones y estrés, las cosquillas en el estómago seguían apareciendo, producto de los nervios causados por lo que comenzó siendo un simple sueño del que nunca me imaginé que tendría tanto éxito.

Respiré varias veces, me miré en el espejo, desenredándome el pelo y acomodándome un poco los pechos para que el escote estuviera centrado, con la intención de provocar de manera sutil.

En el momento en el que se interesaron por publicar mi primera historia soñé con ser reconocida a nivel mundial —el sueño que toda escritora tiene en secreto—, y esa oportunidad apareció cuando llevaba tiempo en Londres, ciudad en la que había decidido aventurarme para hacer varios cursos de literatura inglesa en cuanto terminé la carrera universitaria. Esa historia que traduje y que mantenía en el cajón hasta que la oportunidad tocó en mi puerta.

Era consciente de que últimamente las musas habían desaparecido y de que tal vez era hora de tomarme un descanso para volver a reencontrarme con el papel y el boli, y plasmar así historias que muchos deseaban vivir. Sí, pronto regresaría a Londres para así centrarme a escribir esas escenas que pululaban por mi mente sobre esa chica que se atrevió a vivir su historia de amor en un país tan enigmático como Japón.

Misterio, sensualidad, química entre los protagonistas, risas..., ingredientes que llevan al éxito una gran novela. Sin embargo, no avanzaba y comenzaba a preocuparme. Solté aire, pensando que ya tendría tiempo para desarrollarla durante el vuelo de vuelta, aunque no podía seguir negando que lo que más deseaba era escaparme junto a mi familia. Me urgía volver a verlos, tenía la intuición de que allí todo cambiaría. El móvil comenzó a vibrar, indicándome que los segundos de soledad habían terminado, y, sin poder respirar de nuevo, el timbre de la puerta también comenzó a hacerse

notar.

«May», me dije, «es tu hora». Volví a mirarme al espejo, pero golpearon la puerta otra vez.

—¡Pasa, Roxana, está abierto! —grité. La puerta se abrió con brusquedad y el repiqueteo de unos tacones dio paso a una mujer delgada que hablaba por teléfono. Era la asistente de Jack, mi agente, y a la que bauticé como la niñera.

—Buenos días. ¿Preparada? —me preguntó dedicándome una mirada rápida y frunciendo el ceño ante mi escote. Roxana no estaba a favor, solía decirme que debía ser más recatada, y, solo para amargarla, le respondía encogiéndome de hombros, una respuesta que sabía que le chirriaba.

Desde que Jack nos presentó, me di cuenta de que Roxana era una obsesa del control; todo lo mantenía cuidadosamente organizado, tal vez se sentía segura así. El problema estaba en que yo no lo era y, en cuanto comprendió que yo era un completo desastre, comenzaron aparecer ciertos gestos que no podía disimular, como la mandíbula tensa, un fruncir de ceño... todos ellos acompañados de un antiácido.

Fueron difíciles para las dos las primeras semanas de trabajo, hasta que llegamos a la conclusión que Jack nos había unido por dos sencillas razones: la primera era que teníamos la misma edad y la segunda que, al ser del mismo país, podíamos apoyarnos en esas interminables giras. Estuve a punto de mandarla a la mierda, pero, finalmente, me di cuenta de que la necesitaba, aunque eso no garantizaba que de vez en cuando le hiciera perrerías, pero mi diversión se acabó el día que Jack me pidió que no siguiera. La miré con unos cuantos papeles en la mano que, seguramente, eran algún cronograma en la agenda y del que me informaría en tres, dos, uno...

—Hoy es un día intenso y comenzaremos con...— Elevé una de las comisuras de los labios. Dios sabe que intento ser buena. Roxana me miró por unos segundos, apretó sus labios y prefirió ignorarme—. La presentación a la prensa será a las diez, allí leerás un fragmento de la novela seguido de la ronda de preguntas, luego una breve entrevista con el *New York Herald* y posteriormente será el almuerzo con el señor Brown.

—¿El señor Brown? —pregunté con deje sarcástico—. Suena, así como a *dominatrix*. —Roxana respiró fuerte y volvió a ignorarme, ¡mierda! Se hace la difícil. Si bien Jack era su jefe, siempre le pidió que lo llamase por su nombre, pero Roxana se negaba hacerlo.

Jack Brown, recordé ese instante en el que lo conocí.

Después de frustradas entrevistas y meses sin curro, Rosmina, mi mejor

amiga, insistió en que saliéramos para animarme. Cuando acepté fuimos a un *pub* de moda y allí ella se tropezó con él.

Las copas lograron que Rosmina olvidara por qué no había contestado ninguna llamada a Jack después de un revolcón en una noche en la que había decidido pasar las fiestas navideñas en Londres. Estaba despechada y quería desinhibirse, no quería volver a España para tener que toparse con su ex de la mano de la zorra que solía decir que tanto yo como Rosmina éramos sus amigas del alma.

Amigas del alma. La muy perra malinterpretó eso de compartirlo todo con tus amigas incluyendo el de follarse al novio de tu mejor amiga.

Después de esa noche de presentaciones, diversión y muchas copas de más, acepté salir con Jack. Había pasado una larga temporada de no tener ningún lio, y mucho menos sexo. Solo tenía mi juguetito un vibrador en forma de pollón grueso y largo con cierta flexibilidad y giros que me hacía tener buenos orgasmos y que comenzaba a ser insuficiente. Sin embargo, una vez más, me equivoqué, mi vida cambió desde que acepté esa cita.

En algún momento de esa noche, pasó de ser una folla-cita a que a Jack le naciera la necesidad de leer mi manuscrito. Estaba nerviosa, a pesar de que había escuchado y aprendido inglés desde pequeña, nunca sería igual que si fuese nativa. Sin embargo, en cuanto llegó al cuarto capítulo, me llamó haciéndome una propuesta. Todo fue un sin parar hasta que llegó la historia que me trajo hasta aquí. Carraspeé un poco para intentar recuperar su atención y dejar que Roxana hiciera su trabajo en paz.

—¿Por qué tengo la sospecha que no tendré tiempo para dar un paseo por Central Park? —De inmediato, negó con la cabeza.

—Lo siento —contestó—. Apenas tienes tiempo entre un compromiso y otro —respondió mirando sus anotaciones—. La firma del libro es a las cuatro y a las nueve es... —La interrumpí en cuanto me di cuenta de lo que iba a suceder. Tenerlo en la mente todo el día me llevaría a estar tensa y no hablaría con naturalidad.

—A veces creo que debí guardar en un cajón esa historia —dije en alto, más a modo de cansancio que por otra cosa. Roxana me observó horrorizada, como si hubiera cometido algún sacrilegio. La miré de reojo y me mordí la lengua. «Aparte de obsesa de la planificación, también eres muy dramática, guapa». Con esa actitud me empujaba a soltar alguna tontería, pero el móvil se hizo sentir de nuevo, salvándola de ello.

Roxana atendió la llamada y decidí que esos segundos los aprovecharía

para tranquilizar ese cosquilleo en la boca del estómago que volvía a aparecer. Aunque estaba decepcionada, no era una excusa, el poder pasear un rato por el Central Park me hubiera ayudado a desconectar y tener los pies en la tierra; había sido la única petición que había pedido reiteradas veces y ahora no podría hacerlo. El móvil vibró y me lo saqué del bolsillo, encontrándome un mensaje de WhatsApp.

Rosmina 

Ya me contarás las andaduras en el país del capitalismo y las tarjetas de créditos. ¿Sabes que te odio? Te tengo una cochina envidia que me carcome, pero, a pesar de todo, no te deseo nada malo, aunque ojalá se te meta el tanga por el culo cuando te sientes hablar con Elle.

Yo 

Ahora sí estoy más animada con tu mensaje lleno de sinceridad. Gracias por el consejo, ya me estoy quitando las bragas, por si tu maldición se cumple, ¡mala pécora!

Rosmina 

I love you, my darling. [🔗](#)

Sonreí y pensé qué responder. Sabía cuál era la respuesta perfecta, pero sería la que Rosmina esperaba por mi parte, así que la dejaría desconcertada, y respondí.

May 

Muacks.

Guardé el móvil en el bolso antes de ver la respuesta de Rosmina con una sonrisa plena. Tuve la tentación de sacarlo, pero prefería no distraerme. Le agradecía sus mensajes para animarme en momentos importantes, ella sabía que necesitaba de esos gestos que eran lo más parecido a un achuchón de su parte. Roxana carraspeó, llamando mi atención, y la miré más nerviosa.

—¿Debemos bajar ya?

—Sí —respondió, manteniéndose pasiva.

—Nunca imaginé que la desilusión me ayudaría a crear un *best seller* — confesé.

—May, escribes con tanta pasión que todas en algún momento nos sentimos identificadas, no puedes evitarlo —respondió con sinceridad.

No iba a rebatirle, era mejor concentrarme en estar tranquila. Caminamos hasta la puerta de la habitación, Roxana la abrió y en cuanto salí, inspiré con profundidad.

Llegaba el momento de que el mundo conociera lo que me había llevado a escribir esta historia.

1

*«La vida no se trata de encontrarte a ti mismo, se trata de crearte a ti mismo
George Bernard Shaw».*

Marcus

Volví a mirar el reloj, sentado en el despacho del gerente del hotel Imperial Lancaster de Nueva York. Uno de los más prestigiosos del mundo, perteneciente a la cadena hotelera inglesa del mismo nombre con más de un siglo de historia.

En cuanto le informé a uno de los recepcionistas de quién era, se apresuró a dirigirme hasta aquella habitación. Un lugar bastante soso que me recordaba, una vez más, cómo era el gerente. Un hombre de mediana edad, pulcramente vestido, cuyo domingo lo dedicaba a su mujer que probablemente trabajaba en alguna oficina del estado, sin olvidar a sus tres hijos, que estudiaban con esmero para una futura beca universitaria. Giré la cabeza un poco para cerciorarme que no me había equivocado.

Conocía al detalle el historial de Simpson, sin embargo, que la oficina hablase de cómo era él era bastante aburrido. Y había dado en el clavo, detrás de la silla había una repisa en la pared con la foto de la gran familia. Eso sí, me había dejado atrás a un miembro importante, el perro. «¿Qué familia norteamericana no tiene un perro?», me pregunté mientras sonreía ante mis cavilaciones.

—Señor Lancaster, ¿desea un café mientras espera al señor Simpson?

—No, gracias, puede marcharse... —dije mientras miraba su distintivo para llamarlo por su nombre—, Fairbanks, no necesito nada más y no quiero quitarle tiempo.

El joven sonrió, un tanto nervioso, y se fue alejando hasta abrir la puerta y perderse tras ella. Suspiré en alto, pensando que debía pedir que hicieran algún cursillo sobre mantener sus sentimientos de lado. Saqué el móvil del bolsillo y escribí un correo electrónico a mi asistente personal para que comenzara a buscar algún experto. Tras eso, seguí revisando los correos electrónicos; tenía mucho trabajo atrasado y así adelantaría un poco, dando el visto bueno a ciertos documentos bastante importantes.

Apostaba a que Simpson aparecería alterado por no haber sido informado sobre mi visita. Sonreí de lado, debía aceptar que los empleados entraban en colapso cuando hacía acto de presencia. La mayoría no lo sabía, pero siempre hacía dos visitas. La primera era de incognito, observando las instalaciones, encontrando la forma de mejorar tanto el trato como aquello que nos daba ese punto de distinción, y la segunda sin previo aviso. Para qué iba negarlo, era la que me más me gustaba, me presentaba poniendo en alerta a todos. No es que fuera un cabrón, llegaba a comprenderlos más de los que ello se imaginaban, ya que me era imposible olvidar mi pasado, el que me llevó a conocer las entrañas de una empresa.

Había aprendido de forma humillante la presión que podía recibir un empleado cuando necesitaba un trabajo con urgencia, el luchar con uñas y dientes por mantenerse para subir con esmero de escalafón, pero eso no implicaba que me divirtiera. No es que fuera retorcido, tal vez ni siquiera era miedo lo que sentían, más bien respeto por mi semblante frío y sombrío.

Semblante que he adquirido a lo largo de los últimos diez años. Pocos conocían lo que había sucedido en los años en los que desaparecí, cómo toqué fondo y resurgí como el ave fénix convirtiéndome en el hombre que se encontraba en aquel despacho.

Todo comenzó cuando Rupert Lancaster, mi *padre*, cansado de que siempre saliera en alguna revista sensacionalista junto actrices, modelos o cantantes, decidió atajar el problema antes que se le fuera de las manos. La realidad era que jamás me había prestado la atención que requería un hijo y que solo le importaba el apellido.

Rupert tenía una filosofía, y era que todos debíamos tener clara nuestra posición en la familia. Intentó que lo aprendiera enviándome a internados, con la esperanza que fuese un digno Lancaster, pero no fue así. Los odiaba con todo mi ser, creía que todos esos sitios estaban llenos de niños pijos que lo único que tenían en la cabeza eran sus títulos nobiliarios y los acres que heredarían.

Mi abuelo fue el primero en darse cuenta de que yo no valía para estar allí y obligó a Rupert a que me sacara. Entre ellos hubo varios enfrentamientos en los que finalmente mi padre tuvo que ceder y volví a Londres a La Casona, la casa familiar.

Allí Anthony, mi abuelo se encargó de mi educación con varias condiciones: que estudiase hasta culminar una carrera universitaria, que hiciera un deporte y que fuese puntual a la hora del mediodía para comer junto

a ellos. Unas condiciones sencillas que acepté de inmediato, ya que las experiencias vividas por mi abuelo me llamaban la atención. Sin embargo, ese joven que señaló a otros por niños pijos se acomodó a la buena vida, descubriendo el sexo y el éxtasis de correrse, así como también hacer correrse a la mujer con quien estuviera en ese momento.

Devolver el tiempo no lo veía necesario, las necesidades de la juventud debía saciarlas, aunque quizá no de la manera que lo hice, a lo grande. Copas, sexo, más copas y, más sexo eran mi prioridad. Hasta que decidió intervenir Charlize Lancaster, mi querida hermana.

Charlize Lancaster, es el ser más venenoso que he conocido, aunque para Rupert Lancaster era digna de ser la cabeza del imperio. La había enviado a los mejores internados y universidades de Inglaterra con el propósito de prepararla para ese puesto. Todos los miembros de la familia conocían lo que realmente escondía esa parafernalia de preparación con esmero y orgullo por parte de Rupert.

Dos matrimonios fallidos, dos hijos descarriados de diferentes maneras, dos sentimientos de culpabilidad por no haberse enfrentado a la realidad que, tarde o temprano le estalló en la cara. Charlize se había convertido en una mujer rencorosa que no le perdonaba que hubiera contraído segundas nupcias con mi madre para evitar el escándalo que hubiera supuesto no aceptar su chantaje. No obstante, mi madre terminó abandonándonos y desapareciendo ante la presión y las mentiras de Charlize.

Nunca me había considerado ni su hermano, ni parte de la familia y no iba a permitir que el hijo de una desvergonzada —como solía llamar a mi madre—, con sus innumerables escándalos y vicios —es decir, mi mala vida— denigrara de esa manera a la familia. Rupert le siguió el juego, me advirtió por medio de misivas, ni siquiera una llamada o presentándose en La Casona, que parase, y culpaba de todo lo que estaba haciendo a Anthony.

Lo que no se imaginaron es que tuviera cojones de enfrentarme a ella, y lo hice recordándole que era un Lancaster, su hermano y si ella moría heredaría todo lo que tanto codiciaba. Con esos aires de suficiencia me creía que era intocable y, una vez más, me atreví a provocarlos con una *top model* a la que le gustaba ser el centro de atención de los medios a bases de polémicas.

Me metí en la cabeza sacarlos de sus casillas y lo que hice fue darle la oportunidad perfecta a Charlize para demostrar lo que deseaba. Había pagado a un medio para que dejara correr rumores y mentiras sobre mí. Jamás confesó haberlo hecho, pero sí que lo insinuó en más de una ocasión. El caso es que

todo su plan comenzó a hacer estragos en mi vida, pues los periodistas me seguían día y noche con un solo propósito, que explotase.

La inmadurez se hizo paso y terminé agrediendo a un periodista. Esta actitud tan vergonzosa fue el comienzo de mi declive.

Días después, al entrar a un *pub* de moda del brazo otra modelo, pensando que sería una de esas noches de desenfreno, me encontré con mis tarjetas bloqueadas. Prefiero no recordar en lo que me convertí, en un auténtico gilipollas al que no le importaba a quién se llevaba por delante, y en esta ocasión fue a Anthony.

Le reproché que no había dado la cara por mí como tantas veces lo había hecho. Él me escuchó pacientemente. Para cuando dejé de gritar y maldecir, se encendió un cigarrillo abriendo la ventana del despacho de La Casona, dejando pasar un aire frío que me llevó a pensar que todo había cambiado.

Me propuso que saliera del país para calmar toda esa tormenta en la que estaba metida la familia y que aprovechara mi carrera universitaria, aquella que me había sacado por los pelos. Sin comprender sus palabras, seguí pensando que tenía la ventaja de ser un Lancaster y acepté el plan para complacerlo, pensando que había llegado la hora de unas largas vacaciones en las que podría seguir con mi vida, sobre todo cuando me había prometido que me ayudaría económicamente.

Esperé con paciencia los días siguientes el billete de avión, descubriendo el destino. Jamás olvidaré cómo lo recibí. Estaba en un sobre elegante con el sello de la familia, junto a unas nuevas tarjetas de crédito con un mensaje: «solo para emergencias». Hice las maletas y me largué de Londres, haciendo un corte de mangas imaginándome que Charlize y mi padre me veían.

Sin imaginar que había sido engañado como un niño. En cuanto puse los pies en tierra extranjera me di el primer golpe con la realidad. De todas las personas de mi alrededor, jamás imaginé que Anthony fuese capaz de dejarme en la cuenta bancaria esa absurda cantidad de dinero, que me gasté enseguida pensando que volvería a engrosar en cuanto lo llamara y le avisara de que me había quedado sin pasta.

Pero no respondió, por lo que opté por usar la tarjeta de crédito, llevándome a endeudarme sin darme cuenta los problemas que se aproximaban. Jamás me había importado trabajar, ni siquiera en la empresa, por lo que me imaginé que ser un Lancaster me traería suerte y, de nuevo, la cagué el día que señalé con el dedo a un representante de una prestigiosa empresa, amenazándolo de que no tenía ni idea a quién despreciaba —

¡menudo gilipollas fui! —, ya que así conocí la realidad de ser un hombre con deudas y sin un penique en su cuenta.

El hambre, un techo bajo el que dormir y ducharme eran necesidades que no podía dejar de lado, y no tuve más opción que aceptar trabajos que jamás me imaginé que desempeñaría. Desde servir café en las madrugadas hasta freír patatas fritas y hamburguesas.

Estaba tan cabreado con la vida que me negué a llamar durante un tiempo a Anthony, pensaba que era indignante que fueran tan intransigente conmigo y no con Ethan mi primo que llevaba el mismo tren de vida. «¡El cabrón de Ethan!», solía decir. El muy capullo siempre se las arreglaba para salir airoso. Pero no todo quedó allí.

Una noche, tras trabajar doce horas, me encontré un aviso del casero pidiéndome el dinero para el alquiler. De nuevo, me dejé llevar por la frustración y lo mandé a la mierda. Apenas ganaba para sobrevivir, debido a las deudas acumuladas, por lo que después de esa discusión me echó a la puta calle sin un lugar donde dormir.

Ya nada me importaba, sentí que había tocado fondo y que lo único que me quedaba era el trabajo. No podía perderlo, así que, a pesar de querer tirarme por el primer puente que se me cruzara, volví con la misma ropa arrugada.

Un compañero supo lo que sucedía y con sutileza me indicó que en el piso donde vivía había quedado una habitación libre la semana anterior y les urgía encontrar alguien que les ayudase. Los posibles inquilinos que habían aparecido no les molaban y él, al tratarme cada día, pensó que era el perfecto. Ese día aprendí el sentido de la humildad y el compañerismo.

Desde entonces Alfred, no ha dudado en apoyarme hasta ese momento. Debido a su tenacidad y los consejos que acepté, en como aprender a no dejarme llevar y a analizar antes la situación, llamé de nuevo a Anthony.

Un día, observando el quehacer diario de la cafetería, nació en mí el gusanillo empresarial dando ciertas sugerencias para lograr atraer más clientela. Los siguientes meses me esmeré en ello hasta que, empujado por Anthony, me atreví a entrar a las entrañas de la empresa familiar. Él había encontrado la oportunidad para que me concedieran una entrevista con una identidad falsa, la mejor forma de pasar desapercibido ante los otros empleados del hotel, de que me aceptaran y de convertirme en uno más.

Ocho horas diarias, puntualidad y cordialidad eran lo más importante en esos instantes en mi vida y, mientras más me adentraba cada día en ese mundo, más cambiaba mi forma de ver la vida, mi actitud. Así nació otro Marcus,

llo de sensatez y madurez. Pulí algunos fallos que generaban cierta pérdida para el consorcio, llevándolo a tener más efectividad y logrando así que una idea naciera en mi cabeza una noche al llegar a casa, después de una jornada bastante ajetreada.

Me fijé en una meta sin ninguna distracción, prometiéndome que nadie volvería a humillarme como lo había hecho Charlize y reconociendo que el desastre de vida que tenía no volvería a vivir. Pero, sobre todo, había aprendido que me iba mejor alejado del radar de aquel mundillo sensacionalista. «Los grandes gerentes del mundo son hombres de bajo perfil», concluí. Comprendí que debía volver y Anthony me confirmó que había llegado la hora de que diese un golpe de efecto a esa anarquía que mantenía Charlize.

Volví por la puerta grande, siendo invitado a una junta extraordinaria donde Anthony me nombró representarlo en aquellas juntas que no eran importantes y me prelegó un grupo de pequeñas acciones para poder tener voto en las reuniones.

Con ideas claras, me presenté informándoles de cambios que beneficiarían al legado hotelero, ideas innovadoras que trataban de mostrar que Charlize solo buscaba hacerse con todo. Se desató una guerra entre los dos que ganó, nuevamente, por mayoría de apoyo.

No hui, estaba seguro de que tenía un punto débil y lo encontraría tarde o temprano. Sin embargo, desde ese día era la horma su zapato, poniéndola a prueba, y ella a mí.

Ethan pensaba que era una pelea absurda y que perjudicaría tarde o temprano a la empresa. Yo le decía que peleaba por lo que me correspondía y por Anthony, que había sido desplazado. De momento, me había hecho cargo de un departamento que para mí era importante en una empresa, el del bienestar de los empleados y el reacondicionamiento de los hoteles.

Era de esperar que ni Charlize, ni a Rupert lo vieran así, para ellos era solo un simple departamento que conforma el consorcio Lancaster. Creían que con dejarme allí y permitiéndome participar en la mesa, planteando ideas que nunca aprobarían, me conformaría. No iba a contradecirlos por el momento, iba a demostrarles lo mal que estaban llevando la cadena hotelera y, a la vez, llevaría a la realidad mi proyecto personal.

Era tiempo de hacerlo, en cuanto terminara la visita con Simpson me dedicaría en exclusiva a demostrar de que estaba hecho.

La puerta se abrió y, como había predicho, el gerente apareció nervioso.

Lo más probable era que las noticias de los cambios que había propuesto llegasen a oídos de los empleados, pero, después de todo lo que había vivido me importaban muy poco los rumores.

Estaba acostumbrado a que sintieran temor, el mismo que comenzaba a aparecer en los rostros de los accionistas del consorcio. A decir verdad, no de todos. A Ethan no había podido colarle la máscara que había construido, él era mi apoyo ante cualquier movimiento que hiciese mi hermana, por lo que había decidido pasar por alto sus escándalos hasta cierto punto, mantenía su mismo estilo de vida y comenzaba a causarme problemas de verdad y por esa misma actitud me encontraba en Nueva York para saber qué rayos había hecho.

—Señor Lancaster, bienvenido. No tenía conocimiento que nos visitaría. —Me saludó Simpson con voz temblorosa—. Nos hubiera encantado darle la bienvenida que se merece.

—Buenos días, Simpson —lo saludé con un buen apretón de manos, acercando el brazo del gerente hacía mí para que se diera cuenta que no era fácil de convencer—. Tengo la manía de improvisar cuando se trata de visitas a los hoteles Lancaster — dije con ironía, solo para fastidiarle, y obtuve mi cometido. El hombre fingió una sonrisa que no pasé desapercibida.

—Si lo desea, puedo acompañarle para que vea las reformas que se han hecho en algunas de las instalaciones, tal como sugirió meses atrás.

—Me imagino que ya tiene el nuevo memorándum de la presidencia —le recordé, fijando la vista en él—. Confío en su trabajo, Simpson. He venido a conocer de primera mano las opiniones de algunos de nuestros empleados con referente a las gestiones, movimientos rutinarios que suelo hacer, y un asunto que me tiene preocupado. —Simpson afirmó, nervioso, con la cabeza a la vez que abría la puerta, invitándome a seguirlo. Me levanté, abotonándome la americana, y fui tras él.

El recorrido fue tedioso, no quería explicaciones sobre el reacondicionamiento de la entrada principal, estaba familiarizado con toda la historia que llevaba detrás, quería saber por qué no había podido solucionar el incidente con Ethan, lo que provocó un gran descontento en muchos clientes. No obstante, al pasar por el *hall* lo admiré de nuevo ya que seguía siendo uno de los más fotografiados en los últimos años.

Las lámparas de araña que colgaban del techo habían sido restauradas en su totalidad, llevaban más de un siglo allí, en contraste las zonas comunes que otorgaban un aire de modernidad. La mezcla de lo clásico y vanguardista era perfecta, no voy a negar que estaba orgulloso del laborioso trabajo de los

empleados y de mi tatarabuelo en llevar a cabo su sueño.

Simpson siguió de guía, llevándome al exterior y hablándome de lo último en tecnología para ambientes al aire libre, por lo que vi la oportunidad de llegar al trasfondo del asunto sobre esa cantante de fama mundial e Ethan.

—Por lo que veo, ha seguido al pie de la letra las recomendaciones dadas —comencé diciéndole—. Pero, ya que estamos algo apartados de los huéspedes, me gustaría saber por qué no evitó que la prensa sensacionalista metiera sus narices en el hotel.

—Señor Lancaster —comenzó diciendo, bastante azorado—, la cadena de hoteles está entre las mejores del mundo y, por tanto, no es conveniente rechazar a ciertos clientes que podrían desacreditar el buen nombre.

—Esa parte la entiendo perfectamente, pero no ha traído beneficio alguno —le rebatí—. Si me pusiera en la piel de algún huésped, de tener que soportar esas clases de incomodidades no volvería. Algunos vienen a firmar grandes contratos o a pasar unas vacaciones desapercibidas, y lo que menos desean es tener que toparse con flases en la entrada las veinticuatro horas.

Vi unas gotitas de sudor en la frente de Simpson y evité curvar la comisura de los labios. Reconocía que estaba siendo un poco injusto con el hombre, pero debía indagar sobre la historia desde otro punto de vista. Ethan era un cabroncete al que le encantaba coquetear y ligar con mujeres del mundo del espectáculo, sin importarle las especulaciones que comenzaban a perjudicarlo.

Al final tendría que darle la razón a Rupert. No, primero muerto antes que darle la razón. Tenía la tarea de hacerle entender a Ethan que debía dejar ese papel de gigoló. Ya tenía treinta y cinco años y debía tomarse más en serio la vida o, de lo contrario, me arrastraría y todo mi trabajo se iría a la puta mierda.

«¡Y una leche!».

—Señor Lancaster —me llamó Simpson—, lamento tener que recordarle que tenía las manos atadas —respondió avergonzado—. Intentamos que no saliera perjudicada la firma Lancaster, pero, cuando está por encima de mi autoridad, es poco lo que se puede hacer.

Lo miré inquisitivamente, más que nada porque quería cerciorarme de que eran honestas sus palabras, y supe que lo eran. Me metí las manos en los bolsillos del pantalón, un gesto relajante para que Simpson se tranquilizara.

—La próxima vez que Ethan pise el hotel y tengamos algún huésped femenino que usted y yo sepamos que puede traer inconvenientes, le agradecería que me llamase inmediatamente. Ha hecho lo correcto, intentaré

mantenerlo alejado de la ciudad por un tiempo.

Esta vez, Simpson no pudo disimular el gran peso de encima que acababa de quitarse, por lo que sonreí y seguimos el recorrido.

2

*«No sueñes demasiado
porque los sueños se hacen realidad»*

May

Sentir el aire del pasillo en cuanto se cerró la puerta logró que los nervios fueran a más. Tenía esa mezcla de sentimientos que no era fácil de describir, algo absurdo en una mujer que escribía sobre el amor y que debía tener experiencia en ello.

La verdad es que mis experiencias en romances eran patéticas, creo que la relación más larga que había tenido fue de una semana y media..., no estoy segura. Pero sí admito que he mentido un poquitín para que no comenzaran a indagar en mi vida y mis relaciones amorosas y esas famosas preguntas que solían hacerme.

Sí, mentí para mantener mi secreto a salvo, la verdad del origen de la historia que me había traído hasta Nueva York, e intentaría todo lo posible para que se mantuviera así. Solo me quedaba un día de promoción para poder encerrarme en mi piso y volver a soñar con lo que nunca podría hacerse realidad. Cualquiera que me escuchase terminaría por pensar que, para ser una novelista de éxito, era bastante simple. Ni siquiera me arriesgaba por amor, como mi protagonista, dejé de hacerlo con mi decimoctava relación, o la vigésima, no lo sé y ya no me acuerdo.

—May, revisando el itinerario me parece que ese paseo si podrás hacerlo —dijo Roxana, mirando sus carpetas a la vez que nos acercamos al ascensor.

Pulsó el botón para llamarlo a la vez que su móvil volvía a timbrar, así que cerró las carpetas y respondió mientras las metía en su gran bolso. No comprendía cómo era posible que no terminara histérica ante tantas llamadas seguidas, yo al menos no tendría paciencia para ello, incluso a la quinta llamada mandaría a esa persona a tomar por saco.

—Es una buena noticia —dijo—. Me parece que la autora revelación tendrá que contratar guardaespaldas a partir de ahora —añadió, mirándome de reojo—. Se lo comunicaré enseguida.

Colgó aún mirándome. Mi mente se había detenido ante lo que acababa de

decir, pero logré pestañear a los dos segundos, Eso de guardaespaldas no podía ser verdad. Ante mi cara de histeria, la muy zorra comenzó a reírse. Me había tomado el pelo y yo había caído como una lerda. Apreté los labios para no mandarla a la mierda y fruncí el ceño.

—May, ¡relájate! Era una broma que Brown quería hacerte.

¡Cabrón!, ya me la cobraría. Solté todo el aire que mantenía contenido mientras Roxana se seguía riendo de mí.

—Llamaba para desearte suerte.

—Nunca comprenderé el humor de los británicos —dije con rencor. Roxana volvió a reír mientras entrábamos al ascensor—. Hablo en serio —le dije con seriedad.

No estaba para ese tipo de bromas, ya bastante tenía con el día, como para que se confabularan los dos y se rieran de mí.

—Sabéis muy bien que todo esto me está superando, al escuchar la palabra guardaespaldas me imaginé que ya no volvería a ser una persona normal.

Roxana apretó los labios para intentar no soltar una carcajada y la odié. Conocía mis temores, sabía que era tímida para todo el espectáculo que se montaba a mi alrededor, prefería mil veces esconderme en mi caparazón.

—Lo harás bien —dijo en un intento de animarme—. Al terminar el día serás libre para desaparecer por un tiempo y olvidarte del mundo.

—Eso espero, deseo poder ocuparme de mí, y quizás incluso encontrar el amor —le dije, apesadumbrada.

La verdad era que comenzaba a sentirme cada vez más sola y, cuando me sentía así, corría junto a mi familia. No quería terminar siendo como esas divas que se creían lo mejor y a las que se acercaba todo tipo de personas, incluidos esos buenorros de revista o de Instagram por los que babeamos. No es que no me gustaría que uno de ellos se fijara en mí y folláramos como conejos, pero si era solo por el éxito que estaba teniendo prefería mil veces estar sola. La verdad, deseaba por una vez en la vida vivir el amor como lo vivían mis protagonistas.

—Espero que esa búsqueda sea rápida, porque sin estar enamorada escribes de maravilla. El día que descubras el amor, harás que las mujeres del mundo caminen en una nube.

Sonreí por sus palabras hasta que el móvil de nuevo repicó.

—¡Ah, mira! Seguro que es la respuesta que esperas —dijo sonriente, rompiendo esos escasos segundos de sinceridad.

El ascensor abrió las puertas. Roxana fue la primera en salir, hablando por

teléfono y tropezándose con un hombre mientras que otro entraba y se ponía a mi lado.

Sin saber por qué, lo miré de reojo, y mi corazón palpité tan fuerte que estoy segura de que lo escuchó.

No, no podía ser, debía de estar en un sueño.

Reconozco que siempre lo pedía, una y otra vez; me había aferrado tanto a ello que debía ser producto de mis nervios y me estaba volviendo loca. El día que me senté a escribir la novela no dejé que las musas me susurraran, deje que mis sentimientos y mis anhelos hablaran.

Me imaginé ser la protagonista de una historia que pudiera llegar al corazón de cada mujer, por lo que no era real que estuviera a mi lado ese hombre con el que había soñado despierta millones de veces, ese hombre que cada poro de mi cuerpo pedía que existiera.

—Tengo que estar soñando —dije bajito. Cerré los ojos, aferrándome a ello, y al abrirlos seguía allí. Comencé a negar con la cabeza, sintiendo una especie de desazón en el pecho.

—¿Le sucede algo?

—Es imposible que me esté hablando —repetí de nuevo—. Es un sueño... —murmuré.

Necesitaba apoyo moral, por lo que debía salir del habitáculo. Pero, cuando iba a hacerlo, el ascensor cerró las puertas, dejándome a solas con él. Lo único que me quedaba pensar era que estaba muerta y ese era el limbo.

Marcus

¿Y a esa mujer qué le pasaba? Estaba tan pálida que cualquiera pensaría que iba a convertirme en Jack el destripador y ella era mi víctima. ¿Por qué me miraba así? ¡Mierda! Parecía a punto de gritar.

—¿Le sucede algo? —le pregunté con el ceño fruncido, tratando de mantener el control de la situación.

—No —me respondió. No me lo creí, su actitud demostraba lo contrario.

Alargó el brazo y apretó reiteradas veces el botón del ascensor mientras no dejaba de murmurar a saber qué. No me podía creer que me quedara dentro de un ascensor con una chalada.

Respiré profundo para no perder la paciencia y entender que decía y me di cuenta de que hablaba en otro idioma, en español. A pesar que no era mi idioma materno lograba entenderlo.

—Es un sueño. Ahora a la cuenta de tres despertarás y estarás en la

habitación, maldiciendo por no terminar el sueño como debería ser.

—¿Y cómo se supone que debe ser? —pregunté malhumorado.

May

Abrí los ojos al ver que me había entendido. No me había imaginado que pudiera hablar español. Al segundo ignoré mis cavilaciones, estaba en Estados Unidos y allí cada año se hablaba más el idioma. Lo miré de reojo y de nuevo fijé la vista al frente con violencia. Era imposible, era calcado al hombre de mis sueños

¿Y si alguien me había puesto algún alucinógeno en mi zumo? Debía acabar con aquella alucinación que estoy teniendo, así que alargué el brazo y de nuevo toqué el botón me conducía a la planta donde estaba mi habitación. Cuando el habitáculo avisó de que habíamos llegado al piso correspondiente, abrió las puertas y yo salí con premura, negando con la cabeza.

No era más que un producto de mi imaginación, es más, seguramente fuera el hombre más horrible que hubiera visto en mi vida y mi mente no lo soportó, por eso lo transfiguró en el hombre de mis sueños.

—¿Pero qué diablos te pasa? —Él volvió a hablarme.

No, no, que tenía que ser una alucinación. ¡Joder! ¿Qué diablos me habían metido en el zumo? Iba a poner una enorme reclamación al hotel por intoxicar a los huéspedes.

—¿Dejas a la gente con la palabra en la boca? —insistió el hombre—. O te detienes y te identificas o llamaré a la policía.

—¿Policía? ¿Por qué? —pregunté en alto, deteniéndome y atreviéndome a girarme—. ¿Quién eres? ¿Y por qué me persigues? —pregunté nerviosa.

Sin embargo, al volver a ver su rostro mi corazón volvió a galopar, así que me giré de nuevo para llegar a mi habitación lo más deprisa que mis temblorosas piernas pudieran permitirme y cerrar la puerta, exigiendo que se acabara el sueño.

Marcus

—He preguntado primero —advertí a la vez que la seguía a paso rápido.

No es que no hiciera ejercicio, solía salir a correr casi todos los días, esta mujer debía hacer marcha atlética o algo parecido. Andaba con premura, contoneando las caderas de un lado al otro. «Marcus, no es momento para mirarle ese culo respingón», me dije. ¡Mierda!, iba siendo hora de que echara un polvo.

De no ser porque mantenía las distancias, hubiera chocado con ella, porque se detuvo repentinamente delante de una habitación.

La observé, pensando que se enfrentaría a mí, me sacaría el gas pimienta o algo raro para huir, pero no. Temblorosa sacó del bolso la tarjeta para abrir la puerta; la pasó y no se abrió, así que volvió a intentarlo, pero no obtuvo resultado.

—¡Mecachis en la mar! —siseó, pasándola reiteradas veces.

—¿Qué coño haces? —le grité, pensando que iba a bloquear la puerta y luego tendría que traer al de mantenimiento para arreglar el desastre que estaba provocando.

Traté de recordar si Simpson me había hablado de alguna estrella hospedada en estos días, pero estaba seguro de que no. Cuando la escuché maldecir de nuevo le quité la tarjeta, pasándola con parsimonia.

La puerta se abrió y me la quitó con rapidez, entrando y cerrándola de un golpetazo en todas mis narices. Parpadeé varias veces, confundido por lo que acababa de pasar. Definitivamente, no podía ser un cliente habitual, probablemente era alguna famosa con excentricidades y maleducada que Simpson olvidó nombrarme, ya me encargaría de hacerlo sudar por obviar algo tan importante.

Sin embargo, su rostro estaba demasiado pálido y estaba aterrorizada. Me pasé la mano por la cabeza y chasquéé la lengua con una sola idea, asustarla de verdad.

—No has sido nada inteligente al encerrarte en una habitación. Si crees que dormirás allí estás equivocada, hoy dormirás entre rejas.

May

Me aferré al otro lado de la puerta como si de esa forma pudiera lograr que no la tirara abajo y cerré con fuerza los ojos. «Es un sueño,— me dije—. Despiértate, ¡joder!», —me reprendí—. «Así puedes correr a buscar tu libreta y escribir la escena». Pero no fue así, me di cuenta de que todo era real en cuanto escuché la advertencia del hombre que estaba al otro lado de la puerta. Me separé de ella y me senté en la cama dándome cuenta de que había metido la pata hasta el fondo. «¡Voy a ir a la cárcel por un malentendido!».

3

*«A veces no es amor lo que se termina,
sino la paciencia».*

Roxana

Me giré al no escuchar los suspiros constantes y los murmullos en quejas de May y lo primero que vi fue al gerente del hotel parado frente a las puertas del ascensor. Extrañada, y miré a mi alrededor, pero no había ni rastro de May. Hubiera jurado que hacía unos instantes iba detrás de mí.

Miré mi reloj, se hacía tarde, lo primero que pensé fue en que me estaba haciendo una de sus interminables putadas. No estaba de humor para eso y caminé hasta el gerente para preguntarle si la había visto; tenía que usar el tono más borde y dramático, por si era parte de la broma de May.

—Buenos días, ¿ha visto a May Gohshed?

—Estaba a punto de entrar al ascensor con... —Frunció el ceño y me miró—. Me parece que ha habido cierta confusión, ha debido subir de nuevo.

—¡Llámelo, porque vamos con retraso! —le dije más alto de lo normal—. Y si llega tarde me quedo sin trabajo —le advertí.

Si me quedaba sin el curro que tantos dolores de cabeza y gastritis me había ocasionado, me encargaría de que él fuera el siguiente, pero, a pesar de que creí que lo amedrantaría, no fue así, frunció el ceño, y comencé a ponerme nerviosa de verdad. Este juego ya no me gustaba.

Simpson

¿Esa jovencita quién diablos se creía para darme órdenes? Era el gerente de uno de los más lujosos hoteles de Nueva York, me debería tener respeto, no tenía la culpa de su distracción ni de que la novelista hubiese desaparecido.

Suspiré con paciencia y llamé al ascensor de nuevo, esperé que las puertas se abrieran, pensando que la joven estaría dentro y que le reclamaría a la asistente, pero estaba vacío. La asistente se giró hacia mí y gimió del susto.

—¡Maldita sea! ¿Dígame donde demonios está? No sea parte del juego de May.

¿De qué demonios me hablaba? No podía lidiar en esos momentos con la

asistente histórica de una novelista famosa cuando a Marcus Lancaster se había antojado a aparecer por el hotel para mirar con lupa cualquier desperfecto que tuviera.

—Quizás se ha devuelto a la habitación —le indiqué con la esperanza que dejara esa pataleta—. Quizá se le haya olvidado algo.

—Cierto —respondió ella—. Usted me acompañará y será testigo de que la tardanza ha sido por culpa de May.

Y, sin dejarme reaccionar, me sujetó del brazo y me arrastró con ella hasta el habitáculo, apretando el botón del piso correspondiente. Cuando quise salir, las puertas se cerraron.

Me apreté un poco el nudo de la corbata. «Paciencia, Simpson, solo te quedan quince años para la jubilación». ¡Maldito día de mierda!

Me estaba conteniendo para no gritarle que no era mi problema cuando mi móvil comenzó a sonar, me lo saqué del bolsillo para ver reflejado el número de Marcus Lancaster. Resoplé, que me llamara no era nada bueno, ¡maldición! La mujer me hablaba de despidos, pero tal vez el que fuera a sufrir uno era yo.

—Señor Lancaster, ha sucedido un percance —murmuré.

—¡Simpson! Necesito que suba de inmediato al sexto piso —me exigió Lancaster desde el otro lado de la línea—. Tenemos cierta situación que no acabo de comprender.

—Estoy en ello, señor Lancaster —le respondí, manteniendo la calma.

—Bien —dijo Lancaster—. Lo esperaré. —Sin decir nada más, me colgó, ofuscado.

—¡Hoy me despedirán! —dijo la asistente en cuanto se abrieron las puertas del ascensor y no vio por el pasillo a la novelista. Me dieron ganas de decirle que su trayectoria profesional no era la que tenía más de veinte años, pero, de nuevo, preferí mantener la calma, hasta que a lo lejos vi al señor Lancaster delante de, si no me equivocaba, la habitación de May Gohshed. ¡Vaya día estaba teniendo!

Roxana

No veía por ningún lado a May y eso estaba comenzando a llevarme a la histeria. Lo que sí vi fue a un hombre con traje de pie en la puerta de su habitación. Sabía que en el hotel había huéspedes que la admiraban, el día anterior varios le pidieron una fotografía y un autógrafo, pero ninguno sabía cuál era su habitación. ¿Y si era un fan loco? ¡Estaba muerta! Precisamente había aparecido el día que tenían la agenda más apretada. «¡Mierda! ¡Mierda!

Me van a despedir».

4

«Hay días estúpidos y estúpidos todos los días».

Marcus

Miré de nuevo el reloj y comenzaba a retrasarme para las demás reuniones. Respiré con profundidad y ladeé la cabeza, viendo que Simpson se acercaba con una chica un tanto nerviosa. Supuse que sería la huésped preocupada por esa fan que estaba dentro, pero cuando estuvo a unos metros de mí, su móvil se escuchó y se apresuró a responder.

—Tenemos un grave problema, muy, pero muy grave. Es May... No sé dónde está. —«Así que se llama May» me dije a mi mismo—. Ahora mismo voy a llamar a su puerta y ruego a Dios que esté ahí.

—Lo está —respondí con parsimonia y miré a Simpson para una explicación.

—Señor Lancaster—dijo de inmediato—. ¿Está esperando a la señorita Gohshed?

—¿Gohshed?

—Sí, es nuestra huésped. Viene por...—La joven no dejó que terminara, golpeteando la puerta.

—¡May, abre! ¡Dime que estás bien! —gritó—. ¡Oh, Dios mío! Si no responde en los próximos treinta segundos me dará un soponcio. —Parpadeé de nuevo, meditando. Hacía escasos minutos acababa de vivir una situación parecida, con una mujer casi al borde de la histeria, y ahora tenía a mi lado otra melodramática. Comenzaba a sobrepasarme, y eso que estaba acostumbrado a situaciones tensas—. ¡Me he cargado mi carrera! —gritó de nuevo la joven en español, tocando el timbre de la habitación repetidamente.

Esta vez no pude reprimir un resoplido y una maldición. Sin embargo, lo asombroso fue la manera en la que la joven me miró. Cualquiera que la hubiera visto diría que me acababa de decir que era el hombre más inhumano del planeta al no sentir empatía por lo que para ella era una desgracia.

Desgraciada sería la vida de Simpson si no movía el culo para resolver esa situación antes que yo lo hiciera a mi manera. Fruncí el ceño, pensando en quién diablos era la mujer que estaba dentro. ¿Cuán importante era para que la

que tenía a mi lado hablase de despedidos y ruinas?

Seguía sin entender por qué había huido aterrorizada en cuanto me vio. Me centré en recordar su rostro, pero no era fácil, apenas recordaba su cara de terror y, por alguna extraña razón, me cabreé. Era consciente de que años antes tenía muchas mujeres detrás y que solo salía con las que eran exuberantes.

Si bien, todas sabían que era un Lancaster, también sabían que no iba a heredar el imperio, por lo que no salían conmigo por dinero, sino porque no estaba mal. No era un actor de Hollywood, pero siempre me había cuidado; hacía deportes, así que la actitud de que hubiera visto un espanto por parte de la mujer que estaba dentro me desconcertaba.

—Señor Lancaster, ¿me está escuchando? —me preguntó Simpson. Estaba tan concentrado en mis cavilaciones que no me había dado cuenta que me hablaba—. Si lo desea, podemos ir a las instalaciones a las que nos dirigíamos.

—En otro momento —me apresuré a responder, bastante cortante—. Tengo asuntos pendientes, espero que solucione este inconveniente como debe ser —le ordené mirándolo a los ojos, sombríamente—. Y usted —le dije llamando la atención a esa joven histérica—. ¿Quiere acabar con su carrera?, siga actuando de esta manera tan estúpida y le aseguro que sucederá en un santiamén.

Le di la espalda, evitando que viera la sonrisa en mi rostro, escuché un gemido por su parte, dándome a entender que eso la había asustado.

Se lo merecía, por no tener los nervios de acero, y me alejé, llamando al ascensor para ir a una reunión con el diseñador en el que había confiado dos años antes para las reformas que se habían puesto en marcha en uno de los hoteles más pequeños de la cadena.

5

*«Querido cupido: la próxima vez,
nos disparas a los dos a la vez, ¿vale? Gracias».*

May

Esperé unos segundos más, sintiéndome terriblemente estúpida ante ese comportamiento tan ridículo e infantil. Una mujer con supuesta experiencia no podía comportarse de manera tan patética, y deseé darme latigazos. Me levanté con valentía para abrir la puerta con la esperanza de pedir disculpas a ese hombre por mi comportamiento.

Había llegado a la conclusión de que los nervios de todo lo que viviría este día me habían jugado una mala pasada y que lo más probable era que aquel hombre no se pareciera en nada a mi protagonista. En cuanto abrí vi el rostro asustadizo de Roxana y luego el del gerente del hotel, pero no el del hombre que me llevó a correr por los pasillos.

—Señorita Gohshed, ¿se encuentra bien? —me preguntó el gerente.

—No —dije con hilo de voz—. Creo que he tenido un pequeño ataque de ansiedad —le expliqué avergonzada y a modo de excusa. Miré a Roxana rogando que no le diera un colapso nervioso—. ¿Se puede atrasar la presentación unos diez minutos más?

—Pe... pero, May, es que...

—Me encargaré de eso—indicó el gerente al ver que Roxana iba a estallar en llanto en cualquier momento—. Llamaré a uno de mis empleados para que dé la información.

—Gracias, señor Simpson —le dije aliviada.

El gerente me observó con parsimonia y se despidió con un gesto con la cabeza. Roxana cogió el móvil y marcó, alejándose para hablar quién sabe con quién, mientras yo volvía a entrar a la habitación para sentarme en la cama. Me llevé las manos a la cabeza, reprochándome mi actitud. ¡Qué estúpida he sido!

En mis treinta y dos años de vida, y con varias relaciones a mis espaldas, era la primera vez que me comportaba así. Me levanté para ir al baño y refrescarme el cuello, me sentía un poco mareada, pero evité todo lo posible

que Roxana lo notase. Cogí una gran bocanada de aire para volver a retomar el control y, cuando me giré para salir, me esperaba en el medio de la habitación con los brazos cruzados para que le diese alguna explicación.

—No sé qué me ha pasado —le confesé.

—¿Conoces a ese hombre?

—¿Qué hombre? —respondí con inquietud. Roxana respiró fuertemente y miró al techo, acababa de rebosar su paciencia.

—¡No te hagas la tonta! —me dijo—. Ese hombre que estaba frente a tu habitación y que, por cierto, estaba bastante cabreado y, sin yo saber por qué, fue cruel conmigo.

«¿Cómo?» me pregunté. ¿Qué quería decir Roxana con que había sido cruel con ella? Y recordé que me había acusado de ladrona.

No podía ignorar su pregunta, hasta que no le respondiera seguiría insistiéndome, por lo que respiré con cansancio, pensando por dónde comenzar. Y es que, ¿cómo le explicaba a Roxana que ese desconocido era el hombre con el que siempre había soñado? Me tildaría de loca o quién sabía de qué otra cosa. No, lo mejor era seguir fingiendo ese ataque de ansiedad que le había dicho al gerente y achacarlo a estar más de cuatro meses en distintas ciudades y países, trabajando en promocionarme.

—Creo que las diferencias horarias me están pasando factura. —Roxana me observó sin inmutarse, frunció el ceño y, cuando iba a seguir justificándome, escuchamos de nuevo su móvil que me libraba de las preguntas que no tendrían respuesta.

Lo mejor que podía hacer era fingir no dar importancia, retocarme el maquillaje y acomodarme de nuevo el escote para que se centrara en cómo me gustaba provocar. De lo que sí estaba segura era de que se quedaría en lo más recóndito de mi cerebro que el hombre de mis sueños existía y que, por alguna casualidad del destino, lo acababa de conocer, pero, sobre todo, que nunca más volvería a verlo.

—¿Estás preparada? —preguntó Roxana.

—Sí, y tranquila, no volverá a suceder.

Hizo un pequeño mohín y recogió su bolso para abrir la puerta de la habitación y así ir a la presentación de la novela a la prensa. Era normal que estuviera más nerviosa de lo que había estado en otras ciudades. Estábamos en Nueva York y esa presentación sería la más importante.

Leí un fragmento de la novela, a la vez que a mi mente regresaba la imagen de ese hombre que había visto en el ascensor. Sentí como se me erizaba la piel

y en mi sexo renacer el deseo.

Me obligué a que esas sensaciones desaparecieran. El problema era que mi cerebro recordaba cada una de las escenas indicándome que ese desconocido podía hacerme sentir todo lo que había escrito, y mi cuerpo reaccionó como si una mano invisible lo acariciara. «Maldita mente traicionera y manipuladora», me dije a mi misma.

Disimulé un enorme suspiro para volver a prestar atención a todo el protocolo que venía detrás de cada presentación, indicándole a mi mente que no tenía permiso para imaginar si no estaba frente a un boli y un papel en blanco o el ordenador.

Las múltiples preguntas me hicieron reaccionar y me dispuse a responderlas, olvidándome de lo que sentía. ¿En quién me habían inspirado la intensidad de las escenas? ¿O era una experiencia personal? A medida que respondía, tanto los periodistas como los lectores hablaban con orgullo y sentimientos que lograron que anhelara eso de sentirme amada, deseada con locura, como lo había vivido mi protagonista.

Después de esa presentación a la prensa y la posterior entrevista con la simpática columnista del *New York Herald*, comencé a sentirme menos nerviosa, Wendy había logrado que posara con mi libro de forma distendida y sin tanto formalismo.

Cuando llegué al restaurante para reunirme con Jack pensé que sería mi momento de vengarme por la broma de horas antes.

—Buenas tardes, May—me dijo en cuanto entré al restaurante—. Me han chivado que me he perdido algunas cosas que has vivido.

—Roxana no solo es una eficiente asistente, sino también espía. Eso es peligroso para personas como yo, que estamos a un paso de sentirnos súper estrellas —respondí con sarcasmo, logrando que se carcajeara.

—Hablas de esa línea delgada entre el estrellato y las personas normales —respondió, siguiéndome el juego. Chasqueó la lengua y volvió a sonreír—. Dudo que la sobrepases, sin embargo, he de recordarte que no es fácil ser de la noche a la mañana número uno en ventas.

—Me reconforta saber que se olvidarán rápido de mí —le hice saber, aferrándome a un hilo de esperanza—. Tengo una vida sumamente aburrida para estar en alguna portada sensacionalista. —Jack volvió a soltar otra carcajada.

—Te aconsejo que no digas eso en alto, no sabes si al levantar la mirada la vida dará un giro inesperado. —Sonreí con sinceridad a lo que sabía que no

sucedería nunca—. May del Pino Betancourt Gohshed —prosiguió Jack—, dejemos el trabajo a un lado y miremos la carta, que para eso hemos venido, para desconectar un rato y tratar de convencerte de que no desaparezcas en cuanto volvamos a Londres.

—Necesito alejarme de ti —respondí con drama—. Siento que me exprimes cada vez más, ya soy una mujer delgada como para quedarme en los huesos. —Jack volvió a reír.

—Con ese futuro que auguras, creo que mi negocio se irá a la ruina.

—¡Eres un exagerado Jack! —Nos miramos y no pudimos contener las risas. Luego nos centramos en lo que pediríamos.

Después de haberme enrollado con varios ingleses comencé a tener ciertos prejuicios sobre ellos, así que cuando lo conocí me dejé llevar por la idea de que si era británico era un estirado con un humor bastante característico. Pero ahora, cuando nos veíamos olvidaba por completo la fama repentina y volvía a ser una chica normal que pasaba horas y horas hablando de diferentes temas. Lo que Jack no podía seguir ignorando era que, si en un principio pensaba que terminaríamos juntos, ahora solo lo podía ver cómo un buen amigo. Sin embargo, ese instinto que he desarrollado me seguía asegurando que él quería mucho más que una amistad.

Nunca había dado el paso, pero siempre corría a mi lado cuando lo necesitaba, como en ese instante. Dos días antes, en mi último mensaje por WhatsApp le había confesado que me encontraba un poco agobiada y que temía que se convirtiera en alguna fobia que estuviese desarrollando. Bastó solo eso para que Jack abriera un hueco en su agenda y estuvieran ese día almorzando conmigo.

Volví a centrarme en la carta y terminé pidiendo una ensalada biodinámica, hecha de cordero orgánico con puré de calabaza, y de postre pera caramelizada con chocolate y helado de vainilla tahitiana con arándanos.

—Tengo la ligera sospecha que Roxana no deja que comas como se debe —indagó Jack. Curvé los labios sin poder evitar una risita ante la broma.

—Diría más bien que la pobre ni come, por ser cien por cien eficaz.

—Y, hablando de Roxana —prosiguió—. Me gustaría comentar ese pequeño incidente de la mañana. Me dijo que estabas con ella en el ascensor y al segundo desapareciste, y todo por un ataque de ansiedad que terminó con un hombre desconocido frente a tu puerta. —La maldije mil veces por salvar su culo y no el mío. Me crucé de brazos y traté de mantener toda la tranquilidad que fuera posible.

—Ni siquiera puedo explicarlo. —¡Mierda! No era lo que debía decir. ¡Joder! Ahora me preguntaría de todo y terminaría hiriéndole el ego.

—Dime la verdad, ¿conoces a ese hombre?

Negué con la cabeza, ya la había cagado, no valía de nada mentir. Jack frunció el ceño, sin llegar a creermelo.

—Cuándo vuelva a las Islas, ¿irás conmigo? —le pregunté para cambiar de tema descaradamente, esperaba que con eso concluyera que no era para tanto. Estaba segura de que Roxana había exagerado mucho más de lo necesario. Asombrosamente, Jack se removió un poco, sonriendo cortésmente —. Lo prometiste —le reproché, aferrándome a aquella conversación para que olvidara por completo al desconocido—. Sabes que mi abuelo le encanta charlar con vosotros los ingleses —añadí con cierta ironía. Jack levantó una ceja.

—Me parece que quieres ver sufrir a tu amigo británico en cuanto sea atacado por un viejo alemán.

Sonreí de nuevo, recordando las palabras de mi abuelo cuando le había dado la noticia que había cedido los derechos de mis novelas a una editorial inglesa. Si bien, lo decía en broma, cualquiera que no lo conociera imaginaría algo distinto, pero Leopold Gohshed estaba agradecido con el Reino Unido.

—Así que, entonces, le temes a un pobre hombre de ochenta años —aguijoneé y Jack rio—. Si te soy sincera, estos últimos meses hemos estado más unidos que nunca, y estoy segura de que, si en una semana no sé nada de ti, mi enorme imaginación supondrá que has decidido prescindir de esta humilde escritora.

Jack bebió un poco de vino y volvió a reír.

—Dudo que haga eso, tendría que morir para dejarte escapar. —Sonreí con coquetería a la vez que bebía de la copa, mirándolo primero, pensando en cómo seguir tomándole el pelo. Cuando decidí mirar más allá de sus espaldas, no pude evitar atragantarme, veía como el *maître* guiaba al desconocido de la mañana, a ese hombre que logró que mi piel se erizara con solo recordarlo, para sentarlo en una mesa cercana.

Era imposible que estuviera soñando de nuevo, así como también, esa enorme casualidad de volver a encontrármelo. No era una mujer supersticiosa, ni mucho menos tímida, pero los nervios me traicionaron, atacando a mi estómago sin piedad y produciéndome unas arcadas nada normales. Me levanté para ir con rapidez a los servicios evitando, ese momento incómodo y, al hacerlo, tropecé con el camarero que traía el carrito del pan, terminando él

en el suelo y yo detrás.

Si había decidido pasar desapercibida para volver a reencontrarme conmigo misma, había escogido el lugar y el día equivocado.

6

«No hay casualidad sino destino.

No se encuentra sino lo que se busca.

Ernesto Sábato».

Marcus

Afortunadamente, la reunión con la empresa encargada de la remodelación del otro hotel había sido de provecho, las diferentes propuestas que me habían hecho, junto al tiempo estipulado, fueron suficiente para que le diera luz verde. Una vez terminada, me dirigí de nuevo al hotel. Solo entonces volví a recordar a esa mujer tan rara, y sentí curiosidad por saber más sobre ella.

Una famosa no era, era bastante recatada, aunque de inmediato recordé como su escote mostraba el canalillo de sus tetas bien posicionadas, sin olvidar su contoneo continuo cuando iba detrás de ella. Sentí un tirón al segundo, ¡joder! No podía estar pasándome, ni siquiera la había rozado como para tener esa reacción. Me llevé las manos a la cara, intentando despejar la mente. No era un adolescente para este tipo de situaciones. Saqué el móvil del bolsillo de la americana y me centré en volver a revisar el trabajo que tenía acumulado.

Sin embargo, me fue imposible, había nacido esa necesidad de volver al despacho de Simpson y echarle una ojeada al informe de huéspedes. Quería conocer su verdadero nombre y así descubrir quién era. En cuanto me bajé del taxi, vi tensión entre los empleados. Medité si pedirles que se calmaran, explicarles que también era uno de ellos, uno más de la cadena de hoteles, pero al segundo supe que eso no les convencería; ellos podrían perder el trabajo con una simple rescisión de contrato, en cambio, yo era parte del imperio Lancaster, el hijo pródigo.

Sonreí de lado ante esa referencia, por mucho que hubiera vuelto, seguía siendo un Lancaster de segunda. Vi acercarse a Simpson con semblante serio, sabe Dios que no quería burlarme del buen hombre, pero me era difícil no tomarle el pelo.

—Señor Lancaster, no lo esperaba por aquí.

—Lo sé —le respondí—. Cómo sé que también debe recordar que me gusta sorprender a los empleados de la cadena. —En el rostro de Simpson se

dibujó una sonrisa tan forzada que temí que le hubiera ocasionado algún tic nervioso. Finalmente, el hombre soltó aire y me miró.

—Si desea proseguir con la visita... —Negué con la cabeza.

—No vengo a inspeccionar esta vez, quiero ver el listado de huéspedes. —Frunció el ceño, desconcertado ante mi petición. Se hizo a un lado y me pidió que le siguiera a su despacho.

Una vez dentro, sacó de un archivador un libro que dejó en la mesa, abriéndolo en una determinada hoja.

—Esta es la lista de huéspedes de esta semana.

—Gracias, Simpson. Si me permite estar unos minutos a solas...

—Tiene el despacho a su disposición el tiempo que quiera, señor Lancaster. —Se despidió con la cabeza y salió con premura. En cuanto la puerta se cerró, sonreí por lo nervioso que estaba.

—Bien, May, ahora sabré quién rayos eres.

Revisé el listado y, en la tercera fila, me percaté de que Hillary Bellamy estaba hospedada. Había compartido muchos momentos con ella cuando regresé a Londres, me había hecho entender lo que conllevaba tener una relación verdadera y que, a mi pesar, yo no podía llevarla al compromiso que tanto deseaba.

Nunca me perdonaría no poder darle lo que pedía, pero había descubierto que ella quería más y no iba a repetir la historia de mi padre. Con el paso del tiempo, Hillary lo comprendió y acordamos mantener una amistad, con un mensaje de vez en cuando, o alguna cena cuando ambos coincidíamos en la misma ciudad.

Tenía claro que en algún momento debía sentar cabeza, pero ninguna mujer con las que había salido había logrado que pensase en un futuro en común.

Saber que Hilary estaba en la ciudad me empujó a sacar el móvil del bolsillo del pantalón y llamarla, me apetecía verla y recordar viejos tiempos.

—¿Marcus? ¿Ha pasado algo? —preguntó a modo de saludo, un tanto nerviosa.

—¿Tiene que pasar algo para que te llame? —respondí y la escuché reír desde el otro lado de la línea.

—Te conozco lo suficiente para saber que algo quieres, y ahora mismo estoy revisando la agenda por si es algún día especial. —Reí a carcajadas. Ese había sido uno de los acuerdos de nuestra amistad, llamarnos en nuestros cumpleaños, Navidad y Año Nuevo.

Y me sentí imbécil al recordar porque me había hablado un tanto alterada.

Hillary estaba atareada por lo que estaba a punto de ocurrir en su vida. Después de terminar nuestra relación, decidió centrarse en su trabajo para poder adaptarse su nueva vida sin mí, se había creado tantas ilusiones que prefirió poner tierra y mar de por medio y mudarse de país. Meses después, la vida le dio la oportunidad de conocer a un hombre que la complementaba y, dos años más tarde culminaba los preparativos de su evidente boda.

—No, no es un día especial para ser sincero. Estoy en Nueva York y he visto tu nombre en la lista de huéspedes de mi hotel —confesé.

—¿Qué clase de jefe pervertido eres? No sabía que husmearas los nombres de los huéspedes del hotel. —No pude contener otra carcajada—. Lo que me indigna es darme cuenta de que tenías planeado esta visita desde hace semanas y soy la última en enterarme.

—Confieso que había olvidado contarte que venía. Ha sido casualidad y ya que ha pasado deberías imaginar qué sucede cuando coinciden dos examantes. —Hillary hizo silencio.

—Marcus, yo...—balbuceó. Me la imaginé mordiéndose en labio, pensando cómo rayos decirme que ya no me veía como un amante, y no pude contener la risa—. ¡Eres un cretino! —espetó—. Estaba a punto de colgarte, durante un segundo pensé que te habías vuelto loco.

—No soy Ethan, cariño —le dije—. No hago ninguna proposición indecorosa a futuras mujeres casadas.

—¿Qué raro suena! —dijo con cierta emoción. No podía ocultar que me alegraba que hubiera encontrado ese algo que necesitaba experimentar. Y ¿para qué iba a mentir?, no lo veía necesario en esa etapa de mi vida—. Después de esta bromita, es tu deber invitarme a una comida como mínimo —me exigió en broma.

—Para eso te he llamado, espero, y si debo rogar lo haré, ir a por ti y que, tal vez, recordemos viejos tiempos.

—¡Basta, Marcus! —me advirtió desde el otro lado de la línea mientras volvía a reír—. No alteres más mis nervios. Sobre las dos estaré libre, y más te vale que te comportes como el caballero que eres. No quiero que el día de mi boda William te dé un puñetazo.

—¿Y dónde se supone que tendré el placer de buscarte? ¿En el hotel?

—Te dejaré un mensaje con la dirección—respondió, para añadir al segundo siguiente—: Tanta zalamería me tiene sorprendida, estoy a punto de creer que ese buen humor se debe a alguna mujer.

—Esta vez te has equivocado —me apresuré a aclarar—. Mi buen humor

se debe a mis proyectos, que comienzan a hacerse realidad.

—Lo que quiere decir que la comida será entretenida —indicó Hillary. Escuché una voz baja que le decían algo y a ella tapar el móvil unos segundos—. Debo colgar y volver a la reunión —me dijo finalmente—. Te veo en un rato.

—¿Te acuerdas de esa minifalda de cuero negro que se ajustaba muy bien a tu cuerpo...?

—¡Marcus Lancaster, eres imposible! —volví a reír y me despedí.

Miré de nuevo la lista para seguir buscando a la extraña mujer de la mañana y, cuando me pareció ver su nombre, mi móvil vibró. Di por hecho que sería Hillary con la dirección, pero no fue así, esta vez era Ethan.

Decidí ignorarlo, muchas veces me llamaba para contarme sus batallitas con una descripción detallada que odiaba tener. Sin embargo, de nuevo el móvil sonó. Solté aire y acepté la llamada.

—Solo espero que no estés metido en un nuevo lio.

—Marcus, querido primo, verás...

Estaba considerando mandar al cuerno a Ethan. Tenía que volar a Madrid y luego a las Islas Canarias, suspendiendo mi visita a los hoteles restantes en Estados Unidos. Esta vez el lio en el que estaba metido no había llegado a oído de la prensa, y esperaba que se mantuviera así, pero seguía siendo un incidente que dañaría a la cadena hotelera si no lo resolvía a tiempo.

El inconveniente estaba en un pequeño hotel en el que los Lancaster tenían acciones y el que a mi primo se le antojó, visitar generando ciertos problemas. Me había acostumbrado a ser metódico y odiaba tener que salirme de mi itinerario para solucionar líos de faldas.

Este cambio improvisado me llevaría a cambiar los billetes. Era consciente de que podía usar el avión privado de la familia, pero había aprendido a ser independiente. Habitualmente usaba mi propio coche en Londres y alquilaba alguno cuando visitaba una ciudad, o tomaba transporte público, por lo que estaba acostumbrado a que mis viajes trasatlánticos fueran en vuelos comerciales. Suspiré en alto, maldiciéndolo, y volví a coger el móvil para marcar el número de mi asistente personal, Leah.

—Buenas tardes, Marcus. —Leah no solo era eficiente en su trabajo, era discreta, por eso la contraté en cuanto se presentó a la entrevista. Con el

tiempo, le pedí que me llamara por mi nombre de pila.

—Buenas tardes, Leah. Necesito que reajustes mi itinerario y encuentres billetes para ir a España, a las Islas Canarias.

—Sé de qué me hablas, hemos recibido varias llamadas del gerente del hotel.

—Entonces reajústalo todo, y quiero una reunión con Ethan.

—Lo enviaré lo antes posible—me dijo desde el otro lado de la línea.

—Perfecto, hasta luego.

—Hasta luego, Marcus.

El móvil vibró de nuevo y recibí el mensaje de Hillary con la dirección. Debía también reservar un restaurante y lo hice desde mi móvil, buscando con rapidez locales discretos en la ciudad. Luego me levanté, buscando un pedazo de papel, saqué mi bolígrafo de la americana y le deje ciertas indicaciones a Simpson, que consideré que lograría mejorar ciertos detalles que vi en el personal, y salí del despacho en busca de un taxi para ir a por Hillary.

En cuanto la avisé de que estaba por llegar me dijo que bajaría enseguida y, al verla de pie, me bajé del vehículo para abrazarla y piropearla por lo guapa que estaba. Siempre lo había sido, sin embargo, esta vez la veía más radiante, y algo me decía que tenía que ver con su enlace.

—¡Qué guapo estás! Este estilo de la barba sombreada te hace más malote. —Puse los ojos en blanco ante sus tonterías. Quería que la barba me diera un aspecto de madurez y seriedad, no lo contrario.

—Hillary, cariño ¿estás segura de que quieres casarte? —Torció la boca y me señaló con el dedo.

—Cuando quieres ser gilipollas lo bordas —respondió y reí con ganas. La invité a entrar al taxi y tomamos rumbo a The Queen. En cuanto entramos, supe que había encontrado el lugar perfecto. Era un local íntimo, noté que podríamos tener una comida distendida sin tener que preocuparnos por el bullicio del exterior, a pesar de estar ubicado en las proximidades de la Quinta Avenida.

El *maitre*, nos dio la bienvenida nada más entrar, invitándonos a seguirlo, aunque no alcanzamos a sentarnos, el revuelo del carrito del pan llamó nuestra atención.

El hombre se apresuró a acercarse para solucionar el inconveniente, a la vez que una mujer de melena castaña se disculpaba con nerviosismo, por lo que me llamó la atención. La observé hasta quedarme estupefacto, no me creía de quién se trataba.

«No todos los ojos cerrados duermen...

Ni todos los ojos abiertos ven.

Bill Cosby».

Hillary

Me gustaba ver a Marcus sonreír, tenía un hoyuelo que le hacía parecer más joven, además de una mirada intensa, y esa sombra de barba lograba que tuviera aspecto de malote. Me alegró que me llamara en cuanto supo que estaba en la ciudad, necesitaba en estos momentos una cara amiga, una persona que pudiera alejarme del estrés de la boda y del porqué había aceptado casarme. Quién mejor que aquel que me llevó a conocer a William.

Lo abracé en cuanto se bajó del taxi. Seguía siendo fuerte y oliendo tan bien como cuando estábamos juntos. No, no lo echaba de menos, por mucho que me hubiera dolido que me dejara y tuviera que poner tierra de por medio para poder superarlo.

Nos pusimos al día en cuanto me subí al taxi, y cuando llegamos al restaurante el *maître* nos guio a nuestra mesa. Estaba segura de que al sentarnos podría desahogarme de esos miedos que habían aparecido en mi cabeza. Sin embargo, una mujer llamó la atención de todos, en especial de Marcus que fijó su mirada en ella.

Solo lo había visto así, tan ausente, cuando tenía que ver con su trabajo. Esperé que me comentara algo respecto a lo que estaba sucediendo, pero no fue así, se mantuvo en silencio, observando a esa mujer.

—Marcus la...—Me callé y volví a mirarla sentí su intensa mirada fija en mí. Lo hacía de una forma muy rara, por lo que, al instante me di cuenta de que era a Marcus a quien observaba. Me giré hacia mi amigo para observarlo fruncir el ceño, una expresión que solía aparecer en su rostro cuando algo le incomodaba. Me había acostumbrado a ese hombre frío que no solía mostrar sus emociones en público.

Sin embargo, lo que veía me hacía pensar que en cualquier momento caminaría hasta la mujer.

—¿Me he perdido algo? —Le pregunté sin rodeos. Lo vi parpadear, y juraría que detrás de esa barba había un ligero rubor, que escondió negando

con la cabeza, aunque no dejaba de mirarla.

«¿Qué diantres pasa?» No, no me lo creía y se lo hice saber.

—¡Claro que me he perdido algo! —le insistí con seguridad—. Te veo nervioso. —Marcus me miró de inmediato, devolviéndome así su atención mientras trataba de encontrar una excusa. Lo conocía tan bien que no pude evitar curvar una de las comisuras de mis labios. No pude dejarlo pasar, volví a mirarlos al uno y al otro, intrigada.

Me resultaba divertido ver la incomodidad que reflejaba mi amigo, había sacado a ese hombre pasional y humano que muchas veces anhelé tener a mi lado cuando estábamos en público.

La mujer nos dio la espalda y se dirigió a los servicios, el *maître* regresó, pidiéndonos disculpas por el incidente, y no pude seguir cavilando sobre lo que sucedía. Ante tantas excusas, Marcus estuvo a punto de irse a otro restaurante, lo supe en cuanto vi que se metía la mano en el bolsillo del su pantalón. Me imaginé qué estaría pensando, cada una de las posibilidades, hasta que, finalmente, suspiró en alto. Llevó la mano al final de mi espalda para separar la silla de la mesa y dejarme con la intriga sobre el extraño comportamiento de la mujer y de mi amigo.

Le pedí a Marcus que me dejara sentarme del otro lado para no perder detalle, mi instinto de mujer me indicaba que el espectáculo no había acabado, y acerté.

Segundos después reconocí al hombre que acompañaba a la mujer, era Jack el amigo de William y entonces me di cuenta quien era ella.

—Conozco a esa chica —dije, mirando de reojo a Marcus.

Marcus

—¿De qué chica hablas? —preguté, tratando de recordar si en mis tiempos de juergas me había ligado a alguna española.

—De la que tropezó con el carrito de pan sin dejar de mirarnos. Mejor dicho, de mirarte, mi querido Marcus... —ironizó Hillary. Evité mostrar algún gesto de emoción y cambié de posición, pensando en cómo torear sus preguntas directas, era lo malo de que te conocieran a fondo. Comencé a pensar que tal vez podría despejarme las dudas.

—Ayúdame a saber, ¿quién rayos es? —le pedí con ruego—. Aunque no lo creas, es la segunda vez que me tropiezo con ella en el día de hoy, y es la segunda vez que siento que desea que desaparezca de este mundo. —Hillary soltó una risita.

—No puedo creerlo —siguió burlándose de mí—. Vamos a darte pistas —añadió—. Es May Gohshed, la novelista del año —me explicó—. Su libro ha roto récords de ventas a nivel mundial.

Fruncí el ceño al recordar que la primera vez que me había tropezado con ella fue en el hotel y que, además, la había acusado de ladrona. Sentí cómo Hillary me observaba con intensidad. Era consciente que pocas veces me había visto tan confundido y, ya que no podía disimular con ella, decidí lanzarme al vacío, preguntarle qué rayos escribía, el título del libro y contarle cómo la había conocido...

—¿Y bien? Me gustaría saber más sobre esa historia que tienes con May Gohshed.

¿Por qué coño las mujeres siempre sacaban sus malditas especulaciones y tonterías? Historia no tenía ninguna, a excepción de esa actitud de loca histérica que había tenido horas antes.

La miré y resoplé.

—No tengo ninguna historia —le aseguré—. Estoy igual de desconcertado y lleno de curiosidad que tú —añadí a modo de confesión—. No recuerdo que nadie me presentara a ninguna escritora, y menos de fama mundial, ya sabes que no me gusta tener contacto con ese tipo de personas.

Hillary sonrió con malicia. «¡Maldita sea!» Le hacía gracia mi incomodidad.

—Me parece que ella sí que te recuerda —dijo con ironía. Las mujeres, cuando querían chingar, lo hacían aguijoneando con fiereza—. Además, no me he perdido detalle de cómo la mirabas, se nota que te ha cautivado.

—¡No digas tonterías! —exclamé malhumorado a semejante gilipollez.

¿Yo? Apenas me había fijado en esa mujer, solo recordaba el contoneo de sus caderas y sus tetas bien puestas... «¡Mierda! Acababa de pensar como el capullo de Ethan».

—No sabía quién demonios era hasta que me lo has dicho tú —me defendí como pude. Mi ego estaba volviendo a ser atacado sin razón alguna—. En cuanto a que no dejaba de mirarla, es por el desastre que había armado en un lugar de prestigio como este, incluso cuando volvió el *maitre* estuve a punto de decirle que nos íbamos —añadí—. Está mañana se asustó en cuanto me vio en el ascensor del hotel, oprimía el botón de su planta con tanta rapidez que temí que bloqueara el aparato y, cuando las puertas se abrieron, corrió hacia su habitación como si yo fuera algún cobrador o su peor enemiga. A esa mujer le falta algún tornillo.

Hillary fijó los ojos en mí y, sin más, soltó gran carcajada. ¡Maldita fuera!
¡Mil veces maldita fuera!

8

«No te odio, pero digamos que, si estás en un incendio y tengo agua, me la tomo».

May

Al entrar a los servicios fui directamente al lavabo para abrir el grifo y refrescarme el rostro. ¿Cómo era posible que ese hombre terminara en el mismo lugar que yo? Y no solo eso, que por su culpa hubiera dado semejante espectáculo. Pegué la cabeza en el espejo con ganas de darme cabezazos por imbécil. Era la primera vez que alguien me hacía sentir como un conejillo, buscando esconderse de su cazador.

Tenía que... No, mejor aún, debía hacerle frente. Podía ser como me lo había imaginado millones de veces en mis sueños, pero era un desconocido y no se parecía al protagonista de mi novela. Definitivamente, la falta de sexo me estaba comenzando a pasar factura.

¡Mierda, Jack!, ¿Qué estaría pensando? Gemí de frustración, respiré de nuevo con profundidad, abrí el grifo y me mojé la mano para refrescarme el cuello. Si no fuera porque había estado sentada los últimos veinte minutos, aseguraría que había competido al lado de Usain Bolt. No podía seguir así, debía olvidarlo y centrarme en el hombre que me había invitado a comer, en Jack.

Solté aire de nuevo para encontrar la serenidad que necesitaba y volver a la mesa. Mientras lo hacía fui pidiendo disculpas a todos los comensales con una sonrisa tímida hasta que una mujer me reconoció.

—¡Es May Gohshed! ¡La escritora! —Sonreí resignada, pensando que iría a peor. Me senté con rapidez y miré a Jack, pidiéndole ayuda. La mujer se levantó, acercándose hasta nosotros móvil en mano, y concluí que mi momento de pasar desapercibida había terminado—. ¿No le importaría tomarse una foto conmigo? —me preguntó—. Hemos comentado en mi grupo de amigas y es taaan romántico y erótico —añadió con una sonrisita tímida.

—Gracias—dije ruborizada.

No estaba acostumbrada a ese tipo de espontaneidades, por lo que me levanté para que nos hicieran la foto y al segundo me vi rodeada de varias

mujeres deseando hacer lo mismo. Nos hicimos unas cuantas fotos más, le pedí con la mirada a Jack que me rescatara y el muy cabrón no lo hizo. Se mantuvo en silencio, sonriendo al revuelo que había vuelto armar.

Hasta que Jack decidió que era momento de salvarme cuando vio que comenzaba a llevarme las manos detrás de la espalda para no golpearlas. No es que no quisiera seguir escuchando a las lectoras, lo que me agobiaba era que otros comensales se quejaran y nos terminaran echando.

Él se levantó y, con la amabilidad de un buen inglés, les dijo que me quedaba poco tiempo para comer, ya que tenía otros compromisos.

Sin embargo, no se sentó en cuanto yo lo hice, se mantuvo de pie. No quería girarme, no estaba segura de si ese hombre estaba aún en el local, pero mi instinto cotilla me gritaba: «¡gírate, gírate!». Y lo hice en cuanto Jack se alejó de nuestra mesa.

—¡Hillary! ¡Me alegro de verte! —La saludó. La mujer se levantó con entusiasmo en cuanto escuchó su nombre.

—¿Qué hará Jack Brown en el país más poderoso del mundo? —Preguntó, dejándome intrigada ante esa confianza entre ellos. El aludido curvó una sonrisa en sus labios ante ese saludo bromista.

—Salvaguardando mis intereses —respondió, mirándome sin discreción alguna. Estuve a punto de girarme, pero si lo hacía quedaría en evidencia, así que lo odié por ello.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo con tono sarcástico el desconocido. Su voz, era como tantas veces me la imaginé. De nuevo caía en ese puto juego macabro, debía exigir a mi mente que dejara de sacar conclusiones que no tenían lógica.

—Así es, cuánto tiempo sin vernos —repuso Jack—. Y, ya que estamos aquí, os presentaré mi motivo para cruzar el océano. —Jack regresó hasta mí con la sonrisa en los labios. No sabía exactamente qué quería, pero sentí la necesidad de desaparecer.

—May, ¿me acompañas? —Debía darle cualquier excusa, como que volvería al servicio, pero era tan pobre que no me serviría de nada.

—¿A dónde? —le pregunté para dar tiempo a que mis piernas respondieran para levantarme.

—Voy a presentarte a unos amigos —frunció el ceño—. Bueno, digamos que hemos jugados unos cuantos partidos de pádel. Sonreí a modo de respuesta y me levanté por obligación. A medida que daba los pasos, movía las manos por lo sudorosas que las sentía, pero, con toda mi fuerza de

voluntad, me mantuve tranquila.

—Hola, soy Hillary —dijo la mujer, que era hermosa.

Alta, esbelta, rubia natural, vestida elegantemente y se notaba que había sido educada en los mejores colegios del país. No quería hacer comparaciones, odiaba las comparaciones, pero era tan guapa que no podía dejar de mirarla. Se dio cuenta de que me fijaba en ella más de lo normal y me ruboricé.

Es que no quería mirarlo a él, no quería que me diera otro ataque y terminar confesando mi secreto.

—Ella es May Gohshed que, al parecer, conoce a nuestro amigo —dijo Jack con cierta ironía. «¡Capullo, cabrón! ¿Por qué te empeñas en joderme de esta manera?», quise gritarle.

—¡No! —dijimos a la vez, quería aclarar que no lo conocía de nada, ni siquiera sabía su maldito nombre—. No nos conocemos —volvimos a decir, y esta vez no pude reprimir una maldición. Jack y Hillary se dedicaron miraditas por nuestra actitud, yo quería irme a mi mesa buscar mi bolso y largarme de esa bochornosa situación.

Lo miré de reojo y no podía creerlo, era tal y como tantas veces lo había soñado. Necesitaba meterme en alguna red social con mi seudónimo y preguntar a mis lectoras cómo reaccionarían en situaciones así. Sí, tenía un seudónimo; había sido idea de Rosmina, según ella, para poder acercarme a las lectoras y conocer sus inquietudes sin que se sintieran comprometidas. Jamás lo había usado, pero estaba por comenzar a hacerlo.

—Hasta esta mañana no sabía de la existencia de la señorita —afirmó el hombre desconocido, sacándome de mi ensimismamiento—. Pero, si no es así, ya que tenemos la oportunidad de reencontrarnos me gustaría saber qué tipo de relación hemos tenido. He intentado recordarlo, pero es imposible. —Respiré con lentitud mientras levantaba las cejas ante la falta de tacto, una ligera indignación comenzó a crecer en mí.

¿Quién se creía? ¿Chris Evans, Henry Cavill o Richard Madden para hablar con tanta prepotencia? Me frené antes de soltárselo en la cara, ya que la educación que había recibido me impedía caer en el juego que pretendía, pero no podía quedarme callada. Comenzaba a sentir algo que me subía por la garganta, era como una bola de fuego y yo no era una súper saiyan.^[2]

—Me gustaría que tus fantasías se hicieran realidad —respondí, siendo la primera idea estúpida que se me había cruzado por la cabeza. Era evidente que había sido una respuesta de mierda, pero debía seguir adelante, por no

haberme controlado como solía hacerlo—. Si me das un minuto, buscaré mi libreta en el bolso y podría anotármela. Tal vez lo incluya en mi próxima novela. —Proseguí en tono burlón.

No recordaba cuándo había sido tan irónica con un desconocido, creo que jamás lo había hecho, ni siquiera con esos hombres que pasaron por mi cama y desaparecieron sin dejar rastros hasta que me tropezaba con ellos de manera casual por Notting Hill. Mi conciencia me asaltó, preparándose para fustigarme, pero su rostro y su mirada intensa lograron que mi piel se erizara, lo que me llevó a terminar con broche de oro mi ataque.

—Un hombre acaudalado se tropieza con una joven en un ascensor, creándose entre ellos un ambiente enrarecido hasta tal punto de que nazca el pánico en ella.

Chasquéé la lengua y lo miré con ojitos de lástima. Ya que estaba haciendo el ridículo, debía hacerlo magistralmente, y al menos logré cabrearlo, pues vi cómo su mandíbula se tensaba. «Punto para el equipo femenino», me dije y me vine arriba con ello. Frunció aún más el ceño, y cuando me imaginé que contraatacaría, no lo dejé.

—Ese estilo de novela es más de temática de suspense e intriga y no me va, lo siento. Si nos permite... —Zanjé y miré a Jack, intentando que se diera cuenta de que era hora de correr a la mesa antes que el hombre me mandara a tomar por saco—. Debemos volver a la mesa y terminar la comida, tengo la firma del libro, ¿recuerdas? —le dije entre dientes y con una sonrisa tan falsa que me dolieron las mejillas—. Y después la entrevista en el programa de televisión, y me gustaría llegar a tiempo a mis compromisos. Buen provecho —culminé a modo de despedida.

—Es un placer conocerla —respondió Hillary con una sonrisa en sus labios—. Y, si se da una próxima vez, traeré la novela que tengo en la mesilla de noche. No es por adularla, pero es una escritora fantástica.

Sonreímos con sinceridad y me alejé a la vez que Jack se despedía. A medida que volvía a nuestra mesa, recobré poco a poco el aire y, sin poder reprimirme, sonreí triunfal.

9

«Algunas cosas tienen que ser creídas para ser vistas».

Hillary

—La próxima vez que desees ser abofeteado por una mujer —comenzó diciendo Hillary, clavando sus ojos en mí, sabiendo que estaba cabreadísimo —, sé más explícito al echarle en cara circunstancias que habéis vivido y que puedan ser vergonzosas.

—Resulta que el déspota y maleducado soy yo —respondí, maldiciendo por esa humillación que acababa de llevarme—. Esa mujer se ha burlado de mí sin disimulo y sin conocerme de nada.

Hillary no pudo más que sonreír, lo que me jodió más. Sabía que no había sido nada discreto, pero, en vista de que Jack nos había dejado en evidencia, fui directo, como solía ser en mi vida y esta mujer salida de la nada, acababa de sacar lo peor de mí dos veces en un día. Hubiera preferido mil veces no estar frente al ascensor cuando se habían abierto las puertas.

Esa mujer debía tener algún problema o, sencillamente, la fama se le había subido a la cabeza.

—¿Marcus? —me llamó Hillary.

—Perdona, ¿qué decías? —Parpadeé para centrarme y la miré.

—No puedo creerlo —indicó, apretando los labios para no seguir riéndose de mí—. Te ha afectado lo que te ha dicho hasta tal punto que has olvidado que me has invitado a comer. —Puse los ojos en blanco, fingiendo que el tema me aburría, y Hillary rio, no podía colarle esa. La puta confianza que existía entre las parejas había sido lo que lograba que me conociera tan bien—. Incluso creo que es la primera vez que una mujer te deja en silencio durante tanto tiempo.

—¡Hillary! —le advertí, cansado de sus burlas—. ¿Por qué no cambiamos de tema, cariño? —le rogué. Llamé al camarero con una mano y se acercó con una botella de vino que el *maitre* nos había sugerido cuando se disculpó. Mientras llenaba las copas, logré tener unos instantes para reflexionar.

Hillary tenía razón, era la primera vez que una mujer aparte de Charlize me había dejado en ridículo delante de la persona que menos hubiera deseado.

—Pensaba que habías limado asperezas con Jack —señaló mi amiga,

tratando de cambiar de tema. No sabía si agradecersele o simplemente mandarla al infierno por girar la conversación hacia el hombre que no era de mi agrado y, además, el causante de que esa loca me soltara esa sarta de tonterías.

—Debo darle las gracias a William, unas cuantas partidas de pádel han logrado ajustar algunas cuentas pendientes. —Hillary bebió un poco de vino, lo que me indicaba que estaba pensando cómo volver a atacar, y eso no era nada bueno para mí.

—Vosotros, los hombres, no cambiáis. Arregláis vuestros problemas a golpes, sin importar de la manera que sea.

La miré, entrecerrando los ojos, esperando que prosiguiera, que volviera aguijonearme. Era mujer y todas, sin excepción, eran astutas y malvadas.

—¿Dónde queda la diplomacia? —insistió.

—Eso sirve para algunos, otros pensamos que un buen golpe es necesario cuando la situación lo pide.

—Entonces May Gohshed te ha noqueado, Marcus.

Sabía que no lo iba a dejar pasar, tenía que fingir que ya no le daba importancia. Comenzaba arrepentirme de haberla invitado a comer.

—Me conoces, Hillary, y sabes que la hubiera fulminado con un par de palabras.

—Pero no lo has hecho, Marcus —contraatacó.

—Eso no implica que no pase más adelante —le respondí, guiñándole el ojo, y la invité a leer la carta.

Jack

«¿Por qué May ha actuado de esa manera tan grosera con Lancaster?», me pregunté mientras volvía a la mesa. Si bien no era un hombre por el que sentía simpatía, tampoco era un capullo desalmado. Las desavenencias de un par de años atrás estaban olvidadas, ambos lo decidimos así y seguimos diferentes intereses, pero me intrigaba la actitud de los dos.

May no solo estaba nerviosa, sino de malhumor, y el aspecto de Marcus era circunspecto a punto de levantarse y gritarle por su grosería. Era la primera vez que la escuchaba ser tan cínica, comenzaba a pensar que lo mejor sería cambiar de mesa y ayudarla a que se tranquilizara.

—¿Qué te parece si cambiamos de mesa? —le pregunté antes que se sentara, pero, sorprendentemente, May se negó.

—Estoy bien —me aseguró—. Lo que me apetece es comer, me muero de

hambre y ningún inglés estirado logrará privarme de ese placer. —Sonreí, había dado en el clavo al describir a Lancaster.

—¿Debería tomarme esa declaración como un insulto? —pregunté para suavizar el ambiente y que se tranquilizara. Me miró por encima de sus pestañas y me respondió con un mohín, volví a sonreír y aproveché para cambiar el tema de inmediato, preferiría deleitarme en la hermosa mujer que tenía frente a mí. Ojos marrones con una boca sensual y que lograba que me diera un tirón cada vez que se pasaba la lengua por los labios, la forma que lo hacía era sumamente atractiva.

Lentamente, como si se saboreaba.

¡Ahí estaba de nuevo ese maldito tirón! Tenía que evitar que viera que comenzaba a empalmarme. ¡Mierda!, ¡mierda! Qué difícil se me estaba haciendo eso de ser su amigo y no terminar de lanzarme de una vez por todas.

No podía negar que estaba celoso, me había llamado poderosamente la atención esa llamada de Roxana sobre un hombre misterioso, y mucho menos había podido digerir que ese hombre fuera Lancaster. No, May no era de esas mujeres que se fijaban en alguien prepotente y arrogante como lo era Marcus Lancaster.

Hacia años había leído un artículo sobre él en el que decían que había dejado su etapa de *gigoló* para centrarse en la cadena hotelera de su familia. Sin ninguna duda, había sido para limpiar su nombre, ya que había escuchado que no había cambiado.

Volví a mirarla, y May me hablaba de la entrevista que le habían hecho en el *New York Herald*. No podía mirarla sin pensar en cuánto la deseaba, era de ese tipo de mujeres que te sorprendía cada minuto que pasaba. Y pensar que había tenido la ocasión de enterrarme en ella, de que esos labios y la forma en la que se saboreaba la hubiera usado para saborearme a mí... ¡Otra vez el puto tirón!

Lentamente, solté aire centrándome en la conversación. Con May tenía tema para largas conversaciones, salidas fantásticas y soluciones para cualquier eventualidad. Esa sonrisa en sus labios, algunas veces inocente, otras llenas de malicia y picardía, junto a sus ojos castaños que reflejaban dulzura, sin olvidar esas pecas aquí y allá, que estaban en el lugar perfecto de su rostro, me tenían comiendo de su mano.

No solía andar detrás de ninguna mujer, pero May era mi debilidad y, por mucho que deseara tratarla solo como mi autora estrella, me era imposible. Me traía de cabeza y empalmado cuando se ponía esos escotes como el de ese

día.

Sabía que debía dejarme de gilipolleces y decirle lo que sentía, pero algo me decía que terminaría siendo un grave conflicto de intereses. En el fondo, era consciente de que era lo que anhelaba. Cuando leí por primera vez su historia, sentí que cada palabra, cada deseo, cada anhelo, eran los que guardaba con recelo en su corazón, y ese hombre que había descrito no tenía ni una mínima pizca de mi personalidad.

10

«Si lo puedes soñar, lo puedes hacer

Walt Disney».

May

A pesar de mantener una conversación amena, me era inevitable echar un vistazo más allá de la espalda de Jack. Trataba de adivinar los gestos de ese hombre que desde aquella mañana había trastocado mi vida.

Y lo que menos deseaba era que se diese cuenta de que tenía cierto interés en saber más de él. La forma en la que nos tropezamos no había sido nada agradable y deseé fustigarme de nuevo por esa curiosidad latente en mí. Si lo pensaba fríamente, solo éramos dos desconocidos que no se volverían a ver, por lo que querer tener más detalles de él era absurdo por mi parte.

Sonreí, simulando que seguía escuchando a Jack. Debía comenzar a tomarme en serio la posibilidad de aceptar que entrase en mi vida.

—Tengo una duda —me dijo Jack—. ¿Debería llamar a los abogados por si Lancaster vuelve a ser atacado por esa May guerrera que acabo de conocer? —No sabía qué responder. Jack me había pillado, lo que me hizo avergonzarme. Era probable que mi amigo se hubiera dado cuenta de que curioseaba por encima de su hombro y por eso me soltó esa indirecta.

«¡May!», me llamé la atención en la mente, «es normal que tenga ganas de ahorcarte ese hombre, ¡le has herido el ego! ¿Qué debes hacer, entonces? Pasar de él y disfrutar del almuerzo con Jack». Y eso fue lo que hice.

Sobre las cuatro de la tarde, Jack decidió llamar a Roxana para darle la tarde libre y acompañarme él mismo a la firma de libros. Según él, quería aprovechar el tiempo para estar a mi lado. No sé por qué, imaginé que esperaba que ese hombre apareciera en la firma. Sonreí en mi mente, eso sería lo último que pasaría, por mucho que se pareciera al de mis sueños.

Disfrutaba de la compañía de Jack, me cuidaba y estaba pendiente de mí, algo totalmente distinto a los hombres con los que había salido, por lo que debía ser agradecida y hacerle notar que él era el hombre que me convenía.

Esa vez todo fue distinto, logré disfrutar con los lectores y sus opiniones sobre otros géneros y me divertí escuchando las sugerencias y lo que se imaginaban para las próximas novelas. Entre fotos, regalos y agradecimientos,

llegó la noche que, lastimosamente, me hizo recordar el compromiso con el programa de televisión.

Tenía apenas media hora para refrescarme, pero lo bueno era que en el canal podía hacerlo, incluso darme una ducha rápida. Con premura, me cambié por un pantalón holgado y una blusa cuyos tres últimos botones dejé que volvieran a jugar con la imaginación y la seducción, junto a unos tacones más altos de lo que solía usar. Pasé a maquillaje y allí dieron vida a mi cara, cansada de viajes y husos horarios.

No podía ignorar mis nervios ante la entrevista televisiva. Era un programa de máxima audiencia, cuya presentadora era muy querida en el país. Pedía mucho a los astros y a todo aquello en lo que podía poner mi fe para que no me diera un bloqueo mental, ya había sido suficiente con lo vivido en la mañana con ese hombre. Resoplé, de nuevo pensaba en él. Debía obligarme a ser realista. «Es fantasía», me dije, «tu personaje no es real».

Una vez maquillada, varios empleados se acercaron para hacerse fotos y que les firmara libros, cosa que, sorprendida, desconcertada y con timidez, hice. Seguía sin poder superar esa ilusión que reflejaban los lectores cuando estaban a mi lado, como si fuera una estrella del rock, cuando yo era una simple joven que había cumplido sus sueños.

Una vez que terminó ese torbellino de personas a mi alrededor, me impacienté por conocer a la presentadora. Quería decirle que me encantaba su programa, a pesar de que en Londres poco se veía, pero había seguido su recorrido desde sus comienzos, y todo gracias a Rosmina, que era su fan.

Ambas coincidíamos en que su manera de tratar a la gente había sido la clave de su éxito.

—¡Hola, May! ¡Por fin te conozco! —Me saludó la presentadora en cuanto se acercó a mí. Me levanté para saludarla al estilo español, con un beso en cada mejilla, costumbre que insistía en hacer notar.

—Gracias por invitarme —le dije con ilusión—. Estaba loca por conocerte —añadí—. Tengo una amiga que es tu mayor fan. De hecho, si no fuera porque vive en Londres, aseguraría que es la mayor fan española que tienes. —La presentadora enarcó una ceja.

—¡Caramba! Me halaga tener una gran fan en el otro lado del océano. ¿Cómo podemos complacerla?

—Qué te parece si le enviamos un vídeo —le indiqué.

—Me parece perfecto.

—Aunque... —miré a la presentadora y sonreí con malicia. De vez en

cuando me gustaba hacerla rabiar—. Después de saludarla, puedes decirle el final de la última película de Los Vengadores. —Ella sonrió de lado.

—Me parece que te gusta sacarla de quicio.

—Algunas veces... —Le confesé y nos reímos a la vez, siguiendo el plan.

Era tarde para Rosmina, para cuando viera el mensaje y me odiara, yo estaría durmiendo con la sonrisa en el rostro. Después de la pequeña broma, respiré con profundidad logrando que Elle, la presentadora, me tomara de las manos para darme la confianza que necesitaba.

—Ya que le hemos hecho la puñeta a tu amiga, he de decirte que la audiencia lectora no me hubiera perdonado si no te invitaba —ambas volvimos a sonreír—. Te explicaré más o menos lo que haremos —prosiguió—. Cuando te llame, saldrás saludando a todos. Al principio, te darán cierto pudor los focos, las cámaras y el público —me explicó y sentí mi estómago contraerse—. Confía en mí —me pidió—. Te ayudaré a entrar en confianza. Participarás en partes del programa donde interactuarás con el público y después te sentarás con nuestro otro invitado, que es una sorpresa para ti —me dijo con una sonrisa pícaro.

Abrí los ojos con exageración y sentí que las piernas me temblaban, no estaba para sorpresas. Intenté imaginarme qué podía ser, pero los nervios me podían y mi mente se quedó en blanco.

«¡Mecachis en la mar!».

—¡Eso es un golpe bajo! —Le reproché antes que me desmayara. Elle rio de lado. «¡Capulla!»), deseé decirle. Se aprovechaba de mis pobres nervios.

—De vez en cuando nos gusta sorprender a nuestros invitados. —me respondió. Por supuesto, no era ella la que tenía pánico a las cámaras y a la que iban a decir repente «¡tengo una sorpresa para ti!»—. ¡Oh, cariño! —me dijo, evitando reírse, estaba segura de que no había pasado desapercibida mi cara de susto—. Tienes que calmarte antes de que me hagas confesar toda la sorpresa. Te diré que en ese segmento será una entrevista en conjunto.

—No sé si has ayudado a tranquilizar mis nervios o a que sufra un colapso ante tanto misterio. —Le confesé.

—Tranquila, May, lo harás genial. Disfruta mucho de la visita al programa. —Me guiñó el ojo y se despidió.

Respiré varias veces y esperé con paciencia, a pesar de que el corazón me latía con fuerza ante lo que sucedería.

Como me indicó Elle, fue llevando el programa y, para cuando estaba más serena, dio paso a uno de mis cantantes favoritos, Adam Levine.^[3] No pude

disimular mi emoción ante la sorpresa.

—Ni en un millón de años hubiera pensado que estaría sentada al lado de Adam Levine —dije llena de ilusión—. Necesito sacarme una foto contigo para recordar que fue de verdad. —Él sonrió, dispuesto a seguir mi broma.

—Y yo, en cambio, tengo un ligero problema —me dijo, poniendo los ojos en blanco—. Cómo no le lleve a casa un ejemplar de tu libro firmado a mi mujer, estaré en un apuro. —Reí junto a todo el plató, logrando que mis nervios desaparecieran.

Ese momento debía recordarlo cada día, estar al lado de mi cantante favorito y tomándole el pelo no volvería a pasar en la vida.

—No sé si pongo a mi agente en un compromiso si le pido que busque debajo de las piedras algún ejemplar —respondí, fingiendo gran preocupación— para dedicárselo a tu mujer, pero, Roxana...

Miré hacia donde estaba que en ese momento quería que la tierra se la tragara cuando las cámaras la enfocaron. Después de aquel día me declarararía la guerra, ya que me había salido totalmente de su planificación.

—Necesito un ejemplar, sería una crueldad que al pobre Adam lo abandonaran por mi culpa, aunque...—Fruncí el ceño y puse morritos mientras que en el plató se volvieron a escuchar las carcajadas—. Creo que tus fans desearían que no apareciese ninguno.

Las risas siguieron y el cámara enfocó a Roxana, cuya cara cambiaba de color cada segundo que pasaba. La siguieron hasta los camerinos. Allí, ella abrió la puerta para sacar de un paquete un libro. En ese momento volvimos a reír y la gente aplaudió a rabiar. El ejemplar llegó a mis manos, fue dedicado y firmado antes de que le diera un abrazo a Adam y siguiera flipando por lo que estaba viviendo.

El público se levantó y esta vez fui yo la que se sonrojó ante tantos aplausos. Elle, observando mi buena recepción, encontró el momento perfecto para seguir con mi entrevista.

—May, sé que nunca te lo han preguntado, pero ¿en qué te inspiraste para crear esta hermosa historia?

Reí dando mi respuesta habitual, esta vez con la espontaneidad de la tarde. Elle siguió con más preguntas y hasta leyó un fragmento importante de mi novela.

—«¿Quieres que te sea sincero? Sigo pensando que el amor no es un cuento de hadas, pero... ¡Oh, demonios! Me es imposible seguir ignorando que te quiero cuando lo dudas, te quiero cuando tu silencio me dice que

estás a gusto a mi lado. Cuando te quejaste de que tus malditos zapatos nuevos se estropearon por correr bajo la incesante lluvia mientras tratabas de llegar a tiempo a nuestra primera cita, te quiero cuando te tengo lejos, sin poder tocarte. Amo tu sonrisa dulce cuando te cuento esos chistes estúpidos y te juro por Dios que no me alejaré. Vale la pena levantarse cada día para vivir junto a ti».

El público aplaudió y volví a ruborizarme. Elle sonrió y prosiguió con el programa.

—Me he estado preguntando, ¿alguna vez te hicieron esa declaración? La mayoría de las escritoras tienen un prototipo, ¿te atreverías a describirnos cómo es para ti este perfecto protagonista?

Sonreí, intentando disimular y mordiéndome el labio, esperando que continuara con la pregunta a la vez que construía con rapidez una respuesta creíble. No estaba ante cualquier presentadora, era Elle y cualquier palabra que dijese podría empujarla a seguir indagando en qué había realmente detrás de mi historia.

—Cómo lo describes en la novela es difícil pensar que no exista: mandíbula bien marcada, esa simetría que tiene en su rostro, un cuerpo atlético sin llegar a ser musculoso, una mirada oscura dentro de unos iris azules que parece que te llevasen directa a la perdición... —Reí y mis nervios comenzaron a jugar con mi mente, haciéndome recordar a ese hombre con el que me había tropezado. Me maldije mil veces por eso, porque no era el momento de recordarlo, de pensar que era calcado.

Mi respuesta no complació del todo a Elle, pidió la opinión al público, que comenzó a gritar, reafirmando lo que había dicho la presentadora. Y yo quise en ese instante que algún hacker se adueñara del directo y cortara la retransmisión, pero esa suerte no la tendría.

—Vamos a seguir —indicó Ellen—. Lo que os voy a leer es lo mejor: la espalda ancha, junto a unas manos con dedos alargados de lo más habilidosos... Y lo mejor todo es la voz, según lo descrito, una voz grave, rasposa, profunda y varonil que dejaba a la protagonista varias veces sin habla, cuando gemía escuchando lo que deseaba hacerle al oído —me miró fijamente y comprendí lo que vendría a continuación.

—¿Taylor existe de verdad?

«Hay mejores cosas por delante, que las que dejamos detrás

C.S.Lewis».

Marcus

Después de un almuerzo que había comenzado desagradablemente, el resto de la velada cambió. En un principio, había perdido el tiempo pensando en esa loca novelista con la que me había tropezado en la mañana, por lo que decidí dedicarle el resto de la velada a Hillary, que para eso la había invitado.

Sin embargo, la tarde pasó a ser tediosa, la conferencia con varios gerentes sobre los informes mensuales se extendió más de lo que creía por inconvenientes que no me esperaba, asumiendo que en cuanto regresara a Londres tendría que reunirme con el departamento de administración de proyectos, un departamento que me ponía obstáculos constantes al tener el apoyo de mi querida hermana.

En cuanto regresé a la suite familiar para centrarme en los asuntos de Londres, encontré un correo electrónico bastante incómodo de parte del gerente del hotel en las Islas Canarias en el que la empresa tenía acciones.

Deseé llamarlo para que me explicara mejor el inconveniente generado por Ethan, pero era demasiado tarde para hacerlo. Me quité la corbata y la americana, así como también los zapatos, dejando por este día a Marcus Lancaster, el empresario. Quería ducharme y lanzarme a la cama para dormir hasta el día siguiente, pero no fue posible, mi móvil vibró, mostrando la llamada entrante de Hillary.

—No es conveniente vernos dos veces el mismo día —le dije para hacerla rabiar un poco.

—Deberías encender la tele y dejar de lado proposiciones indecorosas —contestó Hillary con ironía—. Es interesante lo que estoy viendo.

—Dime que no me has llamado para que vea la tele —le hice saber y la escuché reír.

—Créeme —insistió—, es muy interesante. —Fruncí el ceño y lo primero

que me vino a la cabeza fue Ethan. Deseé que no fuera un escándalo, estaba demasiado cansado como para ponerme a hacer llamadas e interceder. Encendí el televisor, buscando el canal que me había indicado, y lo primero que vi fue a la novelista.

—Me parece una broma de mal gusto —espeté. Lo que menos imaginaba era que tuviera que ver con esa mujer—. Me interesa muy poco lo que haga. —Hillary gimió de impaciencia y no comprendí su actitud.

—¿Por qué no escuchas lo que acaba de decir? —insistió de nuevo—. Con los televisores de alta gama que tenéis en vuestra cadena hotelera—añadió con sarcasmo—. Te sugiero que retrocedas con el mando, y no una vez, sino varias, en el caso de que tu mente cerrada siga enfrascada en lo que sucedió durante la comida. Espero que no sea así, o será difícil que comprendas y termines creyendo que es una de esas frases que pululan por internet. —No entendía nada de lo que quería decir y estaba cansado para adivinanzas y tonterías.

—Hillary, cariño—le dije con la poca paciencia que me quedaba—. La vida de esa mujer no me importa para nada, incluso si en un futuro algún medio de comunicación llevara a la pantalla alguna de sus novelas. —Sin saber por qué, volvió a reír.

—Estás en plena libertad de seguir mi consejo o no —concluyó, dejando que la intriga naciera—. Un beso, y te espero dentro de dos meses en mi boda.

—Buenas noches futura señora Miller.

Dejé el móvil en la mesilla de noche y me fui a la ducha. Al salir del baño, me di cuenta de que la tele seguía encendida y, no pude evitar que la curiosidad me venciera. Retrocedí hasta llegar a la entrevista a May Gohshed, me senté para saber qué era eso tan importante que Hillary quería que viera.

—¿Existe de verdad? —preguntó la presentadora. Noté que se le borró la sonrisa y volvió a palidecer.

—No —se apresuró a decir—. A pesar de que puedes desearlo con fervor y soñar que cualquier día te toparás con él, te das cuenta de que es improbable que llegue a hacerse realidad.

—Es decir, ¿alguna vez existió en tu vida? —volvió a preguntar la presentadora.

—Solo en mi imaginación —contestó con seguridad—. No con esto quiero desilusionar a ninguna de mis lectoras. Nunca se sabe, el destino es impredecible.

La presentadora la aplaudió, pero yo no encontré sentido a lo que acababa

de decir, por lo que retrocedí varias veces en esa pequeña conversación, tratando de comprender qué quería decir. Al no encontrar nada, llegué a la conclusión que Hillary me había tomado el pelo recordándome cómo esa mujer me había dejado como un auténtico imbécil en el restaurante. Apagué el televisor y me fui a dormir, pero al cabo de diez minutos el móvil volvió a vibrar. Estiré el brazo y vi que era Ethan, por lo que lo ignoré.

Estaba cabreado con él para escuchar sus batallitas. Sin embargo, insistió tres veces más. Suspiré en alto, maldiciéndolo, debía ser bastante grave el problema en el que estaba metido.

—Es tarde en Nueva York, Ethan, para tener que resolver tus líos de faldas —respondí con brusquedad.

—Marcus, debes volver a Londres —me dijo, ignorando mis palabras—. Anthony está en el hospital... y de esta no sale.

—Entiendo —dije, evitando mostrar cualquier tipo de emoción—. Buscaré el primer vuelo que salga mañana.

—¿Mañana? Qué es el abuelo, ¡joder! El que te sacó de la miseria, no sé para qué tiene la familia un puñetero avión privado en un hangar de Nueva York si pasas de utilizarlo.

Deseé darle un puñetazo, no tenía derecho a echármelo en cara. Recordaba cada día todo lo que había hecho Anthony por mí y me sentía frustrado al no saber qué había pasado. Conociendo a Ethan, apenas sabría nada, por lo que no me quedaba de otra que llamar a Richard Green, el albacea de la familia.

Era el único que me daría detalles y a quien podría mostrar mi preocupación.

—Ya hablaremos —le indiqué para finalizar la llamada.

—¿Eso es todo? —me preguntó sin creer mi respuesta—. ¡Cada día te pareces más a tu padre! ¡Qué te den! —Y colgó.

Ethan solía ser intenso. Estaba seguro de que la situación lo había traspasado, así que era mejor no discutir, prefería darle un puñetazo en cuanto estuviera frente a frente. Abrí el navegador del teléfono para buscar el primer vuelo a Londres.

Aunque tenía razón, con una sola llamada el avión de los Lancaster estaría listo, pero me había prometido evitar todo lo posible las excentricidades de la familia. Lo único que me preocupaba era que fuese grave por lo que marqué el número de Richard.

—Hola, Richard —lo saludé en cuanto respondió la llamada—. Ethan acaba de avisarme. ¿Tendré tiempo para verlo por última vez?

—Hola, hijo, esperaba tu llamada —respondió el hombre—. Te seré sincero, el médico ha dicho que, debido a su edad, todo puede suceder. Eso no significa que te debas preparar para lo peor. —Solté una bocanada de aire, sintiéndome un poco más tranquilo—. Aun así, creo que es momento de que charlemos, antes que Charlize comience a hacer movimientos.

—Charlize debe tener ya otro albacea redactando un testamento —dije con ironía—. He comprado el billete para salir en el primer vuelo dentro de unas horas.

—Muy bien, llámame en cuanto llegues a Londres.

—Lo haré —le dije a modo de despedida y colgué. Me llevé las manos a la cara, cuando mi vida estaba mejor encaminada, el destino quería arrebatarme mi mayor apoyo.

12

«Para que nada nos separe, que nada nos una

Pablo Neruda».

May

Los productores del programa me dieron la enhorabuena por mi participación. La audiencia que había cosechado había batido récords, por lo que Jack me invitó a tomar una copa para celebrarlo. Nos acercamos a un bar de moda y allí olvidamos ese día entre risas y bromas. Vi a Jack mucho más resuelto y dispuesto a dar el paso y, sinceramente, no me importaba dejarme llevar, por lo que le seguí el juego, hasta que mi móvil comenzó a sonar.

—Hija, llevo un rato intentando comunicarme contigo —me dijo mi madre.

—¿Ha pasado algo grave? —pregunté, mirando mi reloj y calculando la hora en Canarias.

—Sí, May —suspiró con dramatismo—. Tu abuelo Leopold y yo viajaremos a Londres en las próximas horas.

—¿Cómo? —En la primera persona en la que pensé fue en Rosmina, le había sucedido algo— ¿Rosmina está bien?

—Es Anthony, mi niña, está muy enfermo.

—¿Qué? —Me levanté, olvidándome de todo, para salir del lugar y poder escuchar mejor, no podía creer lo que pasaba.

Conocía a Anthony desde pequeña, él y mi abuelo Leopold mantenían una bonita amistad de muchas décadas, su historia se remontaba desde la Segunda Guerra Mundial. Leopold era un joven de unos diecisiete años cuando ayudó al inglés a huir en un momento crucial. Anthony, con apenas veintiún años, se había alistado, como muchos burgueses de su época y, después de comandar varios, pelotones cayó herido en un punto del eje.

Leopold y su padre, un campesino, escucharon ese intercambio de disparos y corrieron a ayudar a los heridos, como lo habían hecho en un par de ocasiones cuando colaboraban con la resistencia. Esa vez se jugaron el cuello para poder poner a salvo al oficial Lancaster.

Al terminar la guerra, Anthony regresó al continente con el único propósito de encontrar a ese joven que lo ayudó a sobrevivir. Entre tanto caos, logró

ubicarlo en una población cercana. Allí no solo encontró un joven consumido por el hambre y la destrucción, sino también atemorizado por vivir escondido, la resistencia lo había ayudado ante la evidente amenaza de acabar como prisionero en un campo de trabajo de la Alemania del Este.

El inglés se había lamentado de no habérselo llevado cuando logró escapar, por ello tenía una deuda pendiente que debía saldar. Le pidió que se fuera con él, ayudándole así a recuperar una vida normal y a encontrar el futuro que se merecía. Desde ese instante, Leopold estuvo bajo su ala, hasta que el joven alemán sintió el deseo de seguir adelante y conocer mundo.

Aunque solo llegó a España, a unas Islas en medio del Atlántico junto a África, donde se topó con una hermosa joven de la que se enamoró y por la que se quedó hasta la fecha. A través de sus cartas, Leopold le hablaba maravillas del lugar y, cada vez que podía, lo invitaba a visitarlo. Anthony, picado por la curiosidad, aceptó. El joven alemán le contó un sueño que se esforzaba día a día para cumplir, un sueño que no descansó hasta lograrlo.

Ese sueño era el de construir un hotel rural. Los años siguientes, el inglés se convirtió en un asiduo cliente, que disfrutaba de un paraje natural entre el mar y la montaña que les aportaba la vitalidad que necesitaban él y su mujer.

—¿May? —me llamó mi madre desde el otro lado de la línea.

—¿Y cómo está?

—Si te refieres a tu abuelo, no te mentiré, serías un gran apoyo —me confesó—. Sabes que solo nos tiene a nosotras y a tu hermano. Aaron no puede acompañarnos, el hotel está a tope. Además, es mejor que se quede al lado de su padre. Hemos recibido otro email en el que anunciaba que en los próximos días vendrían a inspeccionar El Secreto de los Gohshed y nos tiene de los nervios —dijo compungida—. A veces me arrepiento haber accedido a que fueran accionistas del hotel.

—Mamá, fue decisión de Leopold—le recordé.

—Lo sé, pero eso no impide que esté muy preocupada —repuso—. Jonay ha tenido que llamarlo para contarle lo que hizo ese otra cabeza hueca. Esa familia va a arruinar nuestro hotel, estoy segura de que es su intención —concluyó con dramatismo.

—Dudo que eso llegue a pasar —le respondí, pensando que exageraba—. No te agobies mamá, buscaré el primer vuelo y estaré lo antes posible en Londres.

—¡Ay, mi niña! Me quitas un peso de encima, y no creas que exagero —me advirtió—. Su albacea llamó y nos dijo que Anthony deseaba que

estuviéramos allí, incluso pagaría nuestra estancia en Londres. Le dije que no se preocupara, ni se me pasó por la cabeza decírselo a tu abuelo Leopold, no le gustaría nada.

—Mamá —la llamé ante esa idea que se le había metido en la cabeza—, no creo que se lo tome a mal. Quizá se ha enterado de que no estoy en Londres y por eso no quiere que os agobiéis por no tener dónde pasar la noche. Enseguida busco un billete.

—¿Qué ocurre May? —me preguntó Jack. Hasta ese momento no me había dado de cuenta que estaba a mi lado. Tapé el altavoz del móvil e intenté fingir que estaba tranquila, Anthony era muy importante para mí. Días antes habíamos hablado por teléfono y me deseó la mejor de las suertes. Jack se acercó aún más y con el pulgar me secó una lágrima que se me había escapado.

—Debo volver cuanto antes a Londres—le hice saber con pesar.

—Llamaré a Roxana de inmediato —dijo sin preguntar el porqué—. Le pediré que encuentre asientos en el primer vuelo y que alguien pase a por vosotras al llegar a Londres.

—¿Harías eso por mí?

—Haría cualquier cosa por ti —me dijo, sonriendo con tristeza.

Y yo sabía que era cierto, sabía que me quería más que como a su simple escritora estrella y ahí estaba el problema. Yo nunca podría cumplir sus expectativas y eso comenzaría a frustrarme. Le tenía un gran afecto a Jack, teníamos tantas cosas en común que temía que darle esperanzas terminase rompiendo esa armonía que existía entre los dos. Jack sacó su móvil del bolsillo, marcó y escuché el nombre de Roxana en cuanto se alejó.

—¿May? —volvió a llamarme mi madre—¿Con quién estás?

—Con Jack.

—Ahora lo comprendo —dijo con sorna—. Eso que ha dicho es una clara muestra de sus intenciones, algo así como meterse en tu cama —añadió sin delicadeza alguna.

—¡Mamá!

—No entiendo por qué no terminas de aceptar a ese hombre; es guapo, interesante...

—¡Mamá! —volví a reprocharle—. No es momento para esta clase de conversaciones —añadí, con cierta vergüenza porque fuese tan directa—. Le dejaré un mensaje a Rosmina para que pase a por vosotros hasta que yo llegue a la ciudad —añadí para cambiar de tema, eran cerca de las tres de la mañana

y no estaba yo para hablar de temas tan profundos.

—Nos encantará volver a verla —indicó con entusiasmo—. Y, ya que te quedan unas horas en Nueva York con ese machote, aprovecha y usa la cama del hotel.

—¡Mamá! —No era nada grato tener esas conversaciones con ella, me sentía como si acabara de retroceder unos años, a esa época en la que me decía «si no quieres un chiquillo, usa bien el forrillo».

No se justificó, al contrario, me ignoró deliberadamente hablando con a saber quién.

—Jonay dice que debería descansar, pero estoy tan preocupada por tu abuelo que me cuesta dormir, así que iré a por una taza de té. Un beso, mi niña guapa.

—Hasta mañana, mamá —le dije a modo de despedida.

Jack me acompañó hasta la puerta de la habitación y allí nos despedimos con un cálido abrazo, prometiéndonos vernos en cuanto él regresara a Londres.

Entré a la habitación apesadumbrada, Anthony era el hermano que había ganado mi abuelo después de perder a toda su familia. Abrí el grifo para refrescarme la cara, pensando en lo mucho que me había ayudado. Después de graduarme me había sido difícil conseguir trabajo hasta que él encontró varios cursos sobre comunicación que podían mejorar mi experiencia, por lo que la tentación de irme a Reino Unido para hacerlos y perfeccionar el idioma que desde pequeña escuchaba junto al alemán en casa. Leopold se lo contó a Anthony y de inmediato se ofreció a brindarme apoyo.

Rosmina me siguió con la excusa de vivir aventuras. Una vez que logramos inscribirnos, después de pasar varios meses de entrevistas, Ella me empujó a que enviase el primer manuscrito, y antes de hacerlo le confesé a Anthony mi pequeño secreto. De inmediato insistió en que me arriesgara y me aconsejó, que, ante cualquier duda, acudiera a él para que nadie me engañara y destrozara mis sueños.

Escuché el móvil, lo busqué en el bolso para sacarlo y vi que tenía varios mensajes, entre ellos el que más me interesaba, el de Roxana indicándome que había logrado cambiar el número de vuelo.

Lamenté no poder quedarme unos días más para pasear por el Central Park o ir por la Quinta Avenida, como lo había hecho la primera vez que había venido, sin ser aún tan conocida y con esa esperanza que algún día el amor tocaría la puerta de mi corazón.

El sonido del móvil me hizo reaccionar, me había quedado dormida al

pensar en todo lo que había hecho Anthony por mí. Me sentía sumamente cansada, y no era por ese día de emociones.

Me duché con rapidez y saqué del equipaje un vaquero, unas botas y una camiseta junto a un jersey. Antes de ponérmelo Roxana ya estaba tocando la puerta para saber si estaba preparada. Una vez en el avión, la auxiliar de vuelo me dio una cordial bienvenida. Roxana se dirigió a su asiento a la vez que otra azafata, al reconocermelo, me indicó con entusiasmo cuál era el mío.

Alcé la vista y vi pasar mi vida como una película en blanco y negro. Ahí en esa misma fila, junto a la ventanilla, estaba ese hombre que se había colado en mis sueños sin permiso. El hombre que me había llamado ladrona y me había hecho sentir tan incómoda en el restaurante.

No, no, se estaba convirtiendo en una costumbre el encontrármelo, definitivamente, era una especie de karma.

«¿Qué hace en este vuelo?», me pregunté. Di un paso atrás, tropezando con la auxiliar.

—Disculpe —le dije, pasándome la lengua por los labios, nerviosa—. ¿Está segura de que es mi asiento?

—Por supuesto, señorita Gohshed

—Creo que no —respondí, tratando de persuadirla. La auxiliar dudó y me pidió el billete para revisarlo de nuevo.

—Es su asiento —me repitió—. ¿Tiene algún problema? —preguntó alzando una ceja—. Le sugiero que se siente, en breve comenzará el protocolo habitual de emergencia.

Mis piernas iban a ceder en cualquier momento. Al verme en esa tesitura, con pasos lentos fui acercándome a lo que creí que era lo más parecido a una guillotina.

«¿Por qué demonios dejo que este hombre me afecte de esta manera?», me pregunté deteniéndome. Levanté el mentón, metiéndome en la cabeza que no tenía que sentirme así, no me dejaría amedrentar por nadie, y me dispuse a sentarme.

Podía ser el hombre con el que siempre había soñado, pero era un simple sueño y yo una mujer sensata y realista, por lo que ningún idiota haría que me sintiera menos que él. Bajó el periódico, posando su intensa mirada en mí. Evité girarme y fingí ponerme el cinturón, aunque los nervios comenzaban a jugarme una mala pasada, no quería que lo llegase a notar

—¿Qué diablos hace May Gohshed a mi lado?! —exclamó.

Apreté los dientes con ganas de darle un guantazo. Sabía que no era de su

agrado, sin embargo, decirlo de esa manera era como si tuviera la peste o alguna enfermedad contagiosa. Respiré con profundidad y me giré.

Lo observé con una ceja levantada, no era el primero que se hacía esa pregunta, yo también me la había hecho, pero en silencio y no había sido tan grosera, ni mostraba ese menosprecio como seguía haciéndolo él, frunciendo el ceño y parpadeando sin parar.

Deseaba darle una patada en los huevos por ser tan gilipollas. Y pensar que era calcado al hombre que siempre había anhelado...

«¡Vaya mierda con el destino y sus putadas!», pensé.

Sonreí para mis adentros, no me iba a quedar con esa, no me gustaba perder tan fácilmente. Se la haría pagar. Volví a mirarlo, esperando que se atreviese a decir algo para yo responderle de la misma manera, pero seguía con esa cara de desconcierto, como si yo no fuera digna de ir en clase *business*. ¿Quién se creía? Ni que el avión fuera suyo. Sin más, comencé a reírme, maldiciendo al destino por hacerme pasar por esa situación.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —inquirió con una mirada intimidatoria que tal vez creyó que me amedrentaría. Al contrario, me tapé la boca antes de carcajearme, mientras él seguía con un semblante serio. Tenía ganas de decirle que iba a gritar al resto de los pasajeros que comenzaba la apuesta de cuánto tardaría en saltarme a la yugular, pero decidí mantener la paz, sobre todo al recordar que unos puestos detrás estaba Roxana y que podía darle un yuyu ante el revuelo que hubiera generado.

—Yo también me hice esa pregunta cuando te vi sentado —le dije con el mismo tono de voz que había usado el muy engreído.

—¿Qué pregunta? —inquirió malhumorado. No pude evitar que la sonrisa se me volviera a reflejar en los labios.

—La que acabas de formular —respondí con burla. Él levantó sus cejas, meditando hasta que se dio cuenta de su error.

—¡Joder! —exclamó, maldiciendo en murmullos.

No pude evitar reírme. Me observó de reojo, me estaba metiendo en problemas, lo sabía. Pero esta vez me equivocaba, sus labios se curvaron. Respiré con profundidad antes de claudicar, me era difícil entablar una conversación con él cuando solo a mi mente venían las múltiples imágenes que había escrito sobre encuentros de este tipo.

Era necesario que tomase el control de la situación y de mis emociones. Gracias a que estaba sentada podía disimular el manojito de nervios en que se había convertido mi cuerpo, sin contar con que en el momento que él había

sonreído mi corazón se había acelerado. Tenía una sonrisa muy bonita, unos dientes blancos y perfectos, junto a ese hoyuelo en el rostro que le daba un aspecto tan singular.

Tenía que hacer algo, era un largo viaje y se suponía que debía ser tranquilo.

—Sé que no soy de tu agrado —comencé diciéndole—, pero creo que lo mejor es tolerarnos durante las horas que nos quedan —le sugerí.

Él levantó una ceja, fijando de nuevo su mirada intensa en mí.

*«Hay que tener siempre un frasquito de realidad
para sueños imposibles».*

Marcus

Leía el periódico, revisando el mercado bursátil internacional, cuando sentí llegar a mi compañero de vuelo y acomodarse haciendo más ruido del normal. Había tenido la esperanza de que pudiese ir solo todo el viaje y no iba ser posible, por lo que opté por ignorar a fuese quien fuese.

Apenas había podido dormir y no estaba de humor. Cerré los ojos para despejar la mente, debía estar centrado para lo que pudiera encontrarme en Londres, con Charlize asumiendo que la empresa era ya de ella, a pesar de la preocupación de tener a Anthony en el hospital mi mente recordó a esa mujer que había salido de la nada.

Solté aire, frustrado, era irónico pensar en ella cuando estaba seguro de que no volvería a verla en la vida. Escuché la campanilla de seguridad indicar que ya estábamos en velocidad de crucero y decidí que era momento de trabajar un poco. Bajé el periódico para buscar el portátil, de reojo una melena castaña había hecho un movimiento un tanto brusco que me llamó la atención.

—¿Qué diablos hace May Gohshed a mi lado?! —exclamé sin sutileza alguna. Ella me ignoró, aunque los gestos de sus manos demostraron que le había molestado mi comentario. No podía creer que fuéramos en el mismo vuelo y uno al lado del otro.

Se giró hacia mí y nos miramos el uno al otro, esperando que alguno volviera a pronunciarse. La vi fruncir el ceño, apretar los dientes y volver a unir el entrecejo hasta que soltó aire y comenzó a reírse. No estaba muy seguro de qué, pero intuía que era de mí.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Yo también me hice esa pregunta cuando te vi sentado.

—¿Qué pregunta? —pregunté sin rodeos.

—La que acabas de formular —respondió con burla. Medité su respuesta sin saber a qué rayos se refería hasta que me di cuenta de que me había tomado el pelo y había quedado de nuevo como un idiota.

—¡Joder! —Solté y, sin disimulo alguno, se rio. Risa que me contagio, al fin y al cabo, había hecho el idiota. Me gustaba cómo sonreía con cierto aire de inocencia y picardía, esa que me indicaba que debía tener cuidado con cualquier cosa que se le llegase a ocurrir, que me llevó a recordar el contoneo de sus caderas y a, sin darme cuenta, miré el escote.

«¡Maldición!»». Dejaba entrever parte del sujetador, logrando que imaginaras la redondez de sus pechos. Debía pensar en algo de inmediato que alejara cualquier pensamiento morboso que tuviera que ver con ella, y lo primero que me vino a la mente fue el cabrón de Ethan y lo que hubiera dicho si estuviera en mi lugar: «¡vaya tetas tienes, May!»».

Supe que mi cerebro no iba a colaborar en mantener la distancia prudente. Sabía que todo era mi culpa, que debía enfrascarme en el trabajo y dejar de lado las relaciones. No es que no tuviera encuentros, los tenía, pero no eran prioridad en esos momentos.

—Sé que no soy de tu agrado —me dijo, logrando llamar mi atención de nuevo.

Había dado en el clavo, no era de mi agrado, pero eso no impedía que tal vez cualquier tontería que me llegase a decir me ayudase a no fijarme que era muy guapa, y no solo fue mi cerebro, mi polla también decidió intervenir, dándome un tirón. Eso no era nada bueno cuando estaba más que acostumbrado a tratar con mujeres exuberantes—, pero creo que lo mejor es tolerarnos durante las horas que nos quedan.

Sonreí. Quería paciencia, así que más le valía no tentarme. La miré con intensidad, tratando que pensara en que no le convenía ese acuerdo conmigo y me dio la sensación de que con ella no surgía efecto esa mirada que muchos temían. Era eso o comenzaba a ablandarme.

No, no era ninguna de las anteriores y, sin más, volví a mirar su blusa, su escote y lo que dejaba entrever de su sujetador, sintiendo la necesidad de arrancarle los botones para tocarle y lamerle las tetas.

—¡Maldita sea! —murmuré y, antes que me preguntase nada, vimos la sombra de una persona a su lado.

—Disculpe —le dijo la auxiliar de vuelo—. Su asistente le ha enviado esta nota. Me sugirió consultar al capitán si daba el permiso y él accedió.

La vi confundida ante esa información incompleta, tomó la nota y, al leerla, hizo un gesto un tanto disimulado de incomodidad.

—Le agradezco al capitán que accediera a —le respondió mirándola a los ojos, pero, por mucho que trataba ser cordial, el tono de voz no lo era—.

Lamentablemente, la gira promocional ha terminado y no es momento para molestar a otros pasajeros a los que no les interesa saber que hay una celebridad en su vuelo.

La joven azafata no supo qué responder, por lo que se limitó a sonreír y prosiguió con su trabajo. En cuanto escuché la palabra «celebridad» toda esa lujuria que había nacido desapareció al recordar mi pasado, por lo que no pude creerle.

A todos los personajes públicos les encantaba ser el centro de atención, eso de que no quería molestar al resto de los pasajeros lo decía para hacerse la importante. Por poco había caído en su trampa seductora. «La falta de sexo me están pasando factura», concluí.

Saqué mi portátil para comenzar a trabajar y olvidar a la famosa novelista y su cuerpo que, por alguna extraña razón, comenzaba a ser deseoso para mí.

—Sé que tienes un mal concepto de mí —me dijo—. Y no creas que lo que dije es por ti, si estuviera en el lugar de alguno de los pasajeros me irritaría a tanto revuelo. —Hizo un breve silencio, no sé si esperando que me girase y le respondiera, pero no iba a caer en esa conversación en la que terminaría teniendo la razón cuando le hiciera bajar los pies a la tierra—. Satura ver que todos los medios de comunicación hablan de esa joven que ha cosechado tanto éxito —prosiguió con su verborrea sin sentido, y yo tratando de ignorarla—. Y que coincida en tu mismo vuelo de casi diez horas y que la gente se levante para tomarse fotos o pedirle autógrafos... terminaría con la poca paciencia que les queda.

Suspiré en alto, por esta vez tenía razón y me dio la sensación de que no disfrutaba de su éxito. Me giré y la observé, mantenía un jugueteo continuo con sus dedos, señal obvia de nerviosismo. Dudé en volver a centrarme en mi portátil para seguir trabajando, pero lo que menos me imaginé era que ese joven consecuente y solidario que había dentro de mí y que pocos conocían quisiera controlar la situación.

No era conveniente que saliera en esos momentos, si me dejaba llevar, me traería consecuencias.

—Eres muy dura contigo misma. —Le dije finalmente. Estaba seguro que me metería en problemas.

—No, no lo soy —me respondió sin titubear—. Intento estar en el lugar de los demás y no es agradable.

—¿Qué sabrás si el avión viene repleto de seguidores tuyos o no? —repuse, animándola. Ella sonrió de nuevo y me gustó verla hacerlo, comenzaba

a liarme la cabeza.

—Espero que no —me indicó—. Necesito desconectar.

¿Desconectar? Era la primera vez que escuchaba a una persona que alcanzaba la fama, decir que necesitaba desconectar.

—Hubiera jurado que te gustaba toda esta parafernalia —le dije sin rodeos—. Todo lo que pasó ayer me dio a entender precisamente eso.

Sé que era un golpe bajo por mi parte, pero necesitaba que saliese esa May Gohshed que se había atrevido a dejarme en ridículo.

—¿Quieres que sea sincera?

—Creía que lo eras —respondí sin sutileza alguna—. Has iniciado esta conversación con suposiciones de lo que crees que debo estar pensando y no soy un juez, simplemente observo el comportamiento de las personas y los hechos. —En seguida frunció el ceño, sabía que mi respuesta no le iba a gustar, por lo que evité curvar los labios, me gustaba lograr desmontar a esa mujer dura que había querido aparentar ser el día anterior. «Punto para mí».

—¿Así que crees que conoces a las personas por su comportamiento? —me preguntó con ironía, y de nuevo evité reír, mostrando mi semblante pasivo y negando con la cabeza. Frunció aún más el ceño y, a pesar de que pensaba que le ganaba la batalla, prosiguió. Era una cabezota de mucho cuidado—. Si eres capaz de juzgar a las personas por sus respuestas eres un ruin —me dijo con un tono que me dio a entender que estaba ofendida. Quería reírme a carcajadas y echarle en cara que tenía que esforzarse por endurecer esa máscara que se había construido, tal vez yo pudiera darle consejos para hacerlo—. Dime, ¿he acertado? —me dijo a modo de reto—. Y antes de que me respondas, te diré que solo estaba intentado transmitir las sensaciones que podían tener los demás. —La interrumpí antes de no poder evitar mis carcajadas.

—Creo recordar que escribes, ¿cierto? —Tensó la mandíbula, porque sabía que me estaba burlando de ella con descaro—. Tu silencio me da la razón. Ya que estamos hablando con sinceridad, voy a ser franco —le dije—. Escribes fantasías, no la realidad. —Apretó tanto la mandíbula que, por un momento, temí que se transformara en algún animal salvaje.

En ningún momento pensé que esta conversación terminaría a mi favor y podría vengarme por nuestro último encuentro.

—¿Qué hay de malo escribir historias de amor? —me respondió, ofendida. No pude fingir más y curvé los labios y ese simple gesto supe que había herido su ego.

—¡Es fantasía! —aguijoneé solo para molestarla—. La realidad es dura y no de color de rosa como quieres pintarla. —Soltó aire, indignada, y me reí mentalmente.

Esperé otra respuesta por su parte, sin embargo, los gestos que hizo con el rostro me sobrepasaron, sobre todo el de su boca. ¡Joder! Esos labios me estaban tentando a mordisquearlos. Si ella supiera lo que realmente comenzaba a apetecerme, me soltaría un guantazo, y todo era por su culpa, por la conversación que había iniciado.

—¿Sabes qué creo? —repuso, mirándome con desafío—. Nunca te has enamorado y por eso crees que tienes razón. Pero no la tienes.

Volví a reír a su intento de ganar el pulso, descubriendo que no le gustaba perder y acababa de toparse conmigo. Solía mantener alejada a este tipo de mujeres que exasperaban a los hombres. Cuando no era con su verborrea, era eso de la supremacía y todas esas mierdas que me desesperaban. Respetaba a las mujeres, a pesar de que mi enemigo más fuerte fuera una, tenía claro que sin ellas no éramos nadie, no solo nos daban la vida, también nos enseñaban a luchar a diario por sus metas.

Todo ello lo aprendí cuando trabajaba como empleado en los hoteles. Las múltiples camareras de limpieza, administrativas, las chefs del consorcio hotelero me lo demostraron y, en consecuencia, hoy intentaba ayudar a que todas ellas tuvieran los beneficios que les correspondían.

—Soy realista y práctico —respondí, provocándola mucho más.

Volvió a fruncir el entrecejo y se puso de morritos. De nuevo otro tirón en mi polla que me llevó a removerme en el asiento. ¡Maldita fuera! Si supiera lo que estaba provocándome... Volví a reírme al darme cuenta de que los dos estábamos pasándola mal, ella enfadada por mis respuestas bastante desagradables y yo por sentir como me estaba empalmando cada vez más por ver su boca torcerse de esa manera.

—¿Te estás riendo de mí? —me preguntó de mal humor.

—Por supuesto que no —repuse, apretando los labios. «Si te contara la verdad, armarías un escándalo enorme al pensar que te habías sentado junto a un salido». Debía pensar en algo antes que notase mi bulto—. Te doy un ejemplo —proseguí, tratando de tomarle el pelo y que soltara cualquier burrada para que mi excitación bajara de golpe—. Imagina que en una de tus historias los protagonistas se conocen en un hotel.

«¡Joder! Ahora sí que la he cagado» pensé. De todas las cosas que me había imaginado tenía que referirme al hotel. El cansancio podía conmigo,

pero debía seguir, ya que, por lo que intuía, el momento divertido se acabaría pronto.

—De la nada se enamoran locamente, sin importar la historia que tienen detrás, apostando todo lo que tienen. —La miré con una ceja levantada, fingiendo superioridad—. Si nos vamos al día a día, a la realidad de cualquier persona que está en este avión, eso es imposible —le hice saber—. ¿Cómo pueden enamorarse tan rápido? ¿Y si él es un asesino en serie o ella una secuestradora? —Esperé su respuesta de inmediato. Sin embargo, no la obtuve, estaba tan sorprendida que no sabía qué decir. Creía que había perdido esta mano del juego, pero, para mi desgracia, me gustaba verla meditando, por lo que en vez de bajar mi excitación la aumentó.

—¡Eso es muy rebuscado! —me indicó, defendiéndose y cruzando los brazos. Solté aire, comenzaba a cambiar la idea de fastidiarla por seducirla. Mi polla no aguantaba más ante esos gestos genuinos—. Eres como esas personas que necesitan siempre una explicación concreta de todo, gente frustrada que no tiene la mínima ilusión de fantasear por unos segundos.

Y reí de nuevo a carcajadas. Si le hubiera contado con qué estaba fantaseando en esos momentos... Pero solté aire de nuevo, pensando que la conversación o le daba un rumbo a mi conveniencia o la terminaba y la dejaba en paz.

—Es la realidad, May.

—¿Pero por qué tenemos que escribir la cruda realidad? Para eso están los medios informativos, que recuerdan que nuestra sociedad es un asco. Necesitamos refugiarnos en lo que pueda hacernos soñar.

—Eres demasiado idealista para mí —repuse con sinceridad—. Si no vives la realidad, el mundo se te puede quedar muy grande y, al contrario de nosotros a los que llamas frustrados, terminarás peor.

Esperaba que con esa respuesta comprendiera que mis palabras no se basaban en mi imaginación, sino en la experiencia. La vida era muy hija de puta si no eras capaz de enfrentarla con valentía. Le di tiempo para meditar y, a la vez, para bajar mi excitación. Me miró ofendida y luego giró su rostro al otro lado.

Encendí de nuevo el portátil para trabajar en estimaciones de costes, una forma de hacerle entender que no estaba dispuesto a seguir con la conversación. Lo hacía por mi bien y por el suyo, no quería terminar hiriéndola. Aunque me era difícil olvidar sus labios, su lengua relamiéndolos, su escote y su maldito sujetador. Necesitaba ignorar ese deseo brutal de

sujetarla por la nuca, traerla a mí y besarla, al igual esa curiosidad por conocerla. No podía estar en mis planes, sencillamente, ambos pertenecíamos a mundos diferentes.

May

Vi como volvía a observar su portátil, encerrándose en su mundo. Me mordí el labio, pensando en cómo debatirle esa demagogia típica de gente que detestaba la literatura romántica. No podía dejar que ganara, mi corazón de escritora se aferraba a la esperanza, al amor. A pesar de que desconocía ese sentimiento que plasmaba en mis historias, mantenía la fe en que algún día encontraría esa felicidad y saborearía la pasión que dibujaba en el papel en blanco.

Había idealizado al hombre de mis sueños, no me había sido fácil mantener la conversación, observando la intensidad de sus ojos, su sonrisa y escuchando su voz ronca. Había soñado tanto con ese hombre, con que me amase sin medidas, que jamás llegué a pensar que la vida lograría que fuese realidad. Y menos con ese gran defecto que tenía, esa poca fe en el amor.

«No, el amor es el motor del ser humano», —recordé—. «Y se lo demostraré».

Tenía que demostrarle que se equivocaba, era obvio que era de ese tipo de hombres que solo pensaban en tener sexo para satisfacerse físicamente. No es que fuera yo un ejemplo en eso de haber tenido una gran historia de amor, pero escribía sobre ello y lo defendería hasta mi último aliento.

—Estoy segura que podemos vivir en este mundo amando con todas las fuerzas. —Comencé de nuevo la conversación. Esperé, armándome de paciencia, a que me respondiera. Al ver que no lo hacía, proseguí—. No hay que pensar en que nunca conocerás lo que es amar con todo tu corazón.

—Los finales felices solo existen en las novelas —me dijo sin mirarme y denoté aburrimiento en su voz. «¡Capullo!», quise gritarle.

—Puedo demostrártelo —insistí, sin tener la menor idea de cómo hacerlo.

Frunció el ceño con una ligera sonrisa, no tenía ni idea de que significaba ese gesto en él, pero seguiría adelante; ya lo había dicho y no me echaría atrás. Giró medio cuerpo para estar frente a mí, algo que debí haber tenido en cuenta ya que había logrado que mi piel se erizara, obligándome a apretar las piernas ante esa necesidad que nacía.

—Sería interesante saber cómo lo harías.

¡Qué imbécil estaba siendo! Comencé a rogar que no lo hubiera dicho porque se notaba mucho que me ponía nerviosa cuando me miraba así. No debía notarlo, perdería toda credibilidad.

—Hagamos un trato —le propuse sin estar muy segura de que funcionaría—. Yo te demostraré que el amor es imprescindible en todos los aspectos de nuestras vidas.

—Es imposible hacer ese trato —me dijo al segundo. Arrugué la nariz como protesta, me lo estaba poniendo difícil, pero insistiría.

—¿Por qué? —pregunté de inmediato.

—Es poco probable que volvamos a vernos —dijo, y supe que tenía razón. Aun así, no se la daría, así que torcí el gesto.

—No hagas eso —me dijo y chasqueó la lengua, un gesto que no comprendí.

—¿De qué hablas? —pregunté desconcertada.

—De nada —se apresuró a decir, maldiciéndose por su imprudencia—. Tengo que trabajar —añadió cortante—. Es muy interesante la conversación, pero algunos tenemos grandes responsabilidades a nuestras espaldas. —Sin añadir nada más, volvió a meterse de lleno en lo que veía en su portátil.

Me intrigaba saber a qué se refería. Seguía siendo demasiado prepotente para mi gusto, pero me di cuenta de que no sabía su nombre ni en qué trabajaba.

Tal vez, solo tal vez, si le propusiera escribir un personaje parecido al él, podría desentrañar lo que escondía bajo esa capa autoritaria. Lo observé concienzudamente, tendría mi edad o un poco más, se notaba que se cuidaba y tenía un aire enigmático que necesitaba descubrir. Cada instante me costaba más fingir que era un hombre más. Cuánto deseaba alargar la mano para pasársela por el mentón y sentir su barba. Un escalofrío me recorrió el cuerpo nada más pensarlo.

—No sé cómo te llamas, ni a qué te dedicas —le dije, sin importarme si eso lo importunaba nuevamente. Dejó de mirar la pantalla y dudó en responderme.

—Marcus Lancaster. Trabajo en el negocio familiar.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté de nuevo, él respiró con profundidad.

—Treinta y cinco. —Y, sin saber por qué, sonreí triunfante—. ¿Alguna pregunta más? —Me preguntó con tanta antipatía que me dieron ganas de darle un collejazo.

—¿Estarás de visita o vives en Londres? —Suspiró con cansancio y me miró, preguntándose si debía responder o no.

—Gran parte del tiempo vivo en Londres.

—¡Perfecto!

—¿Perfecto? —repitió sin entender.

—Exacto — afirmé—. Deduzco que tus viajes son de pocos días, por lo que podemos coincidir. Comienzo a creer que eso se nos da bien, y así podría demostrarte de lo que hablo.

Marcus

—Muy buena deducción —dije con ironía.

«¿Qué diantres se le está ocurriendo ahora?», me pregunté. No pude evitar reír. Una buena deducción para cualquier persona, pero no volvía a Londres por gusto y no se lo iba a confesar. Ella era una desconocida y yo no era dado a hablar de mi maravillosa familia. Observé cómo intentaba adivinar mis pensamientos, por lo que no pude evitar volver a provocarla sin motivo alguno.

—Sin embargo...

—No hay excusas —me interrumpió, acababa de pillar mis intenciones. Levanté una ceja, sorprendido—. Verás, todos tenemos tiempo para experimentar cosas y, como te he dicho hace un rato, tengo la sensación de que nos volveremos a ver.

Me crucé de brazos, esperando que se explicase mejor.

—No creas que es alguna triquiñuela para acostarme contigo. —Esta vez no pude reprimir una sonrisa de lado, sobre todo cuando la vi sonrojarse—. Lo que quiero decir —dijo atropelladamente— es que quiero que me concedas algo de tu tiempo para demostrarte que el lugar, el ambiente y las conversaciones pueden ayudarte a creer en el amor. —Reí ante tanta verborrea absurda.

—Entonces quieres que te de mi tiempo para demostrarme que el lugar, el ambiente y las conversaciones pueden ayudarme a creer en hacer el amor... — repetí jugando con las palabras para ponerla en apuros.

—No caeré en tu juego, Marcus —me advirtió entrecerrando los ojos—. Sabes muy bien lo que he dicho y no me retractaré. No busco acostarme contigo, así que no distorsiones mis palabras.

Volví a reír con ganas, esta May estaba completamente loca.

*«Para que tus besos no se olviden
deja huella con un mordisco».*

May

Lo odié por ser tan gilipollas. Había metido la pata, lo sabía, al igual que reconocía que me hubiera encantado indagar qué había debajo de toda esa ropa. «¡No, May!, es lo último en lo que debes pensar, céntrate en demostrarle que se equivoca», me reproché.

Lo observé reírse de nuevo, era obvio que se reía de mí. No me estaba tomando en serio y eso me hería el orgullo. No iba a cambiar de parecer, si quería seguir siendo un hombre abstracto, allá él. Busqué mi libreta y mi iPod asumiendo la derrota de una batalla que nunca debí haber iniciado.

Frustrada, me concentré en la música para seguir con la nueva novela que estaba escribiendo y cerré los ojos, dejándome llevar y olvidando todo lo que tenía a mi alrededor. «May, en el mundo existen personas que creen en el amor con todo su corazón y otras que solo creen que el cuerpo está para saciar necesidades primarias». Me lo repetí una y otra vez.

Abrí los ojos al notar que se me había erizado la piel y no era para menos, acababa de tener un sueño húmedo. No recordaba cuándo había tenido el último.

Cerré los ojos para poder recomponerme y volví a recordar con nitidez unas manos que me recorrían el cuerpo como si estuvieran acostumbradas a ello.

Siguieron hasta el interior de mis muslos, obligándome a separarlos mientras una lengua experta me llevaba a un abismo sin final. Sentí que comenzaba a estremecerme cuando se detenía segundos para atacarme con ferocidad, mordisqueando y chupándome el clítoris, arrancándome gemidos.

Lentamente, mi amante reptó sobre mí, dejando que el placer se hiciera paso, haciéndome rogar porque se enterrase en mí de una vez por todas. Quería ver su rostro, asegurarme que era él, Marcus Lancaster, pero se volvió borroso y escuché voces bajas y la presión del avión.

Abrí los ojos de nuevo temerosa a haber hecho algún ruido, era lo que me faltaba en ese vuelo. Intenté respirar con tranquilidad, imposible ante ese sueño tan vívido, tan húmedo. Apreté de nuevo las piernas tratando de calmar el deseo y la sensación de que, si me tocaban, me correría al instante, y eso era terrible cuando se estaba en un habitáculo con más de cien personas.

Respiré de nuevo, lentamente, y al girarme para evitar verlo a él, me topé con una niña. Me mordí el labio, rogando encarecidamente haber sido silenciosa o, de lo contrario, sería recordada como May Gohshed, la escritora que tuvo sueños húmedos en un avión.

Sonreí en mi mente, pensando que podía ser un buen título para una novela, de inmediato deseché mi desvarío, tenía que averiguar qué hacía esa niña a mi lado.

—Mamá, ya está despierta —dijo la niña.

—Channel, no molestes a la señorita Gohshed —dijo la madre.

Sonreí en cuanto la escuché. De reojo busqué la libreta, arranqué una hoja y escribí:

Querida Channel, sueña y disfruta de la vida. Con cariño, May.

Se la entregué, sonriendo a sabiendas de que era lo que buscaba de mí. La niña leyó la nota llena de curiosidad y corrió hasta su madre con una enorme sonrisa. Al menos alguien se alegraba que estuviera en el avión. No solía conocer niñas que se llamaran así.

—¿Quién le pondría a su hija el nombre de una marca? —me pregunté, sin darme cuenta de que lo hacía en alto. Miré aun lado y al otro. Acababa de darle pie a mi compañero de viaje para que se riera de mí.

—Alguien que prefirió llamarla así antes que Coco. —Esta vez no pude evitar sonreír—. Es un alivio que te hayas despertado —añadió—. Esa niña me ponía nervioso, no dejaba de venir cada cinco minutos —soltó Marcus con desdén.

—¿Ahora eres un viejo gruñón que no soporta a una pobre niña inocente? —respondí chinchando. Él sonrió de nuevo, algo me decía que volveríamos a soltarnos puyas.

Marcus

Creí que insistiría con eso de vernos al bajar del avión, pero no lo hizo. Decidió ignorarme dedicándose a escuchar música y sacar una libreta de lo más infantil. Miré con detenimiento la imagen central de la libreta, tenía tres plumas antiguas de colores, verde, rosa y blanco, junto a la palabra «soñar» en

una caligrafía estética.

Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, la conciencia se me removió, teniendo el impulso de preguntarle que escribía a modo de disculpa. Sin embargo, decidí mantenerme en silencio, era lo mejor para los dos, y me centré en mi trabajo.

Una hora después, la percibí dormitar y aproveché para observarla con detenimiento. Dormida parecía un angelito, totalmente distinta a lo impertinente que era despierta. Recordé cómo se había enfadado y sus labios torciéndose, eran tentadores. «Es una mujer más» me dije severamente. Por muy guapa que fuera, por mucho que esos iris marrones me atrajesen más de la cuenta, o esa sonrisa ingenua, no la volvería a ver.

Además, solo era físico, producto de estar mucho tiempo solo. «No, no es el tipo de mujer que me conviene». Ella era una artista y ese tipo de mujeres me habían llevado a tocar fondo. Volví a mirarla y la necesidad de estrecharla y disfrutar de su cuerpo volvió a aparecer.

Me llevé las manos a la cara, era su culpa, con esa conversación y esa proposición que, desde que me la había hecho, no dejaba de rondarme la mente, pero, a pesar de estar tentado, no podía dejarme llevar.

Había aprendido que el amor, la pasión y la entrega no podían ir de la mano, era más práctico eliminar dos de ese trio y combinar la pasión con el placer físico. May se removió y la libreta que tenía a su lado cayó al suelo. Dudé en recogerla, pero el ser humano era curioso por naturaleza, así que lo hice.

Al levantarla me fijé en un párrafo remarcado. «Nadie conoce el verdadero amor hasta el momento en que te quedas sin respiración cuando lo ves por primera vez, o incluso si vuelves a toparte con él. Yo desconocía esa sensación hasta ahora, y también he descubierto lo que es la decepción al ser ignorada por completo.

Cada vez me convenzo más de que no fui hecha para amar, ni ser amada».

Cerré la libreta y con sutileza la dejé a su lado mientras me preguntaba cómo una persona que escribía sobre el amor, defendiéndolo con uñas y dientes, nunca lo había sentido. Todas esas palabrerías que me había soltado junto a esa proposición que me había hecho. En el fondo, no era real. Solté una bocanada de aire.

Me estaba dando la razón, escribía solo fantasías que llenaban la cabeza de tonterías a adolescentes y mujeres solitarias. Me sentí idiota y tras meditarlo, decidí que tomara de su propia medicina. «Está bien, May

Gohshed, aceptaré tu reto, solo para ver cómo te caes de bruces con esas ideas que ni siquiera tú puedes sostener», concluí en mi mente.

Me centré de nuevo en mi trabajo hasta que una niña bastante molesta comenzó a detenerse junto a nosotros. La miré de reojo y traté de volver a las estimaciones, pero la actitud de la mocosa me estaba incomodando hasta tal punto que bajé la pantalla y la miré con seriedad, esperando saber qué coño quería.

En ese instante, May se despertó, desorientada. Parpadeó varias veces y miró a la niña, que enseguida alertó a su madre de que se había despertado.

Lo que menos pensé fue que una niña como esa, fuese fan de May. Volví a centrarme en mi trabajo, me estaba costando concentrarme, sobre todo por estar pendiente de lo que hacían, y eso me irritaba sobremanera. Era la primera vez que estaba tan pendiente de una mujer.

Se removió, buscando su libreta y el bolígrafo para garabatear. Luego arrancó la hoja y se la entregó. Por un momento, me pregunté cuál de las dos estaba más feliz. La niña se despidió y supuse que May volvería a dormir, o quién sabe qué haría, la verdad es que no quería saberlo.

—¿Quién le pondría a su hija el nombre de una marca?

¡Mierda! Quería ignorarla, trabajar y esperar que fuera ella la que volviera a hablarme sobre su proposición, pero no, tenía que hacer esa pregunta para que irremediamente le tomara el pelo.

—Alguien que prefirió llamarla así antes que Coco —respondí sin mirarla, esperando ver su reacción. Sin embargo, permaneció impasible—. Es un alivio que te hayas despertado, la niña me ponía nervioso, no dejaba de venir cada cinco minutos —añadí, empujándola a hablar.

—¿Ahora eres un viejo gruñón que no soporta a una pobre niña inocente?

La ignoré, no me interesaba entrar en debates sobre si los niños eran o no soportables, quería retomar la conversación anterior.

—He estado dándole vueltas al tema y quizás tengas razón —le dije, tecleando en mi portátil sin mirarla.

—¿De qué hablas? —me preguntó. La miré alzando una ceja, apoyé el brazo en el reposabrazos para así descansar el mentón en la mano.

— Parece que tienes pérdidas de memoria a corto plazo —le respondí, aguijoneando su ego.

May

Podía ser el hombre de mis sueños, pero era demasiado irritante y grosero.

Tenía que pensar en alguna respuesta mordaz para así tener tiempo de recordar de qué rayos hablaba antes de quedar como una estúpida.

—Es mejor ignorar acontecimientos o personas que no te dejan proseguir en tus metas. Como dirían los monjes taoístas, no es bueno para el yin y el yang.

Él se rio a carcajadas, y era normal que lo hiciera ante esa respuesta estúpida. Estaba cansada, con la mente embotada y con ese sueño húmedo rondándome la cabeza, por lo que no estaba para tonterías y adivinanzas, y mucho menos para darle una respuesta que lo dejara callado. Traté de recordar y lo único que venía a la cabeza era el hombre de mis sueños torturando mi clítoris.

«¡Joder!», grité en mi mente frustrada, obligándome a centrarme. Lo miré de nuevo y solo entonces lo supe.

—¿Vas a aceptar mi trato?

—¡Vaya! Lo has recordado —me respondió, con ironía el muy cretino—. Ha sido muy corto el juego, me hubiera gustado otra de esas respuestas como la que acabas de darme. —Resoplé, pensando que la paciencia comenzaba acabármese y que tenía todas las papeletas para que lo mandase a la mierda sin retorno—. Puedo concederte cuatro días para que me demuestres esa teoría desacertada que defiendes con ferocidad.

—No sabía que estaba en la corte de Enrique VIII —solté sin poder contenerme. Parpadeó varias veces, sin comprender a qué me refería. Fijó sus ojos en mí, esperando una respuesta y decidí darle de su propia medicina—. Me parece que has olvidado la historia —le dije, fingiendo mirarme las uñas.

—No la he olvidado —dijo sonriendo. «¡Maldita sea!» —. Incluso...—Y se calló. No iba a tentar a la suerte, era mejor que me centrara en lo que le había propuesto y que, por alguna extraña razón, acababa de aceptar.

Cuatro días que podían ser, en cierta manera, citas, hasta que comprendí ese interés repentino. Me miré los pechos y me acomodé un poco la blusa; se veía más de la cuenta: el sujetador. Si creía que terminaría en su cama estaba bastante equivocado.

Ganas no me faltaban, pero eso era engañarme y no quería seguir perdiendo el tiempo teniendo sexo sin amor. Estaba cansada de eso, de que solo fuera una relación física y no pudiera hacerme ilusiones.

—Así que me das cuatro días —le hice saber, fingiendo meditar—. Son suficientes para demostrarte que no me equivoco. Espero que no se te olvide que debemos intercambiar los números de teléfono para acordar las horas y

los lugares. —De inmediato, negó con la cabeza. ¿Y cómo pensaba que nos íbamos a comunicar? ¿Con palomas mensajeras?

—Con las direcciones electrónicas es suficiente —respondió.

«¡Capullo!, ¡cabrón!, ¡gilipollas!». Estuve a punto de seguir insultándolo en mi mente, pero me detuve, por si mi lengua fuese más rápida y terminara cagándola.

—Si no logras tu objetivo será más fácil para ambos no tener que llamarnos para dar alguna excusa.

Tenía que meditar toda la información que el muy gilipollas acababa de soltarme. No me iba a dar su número, pero sí su correo electrónico, por si no salía bien. Era algo así como: «si me aburro en la primera cita, no tendré necesidad de responderte el teléfono para la siguiente».

Sentí rabia y decepción, no pensé que fuera tan miserable. Solté aire, indignada. «Escribir es mi terreno y Marcus lo ha pasado por alto, por lo que haré que no olvide jamás las cuatro citas que tendremos, por qué sí, serán cuatro citas», me juré a mí misma.

—Hecho —le dije, tendiéndole la mano para cerrar el trato. Marcus la estrechó y el cosquilleo que sentí dio pie al arrepentimiento. Pero me contuve, era una Gohshed y los Gohshed no se arrepentían de sus acciones.

Al llegar al aeropuerto tomamos distintos caminos para recoger nuestro equipaje.

Saqué el móvil de mi bolso y lo encendí, encontrándome varios mensajes. El primero era de mi madre, indicándome el hospital dónde se encontraba Anthony, y el segundo era de Jack, preguntándome si había tenido un buen viaje.

Quería responder a todos, pero estaba más pendiente de mi alrededor, esperando que Marcus se me acercase. Era una completa estupidez por mi parte y me odié por creer que las escenas que escribía se hacían realidad.

La cinta de equipaje comenzó a rodar, y con ella las primeras maletas fueron apareciendo. Con cierta renuencia, nos fuimos acercando para una despedida momentánea.

—Esperaré tu correo —le dije, rompiendo de nuevo esa muralla que había entre los dos.

—Ten por seguro que te escribiré al final del día, indicándote dónde y cómo será nuestra primera cita. —Me mordí el labio, nerviosa al no estar muy segura de si hablaba en serio.

Lo más interesante que pasó a continuación no fue el resto de la

conversación que mantuvimos. Me acerqué para despedirme de él con un beso en la mejilla, pero, al hacerlo, sucedió lo que menos me imaginé. Me mordió el labio. Lo miré, esperando una explicación, mi corazón galopaba a mil por hora. Me pasó la lengua por el labio mientras mis piernas comenzaron a temblar por esa sensación que se apoderó de mi cuerpo.

No me hubiera afectado que hubiera sido un simple beso cerca de la comisura de los labios, pero no, no había sido así. Me había mordido y chupado el labio. Lo había hecho con tanta rapidez que me era difícil asimilarlo y no, no había sido producto de mi imaginación.

Sin embargo, se mantuvo impassible. Quería acercarme para que me volviera a besar, sentir sus labios en los míos, pero sabía que no iba a pasar. El móvil interrumpió ese silencio, dándole la excusa perfecta para darme la espalda y alejarse, siguiendo su camino sin tan siquiera un adiós.

Acababa de conocer el significado de la decepción por amor.

16

*«Los amigos se pueden decir lo que sea cuando
son verdaderos amigos».*

Marcus

A pesar de reprogramar mi agenda para tener tiempo con Anthony, los asuntos pendientes se me acumulaban. El percance de Ethan en las Islas Canarias, las reuniones con los arquitectos y para las futuras reformas de otros hoteles en Estados Unidos y mi proyecto propio. Este último me tenía preocupado especialmente, no sabía cuánto me podría afectar, pero era necesario que volviera a Londres.

Envié unos cuantos correos para retrasar las reuniones. Me llevé los dedos al puente de la nariz, en señal de cansancio acumulado, y al abrirlos la vi esperar su equipaje. Recordé las horas de vuelo.

Lo que había comenzado de forma incómoda había terminado entre risas y miradas tímidas. Varias veces estuve tentado a acercarme y besarla, incluso me obligué a dormitar la segunda vez que se quedó dormida.

Ver su respiración pausada, sus labios semiabiertos, era una maldita tentación que me estaba costando un dolor de huevos, sobre todo porque conllevaría a algún malentendido. Me maldije por tener esos deseos, definitivamente, necesitaba unas vacaciones o buscar la compañía de una mujer que no quisiera compromiso para saciar mis instintos. Sonaba tan frívolo y, sin embargo, era lo más conveniente para una vida como la que tenía.

Trabajo, viajes, reuniones, trabajo, los juegos sucios de Charlize, más trabajo y mi proyecto. Sí, siempre terminaba al final de la lista y estaba cansado de ello. La cinta de equipaje comenzó a rodar y con ella aparecieron las primeras maletas.

Sabía que era momento de hablar, de recordar esa proposición y de despedirnos. Tenía que mantener mi papel, tenía que verme como un capullo que no creía en el amor. Razón no le faltaba, me mantenía firme en mis convicciones, y aún más con lo que había descubierto sobre May. La vi

acercarse, era evidente que personas como ella eran ilusas por naturaleza.

—Esperaré tu correo —me dijo intentando sacar conversación.

—Ten por seguro que te escribiré a final del día —le aseguré, no mentía lo haría en cuanto regresara del hospital—, indicándote dónde y cómo será nuestra primera cita.

—¿Todo lo haces así de planificado?

—Es necesario para el trabajo que hago.

—Me recuerdas a Roxana.

—¿Quién diablos es Roxana? —Ella sonrió. No tenía ni idea de qué estaba pensando, solo esperaba que no fuera un juego de adivinanzas.

—Es ella —me dijo, señalando a esa chica histérica que había conocido el día que nos tropezamos por primera vez.

—¡Ah!, ella —respondí de manera despectiva. Frunció el ceño y, antes de que me preguntara, le aclaré—. El hotel...—La miré levantando una ceja—. Tuve el desagradable placer de conocerla —se carcajeó para luego volverme a torturar mordiendo el labio.

¡Maldición! No me debería importar si se lo mordiese o no. Tenía que alejarme de ella, recordar por qué había aceptado esas citas y no verla como una mujer a la que podría llevarme a la cama. Se acercó aún más para despedirse, logrando que sus labios estuvieran a centímetros de los míos, y esta vez no pude contenerme e hice lo más estúpido que podía haber hecho, le mordí el labio.

¡Hostia puta! Era carnoso y suave. Deseé meterle la lengua en la boca y arrancarle un gemido. Ni yo mismo podía explicar por qué coño tenía esa necesidad. Me separé con brusquedad, viendo el desconcierto en su rostro. No podía justificarme y tampoco podía decirle que llevaba todo el maldito vuelo deseando hacerlo.

El móvil comenzó a vibrarme en el bolsillo, dando paso a la melodía de la llamada. May me miró a la espera de una explicación, pero no iba a dársela, la había cagado. Cualquier cosa que dijera terminaría haciéndole daño, me odiaría por lo que iba a hacer, no tenía opción antes de que su imaginación fuera abordada por tonterías. Sin tan solo fuese una mujer que solo buscaba sexo por placer, no me hubiera importado, pero era una soñadora.

Me giré para atender la llamada y, antes de alejarme del todo, la volví a mirar tocándose el labio. Sonreí de lado, negando con la cabeza. No me había equivocado, May Gohshed no era una mujer de una noche y yo, por alguna razón, tampoco quería que lo fuese.

May

Deseé mandar el trato por un tubo, no iba a dejar que un gilipollas siguiera burlándose de mí. No, no era una cobarde para huir ante gente como él, esnobs que se creían mejor que los demás. Debía demostrarle que yo tenía razón. Por mucho que hubiera personas como él, que vivían en una constante negativa de querer amar, siempre acabarías experimentando ese sentimiento.

Roxana me llamó atención, indicándome que era hora de irnos, por lo que salimos a por el coche que nos esperaba. En cuanto nos detuvimos frente a casa, suspiré en alto, pensando en que dejaría las maletas, me daría una ducha para retomar fuerzas y llamaría a mi madre para saber dónde estaba. Me giré hacia Roxana para despedirme y ella me sujetó el brazo con una mirada con la que supuse que venían malas noticias.

—Sé qué quieres estar con tu familia, así que me sabe mal decirte que a las cuatro y media tienes reunión con Emily. —«¿Reunión?», me pregunté. ¿Es que acaso no me iban a dar un día para descansar? Me gustaba que todo el mundo pudiera leer mi historia, pero comenzaba a agobiarme—. Me envió un correo electrónico en el que explicaba que le gustaría tener una pequeña cita contigo.

—¿Y no puede ser mañana?

—Ya sabes cómo se pone cuando Jack esta fuera.

—¿Y, por supuesto, May Gohshed es la última en enterarse?

—Lo siento— dijo avergonzada.

—Podrías decirle que me retrasaré, quizás coma con mi familia.

—No te prometo nada, pero haré todo lo posible para que la retrase. Te llamaré. —Me indicó Roxana.

Sonreí de lado y me despedí, a sabiendas de que a la socia de Jack no le gustaría nada ese cambio de planes. Subí a mi piso y abrí la puerta con esa sensación de que, por fin, estaba en mi casa.

Hacía un tiempo atrás había encontrado el ambientador ideal que me recordaba a las Islas y, desde entonces, cada vez que abría la puerta del apartamento que había alquilado con esfuerzo me transportaba a mi verdadero hogar.

Me dejé caer en el sofá, tratando de descansar unos minutos, y mi mente traicionera me recordó ese mordisco que Marcus me había dado.

—¡Basta! —me dije en alto. Debía pensar en otra cosa como, por ejemplo, en apresurarme para estar con mi madre y mi abuelo. Solté aire, dispuesta a levantarme, y solo entonces supe que algo me faltaba... Darth V. Saqué mi

móvil del bolso y llamé a Rosmina.

—Muy buenos días, zorrasca —respondió desde el otro lado de la línea.

—Buenos días —le dije —¡He vuelto a casa! ¡Y al anonimato! —Su respuesta fue una gran carcajada.

—Permíteme que me ría —me dijo con burla —. Has dejado de ser una simple mortal hace meses, esa parte se te olvida frecuentemente. May, he dejado a tu abuelo y a Nisa en el hospital, estaban angustiados.

—Rosmina, recuerda que a Anthony se le aprecia mucho en casa —le respondí—. Solo espero que, pase lo que pase, los Lancaster mantengan la sociedad tal como se dispuso. De lo contrario, mi abuelo no lo soportaría.

—Eso no sucederá —me afirmó desde el otro lado de la línea—. Te juro que movilizaría a toda la isla y hasta a todo internet, pero vuestro hotel seguirá teniendo el encanto que tiene.

Rosmina seguía siendo la protestona de siempre, con un gran corazón. Era como una hermana para mí, nos conocíamos desde pequeñas. El día que decidí irme a estudiar a la península Ibérica me siguió. Según ella, no iba a permitir que le echara en cara las maravillosas experiencias que viviría.

Me había decantado por Publicidad y Relaciones Públicas y Rosmina por Administración y Dirección de Empresas. Durante ese camino tuvimos nuestro altos y bajos, siempre apoyándonos y logrando, con esfuerzo, terminar nuestras carreras. De las dos, Rosmina siempre fue la que tuvo suerte en cuanto a relaciones. En cambio, yo era un imán para atraer tipos raros.

Me eché a reír, pensando en qué había sucedido de nuevo con ese Lancaster. No estaba muy segura sobre si contárselo o no, se reiría en mi cara. Definitivamente, el único que no me engañaría ni se burlaría de mí, sería Darth V. Siempre agradeceré a Rosmina por darme la idea de adoptar un perro.

—Dime que Gonzalo no se llevado a una perrera a Darth V.—Le pregunté, recordando a mi tesorito.

—Sí, May, estoy un poco mejor —respondió Rosmina con ironía—. Sigo sin creérmelo, pero ya he pasado la primera fase —siguió con sarcasmo—. Ahora tengo tantos deseos de comer todo lo que veo a mi alrededor que creo que en siete meses explotaré, y no será por culpa del bombo. —Reí sin disimulo alguno. La escuché maldecir y carraspeé.

—Lo siento —le dije con vergüenza—. Había olvidado ese pequeño detalle de que...

—¿Detalle? ¡Serás perra! Ya te contaré si es un pequeño detalle cuando te mee o te vomite encima. —Volví a reír, aunque me imaginé con rapidez lo que

acababa de decirme y me dio un escalofrío de asco—. Ahora te callas, seguro que has pensado lo que te dije y te ha dado asco, voy a pedirlo a los astros para que me lo concedan solo para joderte.

—Serás malvada.

—Eso lo sabes desde hace tiempo —respondió, seguido de una imitación de risa malvada.

—Vale, sigue deseándome todo tipo de mal —repuse—, pero debes entenderme, llevo varias semanas fuera y he echado muchísimo de menos a mi pequeño. —Rosmina se quejó con un bufido.

—No sé cómo se las ingenia para ganarse a la gente ese horrible animal —me dijo con el tono cargado de indignación—. ¿Recuerdas que Gonzalo lo odiaba? Decía que era el bicho más feo que había visto en su vida. Pues ahora son íntimos —confesó con dramatismo—. Si hubieras tardado una semana más, ese cabrón me hubiera echado de la cama.

»Cada día, antes de irse al trabajo se despide de él, de él —repitió—. Chocando la mano con la pata, como si fueran grandes colegas. Cuando regresa y se cambia para correr, se van juntos... ¿Lo entiendes? ¡Juntos!, dejándome como alma solitaria con todo tipo de dolencias.

Solo Dios sabía que no quería reírme, estaba segura de que exageraba, era increíble que le tuviera celos a un pobre animal que apenas le llegaba al gemelo.

—Rosmi, te he dicho que Darth V es cariñoso —respondí con burla—. Sigo sin entender por qué os lleváis mal.

—¡Es y será una rata! —exclamó exasperada—. No es un perro —prosiguió con tono de ofendida—. Nunca entenderé como pudiste adoptar esa cosa tan indescriptible —me chinchó con dramatismo. Volví a reír a carcajadas. Rosmina era mi dosis de vitalidad en momentos de bajonas y siempre se lo agradecería. Miré el reloj y vi que se me hacía tarde, por lo que me despedí para ducharme con rapidez e ir al hospital

*«La sangre te hace pariente,
pero la lealtad te hace familia».*

Marcus

Seguía jodido por haberme dejado llevar por mis instintos primitivos. Regresé a la cinta transportadora para buscar mi equipaje y coger un taxi para dirigirme a La Casona. Tenía la intuición de que en cuanto me bajara tendría problemas. Estaba claro que Charlize haría el papel de nieta anegada ante los medios, sin importarle que todos supiéramos cuánto deseaba que llegara el día en que Anthony falleciera.

Y, por supuesto, era de esperar que los medios estuviesen al tanto, a Charlize le encantaba figurar en fiestas o actos sociales que indicasen que era la heredera del imperio Lancaster. El albacea de Anthony me había sugerido que de vez en cuando asistiera a uno de esos actos para recordarle a mi hermanastra que todo podía cambiar, pero yo lo dudaba, seguía sin meterme en el bolsillo a algunos socios bastantes quisquillosos.

Solo esperaba que lo de Anthony no fuera tan grave y todos los planes de Charlize se fueran a la mierda. Sonreí imaginando su cara, por lo que recordé a May y su plan. Tenía el móvil en la mano y me nacía esa sensación que me empujaba a escribirle. Me obligué a desistir de esa tontería, debía centrarme en encarar a mi querida hermana y cualquier treta que pudiera tener entre manos.

Durante el vuelo preparé una serie de correos electrónicos, resguardándome de algún contragolpe de su parte, pues estaba seguro de que si nos volvíamos a encontrar sería como los últimos meses, cargados de su repertorio de ironías y puyas.

No estaba en condiciones para soportarla. Aunque era realista que mi

destino era incierto, la mayoría de la junta estaba mi contra, Charlize sabía cómo manipularlo para afianzarse en el imperio. Recordé que debía llamar a Richard, el albacea, en cuanto llegara. Saqué el móvil del bolsillo y lo llamé.

—Hola, Richard.

—Marcus, ¿qué tal el vuelo? —me preguntó desde el otro lado de la línea.

—Sin complicaciones —le respondí—. Ahora quiero que me cuentes a qué me voy a enfrentar.

—Anthony sigue estable —me anunció—. Eso es un síntoma muy bueno, no te voy a negar que llevaba días con ciertas paranoias, incluso ha escrito una carta que me hizo jurar que te entregaría si le sucedía algo y, créeme, no me hubiera gustado dártela —confesó con un tono cargado de preocupación—. A pesar de que está estable, Charlize ha empezado a hacer movimientos junto con los miembros que la apoyan. Siento tener que darte una mala noticia, Marcus, pero está buscando la manera de paralizar los proyectos que estas llevando a cabo y que tienen que ver con la cadena de hoteles, por lo que en cualquier momento harán alguna junta extraordinaria.

—Estoy preparado para cualquiera de sus sorpresas —le aseguré—. No hace falta que te recuerde que la conozco lo suficiente para imaginar sus tretas.

—Me temo, muchacho, que hay algo que no sabes. Por eso deberías ir con rapidez al hospital y hablar con tu abuelo.

—No entiendo qué quieres decir —le respondí. Se avecinaban más problemas y no tenía humor para pensar con frialdad.

—No soy yo quien debe explicártelo. Date prisa y ve antes de que Charlize se entere que estás en la ciudad. Te daré un consejo, Anthony siempre hace las cosas por un motivo.

—Pasaré por casa para cambiarme e iré de inmediato. Gracias por tu sinceridad.

—Mantenme al tanto de lo que suceda. —Se despidió con esas palabras y

colgó. No quería sacar conclusiones precipitadas, aunque había vivido una situación similar cuando decidí volver. Anthony seguía tratando de que Charlize no tomara todo el poder de la cadena hotelera.

Miré hacia el frente y vi La Casona cada vez más cerca. Todos la llamaban así para hablar de la casa de los Lancaster. Una vez que el taxista se detuvo, le pagué y me bajé para darme una ducha rápida enseguida. Abrí la puerta, dándome la bienvenida ese recibidor victoriano que había sobrevivido a bombardeos y crisis institucionales.

No sabía con exactitud el nombre de cada cuadro o pieza de mobiliario que se encontraba allí, solo que tenían un valor incalculable y que mi hermana quería ser la siguiente propietaria. Seguí hasta las escaleras, dispuesto a subirlas cuando escuché el picoteo de varios tacones martillar el suelo, y maldije a mi suerte por tener que afrontar ese momento.

—¿Marcus? —preguntó una voz chillona—. ¿Qué haces en Londres? —gimió de enfado al asegurarse que era yo. Me giré con parsimonia y la miré a los ojos.

—¿No te parece que la pregunta está de más? —Alzó el cuello en señal de orgullo y clavó sus ojos en mí.

—No —respondió con su tono peculiar de altanería—. Seguro que el inútil de Ethan te ha llamado —aseguró—. Gracias a su estupidez los proyectos se retrasarán. ¡¿Qué sabrá él de trabajo?! Tu presencia aquí no era necesaria —prosiguió con rabia—. Ahí tienes un claro ejemplo de personas que hacen daño a nuestra identidad.

—¿Cómo? —pregunté, sorprendido a su desfachatez—. ¿Desde cuándo te interesan los proyectos que llevo a cabo? —Charlize nunca se había interesado en nada de lo que había propuesto. De entrada, siempre iba con el no por delante, así que todo era una mentira para esconder que mi presencia en La Casona la asustaba.

—Créeme, tú y yo tenemos varias cosas en común, y no son solo los lazos sanguíneos —afirmó con rotundidad—. Y, ya que tienes tanta curiosidad, yo comenzaría con que nos interesa seguir manteniendo la distinción de nuestra

cadena hotelera, así como también que tengo razón en cuanto a Ethan por lo que, si nos unimos, podemos presionar para que deje la junta accionista.

Y ahí salía de nuevo la arpía llamada Charlize Lancaster. Su único interés se basaba en que todo girara entorno a sus decisiones y beneficios.

Me enfurecía que jugara con mi trabajo de aquella forma, sin respeto alguno. Para ella tener que lidiar con los empleados no era primordial para las bases de crecimiento de la empresa. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía esperar? Desconocía lo que era cumplir órdenes contrarias a su criterio.

—Permíteme aclarar esas afirmaciones —respondí sin una pizca de sutilidad—. Dudo que tengamos nada en común. En primera, nuestra visión empresarial es totalmente diferente y, en segunda, Ethan podrá ser un grano en el culo, pero para mí es el hermano que nunca tuve.

—¿Qué quieres decir?

—Dudo que necesites mucha más explicación —le respondí sin tapujo—. Llegado al caso de necesitarlas, puedes pedirselas a tu fiel asistente —indiqué, señalando con la mandíbula a la joven que la seguía y abría los ojos, asustada—. Seguro que ella lo ha entendido perfectamente.

—¿Recuerdas qué papel tienes aquí? —me advirtió con rabia—. Debes dar gracias por tener el puesto que tienes. —Levanté una ceja y fijé la mirada de nuevo en ella. No había remedio, siempre terminaba echándomelo a la cara.

—Lo recuerdo cada día de mi vida —respondí—. Y, si te preocupan los proyectos que gestiono, ten por seguro que desde aquí puedo llevarlos sin tener que estar presente, así como también te recuerdo que esta casa le pertenece a Anthony o, en su defecto, a su pupilo. Y, para tu desgracia, esa no eres tú, así que te aconsejo que en diez minutos la abandones.

—¡No eres nadie! —me gritó Charlize—. Tarde o temprano Anthony morirá y el privilegio que ahora tienes lo perderás.

—Hasta luego, Charlize —le indiqué, poniendo fin a esa discusión. Había aprendido que algunas personas debían ignorarse en determinados momentos,

ese era uno. Subí las escaleras, abrí la puerta de mi habitación, dejando mi equipaje a un lado y corrí a la ducha tratando de olvidar aquel desencuentro.

May

¡Qué bien sentaba una ducha después de un viaje! Me apresuré a buscar en el armario algo de ropa: una blusa de botones ajustada y una falda de pliegues negra para luego buscar en los cajones unas medias negras y ponerme unas botas planas. Sentí que volvía a ser yo, May, la joven que adoraba caminar por las calles principales de Londres.

Miré el reloj en cuanto me lo puse en la muñeca, aún tenía tiempo para retocarme los labios y hacerme la raya del ojo. Una vez hecha, recogí la bandolera y una cazadora roja y salí de casa. Al abrir la puerta principal respiré con profundidad, cerrando los ojos. Ningún hombre cuadrado me amargaría la vida. Sonreí para mí misma y comencé a caminar hasta bajar a la línea de metro y entrar al vagón con una necesidad que odié cinco minutos después de haberme hecho esa promesa.

No podía dejar de mover los dedos ante la ansiedad por escribirle a Marcus. Me sentía una completa imbécil, pensando en él cuando no me tomaba en serio y, tal vez, como había dicho, al final me daría alguna excusa.

De nuevo, sentía decepción recordando lo sucedido en el vuelo tras cerrar el trato; mantuvimos distintos debates sobre actualidad y me di cuenta de que le gustaba increparme. Me mantuve un par de horas callada, hasta que se apagaron las luces, cuando todo cambió. No me importaba que él lo negase, pero sentí un fuerte magnetismo y, por un momento, llegué a pensar que vivía una de las escenas de mi novela, en las que trataría de llamar mi atención y en el momento que me girara hacia él, me sujetaría de la nuca y me besaría.

Tonta de mí, que con treinta y dos años soñaba como una adolescente. Era evidente que estaba frustrada y dolida y, lo peor de todo, que me dejé llevar cuando me cansé de escuchar música y me giré para observarlo unos segundos y disfrutar de ello hasta que Marcus abrió los ojos. Sin embargo, en vez de romper el contacto con alguna actitud prepotente, se mantuvo en silencio sin dejar de mirarme. Deseé acariciarle la mejilla, sentir el calor de su mano recorrer mi cuerpo junto a su mirada intensa, que lograba erizarme la piel.

Una sensación que se quedaría en mi imaginación, sobre todo cuando decidió girarse en absoluto silencio, como si esos segundos no hubieran existido jamás. Me dolió ese cambio de actitud, esa muralla que construyó y que me obligó el resto del viaje a hacerme la idea de que era un desconocido que solo se divertía. Pero, sin duda, lo que nunca llegué a pensar que ocurriría fue que me mordería a modo de despedida.

Cerró los ojos, permitiéndome volver a sentirlo, aunque fuese la última vez, hasta que el tren se detuvo y bajé del vagón para coger otra línea. Tres paradas después salí rumbo al hospital, entré y subí el ascensor, deseando que no estuviera ese imbécil que era nieto de Anthony, Ethan. Solo con recordarlo me entraban ganas de darle un bofetón.

El día que lo conocí había sido muy desagradable. Anthony me invitó a comer y, por alguna casualidad del destino, ese hombre apareció. Lo primero que dio a entender en cuanto nos presentaron fue que su abuelo y yo teníamos una relación. Y después de la regañina de Anthony, intentó ligar conmigo. Después de esa desagradable comida no tuve interés de conocer al resto de la familia.

Las puertas se abrieron y a lo lejos vi a mi madre hablar por teléfono, caminando de un lado al otro. «Ni estando fuera del país deja de trabajar», pensé. Sonrió en cuanto cruzamos las miradas, y es que volver a ver a mi madre era un bálsamo energético.

Mi madre había ejercido de padre y madre durante mucho tiempo. Mi padre un buen día le dijo que ya no sentía lo mismo por ella y que lo mejor era terminar la relación y, con esas palabras, nos dejó. Gracias al apoyo del abuelo Leopold salimos adelante, con mi madre luchando por mí y por el hotel, que era el legado familiar. Pero la vida se encargó de darle una nueva oportunidad para volver a amar gracias a Jonay, el contable de la empresa. Se conocían desde siempre, aunque en secreto él siempre la quiso. Esperó con paciencia y cuando vio que era el instante de confesar sus sentimientos, lo hizo, pero no fue fácil.

Mi madre solo lo veía como una relación momentánea que no llegaría a buen puerto, el empecinamiento de Jonay logró que se rindiera. Poco después llegó Aaron, consolidando ese amor.

Ya había colgado la llamada cuando llegué a su altura, recibéndome con un gran abrazo que acepté con mucho entusiasmo.

—Ese viaje te ha sentado de maravilla —me dijo volviéndome a abrazar—. Jack tiene buena mano.

—¡Mamá! —Le reproché enseguida por esa conclusión.

—No me vengas con «¡mamá!». Sé de lo que hablo —se defendió.

—Te equivocas —le aseguré—. Entre Jack y yo solo existe una amistad.

—Lo mismo pasaba con Jonay y conmigo, y mira cómo acabamos.

—¡Que comparaciones llegas a hacer! —me quejé ante su terquedad.

—No quieres darte cuenta —prosiguió—. Es un buen hombre, atento, y, por lo que vi cuando estuvo por casa, solo tiene ojos para ti.

—¿No será que es mi agente y le conviene verme con buenos ojos? —repuse para recordarle la posición de cada uno.

—No me tomes por tonta —me advirtió—. En todo caso, me alegra que estés por fin con nosotros. Hace un rato ha estado aquí la nuera de Anthony junto a ese insoportable que tiene por hijo que solo causa problemas. —Me indicó—. Si no fuera por la gran amistad que unen a tu abuelo y Anthony, nos hubiera sacado a patadas de la habitación.

—No puedo creer que sean tan intransigentes —respondí, sorprendida por la actitud de esa gente.

—Lo son —afirmó mi madre—. Por eso estoy preocupada, May. Ese otro Lancaster al que le ha dado por reestructurar los hoteles, me tiene histérica. No es justo, siempre hemos hecho el esfuerzo de que se mantengan los estándares que han exigido a lo largo de estos años. Nuestro hotel es uno de los mejores hoteles rurales de las Islas, como para que a alguien que nunca se ha interesado le dé por husmear y querer cambiar nuestro trabajo.

—No creo que lo haga en cuanto pise el lugar.

—No, May, ese informe habla de cambios que deben darse para un nuevo giro. —Me confirmó—. Por mucho que Jonay haya intentado sacar información de lo que quieren, seguimos sin entender nada de nada.

Comprendía su preocupación por «El Secreto de los Gohshed». Era el legado tanto para la familia como para la isla. Estaba en un lugar privilegiado en el que se podía admirar el mar de nubes al anochecer o al amanecer. Esa mezcla de colores que se repartían en el firmamento, dando ese ambiente de plenitud, sin olvidar que estaba equipado con lo último en tecnología para lograr tener una de las fuentes de aguas termales que podía equipararse con las más reconocidas a nivel mundial y que atraía turistas de todas partes del mundo.

Anthony, en cuanto conoció todo el proyecto, decidió ayudar a la familia, y por ello los dos hombres decidieron que el inglés fuera socio minoritario sin derecho a ganancias. Sin embargo, años después, cuando Anthony dejó la

presidencia de la cadena Lancaster, su hijo Rupert pidió a que le rindiéramos cuentas y el derecho a ser notificado de cada modificación que hicieran. Varias veces Rupert, junto con la junta de accionista de la cadena hotelera, intentó presionarnos para que vendiéramos el hotel sin éxito.

Solo entonces, meses atrás recibimos un fax notificando que algunos hoteles sufrirían ciertos cambios en la gestión. A mi madre no le gustó nada y de inmediato intentó saber qué había detrás. Me miró de reojo, y cuando me miraba así era porque algo se le había ocurrido, y además, yo formaba parte del plan. Durante unos segundos no dejé de mirarme y me desesperé.

—¿Qué pasa? —le pregunté sin rodeos.

—Eres la chica perfecta para lo que se me acaba de ocurrir. —Abrí los ojos, desconcertada.

—¿Qué diablos quieres hacer?

—¿Te acuerdas del fax con la información sobre ese Lancaster que tiene que visitar el hotel?

—¿Y qué tengo que ver en todo eso?

—Quizá puedas averiguar quién ese hombre misterioso, no recuerdo los nombres de todos los Lancaster. Hace años que decidí desentenderme de ellos y su actitud avariciosa, pero estoy segura de que todos los saben, por lo que, si te quedas y llega a aparecer, quizá puedas ayudarnos a saber qué es lo que hará —soltó sin tapujos—. Hija, me mata que estos listillos quieran imponerse cuando nuestro hotel ha funcionado bien hasta ahora.

—¿Me estás pidiendo que haga de espía? —De inmediato negué con la cabeza—. Lo siento, mamá, ya tuve bastante con Ethan como para tener que soportar a otro de estos esnobs.

—May, en cualquier momento te tropezarás con él y con tu zalamería lograrías sacarle...

—¡No, no y no! —respondí—. Me has hecho sentir como si fuera una prostituta con eso de la zalamería —le reproché ofendida—. Si llegase a tropezarme con ese desconocido, será para un corto y frío saludo —añadí—. Así que a eso no me prestaré.

—¡Ese Lancaster del demonio va a acabar con mi vida! —exageró, tratando de manipularme, sin embargo, no lo logró.

—No lo haré —repuse de nuevo—. De los Lancaster no quiero saber nada, de ninguno, ni siquiera de los que conoces por casualidad. Solo me interesa Anthony, que está al otro lado de esa pared y al que, por cierto, a pesar de llevar aquí diez minutos no he podido entrar a saludar y no sé cómo

está.

—¿Qué has querido decir con los que conoces por casualidad?

—Nada, mamá, hablo metafóricamente. —Le indiqué, ni loca le contaría lo que había sucedido, sería capaz de sacar conclusiones bastante distintas a las que ya mi cabeza mantenía—. No me has respondido, ¿cómo está Anthony?

—Está estable y se alegrará mucho verte de nuevo, aunque no sé si es el mejor momento —me hizo saber, torciendo la boca—. Están jugando al...

—¡Ajedrez! —terminé su frase sonriendo.

No, no era buena idea que los interrumpiera. Al parecer, el destino se encargaba que, cada vez que uno de los dos estaba a punto de perder, yo apareciera y, por supuesto, el juego se suspendía. Eso conllevaba a que me reprocharan que siempre entrara en el momento preciso.

—¿Por qué siempre me sucede eso?

—No lo sé, pero he tenido que salir, porque les molestaba el murmullo de mi voz, ¿puedes creerlo? Cuando lo único que intento es sacar adelante un hotel. —Sonreí de nuevo, pensando que lo hacían solo para hacerla rabiar. El móvil de mi madre comenzó a timbrar y recordé a Roxana, que solía estar de la misma manera.

—Lo siento hija, tengo que responder—me dijo a modo de disculpa.

—No importa, mamá, quiero entrar antes que aparezca alguien de esa familia.

—Tengo la sospecha de que eso no sucederá—me aseguró Nisa—. La nuera de Anthony sonrió en cuanto nos vio. Fue como si la liberáramos de un calvario, dijo que volvería en un rato, y de eso hace tres horas. —Torcí los labios, era injusto para un hombre con tantos valores como el inglés tener esa familia tan egoísta—. Me imagino lo que estás pensando, yo creía que ese nieto del que tanto habla estaría aquí, pero, ya ves, solo estamos nosotros.

—Nunca lo he visto —le aseguré. Desde que había llegado a Londres, no había visto a ese nieto de Anthony cuyo nombre me era desconocido hasta ahora, las pocas veces que hablaba de él, lo nombraba como su nieto. Era como si desapareciera o no tuviera tiempo para nada—. ¿Qué se puede esperar de ellos? Además, las pocas veces que he estado en la casa de Anthony siempre ha estado solo.

—Eso es lo raro sobre todo cuando suele hablar mucho de él. —El móvil volvió a escucharse y con ello se terminó la conversación.

—Interrumpiré la partida.

—Está bien, iré a la cafetería para poder coordinar el trabajo del hotel que

he dejado a medias.

Nos despedimos con una breve sonrisa. Abrí la puerta y en cuanto entré escuché a Anthony hablar.

—¡No sé cómo lo haces, Leopold, pero May siempre te salva de perder la partida!

Marcus

Aparqué el coche para buscar la tarjeta del aparcamiento y dirigirme al hospital, estaba aún de mal humor por ese encuentro con Charlize, y cansado por el viaje, pero necesitaba ver con mis propios ojos que Anthony estaba bien.

Esperé al ascensor y al abrirse las puertas me topé con una mujer cuyo rostro me resultó familiar. Era guapa, con ojos grandes y castaños acompañados por unas pestañas espesas. Juraría por un momento que estaba viendo a May en esa mujer. Parpadeé varias veces, desechando esa absurda idea. Comenzaba a preocuparme, estaba pensando todo el tiempo en ella cuando era más que evidente que no volvería a verla. Subí al ascensor y apreté el botón para que en esos segundos de espera volviesen a mi mente las conversaciones que tuvimos durante el vuelo.

Para qué lo iba a seguir ignorando, me había gustado increparla y ver ese pequeño mohín en su boca, y lo que me sorprendió aún más fue que no todo giró sobre el enamorarse o amor. En algún momento hablamos de diferentes temas, de los que debatimos durante un par de horas. Y comprendí que me sentía cómodo con su presencia, y eso era lo último que podía pasar, así que opté por hacerme el dormido hasta llegar a estarlo de verdad y, primera vez en mucho tiempo, había soñado y no había sido un sueño normal.

Soñé con May enroscando sus piernas en mis caderas en el baño del avión mientras la penetraba con rudeza. Ella trataba de no gritar ante el placer de cada embestida, en las que también me exigía que llegara con profundidad. Me estaba volviendo loco, esa fricción que ejercía con su cuerpo y el mío. Sentí las gotas de sudor recorrer mi espalda y abrí los ojos, dándome cuenta de que soñaba.

Me costó hacerme la idea de que seguía en el avión y de que lo que acababa de experimentar era lo más parecido a esos sueños que llegué a tener de joven. Mi polla se endureció de nuevo y me maldije por ello. Quise acomodarme y al hacerlo me topé con la mirada de May.

Me gustó que no sintiera vergüenza al verse pillada, pero no fui precavido a lo que hice después y de lo que me arrepiento enormemente. Sonreí, dándome segundos de libertad imaginando cómo la empotraba en la pared, olvidando los objetivos que me había impuesto.

Se abrieron las puertas del ascensor y el móvil comenzó a vibrarme en el bolsillo del pantalón. Suspiré en alto, era hora de volver a la realidad, al trabajo.

Lo saqué del bolsillo y visualicé en la pantalla el número del arquitecto con el que iba a tener una reunión ese día en España. Tendría que pedirle una videoconferencia para conocer al detalle sus propuestas.

—Buenos días, Pedro.

—Buenos días, señor Lancaster —dijo el hombre desde el otro lado de la línea—. He recibido su email junto con los nuevos detalles de su futura socia Esther Blanco y podríamos reunirnos la semana que viene en Londres.

—¡Perfecto! Hablaré con mi asistente para que revise la agenda y se comunique con usted lo más pronto posible y le notificaré lo acordado en la reunión de mañana con Esther.

—Está bien, estaré a la espera, hasta pronto—se despidió el hombre.

—Hasta luego —concluí, terminando la llamada.

Al acercarme a la habitación escuché la risa de una mujer y me pareció extraño, sobre todo porque me pareció tan conocida. Abrí la puerta de golpe y me encontré a Anthony junto a otro hombre más o menos de su misma edad y a May Gohshed.

Parpadeé varias veces, tratando de asegurarme de que no era una mala jugada de mi mente.

—¿Qué hace May Gohshed aquí?

Volvía a decirlo en alto, sin percatarme de que el resto me había escuchado.

19

*«En esta vida pasa lo que no esperas
y esperas lo que no pasa».*

May

Estaba tan sorprendida como él. No entendía qué estaba haciendo en esa habitación hasta que encajé las piezas al recordar su apellido. Jamás me hubiera imaginado que tuviera algo que ver con Anthony. Me pasé la lengua por los labios, suspiré en alto y levanté el mentón.

Podría ser un Lancaster y creer que tenía poder sobre el hotel de mi familia, pero no le daba derecho a tratarme así.

—Hola, Marcus —respondí con ironía—. Tenía pendiente escribirte. —Sonreí de lado, pensando que le haría pagar su menosprecio. Me toqué el labio a la vez que lo miraba—. Aún me duele el mordisco que me diste hace un par de horas.

Él abrió los ojos, sorprendido porque me atreviese a echarle en cara ese secreto...

«¡Ups! ¡Sorpresa! May Gohshed deja con el culo al aire a Marcus Lancaster», pensé, a la vez que volvía a sonreír.

—No recuerdo que fuese tan brusco —me respondió, levantando la ceja como si eso no le afectara en lo absoluto.

«¡Venga ya!». Se la podía meter a otra, pero, con lo estirado que había sido las veces que nos habíamos encontrado, no me creía que no le hubiera incomodado.

—Cuando quiero dejar huella, la dejo para siempre.

¡La madre que lo parió! Quería un pulso conmigo. «Te daré un zasca, como que me llamo May Gohshed», me juré a mí misma. Tensé la mandíbula, pensando que cada día se parecía menos al hombre que siempre había anhelado; ese que estaba frente a mí era un prepotente e idiota.

—En eso no te quitaré la razón —volví a atacarle—. Eres de ese tipo de hombres que jamás se pueden olvidar, ya que cada segundo deseas no volver a verlo en la vida.

—Eso no es lo que dijiste en el avión —repuso con el sarcasmo que se notaba a leguas. «Pobrecito, le he herido los sentimientos», medité. Entrecerró los ojos unos segundos, mirándome detenidamente, dando paso a una sonrisa socarrona—. ¿O me equivoco?

«¡Idiota!», deseé gritarle. En esos momentos lo odiaba con toda mi alma. No sabía a qué jugaba. Primero aceptaba mi propuesta, pero con esa condición bastante despreciable, luego me mordía el labio dejándome traspuesta y ahora ¿qué intentaba decirme? ¿Que era yo la que iba detrás de él? ¡Ni de coña! Si no hubiera sido tan prepotente, quizá me hubiera planteado de verdad liarme con él, pero cada vez que abría la boca me enervaba mucho más por su desprecio.

«¡TROGLODITA!» le grité en mi mente. Esta animadversión que manteníamos no podía ser normal.

—Leopold —dijo Anthony, interviniendo—. Me parece que deberías mirar si el mando de la tele retrocede un poco para entender qué rayos está sucediendo. —Mi abuelo, en vez de mantenerse en silencio, comenzó a reírse. Lo miré de reojo y supe lo que venía a continuación. «¡Mecachis...!».

—La verdad es que venir al hospital ha sido de lo más entretenido —añadió con burla—. Por unos segundos he creído que alguno sacaría la bayoneta y a tomar por culo la paz en el mundo —concluyó en español.

—¡Leopold! —exclamé. Exageraba, y mucho. Que Marcus y yo tuviéramos ciertas diferencias puntuales no era para pensar en guerras. Pronto me di cuenta de que también había pensado en una guerra abierta. Todo esto iba de mal en peor, sobre todo viendo que mi abuelo me estaba dejando más en evidencia de lo que yo misma lo había hecho.

—¡Hablad en inglés! —protestó Anthony—. No quiero perderme los detalles.

Los miré por unos segundos y estaban a punto de a reír a carcajadas. Me sentía terriblemente estúpida por haber provocado esta situación.

—Lo siento, no he debido dejarme llevar —admití avergonzada—. Sé que debéis preguntaros dónde nos conocimos. Bueno, fue en...

—En Nueva York —me interrumpió Marcus, con su prepotencia habitual—. Yo también debo disculparme por mis modales —prosiguió—. Últimamente estoy perdiendo la compostura —indicó, mirándome fijamente.

Tensé la mandíbula, apretando los dientes para no volver a caer en su provocación. Este imbécil estaba echándome la culpa de todo y, lamentablemente, por mucho que deseaba ahorcarlo, también comenzaba a

tener otras sensaciones que no eran usuales.

—Interesante respuesta la de ambos —indicó Anthony mirándonos.

Levantó el dedo para proseguir indagando, pero comenzó a toser sin cesar. Marcus se acercó con rapidez para ayudarlo, su actitud protectora me sorprendió. Nunca pensé que tuviera un gesto de generosidad hacia otra persona y comprendí al instante que Marcus era ese nieto del que tanto hablaba Anthony y al que nunca lo había llamado por su nombre.

No, no era culpa de Anthony, era mi culpa. Cuando comenzaba a hablar de su familia lo cortaba por culpa del otro animal que tenía por nieto. En silencio, los observé mejor. Era una imagen tierna que me daba a entender que muy, pero que muy en el fondo Marcus Lancaster tenía corazoncito.

Marcus llamó a la enfermera y de inmediato le tomaron el pulso a Anthony, ajustándole la mascarilla y el oxígeno. Comencé a sentirme fuera de lugar, por lo que era mejor que el paciente descansara. Me acerqué a mi abuelo y le apreté el hombro.

—Leopold —le dije en tono cariñoso—. ¿Qué te parece si nos vamos a comer? —Mi abuelo me observó y comprendió mis intenciones.

—Sí, me gustaría dar un paseo. Además, ese pobre viejo que está en la cama no está para estos trotes. —Sonreí a su broma.

—¡Que gracia...!—Tos—. Viejo alemán desgra...—Tosió de nuevo.

—Es mejor que no hables —sugirió Marcus. Anthony resopló y manoteó enfadado.

—Soy yo quien decide cuando dejaré de hacerlo —le advirtió, frunciendo el ceño y carraspeó un poco—. Una tosecita no me va a impedir... —tosió de nuevo— hacerlo. —Volvió a carraspear y esta vez nos miró a mi abuelo y a mí—. Eres un viejo desgraciado que busca una excusa para no seguir la partida —le dijo a Leopold, señalándolo con el dedo—. Y tú. —Me señaló esta vez a mí—. Tú quieres irte para no contarme las aventuras con los yanquis. —Sonreí.

—Anthony, eso no debería importarte —repuso Marcus. Por los gestos de su cara, supuse que no se imaginaba la confianza que había entre su abuelo y yo.

—Dudo que quieras escuchar lo que tengo en la punta de la lengua —le advertí frunciendo el ceño de nuevo. Esta vez Marcus no pudo reprimirse una maldición, seguida de esa mirada intimidatoria que intentaba usar conmigo y que, lamentablemente, me causaba risa.

Pensé enseguida que aún no conocía la de Nisa Gohshed, mi madre sí que

daba miedo.

—¡Caramba, Anthony! Estoy percibiendo que... —Y Leopold volvió a reír sin terminar de soltar esa indirecta sin tapujos que estaba segura de que iba a decir.

—No me digas que te estás ablandando ante ciertas situaciones que tal vez te traen recuerdos, viejo sinvergüenza. —Mi abuelo rio de nuevo.

—Para nada —respondió este.

Esto se nos estaba yendo de las manos y, si Marcus no lo detenía, tendría que hacerlo yo, y no me apetecía tener que seguir sintiéndome avergonzada.

—Tengo la intuición de que seguirá y que a lo mejor volveremos a presenciarlo—dijo mi abuelo—, pero necesitas descansar para seguir siendo observador y disfrutar como lo estás haciendo.

La sonrisa que en ese instante se reflejó en los labios de Anthony no me gustó. Aun así, me mantuve callada, maldiciendo por no haber cerrado el pico.

—¿Y qué te lleva a pensar que será así? —preguntó Anthony.

—Su pasión...

20

«La pasión no puede experimentarla quien no la experimenta

Dante Alighieri».

Marcus

«¿Cómo ha dicho ese alemán?», —me pregunté—. «¿Su pasión...? ¡Mierda!», me dije en silencio. Lo que menos deseaba que sucediera, había sucedido. Y el mal humor volvió a apoderarse de mí. Tenía ganas de sujetarle el brazo a May para sacarla de esa habitación y recriminárselo, y no solo eso, quería volver a morderle el labio antes que se le ocurriera cualquier tontería.

Me maldije por esos caprichos, más que nunca debía mantenerme a raya y, de nuevo, su ropa estaba haciendo mella en mí. Esa blusa de botones con ese sujetador que realzaba sus pechos y su falda corta y suelta que me llevaban a imaginar algún lugar del hospital y...

No podía estar pasándome... Había aprendido a controlarme y, cuando estábamos en el mismo lugar, todo se iba al infierno

—Es hora de irme—dijo Leopold—. El frío de esta ciudad me afecta a los huesos.

—Me parece que no es a ti solo al que le afecta la ciudad —le indicó Anthony sonriendo.

La paciencia se me estaba acabando y no volvería a aceptar quedar en evidencia. Necesitaba elaborar un buen plan para que estos dos ancianos no nos llevaran al altar dentro de veinticuatro horas.

—Si te preocupa la partida, sabes perfectamente que la terminaré. No te aseguro que sea esta tarde, pero sí mañana.

—¿A la misma hora?

—Espero que sí, y ruego a Dios que no nos interrumpen con algún que otro debate que no tenemos idea de lo que va —concluyó Leopold con una sonrisa socarrona.

«¡Maldita sea!», mascullé en mi interior y me di cuenta de que no era el único incomodo, May resopló y abrió la puerta, despidiéndose con la mano e ignorándome deliberadamente. No pude esconder mi sonrisa de lado al saber

que estaba pensando lo mismo y que estaba igual de jodida que yo.

Al cerrar la puerta, me giré hacia el ventanal, tratando de recobrar la calma para tener la templanza habitual. Todo lo que acababa de pasar había mostrado ese lado voluble de mí que no debía aparecer. También tendría que buscar alguna explicación con la que Anthony no sacara conclusiones. Sería difícil, era un viejo zorro al que no se le escapaba ni una y, a pesar de tener que convencerlo, la conciencia hizo su aparición, dándome a entender que ninguno de los dos ancianos estaba al tanto de lo que había pasado. En ese instante no solo fue eso lo que vino a mi mente, también el hotel de los Gohshed.

Ese hotel estaba en los reajustes de condiciones de cláusulas y reformas y, si no encontraba la forma de evitarlo, May Gohshed me clavaría en una estaca. «¿Y qué coño me debería importar lo que piense?». No es que me preocupara en gran manera, pero no deseaba más inconvenientes ya que cada vez que nos encontrábamos, terminábamos enfrentados. Sin embargo, por mucho que quisiera evitarlo, tarde o temprano me lo echaría en cara.

Debía hacerle entender que no era para mal, el pequeño hotel era rentable, pero, como todo en la vida, necesitaba evolucionar y ajustarse a las nuevas políticas de modernidad o, de lo contrario Charlize se encargaría de ponerlos en aprietos. De reojo observé a Anthony cambiar de canal y refunfuñar por lo bajo, sonreí aliviado al ver que no estaba tan mal como me había imaginado y, si lo analizaba, había sido la oportunidad perfecta para conocer a Leopold.

Había escuchado hablar de él y, por lo poco que había podido ver, no se merecía perder su legado en el otoño de su vida.

—¿Y bien, Marcus? —preguntó Anthony, interrumpiendo mis pensamientos. Era de esperar que no lo dejase pasar. Me giré y me senté cerca de él.

—No sabía que era la nieta de Leopold —le confesé.

—No te he preguntado eso —me respondió, fijando los ojos en mí—. No te negaré que estoy sorprendido, creo recordar que al único que conoce es a Ethan y, por desgracia, no tiene una buena imagen.

—No me sorprende—respondí con ironía—. No me iré por las ramas, la forma en la que nos conocimos fue de lo más extraña en el ascensor en el hotel de Nueva York. Cualquiera podría decir que un pequeño tropiezo, pero no, en cuanto se abrieron las puertas sus ojos se clavaron en mí y su mirada me transmitió terror, llegué a pensar que se desmayaría.

—¿Estás seguro de que no la conoces de nada? —Negué con la cabeza.

—Llevo casi dos días intentando recordar si en algún momento nos hemos topado y me es imposible, era la primera vez que la veía. Me transmitió tanto a través de sus ojos..., y no solo eso, no entiendo por qué con ella pierdo los estribos con tanta facilidad. —Anthony fijó los ojos mí, durante unos largos segundos.

—Marcus, creo que tú mejor que yo sabes lo que sucede.

—¿Qué intentas decirme?

Necesitaba que fuese claro, contárselo a Ethan era imposible, me diría que eso se arreglaba con un par de polvos, pero, a pesar de tener deseos de meterme en sus piernas, ni tan siquiera volvería a planteármelo al saber ahora quién era.

Sin olvidar que no podía pasar por alto ese par de frases que ambos ancianos habían soltado.

El primero hablaba de pasión y el segundo sobre debates de los que no tenían ni idea, era indiscutible que habían sacado conclusiones con rapidez.

—Si lo que quieres insinuar es que existe algún tipo de relación entre nosotros, te equivocas.

—¿Y me has visto hablar sobre relaciones?

—Lo has insinuado —respondí, mirándolo a la cara.

Conocía sus trucos, él me los había enseñado. Se quitó la mascarilla y sonrió sin disimulo alguno para luego toser un par de veces. Me levanté se la puse de nuevo, mirándolo con severidad y sentándome de nuevo. Me llevé los dedos al puente de la nariz, denotando que comenzaba a hacer mella el *jet lag* en mí. Abrí los ojos de nuevo y lo vi mirándome con intensidad, eso no era nada bueno.

Anthony

Me alegró que Marcus viniera a mi lado con rapidez, de alguna manera comenzaba a sentir que había llegado la hora de comenzar a dejarle instrucciones por si, en algún momento, ya no estaba a su lado. Por mucho que creyese que sabía de la vida, aún no había aprendido varias lecciones, sobre todo aquellas por las que había pasado de puntillas y que todos nos merecíamos experimentar.

—Marcus... —¿Cómo demonios debía comenzar esa conversación con mi nieto cabezota?

—Me parece que deberías descansar —me sugirió—. Has tenido una mañana bastante ajetreada, por lo que he visto.

«Sí, sería difícil hacerle entender lo que había sucedido entre ellos», concluí.

Se había cerrado en banda hacía mucho tiempo por culpa de ese empeño en demostrar que era un digno Lancaster, pero nadie podía asegurar lo que la vida nos deparaba. Era muy simple darle nombre a eso que Marcus llamaba «extraño», pero no estaba seguro de si, cuando se lo dijera, iba aceptarlo.

¿Cómo le podía hacer entender que sentirse atraído por alguien no era igual que ese flechazo que te llegaba directamente al corazón, sin previo aviso, haciéndote perder la cabeza de una forma que nunca imaginaste que sucedería?

No, Marcus no aceptaría que ese flechazo entre dos personas existía, y mucho menos que había ocurrido entre él y May. Era tan tozudo que encontraría la forma de que terminase dándole la razón, por lo que no me quedaba otra que empujarlo a que se diera cuenta.

Tenía que insistir, no descansaría en paz si finalmente Marcus terminase cometiendo el mismo error que cometió su padre. Había sido mi culpa, había dejado que Rupert creyera que el amor consistía en un par de transacciones, que terminaban en un contrato con el que te haría tener más poder y mayor prestigio.

Así que, su vida se resumía en dos matrimonios fallidos, y no quería que eso ocurriera con Marcus. No estaba seguro de que May fuera esa mujer que necesitaba en su vida, pero si el destino había creado esa situación tan atípica, simplemente era porque debían aprender de ello.

—Yo no he insinuado nada —le respondí—. Me baso en los hechos que he visto.

—De cualquier persona puedo creerlo, pero no de ti, no sacas conclusiones por una discusión.

—Que no tenía sentido alguno, ¿o sí? —insistí—. Creo recordar que en cuanto abriste la puerta te referiste a ella como si fuera tu mayor enemigo.

—¡Oh, por favor! —replicó enfadado, sacando así a relucir a ese joven que se había quedado en el extranjero y que aprendió el sentido de la responsabilidad—. Diré en mi defensa que me trastocó verla aquí, cuando hace un par de horas me despedí de ella en el aeropuerto. —Lo miré a los ojos y supe que mentía. No recordaba cuándo había sido la última vez que había dicho un pretexto tan estúpido.

—Amigo, tienes un problema...

—Sí, lo sé —respondió, dejándome desconcertado—. Tengo que llegar a

un acuerdo con los Gohshed antes de que Charlize meta sus narices en el asunto, quizás lo esté haciendo en estos momentos tras la conversación que tuve con ella hace una hora. —Fruncí el ceño, intuía que había discutido de nuevo con esa enfermiza mujer.

Debía cuanto antes volver a formar alianzas, Marcus llevaba mucho tiempo trabajando con ahínco para demostrar que era un Lancaster y que ese puesto que le había cedido se lo merecía, nunca dejaría que Charlize lo destruyera.

—Charlize es un problema que no puedes resolver sin ayuda —le hice saber—. Sin embargo, no todo en la vida es trabajo. Sé que no te gustará lo que te voy a decir, pero me parece que tu vida comienza a ser monótona. Le fatal chispa y, sobre todo, lo que acabo de ver hace media hora, pasión.

—¡Esas son gilipolces! —soltó bastante malhumorado.

—No lo son —le afirmé—. Y tu respuesta me confirma que era necesario que te tropezaras con May, la pasión con la que ella escribe es la que necesitas que vuelva a tu vida.

—Es lo más estúpido que he escuchado en mucho tiempo —farfulló—. Lo que menos necesito es a una mujer que proclama creer en el amor y vive en las nubes. No tengo tiempo para ello y espero que no vuelvas a insinuar algo así, ella y yo no tenemos nada en común. —Maldije en alto y lo miré.

—Marcus Rupert Lancaster, la vida te demostrará que no me he equivocado, y estoy de seguro que no será la última vez que la verás. Sabemos que hasta que no salga de este puñetero hospital no volverás a salir del país, al igual ese viejo carcamal alemán no volverá a España hasta que me vea en La Casona, y eso asegura que tampoco se librará de su nieta, si quieres llegar a un acuerdo con los Gohshed, May podría ser una gran aliada, siempre y cuando aceptes lo que suceda.

—¡No insistas! —advirtió enfadado.

—No tengo que hacerlo, tenéis un asunto sin resolver y muchas dudas que quieres conocer. Yo que tú, me pondría a ello, y eso de que no tenéis nada en común lo pondré en duda.

—¿Qué coño dices?!

—Deberías invitarla a comer y descubrirlo por ti solo.

—No hablarás en serio —respondió, desconcertado por mi insistencia.

Suspiré en alto a la vez que comencé a toser. Carraspeé un poco para ser sincero, pero la puerta se abrió, entrando el médico y salvándolo de lo que para Marcus terminaría siendo un absoluto disparate. Tal vez no era el

momento de plantearse.

Mi nieto comenzó a hablar con el médico sobre mi estado. Me encontraba bien, solo era una simple gripe, pero Ethan tenía que irse de la lengua y armar toda esa algarabía. Tenía la intuición que estaba en problemas y buscaba desviar la atención, y ¿qué mejor solución que meter a su abuelo en el hospital? Ya me sentaría hablar con él largo y tendido.

Después de que el médico le contara exageradamente sobre mi estado, una enfermera entró con muchos potingues para fastidiarme el día. Uno de esos era lo que me daba somnolencia, algo que no necesitaba en aquellos momentos.

—Señor Lancaster. —Ambos nos giramos para verla sonrojándose. Obviamente, no era por mí, carraspeó un poco y miró a Marcus—. El joven — aclaró. Estuve a punto de decirle que perdería el tiempo si lo que se le ocurría era coquetear con él, su mente estaba en otra chica, por mucho que lo negase —. El señor Anthony Lancaster debe descansar, siento decirle que deberá abandonar la habitación.

—Está bien, gracias —respondió Marcus. La joven lo observó minuciosamente y me dio pena ver cómo Marcus la ignoraba y decidí tomarles el pelo a los dos, una forma de asegurarme que no me equivocaba con mi nieto.

—¿Me van a drogar y te quedas tan tranquilo?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó sorprendido—. Debe disculparlo — añadió sin fijar sus ojos en ella. Su comportamiento era muy distante, al contrario que con May, a la que no dejó de observar.

Me eché a reír, definitivamente debía buscar la forma que volvieran a encontrarse.

—¿Debe disculparlo? —repetí—. No he dicho ninguna mentira y me siento ofendido. Si quieres que deje de estarlo, hagamos un trato.

—¿Trato? No hago trato con viejos zorros —me dijo sin tacto alguno.

—¡Vaya! —Tosí un poco—. ¿Tienes miedo de hacer trato con este pobre viejo zorro?

—¿Anthony, qué diablos quieres ahora?

—Sin prisas, pero con pausa, que la edad no me deja correr como a ti —le respondí. La enfermera salió de inmediato y se lo agradecí—. Seguiré las indicaciones médicas siempre y cuando aceptes mi sugerencia. —Me miró con una ceja levantada.

—Eso es un miserable chantaje, no te creía capaz de algo así.

—Marcus, no conoces ni las tres cuartas partes de lo que puedo ser capaz.

—No voy a caer en lo que sea que estés pensando, no voy a hacerlo. Los tres encontronazos con May han sido suficiente.

—No, no lo han sido y eso lo sabes de sobra. Tienes olfato para eso, eres un Lancaster y te gustan los retos.

May

Al cerrar la puerta respiré con normalidad. No iba ser por mucho tiempo, mi abuelo se encargaría de atosigarme a preguntas sobre Marcus, por lo que debía pensar en una explicación sencilla.

Sería difícil, era Leopold Gohshed, un viejo alemán que no dejaba pasar nada por alto.

Lo seguí a paso lento, como era habitual, en cuanto entrásemos al ascensor sería el momento de la verdad. Apreté el botón y lo escuché suspirar.

—Lo conocí en Nueva York —comencé con cierta renuencia—. Y coincidimos en el avión. Intenté ser cordial, incluso le sugerí hacer una especie de trato, ya que no se tomaba en serio mi trabajo y quería demostrarle que su opinión estaba basada en cuestiones superficiales.

Jamás hubiera podido decirle que era exactamente igual al hombre de mis sueños. Leopold me hubiera tachado de majara y no tendría valor para mirarle a la cara de nuevo. Así que, era mejor darle esa información sin muchos detalles.

—Supongamos que todo lo que dices es cierto —respondió meditabundo—. ¿Esta misma escena se dará cada vez que os veáis?

—No —le aseguré—. Dudo que lo vuelva a ver. —Y mi abuelo comenzó a reír a carcajadas.

Esperé que dejara de hacerlo, pero no fue así, me miraba y volvía a reírse. Comenzaba a inquietarme el no saber cuál era el motivo, quizá creía que ahora que sabía quién era, me toparía con él en cualquier lugar de Londres.

«¡Sí, claro! Debe ser que la ciudad es pequeña», pensé.

—Me temo, mi niña, que lo verás mucho más de lo que crees. —Resoplé y esta vez me reí. Las puertas del ascensor se abrieron, mientras él, a modo de respuesta, levantó una ceja.

Cuando lo hacía era seguro que se cumplía su predicción, dejé de reírme y mascullé todas las maldiciones que conocía. Leopold dio un par de pasos,

saliendo, mientras yo esperé unos segundos, con sentimientos confusos. Volver a verlo me cabreaba, pero, a la vez, lograba que mi corazón se acelerara con ese pum-pum-pum a lo bestia.

Me tildaría de masoquista, no lo iba a negar, me hubiera encantado que pasara, aunque no podía decirlo, sería darles la razón a todos. ¡Mecachis! Lo que acababa de decir Leopold, me trastocaba más de lo que podía aceptar.

Deseaba que volviera a morderme el labio, que me besara, que me metiera la lengua hasta la campanilla, sí, que me dejara sin oxígeno.

Tenía ese deseo desesperado de poder sentirlo en cada poro de mi piel y todo esto ni en sueños podía pasar, estaba jodida.

—¡Vamos! ¡Me muero de hambre! —exclamó Leopold, sacándome de mis pensamientos. Afirmé con la cabeza y me apresuré hasta llegar a su lado y así ir algún restaurante cercano a la vez que llamaba a mi madre. Suspiré en alto, un suspiro que sin ninguna duda me delató.

—Uno de los dichos que he aprendido en mi larga estancia en el país del flamenco es aquel que no lo había comprendido hasta ahora: los suspiros son besos que no se dan.

Leopold

Abrió la boca mientras la miré a los ojos y sonreí. La había pillado, como cuando era una adolescente y quería escaquearse con alguna excusa. May no cambiaba, por mucho que pasaban los años. Seguía patidifuso ante esa confesión por su parte.

Entendía que se conocieran por casualidad, al igual que coincidieran en el mismo vuelo, pero... *Was war das für ein Deal?*^[5]

Además, ¿desde cuándo a May le importaban las opiniones de desconocidos? Algo no me había contado, a mi parecer tenía que ver con lo que había percibido en la habitación.

«Carmencita, mi amor, si estuvieras viva me ayudarías a saber qué es esto de lo que acabo de ser espectador. Sin ninguna duda, es una pelea cotidiana de una convivencia marital», concluí.

*«El hombre tiene corazón,
aunque no siga sus dictados».*

Marcus

Me quedé preocupado por lo que me había explicado el médico. Debía descansar, algo que no hacía, pero esas indicaciones de que su recuperación sería lenta por su avanzada edad ya las suponía. Lo que sería imposible era esa exigencia de no tener visitas que lo excitaran, Anthony era un hombre activo y hablador jamás las aceptaría.

Y no solo era hablador, también era experto en soltarte una perorata que lograra meterte en la cabeza tantas ideas que acababas cumpliendo sus deseos.

Habían logrado su propósito, llenar mi cabeza de conjeturas. Era cierto que May podía ayudarme a encontrar alguna manera de llegar a un acuerdo con su familia referente al hotel, pero entonces debía poner a modo de excusa una cita y hacerlo conduciría a que naciesen esperanzas sobre esa loca idea del amor que tanto había defendido. Definitivamente, no era la mejor idea.

Salí del hospital tratando de pensar en alguna otra solución, lo rodeé para ir a por mi coche y resolver cuanto antes los asuntos que había dejado en espera, pero me detuve en cuanto la vi dentro de un restaurante.

No podía ser casualidad y tampoco podía darle la razón a Anthony. La volví a observar, llevándose la mano al pecho sin saber por qué motivo, y ese gesto me afectó.

¡Joder! Era la primera vez que dudaba sobre lo que era correcto o dejarme llevar. ¡Maldición!, ese viejo zorro sabía muy bien meter la duda en mí, debía descubrir por qué cada vez que la veía me nacían estos impulsos locos de tenerla a mi lado. Tenía que encontrar las respuestas, a pesar de que no era el mejor momento, ni se alegraría si me viera aparecer.

Lo más probable sería que me ignorase, de la misma forma que lo hizo en cuanto salió de la habitación de Anthony.

Me pasé la mano por la cabeza por lo que ocurría, pero mi cuerpo y mi

mente se unieron en una sola voz, pidiéndome olvidar mis responsabilidades los siguientes minutos. Cuando me topaba con May, lograba que viera la vida desde otra perspectiva.

Ella era un personaje público y yo me había obligado a evitarlos si era posible. Se convertía en un maldito riesgo, pero mi instinto me empujaba a que lo corriera. ¿Valdría la pena? Esa era la verdadera pregunta y conocía la respuesta, May era bastante peligrosa para mis planes de futuro. Saqué mi móvil, tratando de encontrar a qué aferrarme, pero al encenderlo el impulso de ir hacia ella fue mayor.

Chasquéé la lengua, me metí el móvil en el bolsillo del pantalón y, sin pensarlo más, me encaminé hasta allí, abrí la puerta del restaurante y logré que sus ojos se cruzaran con los míos.

En ese instante ese Marcus precavido me mandaba a la mierda, exigiéndome que debía marcharme y maldiciéndome luego por hacer cosas estúpidas, sin embargo, no pude ni siquiera girarme y salir por donde había entrado.

—¡Vaya casualidad! —exclamó Leopold. Se levantó y se acercó hasta mí—. No sabía que eras de esos jóvenes que siguen a las chicas que los encaran sin sutileza.

No sabía qué coño decir ante el descaro del anciano, comprendí enseguida esa amistad que mantenía con Anthony y no pude más que sonreír, los dos eran tal para cual.

—Hasta ahora no he logrado aprender a ser un asesino en serie —respondí con las mismas palabras que me había dicho May. La vi tensarse y siguió ignorándose y por extraño que pareciera todo esto, me sentí bien y volví a sonreír.

—¿Y bien?, ¿qué haces aquí? —preguntó Leopold. «El alemán no se anda con rodeos», pensé. Me gustó que fuera directo por lo que llegué a pensar que tal vez podría mediar un acuerdo con los Gohshed sin tantas presiones y prejuicios.

—Iba a la oficina para retomar asuntos pendientes, pero me he dado cuenta de que apenas he comido.

—¡Eso no puede ser! —indicó el anciano con dramatismo—. Come con nosotros, aún no hemos pedido y, pensándolo bien, una comida distendida lograría calmar los ánimos.

—Los grandes acuerdos siempre se han cerrado en comidas.

—No tengo la menor duda, Anthony te ha enseñado muy bien.

Me erguí, abriendo los ojos ante esa confesión. El alemán me sonrió de lado y con la mano me invitó a acompañarlo a la mesa.

May

Después de tratar de explicarle lo sucedido a Leopold me mantuve en silencio sin preguntar ni lanzar pullas por lo que decidí cambiar la conversación a todo lo vivido en Nueva York. Con ilusión, le dije que había conocido a uno de mis cantantes favoritos, me llevé la mano al pecho, suspirando como una alocada fan, hasta que observé la puerta de entrada y me quedé sin habla al ver a Marcus entrar.

No pude ocultar mi reacción, con un gemido de consternación que logró que mi abuelo se girara sin darme tiempo a tratar de evitar cualquier conclusión que llegase a sacar.

No solo se alegró de verlo, Leopold se levantó de inmediato para hablar con él, logrando ponerme nerviosa. De no ser por la rabia que sentía al recordar cómo se había reído de mí minutos antes y ver como mi abuelo, sangre de mi sangre, se levantaba, recibéndolo como si acabase de conocer a Sophia Loren, me dejó sin habla.

Pero, no conforme con ello lo invitó a sentarse con nosotros y el muy cretino no lo dudó. «¿Qué demonios intenta hacer Marcus Lancaster?», me pregunté.

Traté de ignorarlo a la vez que maldecía mi suerte por volver a demostrarme sin tapujos lo mucho que deseaba volver a estar a su lado. De nuevo, mi corazón hacía pum-pum y me venían a la mente las sensaciones de cuando me había mordido.

Escuché una risa ligera y conté hasta cinco para no quedar como una desquiciada en cuanto no pudiera más y lo mandara a la mierda. Ya había quedado en evidencia en el hospital, como para tener que volver perder los papeles por su culpa, pero de nuevo me equivoqué. No sabía muy bien cómo describirlo en cuanto se sentó a mi lado y su *after shave* me llegó a la nariz. ¡Me cachis en la mar!

Mi cuerpo se erizó al oler esa fragancia y me imaginé que llevaba la mano a mi muslo para metérmela debajo de la falda y explorar mi sexo lo húmedo que estaba. Me recriminé por ser tan soñadora, por no tener los pies en la tierra.

Lo observé de reojo y, de nuevo, me miraba con intensidad. Cuando se dio cuenta de que lo observaba, rio sin disimulo alguno y lo maldije con todas las

palabrotas que conocía.

—Tengo la ligera sospecha que en nuestros encuentros siempre terminé contando algún chiste sin darme cuenta —espeté, esperando una respuesta sincera, y lo que menos me imaginé fue que Leopold respondería por él como si lo conociera toda la vida.

—Si al menos dejaras de maldecir en español, quizá la gente no comenzaría a dejar sus cubiertos de lado por temor de que necesites un cura para que te exorcice, y ruego a Dios que no aparezca de verdad.

—¿En serio te pones de su parte? —pregunté sorprendida. «¿En qué momento ha nacido esta camarería entre ellos?», resoplé encontrando la respuesta.

«¡Los hombres siempre cubriéndose las espaldas!», concluí.

—No, May —repuso—. Estoy de parte de la razón —afirmó Leopold a sabiendas que eso me cabrearía mucho más.

—Una satisfactoria respuesta —ironicé—. Intento pensar que esto —al hablar los señalé a cada uno— no tiene nada que ver con que compartís cromosoma y testosterona —añadí, fijando los ojos en mi abuelo y luego en Marcus—. En cualquier caso, gracias por venir a saludarnos, pero es una comida familiar —le advertí con acritud.

—Ya no lo es —afirmó mi abuelo, dejándome sin habla.

—Te debo una disculpa —añadió Marcus—. Me he comportado como un capullo y me gustaría compensaros. —Parpadeé varias veces, rogando haber escuchado mal.

—¡Así se habla, hijo! —soltó Leopold—. Disculparse es de sabios —prosiguió, aferrándome así cada vez más a mis conjeturas sobre testosterona, hombres y tapaderas—. Y ya que May habla de que es una comida familiar y eres nieto de Anthony, aceptaría encantado que pagaras la comida, soy un pobre viejo con una mísera pensión.

—¡Abuelo! —exclamé sorprendida.

«¿Qué coño le pasa?», comencé a preguntarme. Respiré con profundidad para tratar de controlar la situación, y para cuando me dispuse a hacerlo, ambos me miraban con una maldita sonrisa socarrona.

Volví a maldecirlos en todos los idiomas que conocía y, resignada, miré el ventanal ignorándolos. No era justo que, en vez de apoyarme y pedirle explicaciones por su desprecio en la habitación, estuviera de su lado. ¡Maldita camaradería de mierda! Me sentía traicionada y dolida, por lo que no me importaba que lo supieran. Me giré de nuevo y miré a Marcus frunciendo el

ceño.

—Está muy feo aprovecharse de ancianos que apenas conoces —apunté. Leopold me miró, y no era una mirada de enfado, era esa mirada de «¿en serio has dicho eso?», para carcajearse luego.

—May —dijo carraspeando. Estaba tratando de no reírse. Esto iba a peor y yo me cabreaba cada vez más—. No seas intransigente y cabezota —añadió Leopold—. Acaba de pedirte disculpas y, que yo recuerde, te hemos enseñado a aceptarlas y dar oportunidades.

—Por supuesto que me habéis enseñado eso, el problema radica en que es recurrente.

—Ha sido un gesto feo por mi parte —confesó de nuevo Marcus—. De todas maneras, los dos nos hemos pasado.

—¡Ahora resulta que es mi culpa! —protesté ante lo desvergonzado que estaba siendo—. Después de todo, ¿qué puedo esperar? Para ti soy la pringada de turno, la que debe pagar tus groserías —señalé, mirándolo a los ojos—. Aceptaré las disculpas, pero, ya que Leopold se ha empeñado en invitarte a sentarte con nosotros, te advierto de que no es necesario que nos invites. No quiero que te sientas comprometido, me he dado cuenta de que todo esto te ha resultado divertido, sobre todo en las horas muertas de un avión, por lo que es mejor no seguir adelante y mantenerlo como una anécdota de la colección privada que cada uno debe tener en su mente.

Sin más que decir, volví a mirar al ventanal. Sin embargo, lo que nunca esperé es que sujetara el respaldo de mi silla y lo girara para que mi atención recayera totalmente sobre él.

—¡Ya está bien de tonterías! No soy de los que dejan los tratos a medias, May Gohshed, te he pedido disculpas. Estás inventándote excusas porque eres rencorosa y eso es tu problema, pero estoy cansado de que quieras tener la última palabra.

Sorprendida y con el corazón desbocado, fruncí el ceño a punto de mandarlo a la mierda. Si pensaba que era así, me encargaría de que no lo olvidase. Sin embargo, no pude, estábamos tan cerca que su respiración se entremezcló con la mía, su boca estaba tan cerca de la mía que temí que me besaría, su mano estaba en mi muslo, tocándolo, traspasando el calor de su cuerpo y logrando que el mío me traicionara, erizándome la piel, mi sexo rogaba ser rozado por sus dedos, hasta que Leopold resopló recordándonos que estaba allí.

Debía salir de esta como fuera.

—¿Estás diciendo que me he acobardado? —Sonrió, negando con la cabeza.

—Estaba pensando en una palabra más apropiada —respondió con ironía. Enarqué una ceja, sin saber si reírme o levantarme para dejarlo allí—. La escritora eres tú, deberías conocer un sinfín de sinónimos.

«¡MALNACIDO!», quise gritarle, y el deseo se desvaneció. Me sentía estúpida por dejarme llevar por mis impulsos cuando era más que evidente que volvía a burlarse de mí. Me mordí el labio, pensando qué rayos decirle, y lo miré fijamente. Si quería seguir el trato, sería a mi modo, en ese instante y con testigos.

—Muy bien, comencemos aquí y ahora. —Me miró largamente sin pronunciarse. Sonreí de lado, ahora era él, el que no sabía que responder. «*Touché*», me provocó gritarle. Pero era necesario seguir comprometiéndolo —. ¿Lo aceptas?

—Sí. —Me sorprendí por esa respuesta tan segura que me decepcionaba. Quería que saliera de nuevo ese prepotente y grosero hombre, pero, en vez de eso, se mostraba de lo más amable. «¡Cantamañanas!».^[6] Lo observé mejor y hubiera jurado que sus ojos se habían oscurecido, incluso me daba la impresión de que me estaba comiendo con la mirada, hasta que lo pillé mirándome las tetas.

Así que al hombre prepotente no le era todo indiferente. Me acomodé mejor solo para provocarlo, pero el muy miserable se mantuvo impasible, como si no le afectara, y su actitud logró lo que no debía suceder, que apretase mis muslos ante la sensación que había despertado.

Era sumamente difícil fingir cuando me apetecía mil veces más sentir sus labios en mi cuerpo. No podía mantenerme en silencio, le daría pie a que volviera a burlarse de mí.

—No perdamos más tiempo—le dije—. Me imagino que el pobre anciano que cobra una mísera pensión llevará un par de días sin comer. —Esta vez, quien maldijo fue mi abuelo y Marcus rio con sinceridad.

—¿Ahora arremetes contra mí?

—No me hace falta, Leopold —respondí, mirándolo a los ojos—. Tú solito te has encargado de ello. —Los miré a los dos y después a mi alrededor —. Alguien tendrá que pedir otra silla.

—De eso me encargo —indicó Marcus, llamando al camarero y pidiendo una mesa más cómoda para todos—. ¿Esperáis a otra persona?

Sonreí, pensando que sería una comida bastante divertida, los desprecios

que me había hecho le serían devueltos por alguien que le tenía ganas.

—Sí, a mi madre.

*«El amor sin pasión es triste,
la pasión sin amor es terrible
autor desconocido».*

Marcus

Traté en la medida de lo posible sobrellevar la conversación, pero May me lo ponía extremadamente difícil. Había tratado de ser cortés y todo lo que le había dicho había sido con sinceridad, a pesar de que, en el fondo, lo que deseaba era soltarle lo que pensaba sobre lo que había leído en su libreta.

«No quiero que te sientas comprometido». Había tratado de ignorar todas sus tonterías, pero eso del compromiso estaba de más. «Me he dado cuenta de que todo esto te ha resultado divertido, sobre todo en las horas muertas de un avión, por lo que es mejor no seguir adelante y mantenerlo como una anécdota de la colección privada que cada uno debe tener en su mente».

¿Colección privada? Estaba a punto de culpar a mi cansancio de lo que acababa de escuchar y ¿para qué me iba a engañar?, comenzaba a tener una colección de imágenes que era mejor que no supiera con exactitud cómo eran. Tenía que tomar las riendas de esa situación, estaba a punto de dejárselo pasar hasta que le vi esa sonrisa.

—¡Ya está bien de tonterías! —le advertí. No negaría que tenía razón sobre que me había divertido, pero no era por aburrimiento. Tenía trabajo atrasado, por lo que me resultaba curiosa su defensa. Además, solo por ver sus labios torcerse cuando se enfadaba estaba dispuesto a provocarla cuantas veces fuesen—. No soy de los que dejan los platos a medias, May Gohshed —le expliqué—. Te he pedido disculpas. Estás inventándote excusas porque eres rencorosa y eso es tu problema —una vez más, quise provocarla—, pero estoy cansado de que quieras tener la última palabra.

La vi fruncir el ceño y se mantuvo en silencio unos segundos, era consciente de que estaba pensando alguna respuesta para cabrearme. «Esta vez no caeré,

May», pensé.

—¿Estás diciendo que me he acobardado? —Sonreí, negando con la cabeza.

—Estaba pensando en una palabra más apropiada —respondí con ironía y, de alguna manera, me pareció que acababa de descubrir su punto débil—. La escritora eres tú, deberías conocer un sinfín de sinónimos.

Este instante sería muy difícil de olvidar, estaba claro que me odiaba por ser tan cabrón, pero no me importaba, tenía para guardar en mis recuerdos los miles de gestos que hizo en segundos, y era de esperar que tuviera que dar su última palabra, o esas pequitas que le rodeaban la nariz saltarían en cualquier momento, por fruncirla continuamente. Quería reírme a carcajadas, estaba cabreada de verdad y apostarí a que si hubiera tenido un tenedor me lo hubiese clavado miles de veces en la mano.

Me era imposible dejarla de mirar, su respiración era más rápida de lo normal y ese escote de nuevo me estaba provocando, y mi polla comenzaba a protestar de verdad.

¡Malditos deseos físicos!

—Muy bien, comencemos aquí y ahora. —No me había equivocado. La miré con intensidad evitando sonreír. May era, sin lugar a duda, guapa, una mezcla de belleza latina y germánica que para muchos podía ser extraña. Debía cuanto antes solucionar la aversión que manteníamos por el bien de los dos—. ¿Lo aceptas?

No sabía cómo me había metido en ese embrollo, pero no iba a echarme a atrás. «Muy listilla», sobre todo cuando usa esa maldita artimaña de morderse el labio para desencajarme y que sienta un tirón que me obliga a cambiar de posición y mirarla fijamente intentando intimidarla.

—Sí —le dije sin tener una señal de arrepentimiento. Tal vez podría solucionar las dudas que tenía sobre los Gohshed con respecto a los reajustes de las condiciones de cláusulas y reformas. Estaba seguro de que no se esperaba esta afirmación, ni mucho menos que me quedara en silencio. Seguiría con mi idea de los correos electrónicos, pero no le diría nada, quería saber cómo rayos actuaría a partir de ahora.

Al ver que su pequeño arrebató comenzaba a recaer en su abuelo sugerí la idea de cambiarnos de mesa, ya que esperábamos a otra persona.

—¿Esperáis a otra persona? —Pregunté para asegurarme que era lo que había oído y no me gustó nada esa sonrisa que apareció en su rostro. O era demasiado previsible e inocente o me había vuelto tan desconfiado que

cualquier gesto me indicaba que venía con segundas.

—Sí, a mi madre —me respondió.

¡Mierda! De todas personas que podían aparecer, nunca me imaginé que terminaría comiendo con la mitad de los Gohshed. De hecho, acababa de caer en la cuenta de que en cuanto apareciera Nisa Gohshed y me presentara, no se lo tomaría nada bien. Ya no podía echarme atrás, toda aquella mierda era por haberme dejado llevar y ahora tendría las consecuencias.

Nadie me había obligado a hacerle caso a Anthony, así que, a comerme enterito todo está situación. Nos acercamos a otra mesa que nos indicaron y después de ayudar a Leopold a sentarse hice lo propio con ella. No es que quisiera adularla, era un caballero y, a pesar de que nos llevábamos tan mal, quería ser cortés, lo que no tomé en cuenta fue que al sentarme a su lado nuestras manos se rozarían, y no supe cómo descifrar lo que sentí.

Ella bajó la mano de inmediato a su pierna, llevándome de nuevo a que mi mente comenzara a jugar con esa imagen. «Mano, falda, muslo, mi mano sobre la de ella, mi mano metiéndose debajo de su falda, mi mano acariciándole muslo, mi mano subiendo por el mismo, mi mano acercándose a su sexo»

¡Maldita sea!, ¡otra vez el tirón!

—He pensado que antes de seguir con este extraño tratado de paz —dijo, haciéndome parpadear mientras volvía a cambiar de postura, estaba empalmado y debía buscar la forma de taparme antes de que se diera cuenta—. Debemos dejar de lado ciertas actitudes —indicó con sarcasmo. Si ella creía que solo con pedir disculpas era suficiente, aprendería que no iba a ser así, le demostraría que esa actitud que tenía era bastante penosa—. Lo primero que deberías hacer es sacarte ese palo del culo y ser feliz.

¡Así que ahora tenía un palo en el culo! No era que no me lo hubieran dado a entender otros en algún momento, pero, como siempre, nadie había sido tan directo como ella.

May Gohshed esta vez había ganado.

—¡May! —exclamó Leopold sorprendido.

—Sabes que soy sincera y me gusta ayudar a la gente. —Estaba a punto de interrumpirla, pero preferí dejar que siguiera, no recordaba cuándo había sido la última vez que había tenido una comida familiar con una conversación divertida. A decir verdad, nunca la había tenido.

—¿Y crees qué es la forma correcta de hacerlo? —preguntó Leopold.

—Yo no puedo responder a eso, en todo caso, quien debe responder es Marcus, o el señor Lancaster, que es quien tiene el palo metido en el culo.

¡Vaya manera de salirse del asunto de forma magistral! Empujar a la víctima de sus ataques a responder. Entrecerré la mirada, observándola minuciosamente. Me jodía perder, me jodía saber que tenía que ingeniármelas para enseñarle que no era ningún puto esnob como el resto de mi familia. Por supuesto, era de esperar que volviera a sonreír con malicia, a la vez que me torturaba mordiéndose el labio. Por mucho que intenté ignorarlo no pude, vi que lo que escondía más allá de esa sonrisa era coqueteo genuino.

«Eres una tramposa, May Gohshed». Intenté comprender todo lo que pasaba, sin embargo, no podía. Primero porque debía medir mis palabras y mis gestos, ya que Leopold estaba en medio como un chaparrón, y segundo, desde que la había conocido todo era distinto a lo que estaba acostumbrado.

24

*«Porque, sin buscarte te ando encontrando por todos lados,
principalmente cuando cierro los ojos
Julio Cortázar».*

May

El camarero trajo la carta y no sé si Marcus se alegró por ello o fue mi mente, que estaba jugando con las suposiciones, pero lo descarté en cuanto lo pillé mirándome de reojo. Ya bastante tenía con cada burrada que estaba soltando. No era normal, lo sabía y no tenía excusa, sobre todo con lo último que le había dicho.

Sabía que estaba siendo grosera, pero le estaba dando de su propia medicina y no había mentido, parecía que tenía un palo metido en el culo. Solo le faltaba caminar como un robot. Trataba de evitar observarlo lo menos posible y me era muy difícil. Su perfil me ponía más nerviosa, estaba muy bueno, recordándome a ese hombre que había descrito en mi novela. Me imaginé que su barba rasposa pasaba por mi cuerpo, dejando su rastro hasta llegar a mis muslos. Comenzaba a dudar si había sido buena idea provocarlo tanto.

Solo entonces nuestras manos se rozaron, llevándome a que mi mente se aferrara a lo que había imaginado minutos atrás, me di cuenta de que intentaba que no tuviéramos otro roce. Cerró la carta y, sin disimulo, volvió a mirarme, me mordí el labio, tratando de que no descubriera lo nerviosa que me sentía. Crucé mis pies ante lo que mi cuerpo me delataba.

—Intentaré sacarme el palo del culo cuando coincidamos —respondió.

Mi corazón latió tan fuerte que temí que lo hubiera escuchado, me estaba asegurando que nos volveríamos a ver. Me giré evitando que las ilusiones se hicieran paso, debía pensar qué responder, debía seguir manteniendo mi acritud para que no creyese que ante cualquier palabra que me dijera cedería a la primera.

—Me encantaría que fuese verdad.

¡Mierda! Eso no era lo que tenía que decir.

—Siempre y cuando lo dijeras con sinceridad, aunque sabemos que no. — La había cagado y él lo sabía. Le vi esa sonrisa socarrona. Me cabreaba ser tan estúpida con eso de hablar conmigo misma, convenciéndome de lo que debía hacer y mi mente me traicionaba.

—Suelo ser sincero —añadió con esa maldita sonrisa que me hacía sentir peor. Tenía que salvar lo que quedaba de mi magullado orgullo.

—Al menos reconoces que mientes para quedar bien.

—No miento —se defendió—. Para ser sincero, cuando algo no me interesa, lo desecho de inmediato. De hecho, te recuerdo que en el avión te di mi opinión acerca de lo que escribes.

—¡Así que todo es por eso! —indicó Leopold.

Había olvidado que mi abuelo estaba con nosotros y cerré los ojos, lamentándome ante lo que iba a decirme en cuanto Marcus se despidiera.

—Se podría decir que sí —le respondió.

Y, de nuevo, volvíamos a lo mismo. Que si sí, que si no, que si tal vez, que si te odio, que si no te odio, llevémonos bien, mejor no, hagamos la paz... ¿La paz? Sería mejor que echáramos un polvo y se acabarían los problemas.

«Necesito comer, estoy desvariando más de la cuenta», concluí. Debía estar más atenta a la conversación, llevaba rato burlándose de mí y me estaba volviendo loca con ese juego absurdo que quería mantener, tenía que detenerlo.

—Has dicho que lo que escribo es una mierda para nuestro mundo, que la vida real no es como lo que cuento en las historias.

—¡Caramba! Eres un tipo al que le gusta correr riesgos —añadió Leopold con un deje de picardía.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con curiosidad Marcus, ignorándome por completo. «¿Pero qué coño?».

—Ya te explicaré más adelante —respondió Leopold sonriendo de nuevo—. De momento necesito comer o moriré famélico.

—¡Vaya que eres exagerado, papá! —exclamó mi madre.

Sentí alivio y que tomaría el control de toda esta situación, esta vez sería yo la que se iba a divertir viendo a Marcus intimidado.

—Ya que nadie nos presenta, lo haré yo, Nisa Gohshed —dijo mi madre ante el silencio que se instaló en la mesa.

—Un placer, señora Gohshed —dijo, levantándose con el protocolo Lancaster que debía tener memorizado—. Marcus Lancaster.

—¿Has dicho Lancaster?

—Sí, y lamento informarle de que sí, soy el capullo que ha impuesto las nuevas políticas para El Secreto de los Gohshed.

—¿Eres tú? —pregunté desconcertada.

Era lo último que me faltaba por saber. Bastante alterada me tenía como para enterarme de que era él quien estaba presionando a mi familia para que tomara medidas distintas a la forma en la que llevaban el hotel.

Recordé el día que Aaron me había llamado, enfadado porque uno de los Lancaster había enviado un memorándum advirtiendo que se hiciera las recomendaciones o, de lo contrario, terminaría vendiendo parte de sus acciones y poniéndonos en aprietos.

No, no podía ser. Esta vez necesitaba alejarme como fuera de él y de las fantasías que mi mente estaba creando. Me levanté huyendo al servicio para poder tener unos minutos a solas antes de aceptar que ese hombre, que por mucho que me trastocara, iba a por mi familia.

*«Creo que tu piel y mis labios
tienen una conversación pendiente
Blaster».*

Marcus

Me estaba divirtiendo, no lo iba a negar, hasta que una voz detrás de May nos interrumpió. La mujer se presentó de inmediato y me levanté para saludarla con una sonrisa diplomática.

En cuanto la vi de frente me di cuenta de que era esa mujer tan guapa que había salido del ascensor y que me había recordado a May.

Sus ojos se abrieron de sorpresa cuando le dije mi nombre, sabía que no iba a ser nada agradable para ninguno, sin embargo, no pensé que impulsaría a May a levantarse y alejarse en cuanto supiese cuál era mi papel en la cadena hotelera.

Tampoco era tan grave, con mis ideas intentaba conseguir una mayor rentabilidad para todos. Teníamos que ser vanguardistas para seguir estando entre los mejores y, a pesar de que el hotel no era de los Lancaster al completo, teníamos acciones, por lo que para mí era parte de toda la cadena hotelera.

El camarero, una vez más, me salvó de aquel momento incómodo, acercándose para preguntar si ya sabíamos qué pediríamos. Decidí que de momento trajeran una botella de vino.

—Si os soy sincera —dijo Nisa Gohshed finalmente—, jamás me imaginé estar sentada junto al que quiere ponerme la soga al cuello.

—Ese no es mi deseo —respondí con honestidad.

Comprendía su enfado, me consideraba su enemigo y verme al lado de su padre debía ser bastante desagradable. Mi decisión podía ponerla en apuros si no cumplían las sugerencias planteadas en ese memorándum que se les había enviado hacía unos meses.

—Me gustaría creerlo, pero llevamos unos días bastante preocupados por el futuro de nuestro hotel, que jamás podrá ser como uno de los de vuestro

imperio. Habéis olvidado que es el lugar que mi padre, que está a tu lado, levantó con ilusión, y verte aquí, me ha desconcertado.

—Nisa —la interrumpió Leopold—. No es el momento para hablar de ello. En todo caso, creo que sería bueno escuchar a Marcus. Tal vez sea más sencillo de lo que Aaron y Jonay creen y, si hablamos de sinceridad, este chico me gusta.

Me mantuve a la expectativa de la respuesta que le daría. Por unos segundos agradecí que May no estuviera, se hubieran apoyado mutuamente, sin darme la oportunidad de defender mi trabajo. El camarero volvió con la botella de vino y ese silencio por su parte me hacía sentir incómodo, por lo que volví a arrepentirme de haberme dejado llevar por los impulsos. Necesitaba unos minutos sin tener que tratar de quedar bien con alguno de los que estaba en la mesa por lo que me levanté.

—Disculpen, debo ir a hacer una llamada.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba confundido respecto a lo que debía hacer. Podía llamar a Ethan y contarle lo que sucedía, pero correría solo para ver como las Gohshed me cortaban a pedacitos; buscar consejos en alguien que en su vida no tenía ni una responsabilidad no era la mejor opción. También podía pedirle ayuda a Alfred tendría que contarle toda la historia y no me hubiera creído a esta situación absurda.

No tenía a nadie, así que, debía seguir adelante, pese a las consecuencias que se avecinaban. Decidí entrar al lavabo para refrescarme y recordé que May había ido por ese mismo camino diez minutos antes. No es que me preocupara, era una mujer y siempre tardaban horrores en el baño, pero sentí la necesidad de tocar la puerta para saber si se encontraba bien.

May

A pesar de querer alejarme como sea de él, también me nacía la necesidad urgente de descubrir el hombre que había detrás de ese muro de contención que mantenía entre nosotros.

«¿Vas a seguir con esa estúpida idea, May Gohshed?», me reproché. Acababa de descubrir la verdad, solo estaba interesado en agrandar su imperio. Definitivamente, era una ilusa, una idealista como me llegó a etiquetar.

Era el momento de sacrificar la imagen de ese hombre que tanto soñé, antes de que crecieran las esperanzas por el que era real. Abrí el grifo para refrescarme la cara y volver con un mejor aspecto y al hacerlo ocurrió lo que

nunca imaginé que sucedería, el agua empezó a salir disparada por la base del grifo y yo tenía la llave del agua fría en la mano.

Recordé a todos los muertos de Marcus, él era el culpable de que estuviera en este problema y, para mi desgracia, tocaron la puerta. No abriría, fuese quien fuese, me limité a buscar una llave de paso debajo del lavabo para cerrar el chorro de agua, pero no hallé ninguna.

«¡La madre que me parió!», solté después de gruñir, desesperada. La vida me hacía pasar por estos percances para putearme. Volvieron a tocar la puerta. Tenía ganas de mandar a la mierda la que insistía, pero al segundo comprendí que llevaba mucho tiempo en el servicio y era normal que alguien quisiera entrar.

—¿May?

Esa voz la reconocería donde fuese y no, no podía ser verdad. Era la que menos deseaba escuchar. «¿Por qué justo él tenía que tocar?», me pregunté.

Debía disimular abriendo un poco la puerta, lo suficiente para poder hablar con él sin que llegase a ver lo que pasaba y darle alguna excusa para que se largara.

—¿Qué haces aquí? Es el baño de mujeres— le indiqué con acritud.

—Quería saber si estabas bien.

—¡Oh, por favor! —solté sin creermelo su preocupación—. Han pasado cinco minutos, no una eternidad.

—Llevas diez minutos dentro del servicio, May. —respondió frunciendo el ceño.

—¡No puede ser! —exclamé y cerré la puerta. Llevándome las manos a la cabeza y preguntándome qué hacer ante ese desastre.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo, golpeando la puerta y poniéndome más nerviosa.

—¡¿No tienes nada más que hacer?! —grité desde adentro.

—¡Abre la puerta! —gritó esta vez.

Tenía un dilema si no lo hacía, la abriría él y sería peor. Con resignación, lo hice.

—Te juro que no he sido yo. ¿O sí? —Comencé diciéndole—. ¡Mecachis! ¡Ahora no lo sé! Había venido a refrescarme un poco, abrí el grifo y el agua salió por todos lados.

Le vi la intención de reírse, si lo hacía lo echaría a patadas. Se frotó la nuca con los labios torcidos, pensando.

—Es mejor volver a la mesa y disimular —sugirió.

—¿Cómo voy a dejar esto así? —le dije, preocupada por como el lugar se llenaba cada vez más de agua.

—¿Quieres que el establecimiento te demande?

Y de inmediato, imaginé un titular de algún periódico: «Un pequeño restaurante al este de Londres demanda a la famosa escritora May Gohshed, por romper una tubería del servicio y causar una enorme inundación». No podía dejar que pasara, no dejarían de hablar de ello.

—Puedo cubrirte para evitar que se fijen en ti.

—¿Qué? —¿Cubrirme? Ni que fuera una delincuente. Ese maldito capullo se estaba burlando de mí nuevamente. Fruncí el ceño—. No soy una fugitiva y toda esta desgracia es tu culpa —le hice saber.

—¿Mi culpa? —repitió Marcus con asombro.

—Sí, no tenías que haber entrado al restaurante y yo no hubiera acabado en el servicio. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te detuviste y entraste? ¿Qué coño quieres de mí? Si para ti soy una simple ilusa.

—Tienes la particularidad de culpar a otros de tus meteduras de pata —espetó.

Abrí los ojos dándome cuenta de que terminaríamos discutiendo y no estaba por la labor de hacerlo, así que, lo más conveniente era una retirada honorable. Intenté apartarme, pero él eliminó todo espacio entre los dos, sujetándome de la cintura hasta chocar con la pared y logrando que viera en sus ojos por primera vez algo que una vez anhelé, el deseo.

26

«Los afectados por la locura del amor están todos ciegos

Sexto Propercio».

Marcus

Era evidente que algo le sucedía, en cuanto May abrió la puerta percibí una mujer muy nerviosa. Luego volvió a cerrarla y esa vez no iba a dejarlo pasar. Sin perder más tiempo, entré viéndola, empapada con la llave del grifo en la mano mientras del tubo salía agua por todos lados.

La observé, cavilando y fustigándose, sin pasarme desapercibido como la blusa se le pegaba al cuerpo, mostrándome un sujetador de encaje.

¡Maldita sea! Intentaba no tener tirones y con esta visión mi polla protestó.

Sin embargo, volvió a culparme de todo, tratando de que la dejara a solas con ese problema. Podía hacerlo, pero estaba cansado de que me juzgara y se lo hice saber.

—Tienes la particularidad de culpar a otros de tus meteduras de pata. — Abrió los ojos y temí que comenzara a discutirme.

Se acercó y deseé que no lo hiciera; su blusa mojada, su sujetador, su pecho subiendo y bajando me estaba poniendo muy cachondo.

«¡Al diablo todo!», me dije, sujetándola por la cintura y atrayéndola hacia mí antes de pegarla a la pared. Vi que su sujetador era semitransparente, dejando entrever sus pechos, que, sin pensarlo, los atacé con la mano mientras me apoderé de sus labios con ansias.

May me correspondió con la misma necesidad, dejó que me adentrara en su boca, dejó que mordiera y chupara su labio inferior a la vez que con la mano jugueteaba con su pezón, pellizcándolo y acariciándolo, incitándola a que se dejara llevar.

Con la lengua le di a entender lo que realmente deseaba. Saborear su piel, sus labios, sus pechos, su humedad. Llevó los brazos hasta mi cuello, tirándome del pelo y dándome a entender que quería más, y le demostré que yo también lo deseaba empujando mi pelvis para que notase lo duro y necesitado que estaba por entrar en ella.

Segundos después, dejé que sus manos bajaran hasta mi cinturón del que a duras penas me pudo zafar. Me desabrochó el botón del pantalón y me bajó la bragueta para agarrarme la polla con firmeza, gruñí en cuanto comenzó a subir y bajar por encima de mi bóxer. La miré a los ojos metiendo mi mano por debajo de su sujetador. Quería que me pidiera que la tocara, quería ver si le gustaba que la torturara de esa manera, acariciando su piel sedosa hasta volver a atormentar su pezón, deseando metérmelo en la boca.

Gimió cuando dejé de atormentarla y bajé la mano hasta su muslo metiéndola debajo de su falda, entre sus medias dispuesto a jugar con su sexo. Pegó más su cuerpo al mío para que siguiera y fue cuando caí en la realidad, tenía que parar.

Era un hombre que había aprendido a controlarse y no dejarse llevar por el impulso ni el deseo. Sobre todo, cuando había una situación familiar en la mesa a la espera de una solución, y esto podía prestarse a confusiones graves, por lo que me separé.

—Discúlpame —dije girándome, subiéndome la bragueta y rompiendo el contacto con ella. Abrí la puerta y, al salir y cerrarla, me maldije por no controlarme.

Entré al servicio de hombres y me seguí maldiciendo por ese deseo insaciable. Nunca había estado tan necesitado por meterme entre las piernas de una mujer. Sin tan solo fuera una desconocida, no me hubiera importado terminar lo que había dejado a medias, no era la primera vez que follaba en un baño público, años antes lo hacía con frecuencia, pero todo era distinto.

Me jugaba muchas cosas, incluso la amistad de Anthony con Leopold, y no me lo perdonaría.

«¡Hostia, puta!». Estaba muy empalmado, tanto que comenzaron a dolerme los huevos, y eso me cabreaba y me frustraba, era bastante penoso salir así. Tenía que refrescarme.

Abrí el grifo y me refresqué la cabeza durante unos minutos pensando en la persona que en segundos lograría que se me bajara la erección, Charlize.

May

Sin tener la menor idea de lo que había ocurrido, solo que acababa de ser rechazada por el guaperas de turno. Esperé diez minutos más y salí del baño, sentándome en la mesa en silencio. Ni siquiera me atreví a mirarlo. Me sentía miserable e increíblemente idiota.

Me había dejado llevar por su imposición, por su boca, sus manos. «¡Oh

Dios!, ¡qué tonta he sido!»). Tenía tantas ganas de levantarme, darle un guantazo y largarme... Sin embargo, ni mi madre ni mi abuelo lo comprenderían, y no iba a contarles nada.

Era bochornoso andar diciendo por ahí que Marcus Lancaster había estado a punto de follarme, pero, al parecer había terminado no siendo de su agrado. Tal vez le gustaban más lanzadas, no lo sabía, lo único que sentía era rabia, frustración y unas increíbles ganas de llorar.

Di gracias a que ni Leopold ni mi madre hicieran algún comentario sobre mi tardanza y mis evidentes pintas, aunque estaba segura de que no había pasado desapercibido que algo había sucedido.

—Es hora de pedir, tengo ganas de comer y estoy muy cansado—dijo Leopold, rompiendo ese silencio tenso.

—Debo irme, y me disculpo por interrumpir la comida. —Se apresuró a decir Marcus—. Dejaré dicho que envíen la factura a las oficinas, me ha surgido un inconveniente y tengo que resolverlo cuanto antes.

—Está bien, muchacho —respondió Leopold—. Otro día te invitaré a comer —le indicó junto con una sonrisa.

—Me gustaría mucho. —Marcus se despidió con un ligero gesto de cabeza, se alejó hacia la caja y luego salió del lugar.

Estaba tan desilusionada que decidí esconderme en mi burbuja imaginaria para hacerme a la idea que mi pequeña fantasía había terminado antes siquiera de haber empezado.

Las imágenes se hicieron presentes en mi mente, esas escenas que muchos deseaban experimentar. Lo acababa de vivir, sus manos habían encendido mi cuerpo, apenas había saboreado la pasión que escondía detrás de esa fachada. Jamás pensé que se detendría y huiría de la forma en la que lo había hecho.

No quería, pero me era imposible ignorar que la atracción cada vez era mayor. No, era mejor no aferrarse a nada y olvidar las caricias y los besos cargados de deseo que había dejado plasmados en mí.

*«¿Sabes que realmente es contagioso? Una gran sonrisa
Scrubs».*

May

Decidí que necesitaba apartar de mis pensamientos a Marcus por lo que mejor sería ir a visitar a Rosmina junto con mi madre y mi abuelo. No me equivoqué en hacerlo.

Las múltiples molestias de su embarazo convertidas en quejas junto a las que tenía de Darth V lograron sacarme una sonrisa, y sin que ella supiera lo hecha polvo que me encontraba. Quizás no era para tanto y la actitud de Marcus no era como me imaginaba, tal vez estaba susceptible gracias al cansancio y la presión que arrastraba.

La idea que me rondaba la cabeza era excelente: necesitaba desconectar y el mejor sitio para hacerlo era mi isla y el hotel que me vio crecer. Siempre que volvía allí terminaba centrándome. Quería sentir el sol y el calor costero era mi vitamina de vitalidad y estaba segura de que era necesario para no volver a toparme con él.

Acompañé a Rosmina a la cocina a por más aperitivos y aproveché para contarle por encima mi decisión.

—¿Qué?! —soltó sorprendida—. No puedo creer que te largues de nuevo cuando apenas has aterrizado. —Me reprochó, decepcionada.

—Necesito vacaciones —le respondí—. Llevo días sin poder encontrar el camino de mi historia lo que he escrito no termina de gustarme, y el hotel y sus alrededores es lo ideal.

Me observó durante largo rato, mirando de vez en cuando a Darth V, que estaba descansando en mi regazo. Nunca olvidaría el día que me sugirió adoptarlo y cómo me dijo sin sutileza alguna que tenía un pésimo gusto. Por

mucho que intenté decirle que había sido amor a primera vista, no me creía, y desde entonces no dejaba de decirme que se arrepentía de haberme empujado a que fuese a ese albergue de animales.

Toda esa alocada idea de ir por un animal de compañía surgió ante mi sexta relación frustrada en menos de cuatro meses. Rosmina concluyó que necesitaba enfocar mejor esa rara lista que tenía escondida con respecto a mi hombre ideal o, de lo contrario, seguiría cometiendo el mismo error con respecto a las parejas.

Darth V comenzó a lamerme la mejilla con devoción, notaba que me echaba de menos y yo lo cogí por su cuerpecito y le hablé.

—Mi Darth V, yo también te he echado de menos—le aseguré, llevándomelo al pecho—. Te prometo que al próximo viaje irás conmigo. —El gesto de repugnancia de Rosmi, metiéndose el dedo en la boca me hizo reír.

—Créeme lo que te voy a decir —me dijo mirándome con severidad—. Necesitas urgentemente un hombre que te folle, tu amor por ese chucho no puede ser normal — concluyó de nuevo. Darth V le gruñó, dispuesto a responderle, sin embargo, escuchó abrirse la puerta y saltó de mi regazo con rapidez.

—Pero... — señalé, escéptica a su comportamiento, sobre todo cuando lo vi moviendo la cola de alegría en cuanto vio aparecer a Gonzalo, que se inclinó para saludar al perro.

Sorprendida por su traición, gruñí, negando con la cabeza.

—Es macho May... —concluyó Rosmina, riéndose porque me sintiera ofendida—. Y ya sabes que todos se llevan bien, indistintamente de la especie que sean.

De inmediato, me hizo recordar mis palabras en el instante que Marcus había estado con nosotros y la maldije por traerlo de nuevo a mi cabeza. Hasta ese momento no había vuelto a recordar el incidente ni la frustración por sentirme utilizada por él.

—Te creía más inteligente —refunfuñó Leopold al entrar a la cocina—. En todo caso, creo que he escuchado una referencia similar hace poco.

—¡Mecachis! —farfullé. Rosmina frunció el ceño, pero evitó preguntar cuando me escuchó murmurar maldiciones en voz baja. Ella sabía esperar, y en cualquier momento lograría sonsacarme que había querido decir Leopold. Intenté mirarlo a los ojos para que no siguiera, pero fue imposible, astutamente mi abuelo me ignoraba con alevosía.

—Quizá tengas razón en cuanto a algunos de nuestra especie —prosiguió Leopold—, pero siempre hay excepciones —añadió, esta vez mirándome hasta el punto de que logró llamar mi atención.

¡Mierda! Estaba logrando que el interés de Rosmina creciera, Leopold sabía que estaba frustrada y era la forma de que soltara la rabia que llevaba dentro producto de la humillación de Marcus en el servicio del restaurante.

—Solo espero que el karma no te castigue con llevar en tu vientre uno de la misma especie de la que te estás quejando.

En ese instante, mi madre entraba a la cocina y se rio a carcajadas, viéndola sonrojar ante el zasca que le había dado Leopold.

—Leopold, últimamente estás muy filosófico —le dije a modo de venganza, también para que se diera cuenta de que se estaba pasando—. ¿En qué libro aparece ese estudio? —le pregunté. Intentando cambiar el tema de conversación—. Me interesa consultarlo para...

—En el libro gordo de Rosmina. —Me interrumpió, retándome con la mirada. Estaba cantado se había quedado con toda la movida y no me dejaría en paz.

Volví a farfullar y ella se levantó, fingiendo que iba a por una taza de café, pasándome por el lado y mirándome por encima del hombro, por lo que mi madre y mi abuelo se desternillaron de risa.

En cuanto le contara lo de Marcus, me insultaría y comenzaría a pensar cualquier clase de locura a modo de venganza. Sin embargo, fue ella la que

masculó palabrotas en cuanto escuchó a Gonzalo hablar como un tonto con Darth V. Vi la sonrisa en el rostro de mi amigo y supe que solo lo hacía para sacarla de quicio.

Dejó a Darth V en el suelo para que nos fundiéramos en un abrazo entrañable e intercambiar las bromas sobre el programa de Elle para finalmente tomar en brazos a mi crestado chino, dejándome sorprendida.

—¿Estás segura de que se querrá ir contigo? —me señaló Gonzalo con un tono burlón.

—Así sufra de depresión perruna —advirtió mi amiga—. Ese bicho abandona mi casa. —Miré a Gonzalo y no pudimos reprimir nuestras risas.

Mi amigo carraspeó, soltando al perro para lavarse las manos y volver hasta su mujer, que estaba susceptible por nuestras burlas dándole un abrazo junto un largo beso.

—El renacuajo y tú sois mis únicos amores —le dijo mientras me guiñaba el ojo. Rosmina no le creyó y bufó en cuanto vio la sonrisa reflejada en los labios de Nisa.

—Este hombre solo me usa para fines prácticos —alegó, de inmediato supe que saltaría con alguna burrada—. ¿Cómo solían hacer los cavernícolas? ¡Ah, sí! Follar y comer. —Reí.

—Bienvenida a la realidad de los de nuestra especie, aunque a esa frase se te olvidó añadir y procrear como conejos. —Rosmina clavó los ojos en Leopold, dándole a entender que eso no iba a suceder con ella, y todos volvimos a reír.

Gonzalo decidió invitar a Leopold a dar un paseo, uniéndoseles mi madre también. Rosmi los acompañó hasta la puerta y, cuando regresó a la cocina, buscó la botella de vino que mantenía en la nevera, me sirvió una copa y se sentó frente a mí.

—Ahora me vas a contar quién coño es ese capullo que te ha devuelto esa tristeza que pensé que había sido enterrada por el adefesio que tienes de perro.

Sonreí a sabiendas que había acertado. Cogí la copa, bebí un poco de vino, suspiré y le conté.

Marcus

Encendí el motor del coche aún confundido por lo que había hecho. Conduje varias calles hasta que el móvil volvió a sonarme y, al ver que era Ethan, respiré con profundidad. Era evidente que algo quería, y debía ser referente a ese incidente en el hotel de los Gohshed.

Necesitaba evitar volver a verlos, sobre todo porque debía mantenerme alejado de May, estaba expuesto a no poder controlar mis impulsos. A medida que me fui alejando del restaurante, mi mente jugaba con las sensaciones. Nacía la idea de volver, sujetarla del brazo y terminar lo que había empezado y eso era grave.

Debía pedirle a Leah que concretase una cita con Nisa Gohshed para así explicarle de qué iban las nuevas políticas. Acepté la llamada poniendo el manos libres para así intentar olvidarla, ya que Ethan haría que me cabreara.

—¿Llegas a la ciudad y soy el último en enterarme? —comenzó diciéndome a modo de saludo desde el otro lado de la línea.

—Creo recordar que me mandaste a la mierda hace un día y medio. —Le respondí mientras seguía recorriendo las calles para ir a las oficinas de los Lancaster—. Había olvidado que tenía que avisarte de mi llegada, lo que no sé es si es porque ha salido el gen de familia o porque te escabullirás para evitar las broncas de siempre.

—No me retracto de lo que te dije —repuso Ethan—. Y si quieres te lo recuerdo de nuevo: ¡qué te den Marcus! —dijo provocándome—. Y, si hablamos de ADN, creo que ese que recorre tus venas y es el mismo de la arpía de Charlize comienza a despertar en ti.

—Me parece que voy a pasar de esta llamada —respondí siguiéndole el juego, a la espera de que disparara lo que quería pedirme—. Alguna vez me gustaría que las llamadas que sueles hacerme no fueran para contarme tus mierdas, ¿o es que al fin has descubierto que estás enamorado de mí? —añadí solo para fastidiarlo. Miré a los lados y proseguí mi camino—. No me importaría, pero somos primos y eso es casi que incesto.

—El ser gracioso no te pega —me aseguró—. El irresistible de los

Lancaster soy yo, por lo que es mi deber advertirte de que no intentes quitarme el lugar que me corresponde en la familia o verás cómo te voy a dar por el culo de verdad. —Comencé a reír a carcajadas—. ¡Eres un cabronazo, Marcus!

—Suelen decírmelo, voy a tener que comenzar a tomármelo en serio.

—¡Joder! ¿Y quién demonios se me ha adelantado?

—Los empleados —le respondí enseguida, sin olvidar que May me había dicho algo parecido con referente a mi actitud. De nuevo pensaba en ella y de nuevo mi polla protestaba. Estaba comenzando a sentirme como un enfermo sexual—. Ethan, tengo trabajo —le dije tratando de averiguar qué quería en ese instante—. Además, ¿ya has vuelto al hospital a ver a Anthony?

—¿Quién te ha dicho que no he ido? —respondió ofendido—. Estuve junto a él desde que me llamó Rosita asustada, un gran logro para mí, ¿o has olvidado que los hospitales me ponen enfermo? Además, tener a dos Lancaster en uno no es bueno para la empresa, la prensa acamparía a las afueras.

—Excusas y excusas, como es habitual en ti —le solté—. ¿Y bien? ¿Qué demonios quieres ahora?

—Verás, ese problema del hotel de Canarias se tiene que solucionar.

Bufé. Siempre que la cagaba, era yo el que terminaba limpiando sus mierdas. ¡Como si no fuera suficiente el problema que tenía yo!

No solo debía encontrar el modo de calmar los ánimos de los Gohshed, sino que ellos se aferrarían a ese incidente con Ethan que me dejaba en una posición que me perjudicaba y ,por mucho que lo intentaba, pensar en los Gohshed era pensar en May, en su cuerpo pegado al mío, en sus pechos respondiendo al estímulo que le daba, y ahí estaba otra vez el maldito tirón de las narices.

—¿Marcus? —me llamó Ethan—. ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona —respondí con rapidez—. Estaba mirando un choque en una

transversal cercana al edificio Lancaster.

Mentí descaradamente. Ethan no iba a preguntar, ni pasaría en ese instante por allí.

—¿Ahora te has vuelto un cotilla?

—¡Que te den Ethan! —le dije antes de que cambiara el tema para su propio beneficio—. En cuanto al hotel de los Gohshed, será la última vez que te ayude, tengo la intuición de que tendré que ir hasta las Islas a saber qué diablos ha pasado.

—No es grave. —Me aseguró riéndose—. Una chica no entendió lo que es diversión de una noche. —Comenzó explicándome sin vergüenza alguna. Resoplé, algo me decía que era peor de lo que él lo pintaba.

—Es hora de que pongas de tu parte —le advertí. Sabes perfectamente que Charlize está atenta a cualquier cosa que perjudique a los hoteles y ese es el trabajo que desempeño en la empresa. No debería recordarte que sería más fácil para mí tener un apoyo familiar en acción. —Ethan suspiró y chasqueó la lengua.

—Te lo dije desde que decidiste volver —me dijo con voz aburrida—. Sería duro—añadió con seriedad—. Charlize es consciente de que tiene a casi toda la junta de su lado.

—Pronto será distinto —le afirmé, confiando en que mi proyecto llevaría a que la junta confiase en mí.

—Si fueras más concreto entendería de qué coño hablas ahora —me dijo con sinceridad—. En todo caso, soluciona lo del hotel de los Gohshed —me pidió—. Esa gente son amigos de Anthony, no quiero malos rollos, y te aseguro que comenzaré a encontrar aliados para ti.

—¡Qué fantasma eres! —le recriminé ante su vil mentira, Ethan no disimuló y se rio a carcajadas.

—¡Vale! ¡Me has pillado, amor mío! —me dijo, burlándose con descaro

—. Por cierto, Leopold Gohshed está en Londres, lo vi cuando me fui del hospital, así que por fin lo conocerás. Tal vez a su nieta, que es una escritora famosa. No está tan buena como me gustaría, pero tiene tetas y unas caderas que se bambolean de un lado al otro y ¡hostia puta!, me pone.

Por un momento me imaginé a Ethan tratando de llevársela a la cama y me incomodó, si bien, no quería tener nada que ver con May, y menos con su estrellato. Lo que no sabía era cómo pararlo sin que su mente retorcida terminara imaginando estupideces y me acabara afectando más.

El muy cabrón tenía razón con sus caderas, ese movimiento te llevaba a imaginar cómo era tenerla cabalgando encima de ti. ¡Maldita sea, Ethan!

—Sí —le respondí cortante, con la garganta seca y ese maldito tirón de nuevo. Me las pagaría, estaba seguro de que esa mención era con segundas—. La he conocido —añadí con sequedad. Era mejor que lo supiera de mi boca antes de que pudiera ser testigo de alguno de nuestros encuentros.

¿Encuentros?, ¿pero en qué demonios estaba pensando? Intentaría como fuese que no hubiese otro.

—¿Qué te pareció? —insistió. «¡Maldita sea, Ethan y su afán de tener sexo con todas las mujeres de Londres!», pensé—. La primera vez que la conocí casi me rompe las pelotas —prosiguió—. Ella estaba comiendo con Anthony y coincidimos en el mismo restaurante, me presenté y le gasté una bromita.

—No quiero ni imaginar lo que le dijiste. —Estaba casi seguro de que le había sugerido algo que tuviera que ver con sexo.

—Créeme —dijo riéndose a carcajadas—. Se enfadó tanto que soltó un par de palabras que me dejaron aturdido. Fue como si me hubiera dado una patada en los huevos.

Había aparcado y estaba a punto de llegar a mi despacho escuchando las tonterías que acababa de decirme. ¿Para qué voy iba negar que me gustó que pusiera a Ethan en su lugar? No todas querían acostarse con él.

Sonreí con lo último, era mejor cambiar de tema o acabar con la

conversación antes de que se me escapara cualquier palabra referente a esa manera de dejarte callado que tenía May. Todo me recordaba a ella. Estaba convirtiéndose en una obsesión, era mejor tomar medidas antes de cometer otra gilipollez por culpa de mis impulsos.

—Estoy entrando al despacho. Sabes que significa eso, ¿verdad? He de imaginar que solo me has llamado para solucionar la metedura de pata con los Gohshed —le resumí para que cortara.

—Sí y no —respondió con guasa Ethan—. Te invito a una copa.

—No tengo tiempo para eso. Además, no querría que alguna de tus amantes descubriera la verdad sobre ti.

—¡Vete a la mierda! —exclamó—. Últimamente te escaqueas mucho, cabrón, ¿no será que ya no se te pone dura? —chinchó—. Mira, para que veas que no soy mal amigo, ni mal primo, mañana te vienes conmigo, estoy seguro de que mojas.

—¡Adiós, Ethan! —le indiqué antes de escuchar más gilipolleces.

—Mañana a las diez paso por La Casona. —Fue lo último que alcancé a escucharle decir.

Solté aire y abrí la puerta para saludar a Leah en cuanto pasé por su mesa. Seguí al despacho y me senté para encender el ordenador y adelantar trabajo. Leah entró de inmediato con una carpeta llena de informes en la que, al abrirla, lo primero que apareció fue un documento con el nombre El Secreto de los Gohshed. Definitivamente, el destino se empeñaba en que no olvidara a May, ni sus ojos, ni sus labios, ni sus gemidos, ni su piel.

Esos segundos en los que apenas pude tocarla se habían grabado en mi mente, esa idea de Ethan de salir me podía ayudar a olvidarla. Me llevé los dedos al puente de la nariz, estaba cada vez más cansado, y cerré los ojos por un momento.

Tal vez era eso, cansancio, y me estaba llevando a hacer una gilipollez tras otra. Solté aire de nuevo y me dispuse a leer el informe, recordando que no

tenían tantos cambios como los Gohshed creían. Lo mejor era concretar una visita y así establecer las pautas que necesitaban.

*«No somos responsables de las emociones,
pero sí de lo que hacemos con las emociones
Jorge Bucay».*

Rosmina

«¿Pero qué coño está contando May?», me pregunté sin gritar ni caminar como una histérica. Según la matrona debía seguir pautas de cero estrés, ejercicios moderados y yoga suave... No estaba muy segura de que eso me fuera a ayudar.

Siempre había sido un culo inquieto y andar haciendo posiciones raras no iba conmigo, incluso el día que me lo propuso tuve ganas de decirle: «Gracias por las sugerencias, pero por las posturas del *Kama Sutra* terminé inflada, y no de aire». Ahora, no sé si sería bueno sentarme en la postura del loto y respirar hondo antes de maldecirme por haber apostado que tener ese chucho le ayudaría a encontrar un mejor hombre, pero no, May siempre tenía que escoger el más raro de todos.

Definitivamente era un caso perdido. Quizá si la llevara a esos sitios en los que trabajaban supuestos científicos para que me ayudasen a entenderla, aunque dudo que trabaje gente seria en ciertos experimentos que anunciaban hacer, lo que sí tenía claro era que terminaría catalogándola como un espécimen a estudiar, con eso de siempre terminar con el mismo prototipo de hombre.

Me parecía que lo único bueno de todo aquel rollo tan raro, era que May había aceptado poner tierra de por medio, evitando caer en el mismo ciclo de siempre. Así que, antes de que se fuera a las Islas la obligaría a celebrar su gira exitosa.

«Si cree que por mi bombo no voy a ir, lo lleva claro. No podré beber

como una cosaca, pero irme de fiesta sí», concluí. Eso me llevaría un esfuerzo sobrehumano, pero de que íbamos a celebrar, lo haríamos.

De reojo la miré, esperaba que le diera mi punto de vista y no sabía yo si era el mejor momento. Las hormonas me tenían revolucionada y lo que me provocaban eran ganas de abrirle la cabeza, buscar su lado sentimental y tachar esa lista mental de romances ideales.

—En primer lugar—comencé diciéndole para evitar el nerviosismo—necesito saber de dónde demonios sacas a esos hombres, May.

Ella sonrió de lado mientras pensaba en una respuesta que me convenciera. ¿A mí? ¿Que la conocía de toda la vida? Levanté una ceja y bebí un poco de agua, añorando la copa de vino de la que la muy pécora volvía a beber solo para fastidiarme. Era uno de esos placeres que tenía que mantener aparcado y, sin duda, el que más echaba de menos, ya que los momentos más significativos, desde mi primer polvo hasta el día que había conocido a Gonzo, una copa de vino siempre me había acompañado.

A decir verdad, mi primera relación sexual no hubo copa de vino, hubo un tetrabrik convertido en calimocho.

—Dime que has seguido el consejo de Chantal —le pregunté ante su silencio, que comenzaba a darme sofocos—. ¿Te has inscrito en esas páginas de solteros? —May suspiró y volvió a sonreírme. «¡Me cago en la mar!», mal asunto.

Trataba de encontrar la forma de animarla por medio de bromas y es que su vida sentimental siempre había sido un desastre. Recordaba que durante un tiempo mantuvo escarceos, pero no sabía bien si era ella o los lugares a los que acudía... Era como si un imán la llevase hasta ellos y terminaba siempre con el gilipollas que se aburría al tercer encuentro y la mandaba de paseo o, en el peor de los casos, aquellos con los que llegaba al mes, se enteraban de su oficio se volvían imbéciles comenzando a sugerir cómo escribir las escenas de sexo mientras follaban.

No podía olvidar que la primera vez que me lo había contado me meé de la risa, era tan absurdo que con el tiempo me di cuenta de que debía ser

frustrante. Esa presión de ser siempre la que daba el paso para no quedar como la frígida y, a medida que lo hacía, se dio cuenta de que sus encuentros sexuales se limitaban a lo que se imaginaba y no a lo que el gilipollas de turno le apetecía hacer, aunque parpadeé varias veces al darme cuenta de que ese Lancaster acababa de romper esa maldición.

—Me voy a reservar lo que estoy pensando, porque no sé cómo te lo tomarías, así que me limitaré a morderme la lengua —dije antes de que se diera cuenta de lo que acababa de descubrir.

—Tienes razón, solo hago gilipolleces —afirmó May—. Tengo estropeado el neón que me indica: «ese no, ese es un capullo integral».

—Reafirmo mi última frase. Además, no tienes que culparte de nada, me has dicho qué no sabía quién eras, ni el parentesco que tienes con Leopold, así que dudo que cambiara. Nació siendo un cabrón, es un cabrón y morirá siendo un cabrón, pero con los cataplines escurridos. —May rio a carcajadas.

—¡Se te ocurren unas cosas! —me dijo sin dejar de reír.

—Acuérdate de que soy el libro gordo de Rosmina y me actualizo cada minuto—volvió a reír—. May, hablo en serio, deja de fustigarte.

—Lo intento —confesó desalentada—. Su actitud del hospital fue bastante desagradable. —Volvió a callar y negó con la cabeza—. Juraría que me odia.

—¡Venga ya! —solté exasperada por lo poco que se quería—. Si fuera así no te hubiera metido la lengua hasta la campanilla, ni hubiera intentado meterte su gran pollaza en el baño.

—De verdad que te pasas con el lenguaje, ese embarazo te tiene mal. —Me recriminó y me encogí de hombros.

—No he dicho nada de lo que tú no hayas escrito, bonita —respondí con sarcasmo.

—No tengo fuerzas para discutir contigo, Rosmi. Te juro que desde el instante en el que nos tropezamos me ha menospreciado. No sé si es desprecio

hacia mí o hacia el género que escribo, pero es la primera vez que me enfrento a alguien así.

—Los millonarios son cada día más excéntricos —le afirmé para tranquilizarla.

—No, no anda alardeando de eso, pasa tan desapercibido que jamás me llegué a imaginar que fuera heredero de esa cadena hotelera. Con las pocas conversaciones que mantuvimos pensé que era un ejecutivo con un buen cargo en una empresa.

—Mmm, hablamos de un imperio, May, yo también me tomaría en serio el trabajo.

—Es distinto, ¿recuerdas a su primo Ethan?

—Claro que lo recuerdo —dije, riéndome, y ella me miró con ganas de matarme—. Ese día me llamaste histérica, diciendo que ya no solo encontrabas a esos hombres cuando salías a pillar cacho, sino que tuviste que tropezarte con uno de ellos el día que comías con alguien tan importante como Anthony Lancaster.

—¡Ethan es un gilipollas! —reafirmó May.

—Un gilipollas con mucho dinero —le señalé con burla—. Pero vamos a darle el beneficio de la duda a este nuevo Lancaster que nunca había sido mencionado por su abuelo, ¿o sí? ¿Estás segura de que Anthony nunca lo llamó por su nombre?

May

Estaba segura de que Anthony nunca me lo había nombrado, pero también estaba segura de que era calcado al hombre de mis sueños. Negué con la cabeza fingiendo tranquilidad, hablaba con mi mejor amiga, la persona que mejor me conocía, pero había cosas que era mejor mantenerlas en secreto. Si le confesaba que Marcus era exactamente igual al protagonista de *Cuatro citas de amor* terminaría llamando a algún centro psicológico.

—May, ¿qué ocultas? ¿Qué no me quieres contar?

—Nada —respondí bebiendo de la copa de vino—. Estaba pensando en si quizás alguna vez Anthony lo nombró de puntillas.

—Sabes que no me creo lo que dices.

—Digo la verdad —le aseguré. No mentía, por mucho que recordaba los numerosos encuentros con Anthony, jamás lo había llamado por su nombre. Solo me contaba de ese nieto que viajaba constantemente y que estaba centrado en su trabajo, por lo que llegué a la conclusión de que estaba casado, era calvo y barrigón y, si era posible, con una esposa plástica y con hijos en internados.

—Mira, no puedo más, esto me está estresando, si no lo digo creo que explotaré —me hizo saber Rosmina—. El problema que tenéis es sexual, no hay nada de malo en ello, el asunto es que comenzasteis y no podéis dejar ese polvo inconcluso. —La miré, sorprendida y, sin más, comencé a reírme a carcajadas

—Eso no pasará ni en un millón de años —le dije entre risas—. El muy idiota huyó como si yo apestara.

—¿Tú crees? —me preguntó acercándose a mí para olerme.

—¡Rosmina! —le dije riéndome de nuevo.

—¡Calla!, solo quería comprobar la teoría.

—Y para eso tienes que pegarme la nariz a...

—Me remito a la teoría que acabas de lanzar —me dijo encogiéndose de hombros.

No quería que sacara conclusiones de lo que había sucedido en los servicios. Su posesividad, la forma en la que me acariciaba y cómo mi cuerpo respondía, sin olvidar el deseo en sus ojos. Me tenía trastocada.

—¿Y si le escribes?

—¿Te has vuelto loca?! —exclamé—. ¿Qué le voy a decir? ¿Quiero que sepas que mi chichi protesta porque no terminaste la tarea?

—Pues no estaría tan mal.

—¡Rosmina! —dije riéndome de nuevo—. No, no estoy tan desesperada.

—Yo creo que sí, estás fustigándote, así que te afecta y mucho.

¡Maldita Rosmina! Odiaba que me conociera tanto.

—Rosmi, estoy cansada de hombres idiotas, me prometí que no volvería a pasar por lo mismo y voy a cumplirlo. —Tamborileó con los dedos en la mesa de la cocina y negó con la cabeza.

—Creo que tengo la solución a tus problemas

—¿Se puede saber cuál es, diosa de todo lo visible e invisible?

—¡Leopold, sin lugar a duda! —afirmó sonriente—. Te despejaré las dudas que tengas.

—¡Olvidalo! —le advertí—. Eso le daría pie a que pensara que me interesa de verdad.

—¡Ejem! Hace un minuto te lo dije, y no me digas que no, tu chichi y tu mente se han unido solo para... —Acto seguido hizo un gesto soez con sus manos.

—Algunas veces eres tan perra —le respondí con sinceridad.

—Lo sé y a ese elogio le faltó guapa y con estilo —me respondió con una sonrisa ladina—. A decir verdad, tienes razón, no es conveniente que le preguntes a Leopold por el tal Marcus. Es como si le preguntaras a un chef sobre ese pinche de cocina que ha aparecido de repente y al que le gusta probar la tarta sin invitación. —Y sin más se rio a carcajadas, la muy bruja.

—¿Tus símiles ahora trataran de comida? —le pregunté con ironía. Levantó el mentón fingiendo estar ofendida.

—No tengo la culpa de que esta barriga me recuerde la comida cada segundo de mi vida. Es mejor que te dé un respiro antes que colapses. Pensemos en algo mucho mejor, como llamar a Shiona y a Chantal para celebrar una noche de chicas antes que te vayas a las Islas y me dejes aquí más aburrida que una ostra esperando que Bob Esponja la encuentre. —Reí a carcajadas ante sus comparativa y acepté, era una excelente idea salir un rato con las chicas antes de irme.

Me lo merecía, era una mujer exitosa, me sentía orgullosa de mis logros y era hora de disfrutar un poco de ello.

Al día siguiente no estaba segura de si era el timbre de la casa lo que había escuchado o el *jet lag*, que hacía mella en mí. Dejé de escucharlo e imaginé que era un sueño nítido, uno de los que últimamente estaba teniendo. Volví a acomodarme en la cama para seguir durmiendo, pero la puerta se abrió de forma estrepitosa.

—¡Dios mío, Jack! —chilló Roxana—. ¡Leopold no mentía! Está... Está... ¡Está durmiendo! —exclamó con nerviosismo—. ¡No puedo creer que haya olvidado la cita! ¡Me cansé de repetírselo!

«¿Qué hace Roxana en mi casa?», me pregunté. «¿Una reunión?» El repiqueteo de sus tacones sonaba de un lado al otro, era imposible ignorarlo, junto a su voz cargada de histerismo incrementando el dolor de cabeza por la resaca de la noche anterior. «Eso de ahogar las penas en alcohol lo inventaron aquellos que no sufrieron por ello», pensé.

—¡Dime qué hago! —la escuché gritar.

—Si quieres que se levante en un santiamén, lo mejor es buen trago de *whiskey* —repuso Leopold. Estuve a punto de ponerme bocarriba y gritarle: «¡ni una gota más de alcohol en mi vida!». Me arrepentí enseguida gracias al martilleo de mi cabeza—. Si no te has dado cuenta, la exitosa escritora debe tener resaca por el vino de ayer.

Resoplé sin disimulo alguno ante las pullas de mi abuelo. Me estallaba la cabeza y escucharlo parlotear sobre bebidas alcohólicas me hacía recordar quien era la culpable de ello.

La noche anterior Rosmina había intentado que olvidara a Marcus. Las risas fueron constantes en cuanto me contó con dramatismo cómo Darth V había logrado que se sintiera desplazada.

Según ella, era la venganza del perro por haberse equivocado de comida y eso que le había anotado en un papel el nombre del saco cuando se lo dejé la noche anterior a mi viaje. Al final de la tarde recordó que no lo había comprado aún, por lo que corrió al supermercado y cogió el primer saco que encontró. En cuanto se lo puso en el tazón el odioso animal, como se refería a mi pobre Darth V, lo arrimó a un lado y aulló en protesta.

Rosmina, sin entender qué sucedía, discutió con él, volviendo a ponerle el tazón y el maldito perro, así se refirió de nuevo a él, arrimaba el tazón gruñéndole. Viendo la actitud del animal, se indignó y lo mandó a la mierda, hasta que Gonzalo llegó del trabajo y lo encontró en una esquina del balcón más que triste.

En un principio creyó que era por mi ausencia, pero vio el tazón vacío fue a llenarlo, percatándose de que era comida para gatos. De inmediato salió en busca de la comida correcta. A partir de ese instante se hizo cargo de Darth V, que se lo agradecía cada día saltando y ladrando de alegría cuando escuchaba las llaves girarse. En cambio, con Rosmina, solo sentir su presencia gruñía.

Ofendida por ver su metedura de pata, argumentó que, para ella, la comida de animales era la misma para todos.

Todo iba bien hasta que volví a casa y me tiré a la cama, donde recordé las manos de Marcus acariciándome, ese beso pasional que se mantenía latente en mi mente y que logró que mi sexo volviera a exigir su presencia.

Sentí un cuerpecito saltar a la cama y, sin importarle nada, se me subió encima, ladrándome al oído para que me levantara. Estaba convencida de que se estaba rebelando en mi contra.

—¿Será verdad que eres vengativo? —Me quejé al verlo tan cerca de mi rostro. Darth V volvió a ladrarme, a la vez que mordisqueaba el edredón.

—No creo que lo sea —respondió Leopold—. En todo caso sabe que, si

no te levantas, te echarán del trabajo y no podrás comprarle sus golosinas. — Concluyó con cierta risita mi abuelo, carraspeando al ver la mirada cargada de severidad por parte de Roxana.

—May —me llamó Roxana—. No quiero que me odies, pero Jack te espera para programar la visita de Madrid la semana que viene ha logrado llegar a tiempo y sustituir a Emily.

Había dado en el clavo, en ese momento la odiaba, y a Darth V por estar en su equipo al seguir ladrando y quitarme el edredón. No podía hacer esperar a Jack. Me senté en la cama y la imagen que estaba frente a mí era digna de un cuadro. Leopold junto a Roxana, de pie, y mi crestado chino en la esquina de la cama gruñendo.

—Está bien —dije resignada—. Iré a la ducha y me vestiré deprisa, pero no sigáis mirándome de esa manera. —Roxana respiró con profundidad, miró el reloj y luego volvió a mirarme con el ceño fruncido.

—Tienes treinta minutos para ducharte, vestirme y desayunar. Te esperaré en la cocina con algún zumo *detox* para que puedas eliminar el alcohol del cuerpo. —Su tono seguía siendo de preocupación. Se giró y salió de la habitación en cuanto su móvil comenzó a sonar.

Esta vez, no pude resistirme y la imité.

—Tienes treinta minutos para ducharte —comencé mi burla con voz de niña—, vestirme y desayunar, y pondré el cronometro para medir tu tiempo.

—¡TE HE ESCUCHADO, MAY! —me gritó. Puse los ojos en blanco y solté aire.

—Me parece que esa chica necesita vivir la vida más despacio —puntualizó Leopold.

—¡Ya te digo! Su vida gira en torno a un perfecto orden todo el tiempo. Aunque, si lo pensamos bien, creo que necesita otra cosa.

—¡May!

—¡Leopold! Fuiste tú el que me enseñó a expresar mi opinión.

Mi abuelo sonrió a la vez que negaba con la cabeza y me dejó a solas en la habitación.

Al entrar al despacho me topé con la mirada reprobatoria de Jack. Sabía muy bien por qué, había llegado diez minutos tarde, ¿o habían sido veinte? La verdad, no lo recordaba, lo cierto era que seguía con resaca estaba cansada por el *jet lag* y desanimada.

Había estado convencida de que tendría algún descanso para volver a centrarme. Alcé la vista, percatándome de que también había un hombre trajeado mirando el reloj.

No estaba muy segura de si era uno de los directivos de la editorial, confirmé que lo era cuando me saludó dejando caer que había cancelado algunos compromisos para estar presente en aquella reunión. «¡Mecachis!».

Comenzaba a arrepentirme de la putada de desayunar con parsimonia para fastidiar a Roxana, que se mantenía tensa bebiendo té hirviendo. Había estado a punto de preguntarle si no se había quemado la lengua, pero me imaginé que, con lo histérica que estaba, me clavaría el primer cuchillo que encontrara en el cajón.

Sonreí, entre avergonzada y con educación, y me senté a la espera de que comenzara la reunión.

La sala de reuniones era una pequeña habitación decorada al estilo inglés, ya que la oficina de Jack estaba cerca de la Sociedad Británica de Editoriales.

Roxana había salido con prisas para entrar luego y dejar en la mesa una jarra de agua y algunos vasos junto a bolígrafos y el itinerario del viaje.

—Deberías dejar esa costumbre española de ser impuntual —me reprochó Jack en tono bajo. Decidí permanecer esos segundos callada, me merecía que me echara la bronca y esperé que siguiera, pero no lo hizo, por lo que decidí disculparme.

—Me gustaría encontrar alguna excusa verídica para mi retraso —dije con timidez—. La única que se me ocurre es que mi perro, Darth V, ha decidido dejar el lado oscuro de la fuerza.

El directivo de la editorial se atragantó con el agua en cuanto me escuchó, tosió un par de veces hasta recuperarse y fijó sus ojos en mí.

—Esta vez te llevas el premio a la mentira más estúpida que me han contado —me dijo con una sonrisa bailando en los labios—. En todo caso, he venido a darte la enhorabuena personalmente.

—Gracias, aunque no pueda justificarme—le confesé—. Entiendo vuestro enfado, os pido perdón.

—Está bien, prosigamos —añadió Jack en tono cortante. No esperaba que se le olvidara, había metido la pata haciéndole quedar mal cuando siempre había cumplido mis caprichos. Me sentía terriblemente culpable y podía entender que quisiera terminar la reunión cuanto antes para perderme de vista—. Hemos acordado que la presentación y la firma del libro sea el viernes de la próxima semana.

—Exacto —afirmó el directivo—. Llevamos un mes promocionando la firma que será en un lugar cercano al parque de El Retiro.

—¿Me daréis la oportunidad de caminar un rato por los alrededores? —les pregunté, rogando que por una vez lo hicieran—. Ya sabéis que lo hago para calmar los nervios. —Ambos hombres me miraron y afirmaron con la cabeza.

—Sí, aunque poco tiempo—dijo Jack.

—¿Cuánto tanto es poco tiempo?

—Quince minutos —respondió de nuevo con acritud.

—Qué poco tiempo me dais, El Retiro es muy grande para solo quince minutos. —Jack suspiró en alto y me miró.

—Hemos intentado encontrar entre tus compromisos el espacio de tiempo que tanto necesitas, tal vez te logre llenar de inspiración —añadió con una ceja levantada.

Era la primera vez que lo veía tan enfadado. Estaba siendo cruel ante mi bloqueo. Me estaba castigando.

Volver a España para firmar mi libro me creaba tantas expectativas como ansias. Lo poco que había leído, gracias a Roxana, era que había batido récords de ventas y que todas las mujeres suspiraban con poder conocer a un hombre como mi protagonista. Bufé en silencio.

«Si yo les contara que es real...», pensé y sonreí. Si tan solo llegase a insinuarlo, se volvería morboso, hasta tal punto que contactaría con aquel tío con el que me había liado en la sesión de medianoche de una peli golfa. Sin más la imagen de Marcus apareció en mi cabeza. ¡Maldito Lancaster! Se había metido en mis pensamientos con un solo propósito, se estaba convirtiendo en un problema psicólogo.

Miré de nuevo a Jack y al directivo, que esperaban una respuesta por mi parte, pero no estaba segura qué habían comentado, no sabía qué responder. Sin embargo, los miré detenidamente e intuí, por sus rostros que no eran un par de compromisos. No es que no me sintiera a gusto al hablar sobre mi novela, lo que sucedía era que manejar la fama no era tarea fácil.

El día que Jack sugirió que visitase un asesor de imagen, este me contó los contras de cualquier comportamiento, vestimenta, gestos que podía hacer y que generarían críticas. Siempre las tendría, y mis detractores se aferrarían a ellas. Sentí respeto, tanto que, al final, terminó creándome temor, por lo que cada vez que tenía una entrevista estaba tensa, pensando que los periodistas y presentadores tratarían de todas las maneras posibles descubrir algo que no hubiera contado de la novela.

Toda esta preocupación para que no descubrieran que la historia era la que ansiaba vivir logró que me bloqueara en mi nueva historia. Últimamente solo escribía párrafos que no se enlazaban entre sí, retrasando la fecha de entrega del primer borrador.

Solté aire, estaba siendo cobarde, era una excusa sin sentido que apenas lograba consolarme. Debía aceptar que no solo era la gira, llevaba arrastrando esa necesidad de sentir mariposas en el estómago o el deseo de verlo cada minuto y, lamentablemente, era lo que me estaba sucediendo con Marcus.

Era frustrante pensar en un hombre que te había menospreciado y que te veía como una tonta. Era difícil de escribir una historia de amor cuando lo que sentía en esos momentos era decepción.

Me mordí el labio y apreté los muslos ante las sensaciones que me invadieron y que solo había logrado él. Cualquiera al que se las confesase pensaría que nunca había echado un polvo, pero, la verdad era que jamás había sentido tanto deseo como en ese encuentro con Marcus.

—Me parece que May está inmersa en su nueva historia —dijo el directivo.

—A lo mejor es ella la protagonista —señaló Jack—. Si te soy sincero, me gustaría ser el primero en descubrir qué piensa —se quejó.

—Creo que eso no lo sabremos si no la sacamos de sus pensamientos —dijo con guasa el hombre, que carraspeó con fuerza.

—¿May? —señaló de nuevo, pasándome una mano frente a los ojos. Parpadeé varias veces y sentí vergüenza.

—Perdón, estaba meditando —respondí azorada.

—¿Meditando? —preguntó el directivo—. ¿Ahora se llama así lo de fantasear? Lamento decirte que los gestos de tu cara delatan lo contrario. — Enseguida miré a Jack, que frunció el ceño.

—Espero que sea sobre tu novela —advirtió Jack con severidad—. De lo contrario...

No necesité que terminara la frase, estaba segura de que era doloroso descubrir que pensaba en otro cuando dos días antes había accedido a dejarlo entrar en mi vida.

«¿Pero?... ¿Desde cuándo Jack marca territorio?» Me pregunté. Además no había sucedido nada en concreto. Parpadeé varias veces, tratando de encontrar palabras con las que no se sintiera ofendido.

—¿Y bien, May? —insistió.

Mi conciencia se removió, le debía mucho a Jack y era evidente que debía hablar con él. Nunca le había dado esperanzas, pero tampoco le había dicho no directamente.

—Si os soy sincera, no sé por qué hablamos de fantasías —respondí, atropellando mis palabras. Jack se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Eres una pésima mentirosa. Lo sabes, ¿verdad?

«¡Mierda! ¿Por qué tiene que pasarme esto?», — mascullé para mí—. «¡Maldito Marcus Lancaster! ¿Por qué no te quedaste en mi imaginación!?».

—Estaría bien que nos dijeras a qué se debe tu retraso de verdad.

29

*«Que la vida te coloque retos en el camino,
es inevitable».*

Marcus

Llegué puntual a la cita de trabajo que se había planificado. Era la más importante para mi proyecto personal. Le pedí a Leah que escogiera una de las mejores cafeterías de la ciudad para así poder cerrar el trato a gusto.

Estaba a punto de cumplir uno de mis mayores sueños, llevaba muchísimo tiempo y trabajo dedicado a ello, logrando así ganarme el respeto de todos. Nunca había llegado a pensar que después de una larga jornada en aquel restaurante de comida rápida nacería esa idea que me llevó a obsesionarme.

No era un gran dibujante, pero esa noche busqué un trozo de papel y dibujé recordando cómo era ese pequeño rincón con exclusividad que pocos hoteles tenían. A lo largo de los meses en los que me dediqué a perfeccionarlo, me di cuenta de que era ambicioso, pero seguí adelante. Todo marchaba sobre ruedas hasta que sucedió lo de Anthony. No tuve más remedio que posponer la reunión con el arquitecto en España para finiquitar los términos de compras del lugar.

Mi futura socia española la había conocido en una fiesta de recaudación de fondos a la que habíamos sido invitados y a la que, al estar en ese país, tuve que asistir de malagana. Lo bueno de esa noche fue que mantuvimos una charla amena conllevando a varios almuerzos los días siguientes, en los que mostró interés por mi proyecto, logrando que aceptara formar parte del mismo.

Me senté a la espera, algo ansioso, hasta que la vi aparecer.

—Buenos días, Marcus —me dijo Esther, saludándome con una sonrisa—. Es un placer volver a verte.

—Buenos días, Esther —le dije. Intentado ser cortés—. Lamento que tuvieras que trasladarte a Londres para finiquitar los términos.

—Tenía que venir igualmente por otros asuntos —me respondió—. Espero que esta reunión sea fructífera para los dos.

—Yo también lo espero —le indiqué, retomando el control de la situación—. Si te parece bien, llamaré al camarero para pedir por los dos, conozco la carta y sé lo que puede ser de tu agrado.

Ella volvió a sonreír, pero esa sonrisa ya no era genuina. Solo esperaba que no viniera con segundas intenciones.

—Marcus, antes de comenzar con la reunión —señaló, manteniendo la sonrisa en los labios, cosa que me alertó sobremanera—. Debo ser sincera contigo, no he venido sola.

—Perdóname, pero no te sigo —le dije desconcertado. Estaba seguro de que no esperábamos a nadie más—. Leah ha debido olvidar hablarme de una tercera persona —le dije incómodo.

Mis planes comenzaban a tener imprevistos que me llevarían a reajustarlos, y, por alguna razón, la sombra de la sospecha de que Charlize conociera mi proyecto apareció en mi mente. Esperaba que solo fueran suposiciones. Esther curvó una sonrisa de nuevo que no me gustó nada.

—En cuanto cerremos el trato se agilizará la compra de esa fortaleza situada en el acantilado. Es un lugar magnífico Marcus y sé que ambos deseamos comenzar las reformas pertinentes —añadió Esther.

—Confío en que Anthony se recupere lo más pronto posible para poder encargarme personalmente de ello, aunque en una semana iré a España. —El camarero se acercó con los respectivos cafés y desayunos.

—Te veo bastante seguro —señaló Esther con cierta ironía que no dejé pasar—. Debo recordarte que suelen aparecer retrasos en los primeros proyectos personales.

—Nada en esta vida se puede asegurar—respondí—. Sin embargo, estoy en continua comunicación con el arquitecto y, en cuanto comience el proceso de compra, comenzará a organizar la planificación del presupuesto. —Esther bebió un sorbo y volvió a mirarme. No me atemorizaban esas miradas, pero la de ella era distinta, como si su propósito fuera incomodarme.

—En esos bocetos había detalles que no acababan de casar conmigo. — Suspiré en alto.

Este desayuno comenzaba a hacérseme largo. Esther Blanco era hija digna de su padre, uno de los empresarios más importantes de España y un hueso duro de roer.

—Buenos días —dijo una mujer vestida con un pantalón negro a juego con una *blazer*—. Perdón por mi tardanza, pero estaba terminando de redactar el documento del acuerdo de socios.

Esther se levantó y le dio un beso fugaz en los labios a la recién llegada. Sin saber qué pasaba, me limité a levantarme y presentarme.

—Marcus Lancaster —dije, alargando la mano para estrechársela.

—Mi futura esposa, Patricia Martínez —añadió Esther. Me levanté para invitarla a la mesa y, una vez todos sentados, vi cómo Esther sonrió con malicia fijando sus ojos de nuevo mí—. Ha llegado el momento de hablar de negocios —indicó mirando de reojo a su prometida—. Patty te entregará el documento con las cláusulas legales que pediste que estudiáramos para cerrar el trato. Quiero que entiendas que debo asegurarme de dónde invierto el dinero.

Estaba estupefacto. Esta no era la mujer agradable que había conocido en España. Por un momento llegué a creer que estaba cerrando el proyecto de mi vida con Charlize y no con una persona que estaba seguro de que había confiado en mí. Respiré con profundidad sin mostrar ningún ápice de preocupación.

—Patricia —dijo Esther—. ¿Qué te parece si pides algo antes que Marcus se arrepienta y nos de cualquier excusa para huir? —Fruncí el ceño, me

molestó que pensara que era un cobarde cuando nunca lo había sido, ni en mis peores momentos.

—Me gustan los riesgos y los retos —dijo Patricia, sonriendo. Parpadeé varias veces, escucharla me llevó a recordar a May y deseé mil veces que hubiera sido ella la que estuviera en aquellos instantes junto a mí.

Esther Blanco me la había jugado con esa modificación del contrato. No me iba a dejar intimidar, así que le dije que lo leería con detenimiento. Me sentía frustrado, había dado por hecho que en un mes todo estaría puesto en marcha, por lo que tanto los planos de la restauración como la negociación para la compra del lugar estaban bastante avanzados.

Y, de buenas a primeras, me salía con esa cláusula. Algo me decía que Charlize estaba detrás, pero, pese a esta zancadilla, no me detendría, soluciones siempre encontraría.

Aparqué apesadumbrado para dirigirme al hospital, no iba a dejar a Anthony de lado, a pesar de aquel nuevo problema. El móvil comenzó a sonar, mostrándome el nombre de Pedro el arquitecto. Había olvidado llamarlo y odiaba tener que pedirle esperar un poco más para la reunión sobre las modificaciones de los planos de la fortaleza.

Saludé a Anthony con la mano a la vez que respondía la llamada.

—Hola, estaba a punto de llamarte.

—Señor Lancaster, buenos días —me respondió Pedro desde el otro lado de la línea—. He recibido un email de la empresa de Esther Blanco. —«¡Joder! Qué rápida ha sido»—. Explicaba que se retrasaría el proyecto. ¿Podría usted darme más detalles?

Maldije por lo bajo. Cada vez estaba más convencido de que Charlize estaba detrás de todo.

—Son modificaciones en el acuerdo de socios —le respondí con seguridad—. No te preocupes, sigue trabajando en los planos y en los cambios que hemos acordado.

—Con respecto a mi viaje a Londres, lamento informarle que debo posponerlo. —Me hizo saber—. Han surgido inconvenientes de última hora que me obligan a quedarme en la ciudad.

—Lo entiendo —respondí frustrado. El día estaba yendo de culo—. Quizás viaje la semana que viene a España —le aseguré.

—Sería perfecto, podríamos aventurarnos a volver a ver esa fantástica fortaleza.

—Es mi idea, es hora de desarrollar esos planos. —Volví a asegurarle.

—Es un excelente proyecto, señor Lancaster, será un éxito. —Lo sabía y era lo que comenzaba a cabrearme, que estaba a punto de cerrar el trato y estaba tambaleándose.

—Debo dejarte, tengo una reunión en unos minutos. —Mentí, pero necesitaba reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. Pedro se despidió y, al meter el móvil en el bolsillo, suspiré en alto, lamentándome por no saber cómo resolver el problema al que me estaba enfrentando.

Anthony

Marcus había entrado con el ceño fruncido y semblante serio, apenas me había saludado con la cabeza, caminando de un lado al otro masajeándose la nariz. Rogué porque Charlize no aprovechara que estuviera convaleciente para hacer de las suyas. Colgó la llamada, se sentó en el sillón y, por la respuesta que acababa de dar, intuía que tenía problemas graves.

Cerró los ojos y suspiró con cansancio. Pasaron los minutos y no se pronunciaba. En vista de que no lo hacía decidí dar el paso.

—¿Se puede saber qué sucede?

—Charlize ha metido sus narices en asuntos que no le deben importar

—Puedes explicarte mejor.

—Esther Blanco ha modificado las cláusulas definitivas del contrato. — Chasqueó la lengua, frustrado—. Esto no me la esperaba, ahora todo está en el aire.

—¿Esther Blanco? —Recordé entonces a qué venía su preocupación, era el proyecto en el que había estado trabajado durante tanto tiempo.

Recordé que la había conocido en algún evento, pero al volver a escuchar ese apellido tan español, me resultó familiar.

—Es la hija de Joaquín Blanco uno de los mayores constructores de España. —Me explicó—. Desde un principio no estuve de acuerdo en las ideas que sus proyectistas me habían propuesto, pero es que destrozarían el lugar y quiero que mantenga su esencia.

Medité sobre la información que acababa de darme sobre el lugar, la autenticidad que quería mantener y de quién era hija su socia. «Joaquín Blanco, Esther Blanco, España», intenté recordar de qué me sonaban y lo supe al instante.

—¡Por supuesto que sé quiénes son! —le afirmé—. Esa joven estudió con Charlize.

—¡Maldita sea! —masculló Marcus, pasándose las manos por la cara—. Esas dos harpías me la han jugado.

—¡Lamentablemente es así!—Le hice saber, muy a mi pesar. Marcus se levantó, llevándose las manos a la cabeza. Sabía que necesitaba sacar la rabia que sentía y era completamente normal, yo mismo no daba crédito a lo cruel que era Charlize.

No descansaría hasta apoderarse de todo el legado Lancaster. El proyecto de Marcus era tan importante para él que apenas me hablaba de ello y, si Charlize se había llegado a enterar, no dejaría que se pusiera en marcha, así que, por última vez debía echarle una mano.

El problema estaba en que Marcus no aceptaría que lo volviera ayudar. Era obvio que necesitaba otro socio y yo conocía quién podía desempeñar ese papel sin que supiera la verdad. Tenía que madurar con rapidez la idea para proponérsela a ambos.

Nadie de la familia sabía de esos fondos que estaban bajo nombre de otra persona y que habían generado bastante liquidez. Agradecía a Jane, mi mujer, haberlo hecho a su debido momento, por alguna razón intuyó que Charlize sería la que rompería a la familia y era la oportunidad perfecta para usarlos.

Escuché el toque de la puerta y me giré. Esperaba que no fuera la impertinente de mi nuera y rogaba a Dios para que tampoco fuera Charlize, porque entonces sería un caos. Marcus se apresuró a abrir y, al hacerlo, saludó a Leopold.

—Buenos días, Leopold.

—Hola, muchacho —respondió ese viejo alemán que venía a ganarme en el ajedrez y que, casualmente, era al que necesitaba que apareciera lo más pronto posible—. No me olvido de que te debo una comida.

Marcus sonrió unos segundos y yo, al no saber de qué iba su secreto no iba a dejarlo pasar.

—¿Desde cuándo incautas a ancianos para que te den de comer? —pregunté con ironía.

—No seas envidioso, Anthony—respondió ese carcamál alemán—. Ayer por casualidad nos topamos con Marcus en el restaurante. En un principio, lo invité a comer, pero, por alguna extraña circunstancia que ocurrió en el fondo del restaurante, decidió irse con premura.

—¿Circunstancia...?

Marcus

Abrí los ojos, sorprendido. «¡Vaya con el viejo zorro!», me dije. Era

imposible ignorar nuestras actitudes y pensé que había decidido dejarlo pasar para no dejar en evidencia a su nieta. Vi que no, y lo que menos deseaba en ese instante era otro problema, y mucho menos con los Gohshed. Pensar en ese encuentro en los servicios tenía sus consecuencias, que se manifestaban de la peor manera posible, y necesitaba pensar en otra cosa antes de que terminara delatándome.

En ese instante me di cuenta de que, desde que May Gohshed había aparecido en mi vida, todo estaba patas arriba.

—Me estoy perdiendo la mitad de la historia —indicó Anthony para que Leopold prosiguiera.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

—Debo irme a la oficina —me apresuré a decir para cortar la conversación—. Necesito terminar de ver unos informes.

—De eso nada —advirtió Anthony—. Tú te quedas aquí, que hoy vamos a hablar de negocios.

—¿Negocios? —repetí desconcertado.

—Sí, negocios —repitió Anthony y miró a su amigo, que tampoco parecía entender nada—. Me imagino que vienes a la revancha.

—Por supuesto—respondió Leopold.

—Entonces, haremos el siguiente trato —explicó mi abuelo, dejándome bastante confundido—. Si gano, serás el socio de mi nieto en ese proyecto que parece que se le va al garete y te doy mi palabra de que todas esas modificaciones que quieren hacer en vuestro hotel serán eximidas. —Nos informó, dejándonos perplejos—. Y, si ganas, Marcus nos contará que pasó en el fondo del restaurante con..., déjame adivinar..., ¿May?

Estaba estupefacto y algo me decía que Leopold estaría pensando en qué mierdas de medicamentos le estaban suministrando a mi abuelo. Me mantuve en silencio a que prosiguiera, Anthony no dejaba nada al azar.

Fijé la mirada en él, me cabreaba que los dos hubieran dado por hecho que entre May y yo había un asunto pendiente. Por mucho que tuvieran razón. Leopold no había ignorado lo nerviosa y despeinada que había vuelto May a la mesa del restaurante, solo esperaba que no se hubiera dado cuenta de que mi polla había querido fiesta, sería tremendamente vergonzoso que esos dos se burlaran con descaro de mí.

—Espero que estés de broma —le indiqué frunciendo el ceño. Ese trato que ofrecía era absurdo.

¿De dónde demonios iba a sacar Leopold Gohshed tanto dinero?, apenas podían afrontar las reformas que le había pedido que hicieran en su hotel, como para financiar un proyecto como el que yo quería llevar al cabo.

—Interesante el trato —dijo Leopold—. ¿Dónde tienes el ajedrez?

—Donde lo dejaste —respondió Anthony, señalando una mesa a un lado de la habitación mientras yo seguía desconcertado por lo que pasaba. Me pidió que lo ayudase a andar hasta allí. Traté de llevarle yo el tablero con las piezas puestas, pero la mirada que me otorgó, hizo que me arrepintiera.

Ambos ancianos se sentaron para proseguir su juego me di cuenta de que no bromeaban y que, por alguna extraña casualidad, mi futuro dependía de un juego de ajedrez. Era lo más surrealista que había vivido hasta entonces.

30

*«Todo es divertido,
con tal de que le suceda a otra persona
Will Roger».*

May

No recordaba cuándo había sido la última vez que me había disculpado tantas veces en la vida. Veinte veces seguidas, sin respirar, con las manos juntas, no ablandó el mal humor de Jack. No me importaba ser la mujer más repetitiva del planeta, pero quería que me indultara de mi excusa...

Una pobre excusa...

Una insignificante excusa algo vergonzosa...

Una maldita excusa vergonzosa que esperaba que nunca saliera de esa sala de reunión.

Jack no podía verificar si estaba en mis días del mes, así que había olvidado comprar tampones por culpa del *jet lag* unido al cansancio.

Sí, algo de lo que ellos no tenían que enterarse en absoluto, pero, a falta de creatividad y con la presión que Jack ejercía, fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Estaba segura que todo lo que había soltado era por la resaca de la noche anterior o por evitar que sacara conclusiones sobre Marcus y yo.

No, no podía olvidarlo, y eso me frustraba. Caía de nuevo en ese prototipo de hombres que jamás en la vida me llevarían a conocer unos segundos de felicidad, por mucho que fuese el soñado.

El directivo soltó una sonora carcajada, quizá llegó a la conclusión de que había un juego raro entre los dos, el caso es que, de alguna forma, me echó un

cable y me justificó con la gira norteamericana y el estrés que conllevaba asistir a las distintas librerías para firmar libros en Inglaterra, además, dentro de toda esa justificación apareció su mujer, que también sufría de desajustes hormonales. Con esto último desconecté de la conversación. Le agradecí en silencio el haberme ayudado, pero escuchar hablar de intimidades de otra mujer, comenzaba a ser incómodo.

Observé el semblante de Jack y torcí la boca al darme cuenta de que no me había creído. «¡Mecachis!». No es que fuera la reina de las excusas, pero en situaciones desesperadas, medidas desesperadas. No me quedó más remedio que responder con una carcajada bastante fingida.

El hombre fue interrumpido por su móvil, dándome cierto respiro, miró su reloj y volvió a mirarme.

—Debo marcharme, pero debo admitir que una reunión con May es bastante insólita.

—¡Y que lo digas! —respondió Jack con ironía.

Sonreí de nuevo, maldiciéndome por lo que pasaría luego, la bronca de Jack su amenaza de dejarme, a pesar de ser la gallina de huevos de oro. Todo iba más allá, había herido sus sentimientos.

Nos despedimos del directivo y, al cerrar las puertas de la sala de reuniones, se giró hacia mí, metiéndose las manos en los bolsillos y frunciendo el ceño. Era guapo, no podía negarlo y el color de ese jersey ayudaba a resaltar sus hombros anchos y su cuerpo atlético debido al pádel.

Su pelo era de color cenizo, lo que contrastaba con sus ojos avellana, pero, a pesar de ser atractivo, de ser el hombre que realmente me convenía, mi mente mantenía la imagen de otro. De ese que me había menospreciado, y cuyas manos deseaba que volvieran a recorrer mi cuerpo.

—May... —me llamó de nuevo. Apreté los labios y respiré con profundidad.

—Jack, lo siento —le hice saber—. Tengo un lío en la cabeza que ni yo misma logro entenderlo. Y, siendo sincera, hasta hace pocos días no existía.

—Entonces quiere decir que sí que hay alguien en tu vida.

—¡No! —exclamé y resoplé—. Creo que soy la única que, sin querer, ha construido un halo de esperanza de lo que nunca va a suceder. Por eso no quiero que seas la segunda opción, no es justo.

Jack respiró con pesar. No era un hombre que se conformaría con ese «tal vez», quizás esperaría y no podía darle falsas esperanzas. Sabía que no me guardaba devoción, tenía sexo con otras mujeres, era un hombre soltero y sin compromiso, por lo que no se merecía que le dijera que necesitaba tiempo, tenía la sensación de que quería sentar cabeza y yo no era la apropiada para ello. Sabía perfectamente cómo podría sentirse, había vivido esa situación millones de veces. La culpabilidad me invadió y lo abracé.

—Lo siento —dije tan bajito que quizá ni me escuchó, solo sentí cómo suspiraba con resignación.

—Irás a España y, después de todos los compromisos que tenemos con la editorial te prometo que trataré de que te sientas menos presionada. E intentaré ser solo tu agente.

—Sé lo difícil que está siendo para ti. —Se alejó un poco y sonrió de lado.

—Debo cuidar de mi fuente de riqueza —me dijo para quitarle hierro al asunto.

—¡Usurero!

—¡Mentirosa! —Sonreímos y nos abrazamos de nuevo—. Será difícil, pero no imposible.

Tras esa reunión necesitaba olvidarme de la May escritora y de Marcus Lancaster de sus manos y sus ansias.

Necesitaba una buena noche de copas en la que tal vez me obligara a tirarme de cabeza y ligar. De eso último no estaba segura, pero si iban Shiona y Chantal tendría más valor para hacerlo, ellas, y solo ellas, eran capaces de

provocarme para algo así. Estaba más que dispuesta a borrar de mi piel la huella que Marcus había dejado.

Abrí el armario y saqué esa minifalda de cuero que había comprado meses atrás y que hasta entonces no había tenido la ocasión de usar junto a esa camiseta azul con tachuelas en el escote que tenía ganas de ponerme, la chupa de cuero roja y unos botines altos.

Dudé si llevar o no medias completas, si mi meta era olvidar a Marcus con otro hombre, llevarlas complicarían mis propósitos. ¿Para qué me iba a engañar?, era la excusa perfecta para arrepentirme en el último minuto. No, no podía hacerlo, debía ponerle fin a esa absurda esperanza, a ese sueño que nunca se cumpliría. Sabía que era cobarde e inmadura la solución, era el clásico «un clavo saca otro clavo», pero, en vez de ser una pareja, era de aquel hombre que me estremecía y enfurecía.

Salí al pequeño salón para despedirme de Leopold y mi madre, que trabajaba en el ordenador mientras mi abuelo veía la televisión.

—Espero que mañana no aparezca esa chica que mide con cronometro hasta el respirar —dijo Leopold sin mirarme—. Dudo que soporte verla a punto de un infarto. —Resoplé.

—Roxana tiene el día libre. Además, hemos compartido mucho y ya sabe qué es lo peor que hago al dormir —le respondí y él levantó una ceja.

—Nisa —prosiguió—, ya que tú te enteras más de esos aparatos modernos, hazme el favor y grábala.

—¡Abuelo! —exclamé. Mi madre comenzó a reír.

—Papá, no seas cruel. Pensándolo bien, puede servir para chantajearla algún día.

—¡Mamá! —exclamé. Supuse que iba a defenderme, pero se había aliado con mi abuelo.

—En todo caso, me preocupa, esa pobre criatura no sabe lo que es tener el

día libre —me dijo mi madre intentando cambiar el tema.

Esta vez tenía razón, en algún momento llegué a dudar si Roxana sabía el significado de un día libre. Darth V apareció moviendo la cola y ladrándome bastante alto, cualquiera pensaría que me preguntaba a dónde demonios iba.

—Tienes muy mal acostumbrado a este perro —me reprochó mi madre. Como si Darth V entendiera se giró hacia ella y se le acercó para sentarse a sus pies y mirarla fijamente—. ¿En serio tengo que soportar que quiera amedrentarme? —añadió, frunciendo el ceño.

—Este pobre animal ha sido torturado por Rosmina —dijo Leopold con burla.

—En eso te doy la razón —contesté—. ¡Ven aquí, Darth V! —le dije con voz aniñada. Vino hasta mi con toda la parsimonia del mundo, por lo que sonreí ante lo vengativo que era—. No te enfades conmigo —le dije—. Mañana te prometo que daremos un paseo por Hyde Park.

Darth V levantó una oreja y me miró de nuevo cuando le acaricié la cabeza y me levanté para despedirme.

—No me esperéis despiertos.

—No lo hice con Nisa...—contestó mi abuelo mientras zapeaba con el mando del televisor.

—¡Papá! —se quejó mi madre, resoplando.

—Está bien, no debí decir eso —respondió Leopold—. Diviértete, May, y usa preservativos.

—¡Papá! —exclamó Nisa negando con la cabeza. Abrí los ojos, sorprendida, llevaba dos días escuchándolo responder sin ninguna delicadeza. «Y pensar que ha dado en el clavo...», me dije.

—Lo tendré presente —respondí para seguirle la broma y escuché a mi madre refunfuñar. Sonreí en cuanto cerré la puerta, solté aire y me centré en lo que iba a pasar esa noche.

31

«Tener la conciencia limpia es señal de mala memoria

Steven Wright».

Nisa

En cuanto escuché que May cerraba la puerta me giré hacia mi padre frunciendo el ceño. Me había prometido que le contaría lo que había ocurrido y no lo había hecho. No estaba muy segura de si esa actitud que tenía desde que habían pisado Londres era producto del aire, de estar en el extranjero o debido a su edad bastante avanzada se daba el lujo de decir lo que pensaba..., o lo que le convenía, como en ese instante.

Me crucé de brazos y martilleé el suelo con el tacón de mi zapato a la espera de que me diera una explicación convincente, ya que aún seguía desconcertada.

Después de arreglar algunos asuntos del hotel había vuelto al hospital para recoger a Leopold y llevarlo a que descansara. Abrí la puerta de la habitación y me encontré a tres hombres brindando con agua.

¡Agua! Era la primera vez en mi vida que veía algo semejante. Por un momento llegué a pensar que era algún ritual de una logia de la que acababa enterarme de que ambos ancianos eran miembros. Me disculpé, abochornada por interrumpirlos, y decidí cerrar la puerta con la excusa de «no he visto nada», pero Anthony se adelantó, pidiéndome que entrase para ser testigo de la nueva sociedad.

Sin entender de qué me hablaba, me acerqué hasta ellos con resquemor al ver animado a Marcus Lancaster, ese joven que quería quitarnos el hotel. De hecho, era la primera vez que lo veía sonreír con sinceridad.

Marcus me entregó un vaso de agua y, sin saber qué hacer me mantuve a la espera.

—Leopold y Marcus acaban de firmar un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —repetí, pensando que hablaban sobre nuestro hotel.

—Sí —respondió Anthony—. ¿Recuerdas ese fondo de inversiones que tu padre decidió abrir aquí, en Inglaterra?

Abrí los ojos ante esa primera noticia. ¿Desde cuándo existía ese fondo de inversiones? Lo miré, frunciendo el ceño, eso no podía ser verdad y me negaba a creer en ello. Si era cierto, Leopold Gohshed iba a tener un gran problema familiar.

—No debe recordarlo, en ese entonces era muy joven—añadió Leopold.

Confundida y comenzando a creer que mi padre me había mentado media vida tensé la mandíbula ante la indignación que se hacía paso. No pude contenerme y bebí el vaso de agua por completo, pidiéndole a Marcus que lo volviera a llenar para tener la entereza de echarle en cara a Leopold la traición que estaba cometiendo.

No sé si fue suerte, pero el móvil de Marcus nos interrumpió. Miré a mi padre, indagando qué coño pasaba, por qué había preferido ser socio de ese niño que se creía poderoso antes que solventar los problemas de nuestro hotel. Sin embargo, me di cuenta de que, a pesar de que aceptó la llamada, Marcus Lancaster se percató de mis gestos de consternación hasta el fruncir el ceño.

—Debo irme —dijo con el teléfono en la mano. El muy astuto había decidido irse, evitando presenciar mi discusión. «¡Cobarde!», quise gritarle, y rechisté sin poder evitarlo. «Pero para aceptar un dinero que no te corresponde, no tuviste excusas» —me dije—. Tengo una cita con Richard en veinte minutos.

—No lo hagas esperar —indicó Anthony—. Ha aceptado a regañadientes cederle a este pobre anciano una cita con premura.

—Os agradezco mucho vuestra ayuda —dijo Marcus—. Leopold, intentaré contactar contigo antes de que regreses a España.

—No te agobies —respondió mi padre—. Todo se hará de acuerdo con lo planeado y, en caso de no poder concretar la firma, siempre nos queda España —concluyó, levantando el pulgar mientras yo seguía ensimismada por todo lo que pasaba. Escuché el móvil y Marcus se despidió con la mano, cerrando la puerta.

Ladeé la cabeza y fijé mis ojos con severidad en esos dos viejos macabros a la espera de que me contaran a qué venía todo aquello.

—Antes de que se te reviente la aorta —comenzó a decir mi padre—, debemos contarte la verdad.

«Eso es lo que quiero, Leopold Gohshed», volví a decirme a mí misma. Quería la verdad de todo aquel extraño asunto que intuía que era una treta.

—Es un fondo de inversiones que estuvo a nombre de mi mujer, Jane —comenzó explicando Anthony— con su apellido de soltera, por lo que ni mis dos hijos, ni mucho menos Charlize, conocen de su existencia —añadió—. He tenido la opción de hacerlo público en algún momento, pero, si lo hacía, Charlize se hubiera encargado de exigirlo como patrimonio familiar, así que hace unos años decidí que Leopold pasase a ser el benefactor en caso de que me sucediera algo, ya que él había sido parte de la creación de ese fondo de inversiones.

Parpadeé sin parar, seguía sin entender a qué venía tanto misterio y esas tretas callejeras que no me gustaban nada. Si bien Charlize Lancaster era una bruja sin escoba, no comprendía el papel que jugaba mi padre en todo el asunto, eran líos de los Lancaster y eran ellos quienes debían solucionarlos.

—Entiendo que Marcus esté en tu lista negra en estos momentos, tal vez su actitud es la culpable de ello, su manera de hacerlo es diferente a la del resto de cadenas hoteleras, pero quiero que entiendas que, detrás de ese trabajo bastante engorroso en el que se dedica a inspeccionar la calidad de los hoteles, existe un verdadero proyecto que ha tenido en mente desde hace años y, al parecer, Charlize intenta sabotearlo.

»Nunca me ha pedido ayuda, así que me imagino que su mayor deseo es el de emprenderlo por su propia cuenta. Para no seguir con rodeos, desea construir su propia empresa. Un hotel diferente a los que estamos habituados. No es frecuente que un miembro de la junta directiva haga el trabajo de un ejecutivo de la cadena de hoteles, pero Marcus ha conocido el negocio desde adentro y aceptó el reto.

»Lleva un par de años trabajando con ahínco, y no tengo ni idea de cómo Charlize se ha enterado, pero no voy a dejar que esta vez gane. Es mi deber seguir salvaguardando el futuro de ese pobre chico.

—¿Quieres decir que en realidad es tu dinero? —pregunté sorprendida.

—Exacto —respondió Anthony de nuevo—. El hotel se construirá en España y tal vez Aaron podría terminar siendo el gerente. —Bufé al escuchar el nombre de mi hijo. Aaron tenía unas enormes ganas de ahorcar a Marcus, y me sentí más indignada por cómo Anthony lo tenía todo fríamente calculado.

—¿No crees que involucrar a Leopold ha sido suficiente? —le reproché sin sutileza alguna.

—No me ha obligado, Nisa —respondió mi padre, llenándome de impaciencia—. Necesitaba mi ayuda y no lo pensé para dársela.

—Entiendo tu enfado —añadió Anthony—. Creo que solo conoces las historias de las revistas amarillistas sobre ese joven libertino y rebelde que fue un tiempo atrás, pero la realidad es otra. Todos hemos cometido errores, Rupert los cometió, entre ellos dejar de lado a sus hijos —confesó—. A Charlize ya era difícil reconducirla para cuando me di cuenta del desastre, sin embargo, pude redirigir el camino de Marcus, por eso quiero ayudarlo por última vez.

—Eso no justifica este engaño —le hice saber, cruzándome de brazos.

—No es un engaño—respondió mi padre de nuevo, antes de que comenzara a gritar que era la mayor locura que habían cometido. El repiqueteo de mi pie contra el suelo le daba a entender mi negación a toda esta situación—. El chico tiene un socio con suficiente dinero para poder llevar a cabo su

proyecto a la vez que Anthony busca la forma de que Charlize no encuentre un motivo para apropiarse de nuestro hotel.

Parpadeé sorprendida a la facilidad con la que lo contaba. Me levanté y busqué la jarra de agua le quité la tapa y bebí sin parar hasta que solté aire, dejando de nuevo la jarra en la mesilla, y los miré a los dos.

—Los problemas de los Lancaster no son los nuestros —respondí con frialdad—. Estáis jugando con el trabajo de muchas personas —proseguí, llena de rabia y enfocando mi mirada furibunda en mi padre—. Como os carguéis mi hotel —le advertí, enfatizando las dos últimas palabras, porque, a pesar de que era de todos los Gohshed, yo vivía en cuerpo y en alma para mantener su estatus salvaguardando el trabajo de cada uno de los empleados que estaban dando el cayo cada día—. Es mejor que tengáis un sobre de cianuro antes de que os mate con mis propias manos.

Y, de esa manera, cerré la puerta con fuerza, esperando que mi padre saliera. Esperé diez largos minutos. Estaba más que enfadada y la espera me llenaba de frustración. Caminé de un lado al otro hasta que la puerta se abrió y, sin decir nada, comencé a caminar al ascensor para tomar un taxi de regreso a casa de May.

En cuanto llegamos, no pude reprimirme y le recriminé todo, exigiéndole que la familia entera debía enterarse de lo acababa de hacer. Sin esperar alguna excusa llamé a través de Skype a Aaron para contarle la lamentable noticia. Leopold tuvo que escuchar a Aaron reprocharle lo mismo, pero mi padre se mantuvo en silencio, sin rechistar. No podía creer que no le importara. Nos acababa de poner la soga al cuello, era una gran responsabilidad que no le importaba llevar sobre sus hombros.

Después de las advertencias de Aaron y de exigir saber quién más estaba metido en semejante locura, le señaló que tendría noticias y no serían agradables para luego colgar. Entré a la cocina a punto de un ataque de nervios y decidí hacerme un té para calmarme.

Recordé que May no lo sabía y me imaginé que lo había pasado por alto, por lo que volví al salón, dispuesta a enfrentarme con mi padre.

—¿Cómo le explicarás a May que vas a ser socio del hombre que no soporta?

—Ella es más racional que vosotros y lo entenderá. —Abrí los ojos, atónita por su respuesta. «¿Racional?», me pregunté. «Definitivamente, Leopold ha enloquecido». Bebí de la taza de té, con la mano temblorosa, negando en mi mente todo lo que estaba pasando. Estaba segura de que May no iba a tomárselo nada bien.

—Avísame para hacer palomitas, porque esa escena no pienso perdérmela.

—¡Mujer de poca fe! —me indicó con burla.

—Sabes que la vas a decepcionar, ¿verdad?, como lo has hecho con todos —le dije, levantándome con rumbo a la habitación para poder llorar.

Y allí estaba, esperando que me explicara por qué no le había contado la verdad a la luz de sus ojos, como tantas veces la había llamado.

—No era el momento, Nisa —me respondió—. Ya lo encontraré, se lo explicaré y te aseguro que lo entenderá.

—Solo sé que vosotros dos estáis jugando con los sentimientos de ese chico y con el futuro de nuestro hotel.

—Nuestro hotel estará a salvo —me aseguró—. De eso se encargará Anthony, moriría antes de que pasase a manos de los Lancaster.

—¡Está casi en sus manos, papá! —exclamé con tristeza—. En estos últimos años han pasado a tener más acciones de las que deberían y me temo que con esto les habéis dado la ocasión perfecta para que puedan exigir que esté al nivel de su cadena de hotelera, y sabes que no lo está. Por mucho que hemos intentado que sea uno de los mejores hoteles rurales de la zona, no llega a la altura de la cadena Lancaster.

—Ten paciencia —me dijo acercándose a mí, dándome un abrazo—. Tengo la intuición de que hoy será el comienzo de un futuro que ninguno habíamos esperado.

Marcus

En el instante en el que vi a Anthony ganar la partida de ajedrez sentí una mezcla de estupor, contradicción y sorpresa. Estaba seguro de que el viejo alemán iba a ganar, tenía a mi abuelo acorralado, pero había cometido un error de principiante que ni un niño de cinco años hubiera hecho, por lo que dudé.

Aunque segundos después olvidé la partida al ver cómo Leopold se levantaba y, a paso lento, se acercó hasta mí alargando la mano. Entonces comprendí que no había sido una broma la condición del trato. Alargué la mano y estreché la suya. Acto seguido me dijo que fuera a por esos papeles donde tenía que estampar su firma antes que se arrepintiera.

«¿Arrepentirse? ¿Papeles? ¡Mierda!». Debía buscar otro abogado para que redactara un nuevo documento de acuerdo de socios lo más deprisa posible. Miré a mi abuelo, preguntándome si Richard sería capaz de hacerlo.

—Llámallo, Marcus, te solventarán el problema lo más pronto posible — me dijo como si conociera las dudas que estaban pasando por mi cabeza.

En ese instante escuché el móvil y salí de la habitación, a punto de que la euforia ganase terreno, pero, al ver que era Ethan colgué sobre la marcha, no estaba para escuchar sus tonterías, tenía solo una idea fijada en mi mente. Caminaba de un lado al otro sin creer que una partida de ajedrez me fuera a dar la oportunidad de mi vida.

«¡A la mierda Charlize y Esther!, —pensé—. ¡Que se coman con patatas fritas sus cláusulas!». Solté aire, tenía que calmarme y pensar con detenimiento, por lo que me dirigí a la máquina expendedora para sacar un expreso que tenía un sabor asqueroso.

De inmediato supe qué debía hacer. Llamé a Leah y le pedí que me enviara al hospital un mensajero de la empresa con la copia del documento del acuerdo de socios que se había hecho para Esther.

Después de llamarla, me centré en revisar de nuevo la copia que tenía en mi correo electrónico, era un trato justo para los posibles socios. Tiré el vaso y decidí bajar a esperar al mensajero, no recordaba cuando había sido la última vez que había estado tan ansioso, o sí, aquella vez que había entrado a la sala de juntas para enfrentarme a Charlize.

Veinte minutos después, el mensajero apareció y lo detuve dándole las gracias con entusiasmo, era la primera vez que me veía así.

Le pedí que me acompañara, no sabía a ciencia cierta por qué, pero me dejé guiar por la intuición. Subimos al ascensor deseando que fuese con mayor rapidez. Al abrirse las puertas, me apresuré hasta la habitación, cruzando los dedos porque Leopold no hubiese cambiado de parecer.

Le pedí al mensajero que esperara fuera mientras Leopold leía con parsimonia el documento deseé que terminara lo antes posible.

—Me parecen cláusulas razonables y justas —dijo finalmente.

—Llama a Richard de inmediato para que legalice el contrato —me ordenó Anthony en cuanto Leopold me entregó el documento.

—Ahora mismo. —Cogí mi móvil y marqué el número, sintiéndome pletórico y triunfador—. Hola, Richard —lo saludé en cuanto aceptó la llamada.

—Me imagino que por hoy no se podrá hacer nada más —escuché decir a Leopold—, por lo que quisiera volver a casa de mi nieta —añadió, mirándome de reojo y luego a Anthony con una sonrisa cínica.

Llevaba cerca de dos horas sin acordarme May y el viejo alemán logró que volviese en segundos a mi mente. No quería indagar qué demonios pretendía, pero era hora de dejar claro que entre May y yo había solo antipatía.

Y al recordarla volvió esa pregunta que intentaba apartar de mi mente, ¿por qué ese dinero lo quería invertir en mi proyecto y no en su propio hotel? Richard me llamó la atención desde el otro lado de la línea y proseguí con la conversación, maldiciendo a Leopold por lograr lo que quería, que pensara en May, en eso que comenzaba a ser un asunto pendiente entre nosotros y en lo que pudiese suceder cuando se enterara de esta sociedad.

Richard, de nuevo, llamó mi atención, pidiéndome que le enviase el documento lo más pronto que fuera posible, por lo que salí de la habitación y le expliqué al mensajero a dónde debía ir para luego pedirle a Leopold sus datos y enviárselos por correo electrónico a Richard. Solté aire, satisfecho mirándolos, hasta que Leopold fue el primero en hablar.

—Esto hay que sellarlo con Eierlikör^[7] —dijo, sacando de su pequeña mariconera una petaca plateada. Más que sorprendido a ese alijo, me limité a no opinar.

—¡Viejo embustero! —exclamó—. Le juraste a Nisa que no lo habías traído. —El alemán lo ignoró, buscó un vaso y se echó un poco.

Escuchar a Anthony me hizo pensar que hasta que Leopold Gohshed no firmara el contrato, no dejaría que bebiera una gota de alcohol. A saber, por qué su hija le había preguntado si había traído la petaca.

De nuevo volvió May a mi mente, y no solo ella, los Gohshed al completo. Comencé a preguntarme cómo reaccionarían en cuanto se enteraran de lo que su cabeza de familia había hecho. No tuve que esperar demasiado, la puerta se abrió dejando pasar la voz de Nisa, que hablaba por el móvil.

Con rapidez, le quité el vaso a Leopold y me tragué el maldito licor sin poder disimular la tos que vino después y que me hizo acercarme hasta donde estaba la jarra de agua con lágrimas en los ojos. Serví tres vasos de agua y se los pasé a los dos viejos maquiavélicos, que de inmediato lo alzaron aire.

«¡Maldición!»). No entendía por qué diablos querían dar el cante de esa manera. Nisa se quedó pasmada ante la escena y Anthony sin perder tiempo, le contó lo que acontecía. Evité llevarme las manos a la cara ante lo supuse que no terminaría nada bien. «Si alguien me preguntara en estos momentos cuál ha

sido el instante más surrealista de mi vida, este encabezaba la lista», me dije.

Deseé que alguien me llamara para poder escabullirme en cuanto Nisa me quitó el vaso de agua y se sentó. La mujer se mantuvo en silencio, debía pensar rápido en cómo hacerle entender que no tenía nada que ver, que estaba igual de sorprendido que ella y que sí, era un capullo integral al pensar en mí y no en el beneficio de ellos.

«¡Mierda, mierda, mierda!». No lo entenderían jamás. Estaba actuando igual que mi hermana, la ambición estaba siendo mayor que la honorabilidad. El móvil vibró y vi reflejado el número de Richard, por lo que aproveché para despedirme y dejar que los ancianos le explicasen este giro de los acontecimientos, al fin al cabo había sido su idea.

Richard me habló de unas nuevas cláusulas que Anthony había incluido en el instante en el que hablaba con el mensajero. Maldije por lo bajo, siempre iba un paso por delante.

No iba a oponerme, explicaban que El Secreto de los Gohshed quedaba excluido de cualquier normativa o reforma que la junta directiva de la cadena Lancaster aprobara, era la condición del trato que había hecho con Leopold.

No tenía idea de cómo lograría que las aceptaran, pero, en caso de que hubiera alguna objeción, movería cielo y tierra para que se llevara a cabo. Concreté más detalles sobre el acuerdo, a la vez que encendía el motor del coche para ir a su despacho, y me encaminé por las calles de Londres.

De nuevo, escuché el móvil y vi reflejado el número de Ethan. Si no aceptaba la llamada, no pararía hasta sacarme de mis casillas.

—¿Se puede ser más inoportuno? —le dije a modo de saludo.

—Marcus, debemos hablar —soltó con una mala imitación de la voz femenina—. ¿Recuerdas la última vez que me la metiste hasta el fondo? —Resoplé con irremediables deseos de mandarlo a la mierda.

—Algunos intentamos ganar respeto y reputación.

—Yo también quiero ganarme respeto y reputación —repitió, imitando de nuevo a una mujer—. Y sé cómo evitar que te parezcas al capullo de tu padre —me dijo con guasa—. Te he llamado para recordarte que has quedado conmigo, para que limpies el sable.

—Ya veo cómo quieres ganarte ese respeto —ironicé—. Y es tu mayor cualidad, la sutilidad —le hice saber—. Reconozco que desde hace un tiempo has mejorado un huevo.

—¡Oh, Dios! ¿Soy tan evidente? —me respondió con su burla habitual—. Estoy seguro de que mi único primo no está guardando celibato, a no ser que...—Comenzó a reírse sin más.

—Ethan, suéltalo, no estoy para perder tiempo —le dije, cansado de sus tonterías.

—¡Bah! Ya no hace gracia, ¡aguafiestas! Me has jodido la broma. —Volví a resoplar.

—Estoy intentando cerrar un nuevo trato.

—Un momento —me dijo ya con voz seria—. ¿No aceptarías las cláusulas abusivas de Esther Blanco?

—¿Cómo sabes tú de eso? —pregunté incrédulo.

—¿No has visto el correo que enviaron a los socios de la empresa? —«¿Correo? ¿De qué me está hablando?», me pregunté y lo escuché maldecir a Charlize—. Ese correo explica que el proyecto de Marcus Lancaster —indicó enfatizando mi nombre— estaba suspendido.

—¡Será hija de perra! —grité, golpeando el volante—. ¡Maldita sea! —vociferé. No dejaría que metiera sus narices en mi negocio, tenía una nueva oportunidad con un nuevo socio que no tenía ni idea de quién era y un capital que podía solventar cualquier inconveniente.

—Dime que no te bajaste los pantalones —me preguntó Ethan.

—¿Me crees gilipollas? —respondí exasperado—. Existen los milagros.

—No te sigo, Marcus —señaló Ethan con curiosidad.

—No necesito ni a Esther Blanco ni a la cadena de hoteles Lancaster, es lo único que te diré. El proyecto sigue en marcha.

—No entiendo qué rayos está pasando, eres un cabrón por no contarme lo que te traías entre manos —me respondió un tanto ofendido—. Te lo voy a dejar pasar porque en cualquier momento soltarás prenda, y, si sigue en marcha, hay que celebrarlo —prosiguió—. Cerca de casa han abierto un pub, la semana pasada estuve catando y pasé la noche con una mujer que estaba buenísima.

Era mejor dejar que me contara sus batallitas antes de que siguiera indagando sobre la fortaleza, no era el momento de contarle, éramos como hermanos, pero solía irse de la lengua.

—Esta noche iré y tú vendrás conmigo a celebrar que se la has metido doblada a esas arpías o, de lo contrario, tendré que preocuparme de esa alma de viejo que te ha poseído.

Resoplé a su insistencia. Pensé que, después de todo, no era mala idea, mi día había comenzado de la peor manera y de buenas a primeras había cambiado radicalmente.

—Me apunto —contesté sobre la marcha.

—¡Así se habla! —soltó con entusiasmo—. ¡Hoy mojas!, te lo aseguro —añadió.

Era lo último que me interesaba y el recuerdo del día anterior, en el que había devorado con ansias la boca de May, apareció. La deseé como nunca lo había hecho con ninguna mujer.

Debía saciar esas ansias para dejar de pensar en ella, más en esos momentos en los que mi nuevo socio era un Gohshed. Debía olvidarla como fuera y esa era la solución.

—La noche es larga —respondí, asegurándome de que Ethan me llevaría a

trompicones si me arrepentía.

—¡Al fin vuelve Marcus Lancaster!

*«Estábamos aburridos en el cielo,
así que bajamos al infierno a jugar».*

May

La noche iba a mejor, las risas con las chicas eran un sin parar, al igual los chupitos, y, cada vez que venía otra ronda, Rosmina nos insultaba por no poder unirse sino con una Coca Cola.

Las cuatro decidimos bailar en círculo y la primera que ligó fue Shiona, seguida de Chantal, mientras Rosmina y yo seguíamos disfrutando de la noche.

Hasta que se acercó un hombre alto y moreno que bailoteaba un poco a mi alrededor. Mi amiga se despidió, viendo que era mi turno. Yo mantuve su juego, a pesar de que comenzaba a no estar segura de que fuera lo mejor y eso me cabreaba, por las dudas que aparecían en mi cabeza. Si tenía que librarme de esa sensación a medias que me había dejado Marcus, pero el problema era que las había puesto muy altas.

Se me presentó como Tom, me sujetó la mano, me hizo girar sobre mí misma y al hacerlo vi a Ethan Lancaster ligando con Chantal. Parpadeé varias veces, preguntándome cuándo había despachado al chico con el que se había adentrado entre la muchedumbre, y es que, de todos los hombres que pudieran estar en el local, con el que menos debía pasar la noche era con él.

Ethan Lancaster era un capullo de mucho cuidado.

Me olvidé de Tom y me encaminé hacia ellos, dispuesta a quitárselo de encima, hasta que me detuve, estupefacta, al ver a Marcus con una morena de su misma altura y que tenía un cuerpo que ni en mis mejores sueños iba a tener.

Estaba a punto de darme la vuelta y volver con el chico que había dejado

tirado, pero Chantal me vio y me llamó a voces.

«¡Mierda, mierda! ¡Malditos chupitos!». Intenté ignorarla, girándome como si estuviera bailando dándole la espalda, buscando con desespero a Tom, pero se había largado. «¡Maldita sea!», me dije.

—¡May! —gritó de nuevo Chantal—. ¡Es mi amiga May, es una escritora famosa! —vociferó sin importarle que la gente centrara su mirada en mí, por lo que cerré los ojos a lo último que dijo. Lo que prometía ser una gran noche se convertía poco a poco en un evidente desastre.

Al abrirlos, decidí que lo mejor era volver a la barra y, al hacerlo, Chantal me sujetó del brazo para hacerme reaccionar.

—¡May, te estoy llamado! —gritó—. He conseguido el hombre perfecto para que le quites las telarañas a tu vagina. —Parpadeé varias veces, pensando que cada año le sentaba peor la bebida.

—¿Y quién te ha dicho que lo necesite? Además, no tenías que ser tan gráfica —le reproché, para que se diera cuenta que me había dejado en evidencia.

—¿Gráfica? ¡Venga ya! He sido sutil. Si es que al final quién te entiende, ¿o quieres que lo diga como en tus novelas?: «tu sexo», «tu coño».

—¿Te quieres callar? —siseé, sintiendo cómo enrojecía. Chantal me miró como si se me hubiera soltado un tornillo y ese instante fue a peor. Ethan se acercó a nosotras con una sonrisa burlona.

—La persona que menos imaginaría ver en este antro sería a la famosa May Gohshed.

Deseaba mandarlos a tomar viento fresco. Mi noche había acabado por su culpa, si no me hubiera dejado llevar por mis impulsos de salvar a mi amiga de un depredador como el gilipollas que tenía delante, hubiera estado con Tom en alguna esquina del bar, pero no, estaba allí con una Chantal pasada de chupitos y el primo del hombre que me había despreciado.

—¿Y qué hace una escritora de renombre en este lugar? —preguntó Ethan, de nuevo con burla. Observó detrás de mi espalda y volvió a sonreír con burla, me imaginé que Tom estaba cerca y sentí alivio—. ¡Has venido a jugar con un sable!

Tensé la mandíbula con más fuerza ante su arrogancia y supuse que Tom, al verme hablar con este idiota, se había alejado definitivamente, por lo que resoplé, maldiciéndolo aún más. Todos conocían a Ethan Lancaster y lo que solía hacer en los pubs y las discotecas.

Seguía sin comprender cómo aquel capullo podía ser nieto de Anthony. Concluí que en algún momento de su vida las drogas y la gilipollez de la adolescencia habían absorbido su cerebro. Sin embargo, no me iba a quedar con esa y él no tendría la última palabra.

—Sí, he venido en busca de sexo —le respondí con altanería—. Igual que tú, ¿o me equivoco? —añadí, girándome hacia Chantal, que tendría su dosis también—. Si crees que con él has coronado, eres más estúpida de lo que creía.

Era hora de irme y di unos cuantos pasos, lo suficientes para escuchar la voz de Marcus diciendo lo mismo que solía decir cuando nos encontrábamos.

—¿Qué demonios haces aquí?

*«Yo sin ganas de enamorarme
y tú vienes y me sonríes».*

Marcus

Mi día había sido un sube y baja de emociones hasta que volví a La Casona y me tropecé con Charlize. Debía fingir que estaba cabreado, aunque no tenía que sobreactuar. El desprecio que sentía hacia ella, era real y, después de varias pullas, caímos en lo de siempre, en discusión.

—Es mejor que no me convierta en tu enemiga, Marcus, recuerda que somos una familia y todo lo que tiene que ver con un Lancaster nos perjudica.

—Así que ahora yo puedo perjudicar a la familia.

—Ya lo hiciste una vez y no toleraré que vuelva a pasar —me advirtió.

—Es mejor que no me subestimes, querida hermana —le respondí evitando que notase que sus palabras me ofendían, no olvidaba mi pasado, gracias a mis errores había aprendido mucho de la vida—. Has ganado, pero solo de momento.

—¿Qué has querido decir? —me preguntó y la ignoré, subiendo las escaleras—. ¡Marcus! —gritó—. ¡No me dejes con la palabra en la boca! ¿Quién diablos te crees? Solo eres un bastardo no lo olvides—volvió a gritar.

Estaba cansado de tener que batallar con Charlize y por esta vez iba a ignorar sus ofensas. Al cerrar la puerta de mi habitación descargué mi frustración maldiciéndola.

Traté de relajarme en la ducha, pero no pude. Me senté en la cama apoyando los codos en los muslos, debía buscar la forma de hacerle frente de

una vez por todas. Estuve tentado a llamar a Ethan y decirle que había cambiado de opinión con respecto a la salida, pero entendí que, si no salía de La Casona cuanto antes, volvería a discutir con Charlize, siendo lo que más deseaba, que saliera lo peor de mí.

Me levanté hacia el armario y saqué el primer vaquero que vi junto a una camiseta blanca y la cazadora negra. Llamé a un taxi, haciéndome la idea que esa noche no volvería, y me dirigí a casa de Ethan.

Me había convencido que esa noche vería un cuerpo desnudo, lo que no me imaginé era que sería el de él. No sabía si ese día intentaba superar a Charlize en eso de tocarme las pelotas. Se sentó en el taburete que estaba a mi lado con una cerveza en la mano explicándome con detalles lo que haríamos. Me lanzó una copia de las llaves, recordándome de nuevo que esa noche follaría.

A decir verdad, comenzaba a arrepentirme de estar allí y se lo hice saber. Ethan se acercó a mí, sujetándome del hombro.

—Marcus, los Lancaster no nos arrepentimos, y mucho menos de echar un polvo. —Acto seguido rodeó la mesa americana para sacar de un cajón tres paquetitos de preservativos. Decidí seguirle la corriente, en primer lugar, porque no tenía fuerzas para otra discusión y, en segundo, porque quería que se vistiera de una puñetera vez.

Así que metí las llaves en el bolsillo del interior de la cazadora y un preservativo en la cartera y lo miré esperando que con eso estuviera satisfecho y se fuera a vestir. Ethan levantó los pulgares y volvió a su habitación. Diez minutos después regresó vestido y teniendo la sensación de que solo lo había hecho para sacarme de quicio. Caminamos hasta el bar mientras escuchaba sus bravuconadas que terminaron haciéndome reír, pensando que necesitaba urgentemente ocupar su vida.

El lugar estaba lleno, como había predicho. Enseguida se encargó de encontrar un par de chicas para entretenernos según masculló. Por unos minutos, me sentí fuera del lugar. Llevaba mucho tiempo sin que ir a ligar fuera mi prioridad y me di cuenta de que tenía razón, estaba perdiendo parte de mi juventud centrándome en un solo objetivo.

Era momento de dejar de lado a ese Marcus empresario y volver a ser el joven que había dejado aparcado hacía un par de años.

Una de esas dos mujeres era morena y exuberante, siendo la que se me acercó. Sonreí cuando Ethan, con maestría, intentó alejarse de la chica y fijar los ojos en otra que llevaba un minivestido verde. Recordé que antes era yo el que hacía todos esos movimientos, el que buscaba cada noche una mujer distinta para satisfacer sus deseos y el que estaba, en esos instantes, oxidado.

Respondí unas cuantas preguntas por cordialidad a la morena que trataba de llamar mi atención, no quería comenzar a exigir, esa noche iba a lo que iba y era obvio que ella también.

Había decidido ir a algún rincón hasta que creí escuchar la voz de May. Era imposible, mi conciencia me jugaba una mala pasada, así que di unos cuantos pasos ignorando mis pensamientos, pero de nuevo escuché a alguien llamarla y me detuve, maldiciéndome mil veces, me giré dispuesto a volver hasta donde estaba Ethan y solo entonces la vi.

—¿Qué demonios haces aquí?

Me arrepentí de esa pregunta. No era nadie para pedirle explicaciones, y lo peor no era la pregunta, que había logrado que su mandíbula se tensara, lo peor fue que el verla me llevó a que olvidara a qué había ido y con quien estaba.

—Al menos no has dicho mi nombre al completo —inquirió enfadada observándonos a los dos—. Estoy considerando en mandaros a la mierda.

—Me parece que necesitas dosis de amor —chinchó Ethan.

«¡Maldita sea!». Había olvidado que May odiaba a Ethan.

Él estaba a punto de seguir chinchándola, tratando de descubrir qué demonios pasaba entre nosotros. Se cruzó de brazos a sabiendas que no le había contado la verdad.

—No me digas que crees que tú eres el candidato perfecto para eso —

respondió May, cayendo en la trampa de Ethan sin darse cuenta de ello.

—No lo negaré—le respondió dándole un repaso de arriba abajo. «¡Maldito cabrón!». Debía detenerlo antes de que se desmadrara.

—¡Vaya! Tu ego estratosférico te hace suponer que es lo que necesito.

—Ethan, no —me adelanté cortando el enfrentamiento y me maldije le había dado demasiada información.

A pesar de haber logrado que comenzara a pensar cualquier mierda, tenía que recordarle que era mejor que se quedara callado, aún no había resuelto el percance de El Secreto de los Gohshed y lo mejor era llevarse bien con todos, incluyendo a la mujer que tenía al frente cabreada y cuyo pecho, que subía y bajaba con rapidez, no podía dejar de mirar.

May no iba a dejarlo pasar. Sus mejillas estaban sonrosadas, quizá por la bebida, o porque estaba liándose con otro. Solo pensarlo me puso de mal humor y me cabreeé conmigo mismo por esta actitud posesiva.

May y yo no simpatizábamos, pero imaginar que otro le metiera la lengua... «¡Maldita sea!». Volver a pensarlo solo logró que reconociera que eran los malditos celos al imaginarme que otras podrían manos acariciar su cuerpo. Observé su camiseta, mostraba su canalillo. Las manos me quemaban por volver a rozar su piel.

«¿Pero qué coño?», me dije, «solo fueron unos escasos minutos», me reproché. Apreté los puños tratando de mantener la compostura.

—¿Y por qué no? —preguntó con retintín Ethan. Chasquéé la lengua a lo que vendría los segundos siguientes—. A lo mejor es lo que la excita.

—¿Por qué coño no te estás callado? —le reproché. Ethan no tardó mucho en tener su respuesta, May lo abofeteó.

—¡Que te den Ethan! —le gritó para clavar sus ojos en mí dos segundos después—. A vosotros los Lancaster os gusta que os den caña, os creéis los dioses de Londres y lo sois unos gilipollas que no queréis crecer.

—¡Otra vez lo mismo! —rechisté ofuscado, a lo que Ethan levantó una ceja, con una sonrisa torcida. Me importaba muy poco lo que pensara, solo me preguntaba quién demonios se había creído May para atreverse a juzgarnos.

Ella no tenía ni idea de lo que había tenido que luchar para obtener el respeto que merecía. La verdad pesaba más, para ellos era un Lancaster de segunda, era un producto de una infidelidad que nadie podía borrar por mucho que mi padre finalmente se hubiera casado con mi madre, otra mujer que prefirió mantenerse alejada para que yo tuviese una mejor vida.

Aún no estaba seguro si darle las gracias por ello o reprocharle por no haber luchado, por lo que esa acusación que solía echarme en cara May era injusta, no todos los Lancaster éramos hijos de puta y para cuando se lo iba aclarar, había desaparecido.

—¡Joder! —grité frustrado. «No, May Gohshed», me dije, «no te vas a quedar con la última palabra como que me llamo Marcus Lancaster». Y fui detrás de ella sin tener ni idea de a dónde había ido. Escuché a Ethan comenzar a gritar.

—¡Champán, nena! —Comprendí que la mujer del vestido verde me seguía a saber por qué rayos lo hacía—. ¡No corras detrás de esos dos, que están fritos por follar! ¡Déjales espacio, por el amor de Dios!

«¡Maldito seas, Ethan y tus ganas de dar el cante!».

35

*«Ella necesitaba que la alocaran un poco,
él que lo llevaran por el buen camino.
En fin, se necesitaban».*

May

Había sido suficiente por ese día, no sabía cuál de los dos Lancaster era el peor. Quizás en su ADN venía etiquetado eso de ser un auténtico capullo, aunque no me dio tiempo a reflexionar más al respecto pues sentí un fuerte agarre que me hizo girarme.

—¿Hasta cuándo vas a seguir echándome en cara todo lo peor de las personas? —inquirió con rabia.

— Toda la vida si me es posible —le respondí—. Actúas igual que ese mequetrefe que tienes como primo.

—¡Ethan y yo no nos parecemos en nada! —masculló con los ojos llenos de rabia.

—¿Ah, no? —contesté, tratando de demostrar que no me amedrentaba su actitud—. Si quieres te hago una lista de parecidos —proseguí—, comenzando con que tenéis el mismo árbol genealógico. ¡Pobre Anthony! No tiene ni idea de cómo destrozareis su legado.

—¡No te permito que digas eso! —Me advirtió, ofuscado.

—Diré lo que me venga en gana —le hice saber mirándolo a la cara—. Todos sabemos a qué has venido, la mitad de la población londinense sabe que cuando aparecen Ethan en un local es para una sola cosa o ¿acaso eres el único que no lo sabía? —Abrió los ojos y sentí un pinchazo de decepción al dar en el clavo. Tal vez era su estilo de vida y lo acababa de desenmascarar.

—Acusas a Ethan de querer follar cuando tú has venido a lo mismo. —
Apreté los dientes, sintiendo vergüenza y estupor al verme descubierta.

El muy miserable me había dado un buen golpe, aunque recordé a la morena que había estado junto a él poco antes.

No tenía derecho a reclamarme nada cuando él también venía con esa misma intención, lo que me llenó mucho más de rabia.

—No lo niego —le respondí, retándolo con una ceja levantada. Era una mujer soltera que podía hacer lo que le viniera en gana, hasta que él apareció en mi vida queriendo imponer su opinión como fuese cuando llevaba muchos años viviendo sola—. Si no fuera por el de Ethan, hubiera terminado la faena —le dije con una sonrisa de lado.

Había caído bajo, pero necesitaba decírselo, necesitaba que creyese que no era nadie para mí, a pesar de ser una enorme mentira. El solo hecho de estar frente a él lograba que todos los sentimientos se me arremolinaran en el interior, recordándome una y otra vez cuánto había querido volver a tenerlo así de cerca, a pesar de su continuo rechazo, junto a la forma en la que se dirigía a mí cuando nos tropezábamos, que me dolía, atravesando mi orgullo herido.

Marcus abrió de nuevo los ojos y frunciendo el ceño se acercó a mí hasta que nuestros pechos chocaron y nuestras respiraciones se entremezclaron.

—Si ese es tu propósito, ¿por qué no vuelves? —siseó.

Tenerlo tan cerca no me era fácil, quería saltarle encima y besarlo. Comenzaba a tener una disputa interior, por unos segundos me pregunté si era real o solo estaba soñando alguna una escena de *Cuatro citas de amor*.

Aunque en ningún momento había escrito una escena parecida. «Finge, May», me dije, «debes darte tu puesto, no te dejes llevar por los impulsos». Debía fingir hasta el final, debía demostrarle que me acostaría con el primero que se me cruzara, excepto con el capullo de Ethan.

La adrenalina corría por mis venas, al igual esos chupitos, que comenzaron a subírseme a la cabeza. Me giré para volver antes de cometer una locura y di

unos cuantos pasos hasta que Marcus me sujetó del brazo de nuevo.

—¿A dónde crees que vas?

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Claro que me importa —siseó. Intenté evitar que esas palabras hicieran mella en mí, pero no lo logré mucho menos cuando lo miré a los ojos y vi sus pupilas dilatadas, supuse que había sentido celos al pensar que me acostaría con otro.

Mis sentimientos estaban entremezclados; por un lado, la rabia me hacía pensar que no debía hacerme ilusiones y, por el otro, la euforia se hacía paso, logrando que el corazón me comenzara a palpar muy rápido.

—¿Desde cuándo? —le respondí, provocándolo.

Deseaba volver a sentir sus labios en los míos y que terminara empotrándome en cualquier esquina de las calles más próximas, sintiendo sus manos recorrer mi cuerpo, pero me metí en la cabeza que volvería a menospreciarme. Lo miré, esperando su respuesta para decirle que no me había equivocado con respecto a lo que pensaba de él.

—Desde el día que aprendí que no me gusta dejar nada a medias.

Y, sin dejarme reaccionar, me besó.

36

«Al menos me quemo en el fuego que yo quiero

David Stant».

Marcus

No pude ignorar la necesidad de estrecharla y de devorar sus labios. La culpa era de ella, por provocarme de aquella manera, y no me hacía ni pizca de gracia la maldita idea de que terminara en la cama con otro. Esperé unos segundos a que me empujara y me plantara cara, pero no lo hizo. Sentí que estaba igual de ansiosa que yo, por lo que me apoderé de su boca como si solo tuviera esa oportunidad.

Los labios le sabían a ginebra y tequila, mezclándose de manera explosiva haciéndome querer beber más de ellos.

Bajé las manos hasta sus nalgas y se las apreté, acercándola más a mí, haciéndole saber cuánto deseaba volver acariciarle el cuerpo. Nuestras lenguas bailaban un son tan sugerente que me llevó a buscar la pared más cercana para poder desatar todos mis instintos. May me tiró del pelo naciente de la nuca, exigiéndome que no parase, y concedí sus deseos empotrándola contra la pared.

Bajé la mano hasta el interior de su muslo, haciéndola gemir mientras rozaba mi polla contra su sexo con la necesidad de ser liberada por la presión que tenía. Subí la mano hasta su coño sintiendo el calor que transmitía a través de su ropa interior. Quería rozar su clítoris, toqueteárselo hasta que no pudiera contener el orgasmo, pero me di cuenta de que allí no sería tan fácil.

Me separé y la miré a los ojos, que le brillaban exigiendo que siguiera junto a sus labios hinchados, que se entreabrieron soltando un suspiro. Esta vez no podía dejarla, me urgía entrar en ella. La sujeté de la mano para que me siguiera a sabiendas de que era la peor de las decisiones. A trompicones,

caminamos unas cuantas calles hasta llegar al edificio donde vivía Ethan.

Saqué la llave de la cazadora, abriendo la puerta, y en cuanto entramos al ascensor volví a atacarla, acorralándola contra la pared del habitáculo. May soltó otro suspiro por mi posesividad y le insinué con la lengua lo que le haría en los próximos minutos.

Le quité la cazadora y le subí la camiseta, dejando que mis manos la acariciaran desde la cintura hasta uno de sus pechos. El gemido de May y la reacción de su cuerpo me excitaron aún más y, sin esperar, metí la llave en el panel y detuve el ascensor. Hice que se girase a la vez que uno de mis muslos se metía entre sus piernas, obligándola a abrirlas y a que se apoyase en el espejo. Su respiración se aceleró al verse así.

Le subí la minifalda hasta que quedó enrollada en la cintura, pegué mi cuerpo al suyo dejando que sintiera de nuevo la dureza de mi polla en su culo, mis manos viajaron por su cuerpo, terminando de quitarle la camiseta y el sujetador notando su cuerpo erizarse, rocé con las yemas de los dedos sus pezones y pellizqué hasta que se endurecieron dejando que nuestras respiraciones agitadas siguiera dirigiendo el momento.

Y mientras lo hacía, volví a mirarla a través del espejo. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, era una imagen que no se me borraría de la mente en la vida, estaba expuesta para mí, solo para mí. Mis manos viajaron de nuevo a su cintura, bajando sus bragas, obligándola a levantar los pies para sacárselas del todo.

Al subir mis manos por su cuerpo la miré con intensidad a través del espejo, captando su atención.

—Dime que lo deseas —mascullé en su oído pasando mi nariz por su cuello impregnando mi mente con su aroma.

Sus ojos se clavaron en los míos y dejé que viera cómo me metía en el bolsillo de la cazadora sus bragas, con la otra mano acomodé su cuerpo para rozar con los dedos sus labios vaginales en busca de su clítoris.

«¡Hostia puta! Está muy húmeda y caliente», pensé. May deseaba que me

hundiera en su interior, y terminó de envararme.

—No pares —dijo a duras penas y volví a complacerla. Mis dedos siguieron jugueteando con su coño mientras ella movía las caderas, indicándome cuánto disfrutaba con ello hasta que introduje un dedo y luego otro en su interior, sintiendo cómo se contraía, robándole otro gemido con la petición inconsciente de su cuerpo al pegarse más a mí, deseoso que terminara.

Volvimos a mirarnos a través del espejo, sin necesidad de pronunciarse supe que estaba llegando al límite, pero apenas comenzaba. Saqué los dedos para volver a jugar con su botón del deseo con movimientos precisos que la llevaron a empuñar y a golpetear un poco el espejo, buscando donde sujetarse.

—Necesito follarte—mascullé.

—Necesito que lo hagas—respondió.

Me bajé la bragueta del vaquero junto al bóxer. Con una mano, acomodé su cuerpo y con la otra sujeté mi polla, dispuesto a perderme en su interior. Solo entonces May se percató de algo fundamental.

—¿Llevas preservativo?

«¿Preservativo?, —me pregunté—. ¡Mierda!, ¡mierda!» Llevaba razón. La miré de nuevo a través del espejo, respiraba con rapidez, se pasó la lengua por los labios para mordérselos una manera de torturarme y de rogarme que no la dejara así.

«¿Por qué diablos me habla de un maldito preservativo?,— me pregunté —.¿Preservativos ni leche!, su cuerpo me lo pide a gritos», pensé. En el fondo éramos desconocidos, no sabía si se cuidaba y ella no sabía si yo tenía sexo con frecuencia con desconocidas.

*«Todos pecan con la mente,
los valientes con el cuerpo y los locos con los dos».*

May

—¡Maldita sea! —siseó. No podía creer que Marcus no se protegiera, y tampoco podía creer que luego de pedirle que me follara se me hubiera ocurrido soltar esa pregunta. Estaba tan excitada que si me dejaba a medias lo odiaría para siempre, pero no era tan estúpida como para terminar teniendo sexo sin precaución, a pesar de que las ganas eran fuertes y mi cuerpo hablase por mí, frotándose contra él.

Los dos nos miramos, a punto de olvidar los preservativos, pero se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros, sacando de su billetera el envoltorio de uno y rasgándolo para ponérselo.

—Muy bien, May —siseó—. ¿Querías un preservativo? Deseo concedido. Cierra los ojos, que te voy a follar —me siseó al oído.

Me sujetó de nuevo por la cintura con firmeza mis pezones rozaron el frío del espejo sintiendo mi cuerpo estremecer y sin dejarme reaccionar sentí su miembro en la entrada de mi vagina. El pulso se me aceleró, cerré los ojos y solté aire cuando entró de una sola estocada.

Mascullé su nombre cuando salió, sintiéndome incompleta, pero no tardó mucho en volver a penetrarme. Mi vagina de inmediato absorbió al completo su miembro y llevó una mano a mi vientre para profundizar mucho más, haciendo sus embestidas más rápidas.

—¡Joder, May! Estás muy caliente. —Esa posesividad que transmitía jamás la había sentido con ninguno de los hombres con los que me había acostado. Me penetraba con rudeza y con seguridad, con ansias y yo quería más. Era como si mi sueño más íntimo se estuviera cumpliendo, no podía

decirse de otra forma.

Era una necesidad que había sido interrumpida la primera vez que cedimos a nuestros impulsos y que ahora estaba llevándome al orgasmo de manera estrepitosa, sin preliminares, sin sutileza. Era sexo sucio, rápido, y me gustó. Quería más, mucho más y le pedí que no se detuviera. Apenas podía sostenerme en la pared de las convulsiones que estaban apoderándose de mi cuerpo, me mordí el labio y cerré los ojos.

Estaba tan envuelta en la vorágine de mi orgasmo que, al sentir sus dedos volver a jugar con mi clítoris, llegué a pensar que me moriría de placer, a la vez que Marcus apresuraba sus embestidas. Me dejé llevar por completo, sintiendo que él lo hacía unos instantes después, dejando caer su cuerpo rendido a mi espalda.

Era consciente de que tenía un gran problema, me había rendido ante el deseo y debía seguir mi vida a partir de ese instante. No sabía cómo.

Estaba segura de que Marcus nunca sería como ese hombre con el que tanto había soñado. Ese encuentro solo había sido el final de aquel que habíamos dejado a medias, él seguiría su vida y yo recordaría siempre que el mejor sexo que había tenido hasta entonces lo tuve en un ascensor.

Marcus

Me incorporé, quitándome el preservativo, haciéndole un nudo y apretando el botón del ascensor con la necesidad de volver a sumergirme en May. Apenas había comenzado. Ella, en cambio, se centró en colocarse la falda sin saber qué decir o hacer.

¿Para qué iba a fingir? Yo también me sentía igual, incluso llegué a recordar que quería darle una lección sobre esos ideales que tanto defendía y que en esos instantes pasaban al olvido. Solo quería conocerla a ella, a esa chica que tenía delante. El ascensor se movió de nuevo en un movimiento brusco, llevándome a rodear su cintura. Nos miramos a través del espejo y me imaginé lo que se cruzaba por su mente.

No sabía qué pasaría más adelante, solo quería pasar las siguientes horas

con ella. El ascensor se detuvo en el piso de Ethan. En cuanto se abrieron las puertas, la atraje hasta mí para que me siguiera, no iba a dejar que las dudas siguieran haciendo mella en May.

Tiré el preservativo en la primera papelera que vi y luego rodeé la mesa americana, buscando el cajón donde estaban el resto. Me giré hacia a ella, viendo el desconcierto en sus ojos y, antes de que su cabecita comenzara a suponer, me adelanté.

—Tendremos que darle las gracias a Ethan.

—¿Ethan?

Preferí no responderle, me apresuré a quitarle la cazadora y desabrocharle el sujetador, que se había vuelto a recolocar, a través de la camiseta. Con una mano sujeté su nuca y abordé sus labios, chupándolos, mordiéndolos llevándome a más con sus ruegos en formas de gemidos.

May se encargó de quitarme mi chaqueta de cuero y yo de que levantara los brazos para sacarle la camiseta, empujándola hasta la primera puerta que encontramos. Estaba tan ansioso de volver a acariciar y sentir su cuerpo erizarse ante mi roce que volví a atacarlo, besándole el cuello, los labios, reptando hasta atrapar sus pezones y pasándole la lengua alrededor de ambos dejando que las sensaciones nublaran su capacidad de razonar.

Busqué de nuevo su boca y la saqué, robándole más de un gemido. May a duras penas logró quitarme la camiseta, pasando la mano sobre mi torso y bajándola hasta llegar a la bragueta, pero no la dejó. Con una mano, le levanté la barbilla para que me mirara.

—Todo a su tiempo, quiero que esta noche no la olvides. —Abrí la puerta y volví a devorarle con fiereza la boca, obligándola a seguir el ritmo de mi lengua—. Te deseo —mascullé a través de sus gemidos.

Se detuvo al sentir los pies de la cama y le ordené a que se inclinara. Le quité las botas y los calcetines tobilleros, abriéndole las piernas para pasar la lengua por el interior de sus muslos hasta llegar a los pliegues de sus labios vaginales, mordiéndole su clítoris y tirando de él.

—¡Santo Dios! —gritó para luego soltar un gemido, agarrando con las manos el edredón de la cama. May se incorporó, obligándome a levantarme de manera que sus manos atraparon mi cinturón y me acercó a ella para apoderarse de mi boca, y yo la dejé hacerlo.

Su lengua y los movimientos de su pelvis y caderas llevaron a que mi polla quisiera explotar, y ella lo comprobó cuando su mano serpenteó por el camino de vellos hasta toparse con ella, no dudó en agarrarla por encima del vaquero. Desabrochó el botón, bajó la bragueta a trompicones me sacó el pantalón y el bóxer, volviéndola a sujetar con firmeza y masturbándome con seguridad. Gruñí para que se diera cuenta de cuánto me gustaba que tomase el mando.

May

Me sentí lujuriosa y poderosa, en menos de dos minutos había vuelto a endurecerlo. Marcus dejó que tomara la iniciativa y le rodeé con las piernas las caderas, le bajé el bóxer y sujeté el tronco de su miembro. Lo obligué a girarse hasta quedar encima de él a horcajadas, solo entonces me di cuenta de lo enorme que era su polla y lo dispuesta que estaba a que siguiera otorgándole caricias. No dudé en hacerlo y de inmediato me la metí en la boca su largo tronco hasta el glande una y otra vez succionando, chupando hasta que me detuvo.

—Así que quieres jugar... —musitó, girándome de nuevo y abriéndome las piernas con una de las de él. Bajó su cabeza en busca de mi clítoris, al que volvió a atormentar. Traté de cerrarlas ante ese torrente de sensaciones, pero no me dejó, llevándome de nuevo al límite.

Serpenteó de nuevo por mi cuerpo atacando mis pechos, mi sexo protestó al abandono, obligándome elevar la pelvis. Marcus sonrió y lo odié por ello, por lograr que cediera a lo que él quería. Se levantó para recoger de su vaquero un preservativo. Estaba tan excitada que bajé la mano para tocarme, me urgía correrme.

—Me parece que la paciencia no es una de tus virtudes —me dijo en cuanto me vio hacerlo. Sonreí a su burla.

—Si no eres capaz de terminar lo que has empezado debo hacerlo yo, no

tengo problema alguno.

—¡Desvergonzada!

—¡Manipulador! —Lo escuché reírse, acercándose y apartándome la mano. Separó mis piernas con la suya y lo observé abrir el paquetito para ponérselo. Antes de que lo hiciera, me incorporé, quitándoselo de las manos dispuesta a ponérselo yo. Lo sujeté con fuerza moviendo la mano arriba y abajo. Marcus tensó las facciones de su rostro, lo escuché maldecir y me detuvo.

Me apoyé con los codos observando lo que haría y, sin sutileza alguna, me embistió. Nos miramos por unos segundos con la respiración entrecortada, hasta que salió para entrar de inmediato con rudeza cerré los ojos y me tendí en la cama subiendo la pelvis para sentir más placer.

—Serás mi perdición —masculló a la vez que gruñía—. He intentado alejarte de mis pensamientos como fuese y me es imposible... —me confesó a la vez que la velocidad de las embestidas aumentaba. Me levantó mis piernas para llegar hasta lo más interior de mí.

Trataba de mantener la cordura, yo también había deseado alejarme y olvidarlo, pero era imposible. Marcus sabía cómo llevar mi cuerpo hasta el límite, que cediera antes sus caricias y su posesividad. Cada segundo lo sentía llegar a lo más profundo, a la vez que mi sexo lo absorbía, oprimiéndolo, sintiendo el calor que comenzaba a crecer en mi interior.

Me bajó las piernas y yo lo aprisioné cuando volvió a embestirme y comencé a sentir espasmos que me llevaron al orgasmo avasallador perdiéndome entre las sensaciones. Supe que se había corrido cuando se detuvo.

«¿Y ahora qué?», me pregunté. La respuesta la tuve al instante, Marcus sonrió de lado y me besó de nuevo, esta vez con ternura. Mi corazón no podía con más emociones, aun así, se rindió a ese gesto que nunca me imaginé que tendría por su parte. Se alejó de mí, quitándose el preservativo, haciéndole un nudo y dejándolo a un lado. No sabía cómo actuar en los siguientes minutos y algo me decía que él tampoco tenía ni idea.

Los dos teníamos claro que lo que había sucedido era el producto de esta atracción físico-sexual que había nacido entre ambos. Sabía que él no sentía nada y yo tenía dos opciones en esos instantes, aceptar que desaparecería y que me causaría decepción y frustración, o cortar de raíz antes que esa ilusión creciera. Marcus destapó la cama, invitándome a que entrara dentro de las sábanas, y este gesto volvió a desconcertarme.

Nunca había tenido vergüenza después de tener sexo, esta vez era una excepción de todas las reglas que conocía. Él no era un desconocido y a la vez sí, y es que se trataba de una intimidad distinta, y la única vez que había sucedido algo similar había sido en el avión, en unos minutos en los que la que honestidad del ambiente nos rodeaba.

«¿Qué hago?», me pregunté de nuevo. La mejor opción para los dos era recoger mis cosas y largarme cuanto antes. Sin embargo, las ganas de volver a estar en los brazos de Marcus y quizá sentirlo dentro de mí de nuevo crecían aceleradamente y mi corazón pudo más.

—Marcus, ¿eres consciente que mañana todo esto cambiará?

Me atreví a preguntarle, para comenzar a entender a lo que me enfrentaría. La razón me enviaba señales más que evidentes de que se arrepentiría y, en el peor de los casos, mantener una relación en la que nos tirábamos los trastos para luego buscarnos y tener sexo desenfrenado no era una buena opción.

«Mierda, me estoy haciendo un lío cuanto más pienso...» .

*«El corazón es mío,
pero el ritmo cardíaco es tuyo».*

Marcus

«May, ¿qué diablos has hecho con mi sensatez?», me pregunté. Y, a pesar de que necesitaba pensar, me era difícil hacerlo al tenerla entre mis brazos, desnuda, provocándome inocentemente con su cuerpo. Si me había costado sacármela de la cabeza, ahora sería difícil ignorarla cuando acabara de probar cada centímetro de su piel en los próximos días.

Y comprendí el trasfondo de su pregunta, sus temores y en que aún no sabía que pronto sería socio de su abuelo con un capital que podía haber solventado los problemas de su hotel y que yo me había apropiado.

«¡Joder!». Tenía que hablar con ella y asegurarle que no me arrepentiría jamás de lo que acababa de pasar entre los dos que no tenía nada que ver con mi nueva situación, pero eso lo haría mañana con más calma y más centrados.

—Soy consciente de muchas cosas —me apresuré a responder—, y de lo que estoy plenamente convencido es de que no me arrepentiré de lo que acaba de suceder entre los nosotros.

May

Sus palabras fueron suficientes para que la ilusión se hiciera fuerte. Sus caricias marcaban mi piel y lograban que mi cuerpo y mi mente me recordaran que, hasta ese momento, ningún hombre me había hecho sentir así.

Estaba exhausta y dejé que su mano volviera a recorrer mi cuerpo de arriba abajo en una caricia ligera, a la vez que el calor del suyo me arropaba y hacía que me dejara llevar.

Abrí los ojos al escuchar unas risitas y murmullos, regresando a la

realidad. Me sentía terriblemente cansada, pero no podía seguir ahí, era hora de ser razonable y comencé a hacerme la idea de que Marcus sería el primero en levantar un muro, así que esta vez me adelantaría.

Me levanté y lo vi durmiendo boca abajo. Traté de no centrarme en él y era difícil no hacerlo. Su culo sobresalía de entre las sábanas, junto a su espalda que me invitaba a subirme encima para atacarlo mordiéndole la oreja, el hombro y las nalgas hasta excitarlo y que sus labios me recorrieran de nuevo, pero no iba a tentar a la suerte; lo mejor era irme antes y evitar momentos incómodos.

Me puse el sujetador, siendo lo primero que encontré, a la vez que buscaba a tientas la falda recordando que mi camiseta y chupa se habían quedado afuera del dormitorio, pero eso no era un problema grave. Marcus había se metido mis bragas en su cazadora y no tenía ni idea de dónde había caído.

«¡Mecachis!». Apenas podía ver nada y no quería hacer ruido, como para ponerme a buscar una cazadora y las bragas. Marcus se movió y me quedé tan inmóvil que apenas respiré. Deseé tener el poder que tenía esa estatua de la novela que había leído de joven. Esperé durante un largo minuto y me di cuenta de que seguía dormido. Encontré la falda y las botas y lo maldije por tener que salir de ese lugar sin bragas y con un solo calcetín.

Rogué que nadie estuviera afuera, a pesar de las risas y los murmullos que me habían despertado, no las había vuelto a escuchar y me metí en la cabeza que había sido mi enorme imaginación. Abrí la puerta para ir a por mi bolso y lo primero de lo que me percaté fue de que había entrado en una especie de pasillo bastante largo.

La culpa de que no supiera dónde estaba había sido del incesante ataque de Marcus. La luz estaba encendida y fue entonces cuando escuché las risitas de nuevo. «¡Maldita sea!». No tenía ni idea de cómo me las iba a arreglar. Vi mi camiseta y la chupa las agarré con rapidez para ponérmelas con una mano mientras que con la otra sostenía las botas y el bolso. El piso estaba frío y estuve a punto de quejarme por ello, ya que uno de mis pies podía sentirlo más que el otro y las ganas de hacer pis nacieron. «¡Mecachis!», mascullé. Ya podían haber ido a la habitación, como lo habíamos hecho Marcus y yo.

Así el resto de los que estábamos en ese piso podíamos salir y saber con exactitud cuál de las dos puertas restantes, era el baño. Y recordé que solo había una forma de salir. Maldije en mi mente mil veces, no podía estar viviendo aquella situación tan comprometida.

—¡Malditos pisos independientes! —murmuré. Ahora tendría que decirle a quien estuviera afuera, y seguro que, en plena faena, que llamase al ascensor. En cuento me viera no solo me maldeciría, sino que me cambiaría el nombre a: May-cortarrollo.

Para sentirme más frustrada seguí recordando, no podía culpar a los chupitos o a mi ceguera sexual el pasar por alto la explicación de Marcus sobre de quien era la casa... de Ethan. «No puedo tener tan mala suerte», me dije.

Si era Ethan quien estaba allí al dale que te pego, sería capaz de despertar a Marcus, chivándose de que estaba huyendo y no estaba en capacidad de enfrentarme a él. Tenía que pensar en algo y rápido. Las ganas de orinar crecían junto al frío en mis piernas y me maldije por no llevar medias largas en vez de esos calcetines tobilleros de los que al final había recuperado solo uno.

Nadie se creería lo que estaba viviendo si se lo contase, ni siquiera plasmándolo en una escena de mi siguiente novela iba ser creíble. Tenía dos soluciones para salir y ninguna me gustaba. Odiaba tratar con Ethan, era tan capullo que podía terminar abofeteándolo de nuevo y se armaría una buena. Por otro lado, me negaba a despertar a Marcus, lo odiaría también si me despreciaba delante de todos. Realmente, me dolería mucho más que cualquiera de las pullas del cretino que estaba afuera.

Ethan era mi única esperanza, por lo que debía pensar con rapidez como él... Como Ethan. Su mente solo tenía registrada la palabra sexo en todas las frases que podía construir. ¡Estaba jodida!

Y recordé que siempre me lanzaba indirectas de mis novelas. Eran tan egocéntrico que, si le dejaba caer que el protagonista de mi próxima novela sería calcado a él, quizá me dejara ir sin problemas. Sentí un escalofrío al pensarlo. No podía crear semejante horror, mi ética se negaba a plasmar en

papel un estereotipo como ese, pero, precisamente por esa actitud, terminaría creyéndome y me ayudaría.

El frío me subió a los muslos y las ganas de orinar aumentaron, no podía perder más el tiempo y fui a ello. Di un par de pasos hasta salir al salón-cocina que apenas recordaba y lo primero que vi fue a Chantal a cuatro patas, inclinada en el sillón con Ethan detrás penetrándola. De todas las mujeres que podía ligarse, tenía que terminar con mi amiga.

«¿Por qué no podía tener una noche cómo mis protagonistas?», me pregunté. Toda la noche con sexo desenfrenado y al despertarse saber que no habría ni excusas ni desprecio. No, la vida no era así de fácil y, por primera vez, le di la razón a Marcus y me odié por ello.

Respiré con profundidad, no sabía cómo se lo tomarían, Ethan tenía que ayudarme y Chantal me odiaría por sufrir un *coitus interruptus*. Carraspeé hasta hacerme notar, me negaba a volverles a ver, ya había tenido suficiente.

—¿Pero qué coño? ¿Qué demonios haces en mi piso? —preguntó cuando escuchó mi fingida tos fuerte. Aún algo desorientado, parpadeaba frunciendo el ceño—. Dime que nos has interrumpido porque quieres unirte —espetó Ethan.

Chantal se alejó, desconcertada y tapándose, y yo estaba hundiéndome con rapidez en la vergüenza. Ethan la sujetó del brazo y la puso de nuevo en la misma posición.

—Si tienes el fetiche de mirar a los que follamos, no tengo problemas, al contrario, me pone cachondo. —Deseé mandarlo a la mierda ante su altanería.

—Por mi podéis hacer el *Kama Sutra* en todas las posiciones —le respondí—. Solo quiero que llames el ascensor y pases la llave para que pueda largarme. —Esta vez Chantal apartó al joven con brusquedad y corrió junto a mí, completamente desnuda y respirando con dificultad.

—¿Estás bien? —me preguntó, abrazándome. No tenía ningún problema con que una mujer me abrazara, el problema era que estaba desnuda, sudorosa y que Ethan me maldijo—. Si ese tal Marcus te ha tratado mal, dímelo —me

dijo con cara de consternación.

Levanté una ceja, que me dijera eso desnuda no me inspiraba mucho respeto. Ella tal vez se encontraría en una situación similar horas después. Me pasé la lengua por los labios y le sonreí, era la única respuesta que podía darle.

—Quiero pensar que a los protagonistas de tus novelas no les haces esto —me dijo Ethan, bastante cabreado, y recordé que ofrecerle el papel protagónico de alguna novela en un futuro muy lejano estaba en la lista para negociar mi huida. Se acercó hasta la mesa de la cocina para recoger las llaves y seguir hasta el ascensor.

Comenzaba a debatirme sobre si incluir esta situación en mi novela, al menos material gráfico tenía. Por mucho que lo evité, acabé viendo el enorme miembro erecto de Ethan. Me imaginé de inmediato que venía de familia, parpadeé varias veces para dejar de desvariar con tonterías. Caminé hasta el ascensor, donde me esperaba desnudo mi Lancaster favorito, nótese la ironía.

—No era mi intención interrumpirte.

—Le pediré explicaciones a Marcus —respondió enfadado—. Un Lancaster no deja marchar a un ligue antes de despertar. —Apreté la mandíbula en cuanto vi la sonrisita de lado del cerdo que tenía enfrente. Quería patearle las pelotas.

Seguro que erecto daría más resultado. Aunque tenía que pedirle ese último favor. Lo más probable sería que me mandara a la mierda, pero necesitaba cortar como fuese lo que vendría después de haberme acostado con Marcus.

—Ethan, debo pedirte algo.

—No tengo problema en follarme a dos mujeres a la vez, ya lo he hecho, pero Marcus es como un hermano para mí. —Respiré de nuevo con profundidad, buscando toda la paciencia que podía tener en mi interior antes de decirle sus verdades.

—Si te pregunta por mí, no le digas que me dejaste ir, es mejor que esta

noche quede en el olvido para los dos. —La sonrisita de lado de Ethan desapareció.

Ethan

Si bien me gustaba sacarla de quicio esas palabras escondían un trasfondo que iba a tener que confesarme Marcus. Ya me sentía traicionado al no contarme qué coño estaba pasando en su vida, y saber que habían follado con May me confirmaba que no confiaba en mí, y eso me estaba cabreando.

Jamás habían existido secretos entre nosotros, era cierto que no había sido un gran apoyo cuando me necesitaba, pero tenía las manos atadas, me habían amenazado como desheredarme como habían hecho con él y necesitaba pasta para mis propias inversiones. Sí, era un maldito cobarde, jamás había tenido ni la templanza ni la perseverancia que tenía Marcus, por eso cuando Anthony lo nombró su representante lo apoyé, sintiéndome orgulloso de su regreso y de que encarase a la frígida de Charlize.

Me pasé la mano por el pelo y chasqué la lengua.

—No sé qué diablos pasa entre vosotros dos, pero no haré lo que me pides —le dije con sinceridad. Si Marcus no había querido contarme nada sería por una buena razón y me aprovecharía de aquel instante, por lo que volví a la cocina y cogí una de las copias de las llaves de la casa—. Envíalas con un mensajero si te apetece —le indiqué—. Es la mejor solución para los dos, y te agradezco que, la próxima vez que queráis follar, no vengáis a mi casa si vas a huir como un puto ladrón.

—Eso no va a pasar —me dijo con su tono altanero.

—Sí, sí, lo que tú digas —le dije dándole la espalda—. Me duelen los huevos de haber parado por tu culpa. —Caminé hasta donde estaba la rubia, la sujeté de un brazo y la arrastré hasta mi habitación cerrando la puerta.

39

*«Solo hay una cosa que da más miedo,
que la más terrorífica de las películas de terror
y es que tu madre te pille una mentira».*

May

No sabía si agradecerle a Ethan lo que acababa de hacer, incluso llegué a pensar que mal tío no era, prefería no mentirle a su primo. Al segundo resoplé, alejando esos pensamientos de mi cabeza.

Ethan era un egoísta al que solo le importaban sus propios intereses. Metí la llave en el panel y apreté el botón del ascensor, sintiendo ganas de regresar y refugiarme en los brazos de Marcus. Sin embargo, ya era tarde, podría despertarse y prefería mil veces recordar esa noche como había sido a que terminara en reproches, y cerré los ojos en cuanto las puertas del ascensor se unieron.

Volver a casa un sábado en plena madrugada era penoso y más si lo hacía sola, ni en mis novelas había plasmado una escena como esa. Claro, eran fantasías que solo ocurrían en papel o, en su defecto, en películas donde los protagonistas amanecían amándose, sintiendo el calor de su cuerpo y su compenetración.

Evité hacer ruido, una misión bastante complicada, Darth V comenzaría a saltar y ladrar en cuanto escuchara el ruido de las llaves. Sin olvidar que los dos únicos dormitorios estaban ocupados por mi abuelo y mi madre. Mi querida madre... ¡Mecachis en la mar!

Nisa tenía el sueño ligero y se despertaría también. Abrí la puerta y al hacerlo me extrañó no encontrarme con Darth V en el recibidor. Confié en que a mi madre no se le hubiese cruzado alguna idea como las que Rosmina había tenido con respecto a mi perrito.

Me quité los zapatos y maldije a Marcus, ya que el suelo estaba frío y seguía con un solo calcetín. Debía entrar a mi dormitorio sin estar segura de si mi madre había decidido quedarse allí, respiré profundo y abrí la puerta con sumo cuidado haciendo lo mismo con los cajones; lo estaba haciendo con tanta lentitud que creí que me haría vieja mientras, y cuando estaba a punto de cerrarlos escuché el edredón.

—No hace falta que sigas con el papel de adolescente —me dijo mi madre—. Eres adulta para hacer lo que te plazca. Lo que me extraña es que llegues a esta hora si tenías planes —indicó, enfatizando las últimas palabras.

No estaba por la labor de poner en funcionamiento todo mi cerebro, el alcohol, el haber tenido ese encuentro sexual con tanta necesidad y ver a Ethan con Chantal echando un polvo habían acabado con la poca racionalidad que tenía para esa noche.

—Mamá, es mi casa —murmuré—, ¿a dónde demonios iba a ir?

—Tal vez a dormir en casa de Jack —respondió sin preámbulos—. Yo también fui joven.

—¿Jack? —pregunté en alto, dándome cuenta de que había metido la pata. Mi madre seguía con la idea de que tuviese relación con él.

—¿Jack! ¿Quién si no, May? ¿O es que conoces a otro Jack?

—No, claro que no —dije buscando mi pijama en la cómoda y unas bragas. Estuve tentada a seguir su sugerencia, pero no estaba segura de que Jack aceptase ser el segundo plato. Suspiré en alto para aclararle que no había estado con él—. No he estado con Jack.

—¿Oh, Dios! —dijo en alto—. Espero que hayas tenido cuidado, como te pidió tu abuelo, con tantas enfermedades—me indicó con la voz llena de preocupación.

—¿Mamá! —siseé, sorprendida ante su ataque de sobreprotección—. Sí, he tomado precauciones. Ahora quiero ducharme y dormir algo.

—¿Tienes gel íntimo? —me preguntó—. Esas bragas tienes que tirarlas a la basura o quemarlas y, si no tienes gel, al menos usa el vinagre que he visto en la despensa con agua tibia.

Me detuve, sin creer que a mi edad y siendo sexualmente activa estuviera teniendo esa conversación con mi madre. Mi mente se negaba a encontrar una respuesta, incluso llegué a pensar que lo mejor era decirle con quién me había acostado, quizás así se tranquilizaría y no llamara a Scotland Yard^[8] para que enviara su equipo de investigación y limpieza.

Sin embargo, contárselo me llevaría a una posible discusión sobre la presión que Marcus estaba ejerciendo sobre la familia. Tenía ganas de retroceder el tiempo y no haberlo conocido, pero mi cuerpo traidor reaccionó, era imposible olvidar lo que lograba con solo pensar en su nombre.

—¿May? —me llamó mi madre.

—Perdona, mamá, estaba pensando en la firma de libros de Madrid.

—¿Cómo puedes pensar en trabajo a estas horas? —me preguntó. «De la misma forma que tú piensas en geles íntimos y baños caseros», quise responderle.

—Ya sabes cómo soy —contesté de nuevo. La escuché levantarse y encender la luz, los ojos de mi madre se centraron en mí hasta llegar a incomodarme.

—Te prepararé esa agua. No es por nada, pero ese desconocido bien que te hizo disfrutar, tienes cara de haber sido folla...

—¡Mamá! —la interrumpí antes que siguiera, comenzaba a avergonzarme de verdad—. Tengo gel íntimo y no te voy a decir nada más, o sí —indiqué para tratar de tener el control de la conversación. Mi madre se llevó las manos al pecho, esperando la peor de las noticias—. ¿Dónde demonios está Darth V?

40

«Antes de embarcarte en cualquier camino

tienes que hacer la pregunta:

¿Tiene corazón este camino?».

Leopold

Anthony y yo conversábamos sobre nuestras batallitas cuando Marcus entró a la habitación con una actitud taciturna dejándonos en silencio. Se sentó en el sillón en donde apenas nos saludó, noté de inmediato el cansancio en los ojos. Intentamos con varias indirectas tratar de saber qué había pasado, a la vez que seguíamos moviendo las piezas, pero se mantenía enfrascado en su frustración.

—¿Por qué las mujeres terminan complicándolo todo? —dijo finalmente, logrando que nos miráramos sin dejar de jugar.

—Son unos demonios —respondí para apoyarlo.

—Te vuelven loco —me siguió Anthony.

—Así es, amigo —añadí—, que si quieren la pared blanca, luego quieren cambiarla a azul y al siguiente minuto te dicen que no, que mejor el color perlado.

—Cierto, y saben cómo someternos a sus caprichos —señaló Anthony.

—Incluso se meten en tu mente desde el momento en que gritan tu nombre mientras te la estás follando —confesó Marcus.

Dejamos de jugar. Llegue a la conclusión de que siempre, a esa edad, todos los problemas que teníamos los hombres surgían por una mujer. Aunque no todos los días escuchabas el fondo de la cuestión, ni mucho menos algo tan descriptivo como «follar, gritar tu nombre y metérsete en la mente».

Definitivamente la juventud ya no tenía pelos en la lengua.

Saqué de mi mariconera la petaca, bebí un buen trago y luego se la ofrecí al joven, había llegado la hora de ahogar las penas. Marcus la aceptó y bebió un poco y Anthony alargó el brazo para quitársela, imitándolo también. Temí que le reprochara, pero estaba tan metido en sus pensamientos que no se percató de ello.

Dios sabe que intenté comprender la desdicha de Marcus a tal punto que me llevó a por qué había dejado de ir a la iglesia, para evitar confesarle al cura de turno cómo mi Carmencita se ponía la mar de contenta cuando yacíamos en nuestra cama conyugal.

Mi mente comenzó a imaginarse lo peor, sobre todo al recordar la conversación con Nisa sobre May y su extraña actitud al volver a casa. Sin olvidar lo que había sucedido en el restaurante. Solté aire, no quería sacar conclusiones precipitadas. La experiencia me empujaba a afirmar que la vida era tan extraña y ellos tenían un tema que no habían solucionado. Debía ampliar a fondo con Anthony mis análisis y debía intentar que Marcus pensara en otra cosa antes de que siguiera confesando cosas que no era necesario oír.

No es que no me gustara el muchacho, pero había sido suficiente por ese día. Debía seguir con mi papel de viejo excéntrico, por lo que le pedí que me invitara a una pizza con mojo picón. No recuerdo cuándo había sido la última vez que había probado alguna, incluso dudaba si había una con mojo picón, sobre todo en Londres.

En cuanto le indiqué lo que me apetecía, de milagro no me mandó a la mierda. Intenté explicarle lo que era el mojo picón contándole parte de los ingredientes y logré mi cometido. Marcus salió para llamar a las pizzerías locales y averiguar si tenían algún aderezo parecido. A decir verdad, estaba seguro de que lo había hecho para perdernos de vista unos minutos, ya que nuevamente comenzábamos a hacerlo sentir intimidado.

—Anthony —lo llamé chasqueando la lengua—. Tengo la sospecha de que mi nieta y Marcus han conectado.

—¡Qué elegante te has vuelto de pronto! —soltó guasón.

—Ni sueñes que repetiré lo que ha dicho él. —Nos reímos a carcajadas.

—Eres un viejo zorro que busca que se me acelere la arritmia —añadió tosiendo un poco—. De ti puedo esperar lo inimaginable.

—No me culpes de ello—respondí sonriendo—. En todo caso, Nisa me dijo que May había llegado a casa anoche muy extraña, desaliñada con el maquillaje corrido...

—Eso no prueba que estuvieran juntos —señaló Anthony. El silencio nos invadió durante unos segundos, ambos sabíamos que entre ellos había una tensión sin resolver. Lo que no me cabía en la cabeza era que fueran tan buenos actores como para discutir como perros y gatos delante de nosotros y luego intimar en la noche—. Londres es muy grande, querido amigo —concluyó Anthony, aferrándose a que esas suposiciones no fueran reales. Sin embargo, algo me decía que no estaba equivocado.

—Y la vida muy irónica, como para que lo que dudamos termine siendo verdad.

Marcus regresó con las pizzas con un aderezo parecido al mojo picón y nuestra conversación se basó en la economía, en política y en algunos sueños que nunca llegamos a cumplir. Comencé a sentirme cansado y llamé a Nisa para que viniese a por mí. Mis teorías cobraron más peso cuando se ofreció para llevarme interrumpiendo la conversación con mi hija. Sin embargo, desistió al minuto.

Al regresar a casa me percaté de que todo marchaba aparentemente normal. Nisa seguía enfadada porque no le hubiera contado a May lo de la sociedad y ella no paraba de hablar y hablar sobre el viaje a España, la firma de libros en Madrid, que había comprado los pasajes para volver a las Islas aquel fin de semana y que Darth V esa vez la acompañaría.

También informó de que volveríamos a casa de Rosmina a cenar. La velada estaba siendo amena y me alegraba que May no estuviera sola en aquella enorme ciudad, me divertía ver a la inglesita ganarse el respeto del pequeño perro dictador, a diferencia de Nisa y Rosmina, que no dejaban de criticarlo diciendo que las miraba frunciendo el ceño y con las orejas

levantadas. A decir verdad, nunca había visto un animal que se atreviera a protestar y vengarse de la forma en la que lo hacía aquel perrito, ni mucho menos esa mirada intimidante que mantenía.

Sin embargo, todo cambió cuando, a la cena, llegó su amiga escocesa, algo alocada, levantando todas las alarmas a mis suposiciones de la mañana. Lo primero que hizo fue señalar con un dedo a May, para luego acusarla de algo que en su larga vida había pensado que iba a presenciar.

—¡No sabía que eras tan morbosa!—Todos nos mantuvimos en silencio—. Cada día me sorprendes más, dime que eso de mirar cómo otros lo hacen es para tu próximo libro.

*«Detrás de una gran mujer
hay una excelente amiga que la anima y la apoya...
Bueno, algunas son la excepción de la regla».*

May

Acababa de aprender que de la historia debíamos quedarnos con las estrategias y las puñaladas traperas. Nunca, pero nunca, me imaginé que tendría que preocuparme por mis amigas. En esos segundos me sentí como César cuando era apuñalado por Marco Aurelio.

Ya había tenido bastante con fingir cada vez que escuchaba el nombre de Marcus, mi ritmo cardíaco se aceleraba y el deseo de volver con él renacía. Sí, tenía que fingir que lo odiaba y que me importaba un bledo su vida, pero tener que buscar la forma de salir como fuera de la situación en que me había dejado Chantal.

—¡Chantal, qué cosas dices! —exclamó Shiona entre risas, echándome una mano. Se lo agradecí a la vez que quería recordar las miles de maneras de asesinar que había leído una vez—. Anoche hablábamos de su próxima novela, aunque qué vas a acordarte, si estabas como una cuba.

—Eso es verdad —añadió Rosmina—, hablamos de los clubes liberales.

—¡Me apunto si vais a uno! —añadió Leopold.

«¡Maldición!», Leopold no se iba a quedar con esa. Definitivamente, mi madre tenía razón, se estaba volviendo cada vez más descarado.

—¡Papá! —protestó mi madre, avergonzada, tapándose la cara.

—¿Has oído eso sobre las cosas que tienes que hacer antes de morirte? —explicó, dejándonos con la boca abierta—. Esa es una de las tareas que me

queda pendiente. —Estaba tan nerviosa y asustada porque Chantal volviera a retomar el tema y soltara algún disparate que me entró la risa tonta.

Me levanté con la excusa más pobre que pudo ocurrírseme, la de ir a por más bebidas y arrastrándola conmigo. No podía disculparme por haberlos pillado, ya había sido bastante violento como para tener que recordarlo de nuevo.

—¿Crees que me gustó verte?

—Tardaste mucho en despedirte de Ethan —me respondió. Abrí los ojos, sorprendida por ese reproche sin sentido, en ese instante entró Rosmina, mirándonos a las dos.

—Creo que me va a dar un vahído —dijo Rosmi abanicándose con la mano—. ¿Qué coño hacías con Ethan, May?

—No estaba con él —respondí al segundo—. Estaba en su piso. —Cerré los ojos.

No era la forma en la quería comenzar a contárselo. Rosmina cogió la primera silla que vio y se sentó, sirviéndose un vaso enorme de refresco para bebérselo de un solo trago.

—Quiero la verdad —nos dijo, mirándonos a las dos—. Con pelos y señales. Tengo derecho a saberla —me dijo señalándome con el dedo—. Soy tu mejor amiga, la que ha cuidado a ese animal que me odia, al igual que tú —señaló esta vez a Chantal—, que me tengo que aguantar todas las chuches que traes a mi casa porque me tientas y no puedo comer, ¡maldita egoísta!

Chantal y yo mascullamos maldiciones a la vez y nos sentamos con la culpabilidad a las espaldas. Chantal se levantó de nuevo, sacó el ron del roperillo, junto a dos vasos que llenó de Coca Cola para echarles un poco de ron y luego invitarme uno y volverse a sentar.

—Me acosté con Ethan Lancaster. —Comenzó diciendo Chantal—. Será el hombre más capullo de Londres, pero te hace ver las estrellas y no lo digo metafóricamente. Me subió al quicio de la ventana, quedé entre el cristal y él,

y solo el universo sabe el tamaño del miembro que entró en mí.

Rosmina volvió a llenarse el vaso, se lo bebió de un solo trago y me miró. Era mi mejor amiga y se daría cuenta de cualquier reacción o excusa falsa que le llegase a dar. «¡Mecachis! De esta no salgo viva». Respiré profundo y la miré.

—Me acosté con Marcus. —Rosmina abrió los ojos sorprendida y comenzó a abanicarse—. Primero fue en un ascensor. Al principio estaba pendiente de que alguien nos pillara, pero lo olvidé por su habilidad con las manos, sus... —No me importaba contar con detalles, pero no quería revivir ese instante cuando lo que deseaba era olvidar a Marcus—. Cómo me ordenaba y cómo me sujetaba con rudeza y firmeza. Fue sexo rudo —le dije finalmente—. Verlo desde el espejo embistiéndome con tanta necesidad me cegó y me dejé llevar.

Esta vez Rosmina cogió la botella de ron, dispuesta a llenar su vaso, pero antes de hacerlo Gonzalo le quitó la botella y bebió del morro, tosiendo segundos después para dejarla en la mesa.

—¿Ese Ethan es el mismo Ethan que May detesta? —preguntó dejándonos desconcertadas, no nos habíamos percatado de su presencia—. Chantal, deberías usar gafas —añadió ante el evidente silencio—. Siempre apuntas mal, y no me vale que los tíos con quien pasas la noche te pongan a mirar a Cuenca, y tú, May..., ¿en un ascensor? —Se pasó los dedos por la barbilla y chasqueó la lengua—. Tomaré nota para la próxima —prosiguió, dejando a su mujer sin habla.

Al segundo, Rosmina se quejó en cuanto Gonzalo quitó todas las botellas de la mesa para sacar de la nevera un tetrabrik de zumo de naranja.

—Debo cuidar al renacuajo, a pesar de que sus tías adoptivas inciten a la portadora al alcoholismo con sus intrépidas actitudes. —Chantal fue la primera en mandarlo a la mierda, seguido de Rosmina, Gonzalo regresó al salón riéndose y desde allí lo escuchamos vociferar.

— Shiona ¡¿y dónde terminaste tú anoche?! ¡¿En una cabina de teléfono?!

En toda la casa se hizo un silencio sepulcral. Quería odiarlo, había evitado que mi madre retomara el tema y Gonzalo había condicionado el instante perfecto para que volviera a preguntar.

—Creo que voy a hacer más aperitivos —dijo Rosmina.

—Y yo daré un paseo a Darth V antes de que anochezca —añadí.

—Queréis evadir el tema ridículamente —señaló Chantal—. Yo me quedaré aquí, esperando a que Rosmi me reproche por culpa de sus hormonas, y te esperaré May me debes la explicación de cuando desapareciste con Ethan.

—¡Ay, señor! —exclamó mi madre, que acababa de entrar a la cocina—. ¿Te acostaste con Ethan Lancaster? —dijo entre dientes para que mi abuelo no la escuchara.

—¡Mamá! —exclamé horrorizada. Era lo peor que podía pasarme, que mi madre me vinculara con el idiota de Ethan. —¡Nooo! —le aseguré.

—Entonces, si no es Ethan... —Mi madre abrió de nuevo los ojos y se tapó la boca—. ¡Santo Dios, fue con Marcus Lancaster! —Por primera vez en mi vida, me sentí terriblemente avergonzada frente a mi madre.

Había olvidado lo que era sentirse pillada; era una mujer independiente y estaba rindiéndole cuentas a mi madre como cuando era una adolescente. La situación se me estaba yendo de las manos y debía retomar el control antes de que se desmadrara.

—Mamá —dije llamando su atención—. Anoche coincidí con Marcus, pero no fue él con quien me acosté y, sinceramente, esta conversación no voy a proseguirla, no es normal.

—¿Y entonces por qué Chantal habla de Ethan y de su primo? ¡Ay Dios, hicieron un trío!

—¡No! —gritamos Chantal y yo a la vez. «Jamás pasaría», pensé. Era suficiente con tener que recordar a Marcus el resto de mi vida, pero ni que me quedara en una isla desierta terminaría en la cama con Ethan.

—La que se ha acostado con Ethan soy yo —respondió Chantal—. Lo que he habido querido decir es que a May no le dio vergüenza discutir con ese Marcus en el bar —añadió, recordando lo que había pasado de verdad—. Los dos se dijeron cosas feas.

Mi madre nos observó concienzudamente, dejándome claro que algo no terminaba de encajarle, y eso me hacía sentir más incómoda.

—May, debes evitar caer en las provocaciones de ese cabeza hueca —me pidió mi madre—. Me preocupa que los Lancaster tomen medidas contra el hotel debido a vuestras diferencias.

—Te prometo que no pasará nunca más. —Esa promesa también me la hacía a mí misma.

Procuraría en la medida de lo posible no volver a toparme con Marcus, no soportaría su actitud indiferente mientras mi mente recordaba cada caricia. Sin embargo, por mucho que fuera lo más razonable, esas palabras lograron hacerme estremecer, en donde esa esperanza e ilusión luchaba para darse paso, trayendo a mi mente sus palabras: «de lo que estoy plenamente convencido es que no me arrepentiré de lo que acaba de suceder entre los dos».

Gonzalo llamó a mi madre y le pidió consejo acerca de una pequeña inversión que deseaba hacer en un futuro cercano y con ello nos volvió dejar a solas. Rosmina llamó a Shiona para que llevara los aperitivos, mientras se sentaba, consciente de que había mentido como una posea. Estaba segura de que eso no le gustaba nada, siempre había querido tener una relación como la que tenía con mi madre y sabía que era la primera vez que le mentía tan descaradamente.

—Muy bien, ahora quiero la verdad. —Nos indicó a las dos.

—Ya la has escuchado —respondí, tratando de darle a entender que no iba a seguir. Estaba embotada ante tantas preguntas comprometedoras.

—No, no ha escuchado todo —respondió Chantal, y la odié por ser tan entrometida—. No pasó la noche con... —Ladeó la cabeza para ver si alguien

aparecía en la puerta de la cocina—. Con Marcus —murmuró—. A May le dio por salir justo en el momento en que estaba con Ethan y nos vio en plena acción.

—Te repito, ¿crees que fue agradable veros? —me quejé ante su insistencia—. Es bastante frustrante recordar a Ethan pasearse por ahí desnudo y envarado.

—Espera, espera —pidió Rosmina, abanicándose de nuevo—. Necesito un tiempo muerto —añadió—. Vosotras dos vais provocarme un aborto. ¿Estáis diciendo que estabais en la misma casa follando simultáneamente?

—¡Nooo! —dijimos al mismo tiempo.

—Yo no sabía que era su piso —me defendí—. Bueno, sí lo sabía, pero con el calentón y el ataque continuo de Marcus no iba a decirle que se detuviera y preguntar si Ethan iba a volver esa noche, en esos momentos me olvidé de todo y después el cansancio me venció, hasta que los escuché y me di cuenta de que había metido la pata. Deseé que estuvieran en otra habitación, pero no fue así, me vestí rápido y para cuando salí dispuesta a largarme los encontré fornicando en el salón.

—¡F follando! —aclaró Chantal—. ¿Ves por qué digo que nos interrumpió? —repitió—. Gracias a Dios que Ethan retomó el tema con rapidez y me recompensó empotrándome contra la ventana. La verdad es que es mucho mejor que el sofá, el frío del cristal junto con el calor que te recorre el cuerpo me hacían vivir en un continuo espasmo durante una hora. ¿Podéis creerlo? No sé cuántos orgasmos tuve, perdí la cuenta con el quinto, tengo hasta agujetas —añadió, logrando que nuestras mentes lo imaginaran—. Solo espero que no lo tomes como afición —concluyó.

—Y yo —dijo de nuevo Gonzalo desde el quicio de la puerta—. Lo siento cariño, pero esta noche no te salvas, y la culpa la tienen tus amigas y sus vivencias eróticas.

*«El corazón de una mujer
es un mar profundo de secretos
Gloria Stuart».*

May

Rosmina enterró la cabeza entre los brazos cuando escuchó a su marido para luego levantar las manos y cruzarlas, indicando que se acababa la conversación. Le di las gracias por ello, ya que segundos después Leopold apareció junto a Darth V.

Dos horas después, Chantal y Shiona se despidieron, siendo el momento perfecto para que me sentara a hablar con Rosmi.

No pude seguir ocultando ese pequeño secreto que Rosmina desconocía, con Darth V en mi regazo, la miré fijamente y le confesé qué era exactamente lo que me ocurría. No era fácil de contar, no era fácil de entender, pero era la verdad de todo. Marcus era igual al hombre de mi última novela.

—Rosmi, me da vergüenza lo que voy a contarte, pero, en un momento de bajón y frustración por culpa de todas esas relaciones que pensaba que funcionarían y terminaban decepcionándome, decidí refugiarme en una historia que recreaba a un hombre que llegase hasta los sentimientos más profundos de la protagonista. Se suponía que ella era yo, pero jamás me imaginé que ese hombre soñado y anhelado terminaría siendo de carne y hueso.

»No quería que me tacharan de loca y cobardemente he estado guardando el secreto hasta que la vida, irónicamente, logró que me topara con él. Comenzaba a pensar que el destino se reía de mí, que, por mucho que escribiera sobre el amor y lo defendiera, tener ese historial de idas y venidas me llevaba cada día a la idea de que jamás afirmaré si era cierto eso de las almas gemelas, hasta que Marcus apareció en mi vida, llenándome de dudas y recordándome que escribía fantasía.

«La vida es dura y sin tantas florecillas», me lo dejó bien claro en cuanto hablamos del tema. No quería aceptarlo y no ser de ese grupo de personas que se resignan a eso y no disfrutan de los pequeños detalles del día a día. Y a pesar de saber lo que piensa me dejé llevar por la necesidad, por esa ilusión que late cada día en el fondo de mi corazón en cuanto dio el primer paso, porque ha sido él quien lo dio y el primer mordisco.

»Me es difícil olvidar sus actitudes y sus gestos que me han dejado traspuesta, como si me hubiesen marcados para luego evitar cualquier contacto conmigo, pero la vida se ha estado encargando de que nos tropezamos terminando de la peor manera hasta que me entregué a esa necesidad que él me pedía.

»Cualquiera podía decirme que soy una idiota por haberme dejado utilizar de esta manera, pero ciertamente no es así. Desde que nos hemos tropezado ansiaba que me besara, que me acariciara. Nunca me había llegado a sentir de esta forma y ningún hombre había mostrado tanto deseo hacia mí.

»El fuego que he sentido con cada toque, cada beso, cada caricia, cada embestida, dejándome sin aire mientras el corazón bombeaba galopante con el deseo que no terminara... Y ahora estoy arrepentida y decepcionada. Llevo tiempo meditando ese afán de rodearnos de tantas personas mientras seguimos fingiendo normalidad, ocultando por vergüenza la realidad de la soledad de la que muchos sentimos. Te envidio tanto, Rosmi, pero para bien... —le confesé antes de continuar.

»¿Recuerdas cuántas veces nos hemos reído en las redes sociales de esa factoría de ficción a la que culpaban de que las mujeres soñáramos con el hombre ideal? La verdad es que ellos no son los culpables, nadie lo es. Nosotras, las mujeres, estamos hechas de fiereza, coraje y de sentir en cada poro de nuestra piel todas nuestras experiencias, de querer amar con todo nuestro ser.

»Desde un principio he sabido las consecuencias de mi gran error, pero la necesidad física ha sido más fuerte que el raciocinio, por lo que decidí cortar a tiempo. Marcus y yo somos de mundos distintos, con el tiempo mi parte soñadora y su parte racional chocarían, erupcionando de tal manera que ni siquiera esa conexión sexual lograría que los reproches y menosprecios

desaparecieran.

»Prefiero mil veces destruir mis ilusiones a tiempo antes de que él lo haga con sus frías acciones.

*«Un alma triste siempre
está despierta después de medianoche».*

Rosmina

Desde el momento que May se sentó, apretó los labios, supe que sería una conversación difícil.

May era una buena chica, pero con un pésimo gusto para los hombres y el saber toda la movida que se traía con ese tal Marcus hacía que me preguntase muchas cosas, incluso si era una de esas relaciones raras de sumisa y dominante. De inmediato, borré esa idea de la cabeza, me hubiera confesado sus gustos hacía años. No me gustaba pensar mal de las personas, pero ese Lancaster tenía algo que no terminaba de encajarme en esa historia.

Tan estirado y grosero con May hasta que estaban a solas y cambiaba totalmente. Comenzaba a jurar que estaba soñando. No obstante, escuchar a May arrepentirse de haberse acostado con Marcus me causó tanta pena..., sobre todo escuchar cuán sola se sentía. Y es que era cierto, cuando conoces el amor, la ilusión te llega de improviso, es tan especial y única que había que vivirla para entenderla.

Me acerqué el papel de cocina para secarme más de una vez las lágrimas que se me escapaban. Me levanté y la abracé.

—Todo pasará, pero, antes de darte mi honesta opinión, debo hacer algo. — Me alejé hasta el salón, allí Gonzalo hablaba con Nisa con interés y Leopold dormía en el sillón. Me acerqué a mi pequeña biblioteca y saqué el ejemplar de su última novela.

No era una morbosa, solo quería volver a leer y recordar a ese personaje masculino descrito, el hombre perfecto de May, que había frustrado sus anhelos y se llamaba Marcus Lancaster. Volví a la cocina para ver cómo Darth V le daba lengüetazos a su dueña.

—¡Qué asco! —exclamé. El perro del demonio me escuchó y me gruñó y May, al verme con el libro, abrió los ojos y frunció el ceño.

—¿Qué se supone que debo pensar?

—No pienses mal, May. —Me miró de nuevo y suspiró en cuanto ese chuchó horripilante volvió a gruñirme.

—Vosotros dos debéis hacer las paces —nos dijo, como si el perro fuera una persona más—. Sois mis mejores amigos. —El animal se puso a dos patas en su regazo y volvió a darle un lengüetazo. Volví a poner cara de asco, no lo soportaba tan cerca de mi impoluta mesa.

—O bajas ese animal y te limpias la cara con agua y jabón o en la vida te volveré a dar un beso. —El demonio me miró fijamente, volvió a gruñirme y levantó el mentón, bajándose de mi regazo.

—¡Ya lo has ofendido! —me reprochó May—. Olvidas que tiene sentimientos.

—¡Venga ya! Voy a acabar pensando que ese adefesio te domina —señalé a la vez que con el dedo le indicaba el jabón friegaplatos, pidiéndole que se limpiara la cara. May resopló y, en vez de ir al fregadero, salió al baño.

Aproveché y con rapidez busqué las páginas en las que describía al hombre. No recordaba muy bien la página y rogué hallarla a la primera. Volver a leerla, junto con toda la información que me había dado May, me hizo reflexionar sobre lo confusa que estaba.

—¿Contenta?

—Sí —afirmé a su vuelta—. A lo que íbamos —proseguí, no quería irme por las ramas—. He leído de nuevo la descripción de Taylor y tal vez no se parezca a Marcus del todo. Quizás el haberte mantenido tan alejada de relaciones te ha llevado a pensarlo, May, pero puedes quitarte de encima esa frustración que te has metido en la cabeza.

»No veo mal que estos días no quieras verlo, creo que es bueno, ya que te

dará las suficientes fuerzas para encararlo si os topáis el uno con el otro de nuevo, debes ser consciente que debe tener muchas preguntas y reproches que hacerte. Además, es el nieto de Anthony, el mejor amigo de Leopold, tu abuelo, y encima es el gestor jefe de inspección de la cadena hotelera Lancaster.

—No tienes que recordarme que El Secreto de los Gohshed depende de su decisión.

—Te lo recuerdo porque, por mucho que fuese un polvo y queráis seguir con vuestras vidas, tenéis ese nexo en común y no sabemos si se le cruzarán los cables y os perjudicará mucho más.

—Jamás dejaría que perjudicara el hotel —me aseguró.

—Entonces, sé valiente y habla con él.

*«Un alma triste siempre está despierta
después de medianoche».*

Marcus

Regresé a La Casona con la esperanza de descansar y de nuevo me encontré con Charlize y también estaba mi padre, que afirmaba cada palabra que ella les gritaba a las jóvenes que atendían la casa mientras unos desconocidos con uniforme de catering entraban con bandejas desde el jardín interior.

Carraspeé para que se dieran cuenta de mi presencia. Me cansaba encontrarme a Charlize pululando en La Casona cual ave de rapiña esperando su momento. Mi padre me saludó con un ligero gesto de la cabeza y se acercó de inmediato.

¡Maldita sea! Apenas hablábamos, y cuando lo hacíamos nunca era nada bueno, siempre terminaba con una advertencia por su parte.

—Marcus, me gustaría que hablásemos, ¿te parece que concertemos una cita el lunes en mi despacho?

Cualquier padre normal me hubiera llevado al jardín o invitado a comer, pero no, para Rupert eso sería impensable, por lo que dejarse ver en público conmigo no era bueno, lo mejor era en el despacho de la torre Lancaster como si fuera un empleado más.

—Lo siento, pero no puedo —respondí escueto.

Rupert se pasó la mano por el pelo para luego metérsela en el bolsillo del pantalón.

—¡Marcus, has vuelto! —gritó Charlize—. Pensé que habías decidido al fin dejar La Casona— dijo cortando cualquier respuesta de mi padre.

—Me parece que debes subir la dosis del veneno de cobra que bebes en las noches —le respondí—, comienza a fallarte la memoria. —Ella se carcajeó con falsedad.

—¡Eres tan gracioso! —soltó sujetándome del brazo con fuerza—. Quizás es la misma píldora que usó tu madre y no olvido ese día que Anthony decidió que lo representarás.

—¡Así me gusta, querida hermana! —exclamé con el mismo tono en el que me hablaba—. Que recuerdes quién tiene la última palabra en esta familia, en cuanto a mi madre...

—Chicos, parad —pidió Rupert interrumpiéndome el reproche que estaba a punto de echarle en cara a esa arpía. Mi madre nos había dejado por sus mentiras y sus manipulaciones—. Está el servicio cerca y os puede oír. —Esta vez fui yo quien se rio.

—Todos saben qué intención tiene Charlize, pero, mientras yo siga aquí, no pasará.

Sonrió tan forzosamente le había dado en su orgullo. Se cruzó de brazos, llevándose un dedo a su mejilla.

—Tienes razón, cuando estás—intervino ella—, pero cuando te vas de viaje o desapareces toda una noche, dejas de participar en ciertos acontecimientos..., como una cena para dar buenas noticias.

De nuevo, quería demostrarme que tenía el poder de decidir.

—No me digas que estás embarazada. ¡Santo cielo! ¿Quién ha sido el imbécil que ha hecho semejante bestialidad? ¡Cierto, existe ese idiota! Es George, ese que desea crear otra adoradora del diablo.

—¡Me encantan tus ideas! Solo te diré que, entre todas esas, con una has dado en el clavo. Como somos una familia unida, te esperaremos en el jardín —me miró de arriba abajo y prosiguió—. Te aconsejo que te cambies. —Bufé, ella no era nadie para ordenarme qué hacer. Una joven se acercó a Charlize haciendo una señal un tanto rara.

—Debo dejarte. Por favor, sé puntual, es importante que estén todos los miembros para la foto oficial.

«¿Foto?», me pregunté hasta que entendí de qué iba todo.

—¡No tienes vergüenza! —le señalé con el dedo—. Anthony sigue en el hospital, mientras tú, harpía egoísta, solo piensas en apoderarte de todo lo que tenga apellido Lancaster. No lo lograrás, te lo juro. Solo espero que George te deje antes de que se arrepienta toda su vida de la metida de pata que va a cometer.

—¿Quién te crees? ¡Solo eres un bastardo! ¿Cuándo será el día que te des cuenta de que nada de lo que hay en esta casa te pertenece? —Me detuve en la mitad de las escaleras no iba a participar en esa pantomima. Ladeé la cabeza y, con voz taciturna, le dije:

—Tampoco te pertenece a ti, Charlize, no lo olvides.

Entré a mi habitación, frustrado ante el día de mierda que había tenido en todos los sentidos. Desde que desperté y no encontré a May a mi lado hasta esa maldita discusión con Charlize, que estaba llevándome al límite. Cada momento ganaba más terreno en el enfrentamiento que manteníamos. La idea de ir a cualquier bar y ligarme a la primera mujer con que me topara, apareció en mi cabeza. Me di una ducha y me vestí dispuesto a ello.

Sin embargo, terminé caminando por Picadilly Circus. Lo único que me reconfortaba era que pronto le darían el alta a Anthony, una de las mejores noticias ante el caos en que se había convertido mi vida. Sonreí al imaginar la cara de la víbora de Charlize cuando se enterase de que volvía a casa. Me pasé la mano por el rostro, cansado y pensando que debía centrarme en retomar el punto en el que había dejado el proyecto. Era la primera vez en años que había tardado en recuperar las riendas de la situación y no podía dejar que unos simples obstáculos cambiaran mis miras.

«¿Por qué no eres sincero contigo mismo, Marcus? Desde que ha aparecido May tu vida ha cambiado», me dije. Regresé a La Casona de madrugada con la esperanza de que Charlize no estuviera pululando por ahí y respiré aliviado al ver que todo ese circo había acabado. La Casona estaba en

silencio y, por primera vez desde que había vuelto a Londres, me sentí en casa.

Busqué el portátil y lo encendí con el firme propósito de adelantar trabajo. Estaba muy cabreado conmigo mismo al estar tan disperso, no se trataba de la primera mujer con la que mantenía sexo sin compromiso, pero en aquel caso era distinto, era May. Esa mujer con la que me había tropezado de una forma tan rara, esa mujer que aparecía y desaparecía en mi vida cuando menos me lo esperaba, esa mujer con la que había aceptado el trato más estúpido de mi vida, esa mujer que logró que volviera a tener sueños húmedos como un adolescente.

Esa mujer que no sale de mi puta cabeza deseando volver a saborear su cuerpo una y otra vez.

Resoplé en alto, parecía un idiota pensando y tratando de encontrar una razón a todo lo que había pasado. «Follamos, disfrutamos y punto». Utilicé el portátil para revisar informes atrasados y meterme de lleno en el trabajo.

Pero había llegado el miércoles y seguía sin poder olvidarla. No había pasado una sola noche en la que no la recordara y que no amaneciera empalmado. Tenía suficientes problemas de por sí como para tener en la cabeza todo el puto día a May. Sus gritos, sus gemidos, sus labios, su cuerpo respondiendo. Estaba tan frustrado que varias veces estuve tentado a enviarle un correo electrónico llamándola cobarde.

Cinco días habían pasado desde que había recorrido su piel. Cinco días que trataba de olvidarla y seguir adelante, pero allí estaba, con la maldita esperanza de que la volvería a ver en la oficina de Richard Green. Sin embargo, me engañaba como a un gilipollas.

A medida que pasaron los días, recordaba con más ahínco la promesa que me había hecho a mí mismo. Esa de no tener ningún tipo de relación con alguien que tuviera que ver con el mundo del espectáculo y la cultura. Aunque hubiera preferido una despedida por su parte, no había que tener una enciclopedia para darse cuenta de que ella no quería ningún contacto, no la iba a juzgar por ello.

El problema estaba en mi ansiedad por volver a verla, besarla y

empotrarla contra la pared para hacerla mía. Odiaba que ese control en el que había trabajado durante años lo deshiciera una mujer en segundos, y no una mujer cualquiera, una que quería siempre tener las de ganar, que le decía al mundo que era defensora del amor. A mi parecer distaba mucho de lo que afirmaba sobre todo ese cuento que proclamaba. Hubiera preferido una patada en las pelotas que no tener noticias suyas después de haberla besado con tantas ansias.

Resoplé, frustrado, y me pasé la mano por la cabeza recordando lo estúpido que me sentí cuando me desperté y vi las sábanas vacías. Y no solo se había ido a escondidas, sino que para hacerlo había caído en lo más bajo, llevándose las llaves del departamento de Ethan.

«¡Ethan!», pensé. Lo conocía tan bien que estaba seguro de que sabía mucho más de lo que contaba, una venganza por no haberle contado la verdad, pero prefería que se mantuviera apartado. Siempre que se inmiscuía, las cosas terminaban peor.

Miré mi reloj para comprobar la hora por séptima vez, escuché el timbre, que avisaba que alguien subía y me preparé para sujetar el brazo a May y llevármela fuera para entregarle el par de recuerdos que se había dejado. Era un comportamiento de lo más inmaduro, pero tenía el ego tan herido que necesitaba hacerlo.

Sí, estaba seguro de que pasaría a engrosar su lista de capullos ese día. Tenía razón, lo mejor era seguir adelante y sería bueno mantener cordialidad, sobre todo cuando era un hecho que en los siguientes minutos pasaría a ser socio de Leopold Gohshed. Solté aire, aceptando que no solo cerraría un acuerdo, sino que también pondría fin a lo que tal vez me hubiera dado la oportunidad de conocer una mujer distinta, con una pasión que no había tenido en mucho tiempo.

La puerta se abrió y aparecieron Leopold y Nisa Gohshed dando los buenos días a la recepcionista, maldije por lo bajo en cuanto comprobé que May no los acompañaba. No solo era una cobarde por no dar la cara, sino que también era una hipócrita. «¿Quién diablos escribe sobre el amor cuando ni siquiera lucha por ello?».

Me levanté y los saludé, bromeando con Leopold, a pesar de no tener ganas de seguirle el juego, esperando que Richard nos hiciera pasar. Cinco minutos después nos llamó y pasamos a la lectura y firma del acuerdo de socios.

Una vez firmado, sentía una extraña mezcla de sensaciones que olvidé en cuanto Leopold le indicó a su hija que se iría de prostitutas conmigo. Abrí los ojos ante semejante sugerencia y negué con la cabeza al ver el rostro de desconcierto de Nisa.

—No sé por qué os extrañáis —prosiguió Leopold con sarcasmo—. En mis tiempos los tratos se cerraban así, ¿o no Richard? —El albacea abrió los ojos y carraspeó, sintiéndose incómodo como me había sentido yo segundos atrás.

—Leopold era muy joven cuando los contratos se cerraban así —respondió Richard, tratando de zanjar el tema, y el viejo alemán se rio a carcajadas.

—Espero que estés de broma —inquirió Nisa—. Dudo que mamá hubiera aceptado eso.

—A mi Carmencita la respeté desde el primer día que la vi, ya pisaba los treinta cuando la conocí. —Nisa resopló y masculló unas palabras poco entendibles, me imaginé que seguía sin estar de acuerdo que el capital de su padre fuera a parar en manos de un extraño.

Lo único que la consolaba era que El Secreto de lo Gohshed quedaba liberado de las manos de la cadena hotelera Lancaster, ya que entre las cláusulas que acabábamos de firmar había una que describía con detalles que el hotel pasaba en totalidad a manos de los Gohshed. Había firmado como socio de la cadena Lancaster y en representación de Anthony que seguía siendo socio honorario y aceptaba la cláusula leída.

Solo rogaba a Dios que Charlize no impugnara el acuerdo de socios por simple capricho. Jamás le habían importado los Gohshed ni su hotel, que, según ella, apenas le generaba ingresos estando en esas islas del Atlántico frente a los generosos ingresos que le daban el resto de los hoteles de la

cadena Lancaster.

Al ver a Nisa enfadada e incómoda, decidí sugerir llevar a Leopold al hospital para acompañar a Anthony. Ese día le darían el alta.

Tras un arrebato días antes, había exigido firmar el alta voluntaria, cansado de estar entre esas cuatro paredes. El médico accedió siempre y cuando alguien atendiera sus cuidados.

Enseguida me encargué de ello, contratando a una enfermera que tuviera paciencia ante las burradas que pudiera soltar. Vi un gesto de alivio en el rostro de Nisa, que se despidió de inmediato.

No es que fuera buen samaritano, tenía la intuición que Leopold quería hablarme de May de lo contrario no hubiera inventado eso de irnos de putas o prostituta como indicó. «Maldita sea, Marcus, vete a contar historias a otro», me reproché. Debía aprovechar esos minutos en los que estaríamos a solas antes de que regresara a las Islas Canarias que, según había dejado caer Nisa, sería el viernes.

Lo ayudé a subir al coche y, cuando encendí el motor, Leopold me pidió que pusiera la radio, lo complacé encendiéndola bajando el volumen para poder iniciar una conversación entre los dos.

—*You! Yes, you! you will let her escape, you'll stay still?*^[9]

Me giré hacia él sorprendido, nunca me hubiera imaginado que el viejo zorro comenzaría a cantar y menos cambiando la letra de una canción a su conveniencia. Leopold sonrió, era evidente que sabía por qué me había ofrecido a llevarlo.

Estos dos ancianos siempre me llevaban la delantera.

—No lo sé —le respondí con sinceridad, puesto que el alemán había ido al grano sin sutileza.

—*Wrong, do it again!*^[10]

Respondió de nuevo rimando con la canción. Antony no era tan descarado como Leopold, o eso creía. La conversación se estaba alejando de una simple curiosidad latente para manifestar mis necesidades más profundas, dejándome al descubierto. Varias veces estuve tentado de llamarla, pero no tenía su número y maldije a mi yo imbécil por crearme astuto, cuando May había sugerido que los intercambiáramos y me negué a hacerlo. Ahora pedirlo era bastante vergonzoso, y tampoco estaba seguro de que Leopold fuera a dármelo.

Además, ¿qué le diría? En cuanto me escuchara, May colgaría.

«¡Mierda, mierda y más mierda!». Quería llamarla, quería saber de ella y quería volver a verla. Solté aire, no quedaba otra que seguir adelante y dejar mi orgullo de lado.

—No tengo su número de teléfono —le confesé—. Y me urge hablar con ella, si es posible, hoy mismo.

—Ya comenzamos a entendernos —dijo Leopold—. El único problema es que no está en Londres. Salió esta mañana para Madrid y dudo que vuelva en un tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso de por un tiempo?

—Tiene que firmar libros en Madrid y luego volará a Canarias, tengo la ligera sospecha de que su intención es esconderse de alguna situación, o de alguien. —Indicó mirándome de reojo.

¿España? Ahora lo tenía difícil para localizarla. Al segundo recordé que había retrasado mi viaje a España hasta que Anthony estuviera instalado, quería asegurarme de que mi abuelo estaba en buenas manos y que no terminara acabando con la paciencia de la enfermera en dos días. Me había obligado a recuperar el tiempo perdido, poniendo al tanto al arquitecto, y concretamos en reunirnos para ver los planos finales de las modificaciones y reformas.

Comencé a estar tentado de buscarla, aunque sería bastante incómodo para todos que apareciera en Canarias. Entrar en el reinado de los Gohshed con la reputación que tenía en ese momento era casi un suicidio cuando la mitad me

odiaba y la otra mitad me tenía miedo, pero ir a Madrid quedaba descartado. Apenas tenía tiempo, tendría que viajar esa misma noche para intentar hablar con ella, y sin saber dónde se hospedaba.

«¡Malditas ideas de mierda!». Debía dejarme de historias, era un hombre de negocios con una empresa que levantar no podía estar en ese tipo de tonterías, y lo que menos deseaba era que me pillara algún paparazzi y que publicara en primera página mi visita a España.

Eso sería un desastre en toda regla, ya que pondría en alerta a Charlize y era mejor seguir en perfil bajo. No me quedaba de otra que esperar a que tuviera la valentía de volver a Londres.

—No es tan difícil la decisión —indicó Leopold, interrumpiendo mis pensamientos.

—Lo dices porque no es a ti a quien odian —le recalqué con acritud.

—Si lo dices por Aaron y Nisa, ni te preocupes —me aseguró el alemán—. Me encargaré de ellos. En todo caso, siempre quedará Madrid.

—Es casi imposible que vuele a Madrid hoy o mañana.

—¿Y eso por qué?

—Quiero asegurarme de que Anthony quede en buenas manos.

Leopold

«¿Que quede en buenas manos ese viejo inglés?», me pregunté y sonreí, acababa de asegurarme el por qué este muchacho me había gustado desde que lo conocí.

Era leal, honesto y agradecido y entendía por qué May hacía su viaje y por qué se negaba a verlo. Sencillamente, se había enamorado, así, sin más complicaciones.

Era hora de darles otro empujoncito. Suspiré en alto, «estos jóvenes de

ahora se complican tanto la vida...», concluí para si mismo.

—Si te sinceraras con Anthony, él aguantaría hacerle la puñeta a la enfermera que lo cuidará.

—Me gusta lo convencido que estás de ello— respondió con ironía Marcus.

—Soy su mejor amigo —contesté de nuevo ante las dudas que mantenía el joven—. Hemos vivido lo que es la lealtad y agradecimiento cuando salvaguardamos nuestras vidas y puedo asegurarte que Anthony lo aceptará, sobre todo cuando ha visto lo mismo que yo.

—¿Y que se supone que habéis visto?

—Amor.

Marcus

Una vez más ese viejo alemán, con varias indirectas, logró llenarme de dudas y allí estaba, rumbo al hospital en silencio con una conclusión. «¿Por qué demonios le he preguntado qué es lo que se suponía que había visto?». Me cabreaba que aquellos dos ancianos hicieran lo que querían conmigo.

«¿Amor?», eso no era lo que sentía por May, era sexo, solo sexo. Necesitaba quitarme esa necesidad que no me dejaba vivir. ¿Amor?, esa palabra tenía mucho significado que, hasta ese instante, no había descubierto, ni siquiera con Hilary. El amor fraternal y familiar lo tenía gracias a Ethan y Anthony, pero el amor de pareja no lo conocía ni me interesaba, no tenía tiempo para dramas ni compromisos.

—No es que quiera contradecirte —le respondí—, pero no es precisamente lo que siento y quiero, tampoco me gustaría darte detalles.

—No hace falta que me los des. Si quieres resolver alguna rencilla puedo darte su número, o espera a que la casualidad os vuelva a unir.

Sonreí de lado, era una oferta tentadora, podía llamarla, aunque lo que realmente quería era tenerla frente a frente. Llevaba muchos años sin dar pasos precipitados y se lo hice saber.

—Aunque hiciera un par de llamadas para adelantar reuniones no encontraría billetes para viajar hoy mismo.

—¡Vaya! — exclamó Leopold— ¿Y para qué demonios tienen los Lancaster un avión privado?

—Me gustaría que esto quedase fuera de los negocios de la familia —le

indicué al detenerme en el semáforo. Sí, podía usar el avión privado, en eso tenía razón, como Lancaster que era, tenía el derecho. Sin embargo, no iba ser tan idiota como para poner en alerta a Charlize, sobre todo después del enfrentamiento del sábado.

Estaba seguro de que tenía la lupa puesta en cada uno de mis movimientos. Sí, era una opción tentadora que me quitaría un peso de encima al no tener que buscar billetes. Resoplé en alto, el viejo alemán no dejaba de hacerme dudar y no era momento para dar un paso en falso, pero no podía seguir con esa inquietud, con ese «¿y si...?». Apreté el botón del volante para encender el manos libres y marcar el número de Leah.

—Buenos días, Marcus.

—Buenos días, Leah, necesito un billete para Madrid hoy mismo.

—No tenía constancia de ningún viaje.

—Imprevistos —le respondí.

—Verificaré y te enviaré el correo electrónico con la reserva lo más rápido posible.

—Te lo agradezco. —Colgué, dejando que el silencio se apoderara del habitáculo. Una vez más, estaba dejándome llevar por la improvisación, tomando decisiones por culpa de una mujer. «¡Eres gilipollas, Marcus!», —me dije—. «¿La culpas? Nadie te ha puesto una pistola en la cabeza».

«Afronta de una vez por todas que quieres verla, necesitas verla». De lo que no estaba seguro era de cómo iba ser recibido, y la idea de llamar a Leah para detener la compra apareció.

«¡Vaya mierda! La vida no puede ser tan complicada, ¡leches!»). Suspiré en alto. No solo era este asunto pendiente con May. Tenía que solucionar el inconveniente que se me presentaba al adelantar mi viaje a Madrid, no sabía si traería problemas, pero era necesario que llamara a Pedro, con la esperanza que la reunión que manteníamos pendiente se pudiera celebrar al día siguiente. Pulsé de nuevo el botón y lo llamé.

—Buenos días, señor Lancaster.

—Buenos días, Pedro —lo saludé—. Sé que mi llamada es inesperada, pero, dado que la evolución de mi abuelo ha sido favorable, tengo previsto viajar a España a resolver algunos asuntos pendientes.

—¿Qué me quiere decir? —me preguntó.

—¿Existe algún inconveniente para adelantar nuestro encuentro a mañana mismo?

—¿Mañana? —preguntó, de nuevo desconcertado—. No puedo asegurarle nada, tal vez tenga hueco libre, pero no veo razón de apresurarla —me dejó caer un tanto enfadado.

—Pedro —le dije con seguridad para que la improvisación del momento no hiciera mella en su mente—, estoy plenamente convencido de que tienes ganas de mostrarme los planos finalizados y comenzar cuanto antes la construcción. Hemos tenido ya suficientes retrasos y los dos queremos ver el resultado cuanto antes —le indiqué.

Había aprendido que ese tipo de personas debía estimular sus ambiciones.

—Sí, es cierto que... —Pedro se mantuvo en silencio durante unos segundos—. Llamaré a mi asistente y le pediré un hueco por la mañana, señor Lancaster —me dijo finalmente.

—Perfecto —le dije sonriente—. Hasta mañana, Pedro.

—Hasta mañana, señor Lancaster —respondió con voz apesadumbrada. De reojo vi a Leopold suspirar con profundidad, mirando al frente, hubiera jurado que sonreía, eso me hizo sentir que había hecho lo correcto y, a la vez, me di cuenta de que él esperaba que diera el paso, el de pedirle el número de May.

—Creo que te debes imaginar cuán difícil me es pedirte, así que no sé de qué modo tengo que hacerlo.

—Del modo en que cualquier hombre que esté enamorado lo pide.

—Leopold, no estoy enamorado de May, solo quiero limar asperezas ahora que seremos socios.

—Y yo nací ayer —respondió el alemán—. Mira, muchacho, los hombres tenemos un código mental que se activa en cuanto alguien nos nombra la palabra *enamorado*, pero no seré yo quien te lo explique, no tengo ganas de gastar saliva en ello, solo pide y te será concedido.

Reí a carcajadas.

Anthony y Leopold estaban cortados con la misma tijera. Lo miré de reojo, pensando que la vida podía cambiarte los planes en segundos. No hubiera creído nunca que terminaría siendo socio de un hombre mayor, aunque esa cláusula que había leído Richard Green me había desconcertado. «En el caso de que Leopold Gohshed falleciera por motivos naturales o de salud, el proyecto seguiría en marcha hasta culminar». Seguía sin entender cómo la familia aún no se había opuesto al tratado cuando ese capital les servía para las mejoras que les había indicado en el informe.

Algo no encajaba y era momento de aclaraciones.

—¿Por qué te has asociado conmigo, Leopold?

—¿Por qué no?

—Apenas me conoces y estoy seguro de que tenías mal concepto de mí. Primero por exigir esas reformas para que estéis a la par de nuestros hoteles y luego por presenciar una discusión bastante desagradable con May. Creo que ese capital hubiera servido para solventar esos detalles del informe que os envié.

—Mira, muchacho —comenzó diciendo—, tenías un sueño por el que luchar y mi familia trabaja cada día para sacar adelante mi legado. Nisa es una quejica, pero estoy seguro de que puede afrontar cualquier mejora, su problema es que odia las imposiciones y siente que el hotel nunca estará a la altura de la cadena hotelera.

»Tu sueño será tu legado y si los Lancaster no creen en él, yo sí. Una vez tuve uno y un loco inglés tuvo la disparatada idea de ir en contra de muchos, apostando por ayudarme a hacerlo real.

—Quieres decir que es el pago de un favor a Anthony.

—No, entre Anthony y yo no existe compromiso alguno.

—Entonces soy como una especie de obra de caridad.

—Si lo quieres ver así... —me dijo sonriendo—. Anda, pregúntame de una vez por todas el número de May.

Volví a reír a carcajadas.

Era imposible que a su edad siguiera siendo tan perspicaz. Tal vez era demasiado tarde para hablar y lo que conseguiría era un «vete a la mierda» de su parte. Solté aire, lo miré de reojo y sonreí de lado.

—¿Puedes darme el número de May?

—Siempre y cuando llames a tu asistente personal y encuentre un billete para viajar el viernes a las Islas.

*«El amor es solo una palabra,
hasta que alguien viene y le da sentido».*

Marcus

Apagué el motor preguntándome por qué no me había percatado de que todas las intenciones de este alemán siempre tenían un trasfondo. Intentaba entender qué demonios pasaba por su mente ya que ir a Canarias implicaría pasar por el hotel.

No, no sería bien recibido. Miré a Leopold de soslayo y, una vez más, el alemán sacó a relucir su ingenio.

—El clima de las Islas te hace falta, muchacho, te ayuda a disfrutar. — Levanté una ceja, sorprendido. Al parecer para el caballero no era suficiente con que fuera a Madrid. Tal vez su verdadera intención era que Aaron, su nieto, me diera una gran patada en el culo.

—¿No crees que he tomado demasiadas decisiones impulsivas en menos de diez minutos? —le hice saber. No recordaba cuándo había sido la última vez, pero ahí estaba a punto de caer en las trampas de Leopold Gohshed.

—Los riesgos y los impulsos tienen sus ventajas y desventajas — respondió con la sonrisa bailando los labios—. Y tú, muchacho, has decidido arriesgarte, a pesar de no estar enamorado —determinó dejándome callado.

¡Joder! El muy cabrón se desentendía de mis decisiones cuando con sus indirectas y provocaciones había logrado que dudara y que me dejase llevar. Ahora no podía echarme atrás, había pedido a Leah comprar unos billetes de avión, así como también había llamado a Pedro para que cambiase la fecha de la reunión del proyecto. No tenía excusa alguna para volver a retrasar el viaje a Madrid. La jugada le había salido perfecta.

Entramos al ascensor lo miré de reojo y no pude dejar de sonreír ante su desfachatez.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes más cara que vergüenza?

—Tengo ochenta y nueve años —respondió—. La vergüenza la dejé de lado hace unos cuantos. —Esta vez reí a carcajadas. Entramos a la habitación saludando a mi abuelo, que nos recibió bromeando.

Por una hora, ambos ancianos con sus tonterías e indirectas lograron que olvidara todos los problemas que tenía. Deseaba quedarme un rato más, pero esta vez no podía.

Leah me llamó recordándome que debía pasar por la oficina para firmar los informes que llevaba retrasados, ya me encargaría de negociar con ese alemán embaucador para que me diera el número de teléfono de su nieta, de momento tenía que centrarme y seguir con mi trabajo.

A las nueve de la mañana aterrizaba en Madrid. Lo primero que haría era asistir a la reunión con Pedro, después de volver a la oficina recibí su llamada, concretándome la hora. Pensé que ese viejo zorro alemán se apiadaría de mí y me llamaría para darme el número, pero no lo hizo.

Él sabía que no era hombre de estar rogando, no estaba seguro de si era alguna lección de aprendizaje o, sencillamente, era solo para tocarme las pelotas. El caso era que estaba en Madrid, cumpliendo parte de mi cometido, y solo parte porque el verdadero motivo por el que había decidido viajar estaba a punto de desaparecer, seguía sin tener el número de May. Me obligué a recordarme varias veces que Leopold Gohshed financiaba mi proyecto.

Salí del aeropuerto y cogí el primer taxi que vi, indicándole que me llevara al Imperial Lancaster, una vez allí el gerente se sorprendió en cuanto me vio llegar sin previo aviso. No es que fuera un hijo de puta cuando veía el ir y venir nerviosos de los empleados, pero no podía negar que me divertía.

Esta vez fui considerado y le indiqué que el motivo de mi visita no era inspeccionar el hotel, era personal. A pesar de ello, decidió que me hospedara en la suite familiar.

En cuanto dejé mi equipaje, bufé para mí mismo. Se había instalado en mi mente como si fuera un animal que me succionaba toda la sangre. Respiré profundo, debía enfocarme en que mi futuro dependía de la reunión que tendría una hora después. Me duché y vestí con rapidez para luego bajar y tomar otro taxi y dirigirme al despacho del constructor.

La recepcionista avisó a Pedro González sobre mi llegada.

Me recibió cordialmente, entrando a un pequeño despacho con vistas a la ciudad. Era impresionante ver los imponentes edificios de la capital de España. Pedro no se anduvo con rodeos y me enseñó los planos, haciéndome sentir más cerca de mi meta.

Soñaba con la inauguración de la fortaleza. Años atrás, cuando nada me importaba, en una de mis tantas escapadas terminé en ese imponente edificio después de haberme acostado con una desconocida. Admiré desde la bahía el amanecer, solo entonces me prometí que sería mía.

En ese momento no pensaba que fuese una inversión de futuro, simplemente en mi infinita idiotez me imaginé que sería el lugar perfecto para mis escapadas a España. Tras indagar, supe que pertenecía a una familia que se estaba planteando venderla por su alto coste de mantenimiento. Después de eso, mi vida cambió.

La idea de que fuese mía apareció de nuevo, esta vez no como un refugio para el desenfreno. Mi yo empresario hizo que comprendiera que había llegado el momento de reconstruir mi futuro. Albert me ayudó a encontrar información sobre la fortaleza.

Aún se mantenía en venta y, con el apoyo de Anthony, proseguí con el proyecto. Me reuní con los dueños para ofrecerles varias cifras hasta que ambas partes acordamos una. Volví de nuevo al lugar, imaginándome como sería en un futuro.

Sus habitaciones con acabados de lujo, manteniendo lo más intactas posible las paredes de roca que recordaban la historia que escondían cada una de ellas, al igual sus techos abovedados. Sin olvidar esas pequeñas terrazas que te daban la oportunidad de ver el mar junto la puesta de sol o su salida.

El día que contacté con Pedro, ofreciéndole la idea de reformar la fortaleza, de inmediato se puso a trabajar en un bosquejo que fuese acorde a lo que necesitaba.

Mi móvil vibró en el bolsillo lo saqué y vi reflejado el número de Leopold. Había dos opciones para que me llamara, seguir tomándome el pelo o para darme el número de May. En caso de que fuera lo primero, tendría que buscar alguna excusa rápida.

No estaba de humor y tampoco dispuesto a sus burlas, por mucho que fuera quien pusiera el capital.

—Buenos días, Leopold.

—Buenos días, muchacho, ¿seguirás de orgulloso?

—No es cuestión de orgullo. Soy consciente que tu familia está muy enfadada porque me escogieras para financiar mi proyecto y no para mejorar El Secreto de los Gohshed.

—¡Pamplinas! —exclamó—. Mañana volaré a las Islas y les haré saber que recibiré la agradable visita de mi socio.

—Si te soy sincero, sigo sin entender tu decisión.

Prefería que fuera honesto antes de ir más allá. Escuché al alemán maldecir en su idioma materno seguido de un: «o se lo aclaras o tendré que abrirle la cabeza a punto de bastonazos».

—Marcus —dijo Anthony al otro lado de la línea—, confía en Leopold, no hagas tantas preguntas.

—Vosotros dos tramáis algo y es hora de que me digáis de qué se trata o, sencillamente, no seguiré —advertí.

—Está bien —respondió mi abuelo—. Su único interés es que veas que los hoteles rurales se manejan de distinta manera a los que has frecuentado toda la vida.

—Eso lo sé —mascullé.

—¡No seas testarudo! —me reprochó—. Es una orden —concluyó Anthony, esta vez maldiciéndome por ser tan desconfiado. No terminaba de entender qué rayos sucedía, en todo caso, debía darle la razón una vez más. Estaba acostumbrado al manejo gerencial de grandes hoteles y tal vez aprendiendo de expertos podía conseguir atraer clientes exclusivos para su negocio.

—Está bien, en cuanto termine la reunión compraré los billetes de avión para las Islas Canarias.

—¿En qué parte de Madrid es la reunión? —preguntó Leopold recuperando su móvil.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque Nisa acaba de hablar con May y le ha dicho que en treinta minutos iría a El Retiro para dar un paseo, suele hacerlo antes de cada presentación, es su manera de calmar los nervios.

—¿No es más fácil que me des su teléfono? —le pedí de nuevo—. El Retiro es inmenso.

—Podría, pero, si de verdad quieres hablar con ella, sin que esté a la defensiva, es mejor pillarla desprevenida. Además, siempre le he escuchado decir que le gusta caminar por el monumento a Martínez Campos.

—¿Me quieres decir que debo dejar la reunión con Pedro para hablar con May?

—Depende —me respondió, lanzando la pelota a mi tejado como solía hacer—. Si sigues interesado en resolver esas discrepancias...

De nuevo aparecía el viejo cabroncete, pero no podía perder la oportunidad. Miré a Pedro, que hablaba con su ayudante, solo me quedaba explicarle unos detalles que me gustaría modificar. No estaba muy seguro de a cuántos kilómetros estaba de El Retiro.

¡Maldita sea! Me llevé el dedo índice y pulgar al puente de la nariz, respiré profundo con una sensación de que me alejaba cada vez más de mi meta real.

—Debo dejarte, Leopold.

—Espera Marcus, debo contarte...

No tenía tiempo para más juegos, debía ir al grano lo antes posible. Me pasé la mano por la cabeza sin saber qué hacer, tamborileé con los dedos la mesa, a la vez que veía a Pedro seguir dando órdenes a su ayudante. Miré el reloj, negué con la cabeza.

Solté aire y supe que estaba mandando a la mierda todo mi esfuerzo, carraspeé para llamar la atención de Pedro.

—Pedro, debo irme. —Dejó de hablar con su ayudante y me miró fijamente.

—Creí que me indicarías los detalles que quieres modificar.

—¿Qué te parece si lo hablamos en la cena? Os invito a ti y a tu mujer.

No respondió y me imaginé que comenzaba a etiquetarme como un hombre rico con excentricidades que no tenía que preocuparse en sacar día a día su negocio adelante. Tenía razón en dudar, y tal vez en negarse a seguir con el proyecto, con estas idas y venidas que estaba teniendo.

Me comportaba como una persona bastante inestable e irresponsable, sin olvidar que había cambiado de socio de un día para otro. Fijó los ojos en mí y estaba seguro de que vendría las preguntas sinceras en tres, dos, uno...

—Marcus, no sé muy bien qué ha sucedido, pero comienzo a preocuparme. De buenas a primeras todo ha cambiado, incluso la sociedad creadora del proyecto.

—Entiendo tu preocupación. He tenido problemas, pero se han solventado y, en cuanto a mi nuevo socio, es un buen amigo de Anthony, Leopold Gohshed.
—Pedro sonrió y me imaginé que contarle que era amigo de mi abuelo le daba

la seguridad de ser alguien poderoso. Mi intuición me indicaba que en cuanto me fuera buscaría quién era Leopold, el problema estaba en cuando se diera cuenta que no era ningún lord, ni multimillonario, como se imaginaba.

—Está bien —me dijo—. Esperaré tu llamada para que me digas el lugar de la cena. —Sonreí y alargué el brazo para estrecharle la mano a modo de despedida y salí con premura del despacho.

Leopold

Miré el teléfono, alejándomelo del oído con un mohín, y enfoqué mi atención en Anthony que esperaba saber que había pasado.

—¿Marcus suele ser impulsivo? —le pregunté finalmente.

—Solía serlo —respondió—. Y últimamente me recuerda a ese joven que disfrutaba un poco de la vida, al estilo de Ethan.

—Entonces creo que esta vez hemos metido la pata. —Anthony me miró desconcertado—. Lo he empujado tanto a que busque a May que no me ha dado tiempo a decirle que Darth V está con ella y odia a los desconocidos.

—¿Y quién coño es Darth V?

*«Estás ahí entre mis ganas de arriesgarme
y el miedo a enamorarme».*

May

Ya llevaba días en Madrid, podría decirse que era mi territorio, mi país, sin embargo, los nervios me podían. Cada cierto tiempo respiraba con profundidad, escuchando a la vez los latidos fuertes de mi corazón. Recordaba ese refrán coloquial que decía «en casa del herrero...» y es que el público español era muy exigente y era la primera vez que pisaba suelo español como autora.

Darth V ladró un par de veces, contento, era el único que estaba feliz, ya que desde que habíamos llegado había sido mimado tanto por mí como por Roxana con paseos y ropita para él. Respiré profundamente y de nuevo Darth V llamó mi atención. Era hora de su paseo, el muy canalla no olvidaba lo que le había prometido, y era ir a El Retiro.

—Está bien, Darth V, ya salimos —le respondí, levantándome para refrescarme la cara y maquillarme un poco. Al terminar, busqué la cadena para ponérsela, cogí mi bolso y cerré la puerta para bajar y comenzar la caminata.

No tenía mucho tiempo, Roxana me llamaría en cualquier momento con un ataque de histeria si me pasara de la hora, pero me daban igual sus nervios, ya me había robado mi paseo de desconexión en Nueva York y esta vez no pasaría.

Cuando llegamos al parque le quité la cadena a Darth V y la guardé, él iba saltando y corriendo entre idas y venidas, disfrutando de la naturaleza y del buen tiempo gracias a los árboles y jardines, que aportaban una buena temperatura para caminar. Llevaba días tratando de dejar la mente en blanco y se me había hecho imposible.

Seguía sentándome frente al papel, intentando escribir, y se me hacía cuesta arriba, las musas seguían sin acompañarme esperando quién sabía qué, o diría más bien que habían preferido mantenerse apartadas deleitándose con imágenes de Marcus poseyéndome una y otra vez. Imágenes bastantes frustrantes que me llevaban a pensar si era capaz de escribirle, aun sabiendo de que me despreciaría de nuevo. No, no podía soportar otro de sus desprecios, a pesar de que había vuelto a tener sueños húmedos con ese arrogante y mi vibrador no había sido capaz de saciar esos deseos que me acompañaban cada día.

Jamás había tenido tal necesidad por un hombre y no era normal. Lo peor era que no solo era su cuerpo ni su manera de poseerme. Mi corazón se unía a mi mente y, en plan moñas, comenzaba a recordarme su sonrisa, sus ojos, las arrugas de su frente cuando fruncía el ceño, esas pocas conversaciones que habíamos sostenido, incluso las broncas. No solo me gustaba, estaba encoñada, y eso era lo peor que podía sucederme.

«¿Por qué, universo?», me pregunté. Por qué había tenido que imaginar y escribir sobre un hombre calcado a Marcus. La respuesta me la dio mi mente al recordarme aquel relato que había leído años atrás inspirado en historias reales.

Una joven que cada noche dibujaba quién era su hombre ideal, hasta que una enfermedad se la llevó y pidió que sus órganos fueran donados. Un chico había tenido la suerte de ser escogido, después de su recuperación buscó por todos lados la dirección de la familia de la donante y, con valentía, viajó hasta allí ya que gracias a ella podía admirar la belleza del mundo. En cuanto tocó la puerta y la madre de la joven lo observó con detenimiento, se llevó las manos a la boca. Le pidió que la acompañara y encontraron bosquejos que su hija había dibujado, era él. Junto una pequeña poesía de la joven que hablaba de las almas gemelas.^[11]

Era imposible que Marcus y yo fuéramos almas gemelas. Las almas gemelas no se trataban como nosotros lo hacíamos.

Darth V volvió a ladrar y me di cuenta que había llegado al monumento a Martínez Campos y allí nos detuvimos unos minutos. Un hombre que estaba en unas escalinatas cantaba bastante alto *Mi carro*. Sonreí ante el desparpajo

pintoresco del personaje y mi amigo fiel siguió ladrando, acompañando al cantante con aullidos.

—¿Darth V, te gusta la canción? —le pregunté al verlo saltar y ladrar—. Tendré que ponerte más a menudo a Manolo Escobar —le dije, sonriendo al verlo tan feliz.

—¡MAY!

Abrí los ojos y mis vellos se erizaron. Era una voz inconfundible, estaba segura de que no era un sueño, sobre todo porque hacía calor y sentía gotitas de sudor en la frente. Pero no podía dejar de parpadear preguntándome qué hacía Marcus allí.

Alguna broma pesada, debía de ser de Rosmina y Gonzalo. Ni loca me giraría para comprobarlo, no quedaría como una mema cuando alguien gritara: «¡inocente, inocente!» sin ser veintiocho de diciembre. Sin embargo, aunque ese fuera el caso, el imitador contratado era el mejor del mundo.

Mi corazón palpitaba con rapidez, como si acabara de correr por El Retiro entero, pero decidí caminar e ignorar fuese a quien fuese, incluso iba a hacerme a la idea de que estar pensando todo el tiempo en Marcus me hacía creer que era su voz. Quizás era un lector, que me había reconocido. «Sí, eso es», me dije y seguí andando.

—¡Cuidado con la rata gigante! —gritó. Respiré profundo. «Es producto de tu imaginación»—. ¡Jamás había visto una rata tan grande! —exclamó Marcus con la voz entrecortada.

Me detuve de inmediato y me giré para encontrármelo de frente con la corbata en la mano junto a la americana. Sentí las piernas flaquear de la impresión, di un paso atrás dando un traspie y lo vi acercándose para sostenerme en sus brazos, pero Darth V corrió a mi lado, intentando morder.

—¡JODER! —gritó Marcus— ¡La maldita rata me ha mordido! —Intentó zafarse sacudiendo la pierna y Darth V se quejó. Lo obligué a soltarme para inclinarme junto a mi pequeño, que se escondió detrás de mis piernas.

—¡May, tienes una rata enorme detrás de ti!

—¡No es una rata! —le grité ofendida—. Es... Es Darth V, ¡mi perrito! —añadí frunciendo el ceño—. ¿Co... ¿Co... ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué haces en España?

No me respondió, pero sí observó con detenimiento a Darth V. Acobijé a mi pequeño entre mis brazos y comenzó a ladrar y a gruñirle, dispuesto a seguir defendiéndome. Seguía aturdida, tratando de comprender cómo había llegado hasta mí. Solo se me ocurría que estuviera espiándome. De cualquier manera, estaba frente mí, respirando con rapidez, con ojos expresivos y con la sombra de la barba en su rostro.

Se había desabrochado los botones de la camisa y los pequeños vellos que asomaban debajo de la misma me recordaron de inmediato esa maldita noche que estuvimos juntos. La cercanía de su torso, el roce de su cuerpo. «¡Mierda! ¡No!», me reproché. No era momento de fantasear y deleitarme en lo ocurrido, me urgía que me diera una explicación razonable antes que comenzara a gritar pidiendo ayuda.

Darth V volvió a gruñir en cuanto Marcus se acercó y él levantó una ceja.

—¿De verdad es un perro?

—Lo es —respondí con el mentón en alto—. No me has respondido, ¿qué haces aquí?

—Ni siquiera te he dicho hola —respondió. Intentó acercarse de nuevo y Darth V siguió ladrándole. Decidí mirarlo fijamente para que terminara de darme una respuesta razonable, pero no tuve ninguna. Marcus solo miraba de manera despectiva a Darth V, que no dejaba de ladrar.

Debía calmarlo y comencé a acariciarle la cabeza, a pesar de que lo que realmente tenía ganas era de soltarlo y que lo mordiera. Seguía demostrándome fidelidad, algo que alguien de mi entorno acababa de perder.

Marcus

En la vida pensé que iba a caminar con tanta rapidez como en aquellos

momentos. Definitivamente, Leopold me tenía cogido por los huevos, no solo porque era el capitalista para la fortaleza, sino porque también sabía cómo manipularme a sus anchas para que viera a May.

Estaba siendo el idiota del año. Debí haberlo hecho a mi modo, sin tantos ruegos y sin saber qué pasaría cuando la tuviera frente a frente. Comenzaba a darme cuenta de que en negocios era una fiera, sin importarme correr riesgo, pero en cuanto a relaciones había perdido mucha, pero que mucha práctica. Me quité la americana y me desabroché la corbata acalorado, no estaba acostumbrado a tal clima. No es que hiciera mucho calor, pero no era la temperatura de Londres.

—Su destino está a quinientos metros —me dijo la voz del GPS.

Sí, el premio del idiota del año lo iba a recibir yo. No me importaba que la gente me mirara raro, pero estaba en un país que no era el mío junto a un idioma que no dominaba del todo, por lo que ir preguntando dónde estaba la entrada más cercana a la estatua me llevaría a perder tiempo y no podía. Atravesé la calle, entrando a El Retiro y unos minutos después escuché a un hombre cantando. Miré a mi alrededor y la vi.

Sin perder tiempo, me acerqué, pero me detuve, pensando que prefería llamar su atención a cierta distancia a que me diera un guantazo por la sorpresa. Respiré profundo y grité.

—¡MAY!

Su cuerpo se tensó, pero me ignoró deliberadamente. Resoplé, tenía que acercarme, y cuando lo hice vi un animal de lo más horrible a punto de morderla.

—¡Cuidado con la rata gigante! —grité—. ¡Jamás había visto una rata tan grande! —exclamé. Traté de acercarme, pero cuando lo hice sentí un colmillo en mi pierna—. ¡JODER! —vociferé intentando zafarme del bicho—. ¡La maldita rata me ha mordido!

¡Era lo que faltaba que sucediera! Que un animal extraño me mordiera. Me froté la pierna y le advertí a May de que se alejara.

—¡May, tienes una rata enorme detrás de ti!

—¡No es una rata! —Me gritó, exasperada—. Es Darth V, ¡mi perrito! —añadió frunciendo el ceño—. ¿Co... ¿Co... ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué haces en España?

Si eso era un perro, había que comenzar a preocuparse por la ciencia y sus experimentos. «¿Un perro?», me pregunté de nuevo. «¿En serio es un perro?». De reojo, vi que May esperaba mi respuesta y me di cuenta de que cualquiera que le dijese sería estúpida y sin sentido.

La miré a los ojos y a sus labios carnosos y jugosos que, en esos momentos, se mordía sin darse cuenta de cuánto me provocaba con ello. Llevaba el pelo suelto y en sus mejillas denoté un ligero rubor producto del calor. Volví a observarla y solté aire, pensando en la maldita hora en la que se le había ocurrido ponerse ese vestido ajustado, mostrando el canalillo que me invitaba a fantasear.

Respiré profundo ante el tirón que sentí en la entrepierna, confundiéndome al intentar entender por qué apenas con verla ya quería arrancarle la ropa y disfrutar de toda ella. Una brisa movió la falda del vestido, mostrando un poco más su muslo y deseé acercarme para acariciarlo, dejando que mi mano recorriera su pierna con la única intención de volver a escucharla ronronear en cuanto mis dedos la invadiesen.

Hasta que ese chucho comenzó a ladrar, recordándome dónde estaba y que debía aclararle por qué estaba frente a ella.

—¿De verdad es un perro? —le pregunté.

—Lo es —me respondió con deje de orgullo. Evité sonreír ante su gesto —. No me has respondido, ¿qué haces aquí? —me preguntó de nuevo.

—Ni siquiera te he dicho hola —admití. Si bien era cierto que llevaba todas las perras con aquel encuentro, apostaría que en segundos le diría a ese experimento científico que fuera a por mí.

«Bien, Marcus —me dije—. ¿Qué coño le vas a decir?:

Tu abuelo me empujó a venir —le respondería, y ella me preguntaría—: ¿Y dónde se supone que está? —y yo le respondería—: en Londres», entonces ella me miraría con los ojos abiertos y comenzaría a gritar y gritar que estaba ante un maldito psicópata.

¡Joder! ¡Menuda cagada estaba cometiendo!

—En vista de que no respondes —indicó—, supongo que has contratado un detective para seguirme —añadió May—. Eso es acoso y estás en España, en mi país, y si no respondes en los próximos cinco segundos gritaré hasta que alguien me auxilie.

—No eres capaz de eso —le respondí, maldiciéndome de nuevo por haber acertado segundos antes lo que pasaría. Tenía que dejarme de tonterías e ir al grano—. Tú y yo tenemos un asunto pendiente.

No sabía cómo lo había logrado, pero pasaba de excitarme con solo verla a sacarme de quicio en segundos. Además, ¿quién iba a creerle que la acosaba? Me lo pregunté y lo entendí, estaba sudando, nervioso y medio empalmado, sin dejar de lado que mi español era terrible.

—No tenemos nada que hablar —me dijo, alejándose un poco. Sonreí de lado, mi presencia le afectaba, así que solo mentía para que no viera cómo estaba, nerviosa—. Lo que pasó entre nosotros fue el calentón unido a unas cuantas copas.

—¡No seas hipócrita! —le reproché a su respuesta—. Ni siquiera eres capaz de creerte esa pobre excusa.

Esa noche ninguno estábamos lo suficientemente bebidos para culpar a las copas por haber follado como lo hicimos. Sí, había sido un calentón, era consciente de ello, pero cuando la acerqué a mí en la cama para tapparla con las sábanas lo que me preguntó no fue producto de las copas y ya que estábamos en esas se lo preguntaría.

—Por una vez seamos honestos, esa noche me preguntaste qué pasaría luego de lo que hicimos.

—No pregunté eso.—Me respondió, vi que de inmediato se arrepintió.

—Así que no preguntaste eso—le dije con alevosía—.Entonces, sí que te acuerdas de todo lo que pasó—indiqué acercándome un poco más, ignorando al experimento científico que tenía por mascota.

May abrió los ojos cuando me vio la única intención que tenía y era de

besarla.

—¿Y qué si me acuerdo? —repuso alejándose de nuevo—. Es pasado Marcus y cada uno debe seguir su camino. —Fruncí el ceño. Por alguna razón esa misma respuesta la repetí varias veces cuando dudaba en venir y cuando pensaba en ella. Estaba tomando de mi propia medicina, debía aceptar que fuese tan arisca, ya que ni siquiera sabía con exactitud qué quería realmente de ella.

Y ya que estábamos siendo honestos, era hora de preguntarle sobre el después.

—Si fuera así como intentas hacer creer, no te hubieras ido como los ladrones, incluso robándote las llaves de Ethan.

—No le he robado nada a nadie en mi vida.

—Eso no es lo que me dijo Ethan.

—¡Ya! De ese gilipollas puedo creerme cualquier cosa y, por casualidad, ¿no te dijo que estaba desnudo y empalmado cuando supuestamente robé la llave de su casa?

—¿Desnudo? —pregunté. Solo entonces recordé que había jurado que una mujer gemía cuando me desperté—. ¿Te has acostado con Ethan y conmigo la misma noche?

Al instante me arrepentí. ¡Hostia puta! «Doble cagada en menos de media hora, Marcus». Ahora sí que no tendría la oportunidad de tratar de entendernos. Ella odiaba a Ethan y yo había dicho la mayor estupidez de todos los tiempos.

¡Maldita sea! No estaba siendo ni frío, ni metódico, no estaba pensando con lucidez y eso no podía permitírmelo, ese Marcus idiota lo había enterrado hace mucho.

—Eres igual de gilipollas que Ethan. —Tenía razón, me merecía que me odiara—. ¡Espero no volver a verte en la vida! —me gritó, evidentemente

ofendida. Se giró, dispuesta a irse, sin embargo, no iba a permitirlo y la detuve —. ¡Suéltame o grito! —me advirtió. Soltó al animal, que comenzó a mordirme los bajos del pantalón.

—¡Perro entrometido! —grité intentando zafarme del bicho.

—¡Deja a Darth V en paz! —gritó May.

—¿Cómo quieres que lo deje si el puñetero perro me está mordiendo? —le hice ver, desconcertado por el nombre del animal. «¿Quién coño llama a un animal tan horroroso así?»—. ¿En serio lo has llamado Darth V? Cómo el de...

No pude terminar de preguntar sin evitar reírme, viendo a semejante rata llamarse así, sin percatarme de que con ello May se enfadó mucho más. «De esta, si salgo vivo, es de milagro. Me mandará a la mierda en tres, dos, uno...».

—El puñetero perro, como acabas de decirle, es mil veces más educado que otros que no han terminado de decirme qué diablos hacen en España. —Evité sonreír, pero me desconcertó que no me diera una patada en el culo, y de nuevo me mordió el maldito chucho.

—¡Me cago en...! —vociferé—. Dile al animal que me deje de mordisquear o me veré en la obligación de hacerle daño.

Esas palabras hicieron efecto en ella, abrió la boca, asombrada a mi amenaza. Sin embargo, comenzó a forcejear, intentado zafarse de mi agarre. Maldita fuera, qué mujer tan testaruda.

—Para May —le advertí—. Somos personas civilizadas.

—¡Suéltame, entonces! —me exigió.

—Lo haría, pero evito que sigamos dando este penoso espectáculo. —Me miró, respirando con rapidez y con una ceja levantada.

El chucho seguía revoloteando por los bajos de mis pantalones y yo intentaba sacudírmelo para que me dejara en paz, sin percatarme lo cerca que

estábamos del bordillo de la fuente. Ambos perdimos el equilibrio y caímos, arrastrando con nosotros al experimento científico.

*«Como dijo un viejo sabio...
El que no arriesga no gana».*

May

—¡Joder! —vociferó Marcus al ver el agua de la fuente un poco oscurecida. Me levanté, observando que tenía restos de algo marrón y viscoso en mi cuerpo. Intenté quitármelo con la mano y al hacerlo sentí arcadas y un escalofrío recorrerme el cuerpo.

—¡Esto parece mierda! —grité, asqueada, para luego mirarlo a él—. ¡Es tu culpa! —lo acusé.

Darth V comenzó a ladrar de nuevo, pero fuera de la fuente, el muy capullo había salido, algo que yo no pude hacer. Miré a mi alrededor y vi mi bolso, con rapidez lo saqué del agua antes que se mojara del todo y salí de la fuente como pude, exprimiendo la falda del vestido y dándome cuenta de que estaba totalmente perdido. Tensé la mandíbula, cabreadísima por lo que acababa de pasar, y me giré hacia Marcus que me había llevado a tal desastre.

—¿Has venido a destrozarme la presentación a los medios?

—¡¿Cómo?! —preguntó, sorprendido por mi reproche.

Si no era eso, no entendía qué hacía en Madrid. ¡Mecachis! Mi vestido estaba lleno de aquella sustancia viscosa. ¡Dios! Iba a vomitar.

— ¿Crees que ese es mi propósito? —me preguntó con acritud.

—Es lo que me has dado a entender desde que gritaste mi nombre y, enhorabuena, lo has logrado —le respondí, indignada y dolida mientras Darth V seguía ladrando cada vez más fuerte.

—¡Qué mal concepto tienes de mí! —inquirió ofendido—. Sé que soy un

cabrón, pero solo existe una única persona a la que desearía destrozarle su carrera y, créeme, no eres tú. —Bufé, incrédula a que reconociera que era capaz de destrozarle la vida a alguien.

—Al menos eres honesto con eso de que eres un cabrón y que destrozas la vida de la gente.

—Que recuerde, solemos echarnos en cara lo que pensábamos, incluso afirmo que nunca has perdido la oportunidad para echarme en cara mis meteduras de pata —inquirió.

Tensé más la mandíbula, iba a mandarlo a tomar viento fresco, pero Darth V ladraba y ladraba, sacándome de mis casillas.

—¡Basta! —gritamos los dos a la vez.

Darth V se sentó y se tapó los ojos, avergonzado. Nos miramos de nuevo, con ganas de seguir reprochándonos, a pesar de que en el fondo lo que deseaba era que me volviera a besar con fiereza, pero me encontraba con un problema grave, y era el no saber cómo diablos aparecería en la presentación, apenas tenía tiempo. Me llevé la mano a la cara, pensando que la presentación se retrasaría y a Roxana le daría un ataque de nervios. Todo aquello me podría traer problemas con la editorial y con Jack.

Estaba ante un desastre y todo por ese hombre que seguía sin explicarme qué hacía en Madrid, y es que cada vez que me tropezaba con él todo en mi vida iba cuesta abajo. No podía centrarme en la novela que escribía, ya que siempre estaba en mis pensamientos y ahora había aparecido para arruinarme el día. Era la presentación a la prensa y la firma de libros que me hacía más ilusión y, sin poder soportar mucho más, comencé a llorar.

Marcus

Traté de escurrir un poco la ropa con paciencia, así como de no escucharle, pero fue en vano, sus constantes ataques me hicieron reaccionar y terminamos como siempre: discutiendo junto a los ladridos de su maldito chucho. Cerré los ojos y le grité al experimento científico.

Me giré para recuperar la compostura y con la idea de irme antes de que la rabia me cegara. Había sido un error ir allí, hacerle caso a ese viejo alemán. Lo que acababa de echarle en cara no era nada agradable, las papeletas para que me odiara para siempre me las había ganado y, sin saber muy bien el motivo exacto, un sentimiento de culpabilidad me invadió, confundiéndome mucho más. Me sentía terriblemente gilipollas por haberle gritado, y por haberla seguido.

Hasta que escuché un sollozo que me hizo girarme. May estaba llorando y, por primera vez, no sabía qué hacer. No sabía si debía acercarme y consolarla o ponerme en plan energúmeno y seguir reprochándole todo.

«¿Quién coño te ha mandado a venir hasta aquí, Marcus Lancaster?», me dije. Vi la americana a un lado, estaba seca, supuse que con el forcejeo se me había caído, por lo que la recogí de inmediato y se la puse por los hombros, tratando de arreglar el desastre que había creado. May se giró, respiré profundo para que me soltara cualquier tontería, pero, sin embargo; se acercó llorando. No pude resistirme y la abracé con las ansias que tenía desde que la había encontrado.

—Lo siento, nunca he querido arruinar tu trabajo —le dije en voz baja. Ella se alejó un poco y fijó los ojos en mí.

—¿A qué has venido Marcus? Por favor, dime la verdad, ¿cómo me has encontrado?

—Necesitaba verte, y también tenemos que hablar, sabes que tengo razón. —Me miró a los ojos y supuse que se preguntaba por qué le daba tanta importancia ahora, cuando ni siquiera había querido darle mi número en un primer momento. Pero es que no era solo hablar, era mucho más lo que quería hacer con ella.

—¿Por qué no lo dejamos en esa noche? —me preguntó—. Esto no es bueno para ninguno, no es bueno para mí —dijo bajito.

—No puedo —le respondí—. ¿Acaso no lo ves? —Y negó con la cabeza.

—Lo único que veo es que no terminas de decir qué es lo que quieres. —

Solté aire. «¡Mierda, May, ¿acaso quieres que te ruegue?», me pregunté y apenas pude retenerla cuando se alejó quitándose la americana—. Marcus, tengo que regresar al hotel a cambiarme para llegar a tiempo y ruego no haber cogido nada en la piel.

Espero que la vida te trate con consideración.

Abrí los ojos, no iba a dejarla ir tan fácilmente ahora que estaba aquí.

—Te acompaño —le dije sin pensar, sin meditar si eso era buena idea.

—No lo dirás en serio —inquirió desconcertada. Definitivamente no estaba siendo razonable y con su pregunta me estaba llevando a arrepentirme de verdad.

—Ha sido mi culpa —le respondí con sinceridad—. Si tengo que hablar con tu representante, lo haré. —Me miró desconcertada y volvió a negar con la cabeza.

—No —respondió—. Es mi problema y debo solucionarlo yo.

—May, ha sido mi culpa y es mi deber solventarlo. —Determiné acercándome para rodearla de nuevo con mis brazos, pero el experimento científico comenzó a ladrar, logrando que se alejara de nuevo. «¡Maldito perro! No solo es el animal más feo que he visto, sino que es un entrometido»

—No y no, Marcus, no sigas empujándonos a algo que puede hacernos daño.

—Pero ¿por qué no intentamos primero ver qué puede ocurrir? —respondí volviéndole a poner la americana encima para que se diera cuenta que iba con buenas intenciones. No le estaba proponiendo una relación, solo que nos diéramos la oportunidad de enterrar el hacha de guerra.

Podía entender sus dudas, hasta la última vez que habíamos coincidido le había dado a entender que no me interesaba, que solo era el calentón, así que el estar aquí la tenía bastante traspuesta. «May, no eres la única, yo también estoy confundido y dejándome llevar por los impulsos», deseé contarle y no lo

hice convencido de que si lo hacía terminaría pensando que estaba trastornado.

El móvil de May interrumpió nuestro silencio, una nueva oportunidad para apartarse de mí. No podía quejarme, debía darle unos minutos de espacio. Sacó el móvil mojado de su bolso y, por alguna razón, supe que aquel extraño encuentro llegaba a su fin al notar en voz nerviosismo, enfado y excusándose por su tardanza. Se miró la ropa una vez más, gimiendo de frustración, y me di cuenta de que la había metido en un buen lío y me maldije por ello.

May

Apreté los labios y luego me los mordí, tratando de encontrar las palabras adecuadas para contarle a Roxana mi gran inconveniente. No estaba segura de si era mejor ponerla en espera y llamar al SAMUR, pidiéndoles que me llevasen al hotel donde nos hospedábamos informándoles de un infarto, antes de que la asistente supiera la verdad.

—Roxana, he sufrido un percance —le dije con pesar—. El almuerzo con los directivos de la editorial de Madrid debe retrasarse al menos una hora.

—No es momento de bromas —me advirtió—. Por favor, dime dónde estás e iré junto al chófer que la editorial ha contratado para que lleguemos a tiempo al restaurante.

—¿Me permites? —preguntó Marcus. Lo miré desconcertada pensando si no había sido suficiente con el lío en el que me había metido.

—No es el momento —le indiqué—. Ya has tenido el tuyo y te has vengado —le dije de mala gana y lo que menos pensé que haría lo hizo, sonreír.

—May, dame el móvil.

—¿Pero tú quién te...? —No pude terminar de reprocharle, sus ojos me transmitieron seguridad y confianza, me decían que acatar su orden era lo más conveniente. Dudé por unos segundos, no era mucho de aceptar órdenes de otro, y mucho menos de hombres, sin embargo, con él era diferente. Marcus me

quitó el aparato electrónico sin que opusiese resistencia y poniendo el alta voz.

—Buenos días, Roxana. —dijo. Me sorprendió su voz aterciopelada, pero autoritaria—. ¿Roxana, sigues ahí? —preguntó Marcus, y a continuación puso el altavoz.

—Sí, disculpe, pero no sé con quién hablo. ¿Podría devolverle el móvil a May? Es sumamente importante.

—Cierto, lamento no haberme presentado primero —indicó—. Soy Marcus Lancaster y me gustaría que llamas a los ejecutivos y le hagas llegar mi invitación a comer en el restaurante del hotel Imperial Lancaster, correré con todos los gastos sin escatimar las molestias causadas por el cambio de planes. Si te supone un gran inconveniente, puedes facilitarme algún número y llamar ahora mismo a los representantes e invitarlos personalmente.

—Pe... pero... es que... ¿Cómo ha dicho?

—Roxana, confío en que podrás resolverlo sin mi ayuda. —Abrí los ojos sorprendida, dejando que esos segundos mi corazón latiera con velocidad y en mi mente se amontonaran toda clase de imágenes que empujaban a que naciera una ilusión.

—Los llamaré y remitiré la invitación —dijo desde el otro lado de la línea, dejándome boquiabierta.

—Perfecto —le respondió Marcus sonriendo—. Si piden alguna explicación, solo di que soy un buen amigo de May que ha querido darle el trato que se merece al coincidir en España con ella. En una hora y media os esperaré encantado —añadió—. Debo dejarte, May y yo necesitamos cambiarnos de ropa, hemos tenido cierto tropiezo en una fuente que ya te contará —concluyó dando por terminada la conversación.

No podía creer lo que acababa de presenciar, si ya de por sí estaba evitando que mis sentimientos me delataran, el cómo había resuelto con tanta facilidad el percance en el que me encontraba y que me ponía en un aprieto. Por un lado, tenía que dar un montón de explicaciones, y, por otro, estaba

cayendo irremediablemente en sus brazos.

El móvil volvió a repicar en la mano de Marcus, que me lo dio al ver el nombre reflejado en la pantalla. Por alguna razón, sentí miedo ante lo que podía estar pensando el hombre que estaba frente a mí y el que llamaba.

Miré a Marcus a la vez que seguía repicando el móvil. Definitivamente, me había ganado con sus palabras y yo no era una adolescente para caer con tres frases bonitas. No, Marcus me había dejado claro que no le gustaban nada las mujeres como yo, soñadoras, lo que tal vez para él era sinónimo de irresponsable. Y estaba casi segura de que en algún momento me había tildado de escritora excéntrica. Colgué a Jack, ya se lo explicaría, necesitaba saber cuál era el propósito de Marcus.

—¿De verdad no quieres acabar con mi carrera?

—No es mi intención —respondió sin dudar—. Y es mejor que nos apresuremos —ordenó—. En el hotel hay algunas *boutiques* que pueden ayudarte a cambiarte de ropa, luego subiremos a la *suite* familiar, allí te puedes dar una buena ducha.

—¡¿Qué?! —exclamé sin dejar parpadear.

A Marcus Lancaster se le habían cruzados los cables, no había otra explicación. «¿Pero quién coño se cree?», me pregunté de nuevo. Se había atrevido a tomar decisiones sin mi consentimiento, pasando por encima de mí, y, por otro lado, estaba ese juego macabro que mantenía con mi mente y mi corazón.

«¡Leches!, creo que estoy más loca que él». No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien me había impuesto su voluntad y la verdad era que volvía a caer en lo mismo, estaba tan acostumbrada a mis propias decisiones que no podía aceptarlo de buenas a primera.

—No pienso ir a tu puñetero hotel. —Le di la espalda, tratando de mantener mi decisión, y me incliné sacando la cadena para engancharla al collar de Darth V y largarme cuanto antes.

El hotel donde me hospedaba estaba cerca, por el camino llamaría a Jack y le explicaría que esa vez no había sido mi culpa. Le rogaría, sí, eso debía hacer, para que me diera media hora para cambiarme. Me levanté para comenzar a andar, pero le daría una advertencia a Marcus, antes de que siguiera convirtiendo mi vida en una pesadilla.

—En ningún momento te he pedido ayuda y no la necesito, encontraré la solución al marrón en el que me has metido.

—¿Sigues en tus trece? —preguntó, incrédulo—. Solo he intentado ganar tiempo para ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Tienes alguna idea de lo que voy a tener que hacer para explicarle a Jack esta decisión que has tomado tan arbitrariamente? —le reproché—. Ni siquiera somos amigos, si contara con los dedos de la mano las veces que nos hemos tropezado, me sobrarían.

—¿Segura?

—¿Segura de qué? —pregunté sin tener ni idea de qué quería decir.

En ese instante eliminó cualquier espacio físico entre los dos, sus manos grandes me sujetaron las caderas, llevándome hasta él para que las puntas de nuestras narices se tocaran.

—Si algún esquimal nos viera, pensaría lo contrario —murmuró, acariciándome la oreja con la nariz.

—Marcus... —Y, sin dejarme reaccionar, sus labios se estrellaron de nuevo en los míos con anhelo y ansias, rindiéndome, dejándome llevar por el impulso.

Sujeté su camisa mojada y, por fin, le devolví el mordisco que me había dado en el aeropuerto.

*«Mejor un “ups”
que un qué hubiera pasado sí...».*

Marcus

Sí, había vuelto a ser impulsivo, pero estaba a punto de perderla y no iba a dejar que sus dudas ni su orgullo me ganaran la partida, así que la besé. Necesitaba hacerlo, me urgía hacerlo, lo que no me imaginaba era la respuesta por su parte.

Después de arrancarle un pequeño gemido me alejé un poco, sonriendo de lado solo para ver sus labios hinchados, su piel erizarse, y la necesidad que tenía de que volviera a besarla. Toda ella me excitaba y me imaginé mil formas de follarla. Solté aire, no era momento de pensar en meterme entre sus piernas cuando esa mujer de ojos castaños y labios deliciosos me rechazaba continuamente, pero el saber que tenía la oportunidad de volver a atacar sus labios me llevó a atraerla de nuevo, apoderándome de su boca y metiendo la lengua para insinuarle mis deseos.

«Sí, May, ahora no tengo ninguna buena intención». Le chupé el labio inferior, ese que no me cansaba de morder, y volví a meter mi lengua, insinuándole cómo jugaría con su clítoris. No me importaba que se diera cuenta, que mi polla se endurecía quería que notase que necesitaba desprenderle la ropa y perderme en ella.

Cada vez me costaba más entender por qué a su lado olvidaba todo mi alrededor, todo lo que hasta días atrás era importante para mí. Ella bajó la mano hasta mi polla y sonreí al saber que también lo deseaba.

—¿Sabes que te puedo denunciar por acoso sexual? —le dije, obligándome a recordar donde estábamos.

—¿Recuerdas que estás en mi país? Es mi territorio y estoy mojada. —No pude evitar levantar una ceja y sonreír. «¿Cómo es capaz de tentarme así?», me pregunté. Las ganas de comprobar que fuera así aparecieron y no tener la oportunidad de comprobarlo logró que me diese un nuevo tirón.

—Me obligas a ser sincero contigo —le dije sin preámbulos—. El Imperial Lancaster está a un par de calles y me encantaría comprobar si solo es la ropa la que está mojada.

May

Jamás en la vida había conocido a un hombre que fuera tan directo en sus pretensiones, era inevitable ignorar la dirección de mis sentimientos, así como los deseos de mi cuerpo, que volvió a protestar, erizando mi piel. Sí, quería ir con él a donde fuese y olvidarme del mundo, sentirlo hundirse en mí con la fuerza que lo había hecho aquella noche. Enterrar los dedos en su espalda y gemir como solo él había logrado que lo hiciera, sin tener que dirigirlo, como venía sucediendo con los otros hombres con los que me había acostado.

Pero, a pesar de desearlo con todo mi ser, no podía dejarme llevar por aquella locura, cualquiera podría reconocerme y el incidente podría terminar en alguna red social.

—Es conveniente que nos marchemos —le pedí sin darle explicaciones.

—Lo entiendo —respondió. Se pasó la mano por el pelo húmedo y soltó aire, mirándome con frustración. Supuse que se comenzaba a preguntar por qué de todas las mujeres del mundo tenía que haberse interesado en la soñadora, en la que no veía la vida como él lo hacía.

—Acompáñame al Lancaster, llamaré enseguida al gerente para que hable con la encargada de la *boutique* mientras te duchas en la *suite*.

—No —le respondí, a pesar de que no era lo que deseaba—. Mi hotel está también cerca. —Marcus resopló.

—Tenemos un problema, cariño. —«¡Ay Dios!, que no me vuelva a llamar así», pensé—. Y es que ninguno de los dos nos gusta perder.

Tenía razón, debíamos encontrar algún punto intermedio. A pesar de odiar la forma en la que se imponía, me sentía a gusto cuando me hablaba de esa manera, incluso cuando sonreía desenfadadamente. Era sexy y me desarmaba por completo. Estaba envuelta en un mar de contradicciones que me empujaban a buscar el equilibrio. Debía pensar y lo miré con detenimiento.

Quería hacerlo, deseaba irme con él, pero no era tan fácil, aún debía una enorme explicación a Jack por no responder su llamada y a Roxana por estar con Marcus.

—Iré a mi hotel, me cambiaré y seré puntual a la comida. —Marcus me observó, dubitativo. Era una buena solución, sin embargo, estaba segura de que no se conformaría con eso.

—Aceptaré si pasas la noche conmigo.

«¿La noche?», me pregunté desconcertada y mi cuerpo reaccionó de nuevo. Maldije a las necesidades físicas.

—Marcus, me es imposible creer que estés aquí solo por un polvo. Te las has ingeniado para encontrarme, quiero pensar que no es sexo, aunque no sé si sentirme feliz por ello. ¡Mecachis! Me haces irme por las ramas —le dije frustrada—. No quiero seguir juzgándote, te pido que seas sincero, no me des una respuesta condicionada a este momento y sé que no me darás la que quiero, tus ojos demuestran que lo que quieres es follar. ¿Y después qué? No creo que sea lo mejor para mí, lo correcto es continuar cada uno con su camino.

No era justo que estuviera en ese dilema cuando tenía una rueda de prensa y firmas en un par de horas. Llamé a Darth V y, sin darle tiempo a Marcus para que volviera a retenerme, me alejé con rapidez, ignorando mis pensamientos, temiendo que mis sentimientos sucumbieran a los deseos de ambos y que, finalmente, terminara pillada por él, aún más de lo que ya estaba.

«¿Y si cambiamos a las personas
que nos quitan el tiempo,
por aquellas que nos quitan la noción del tiempo?».

Marcus

La dejé ir pensando que era lo mejor. Desde el instante en que me dijo que no quería juzgarme y que fuese sincero me di cuenta de que tenía razón, no sabía muy bien qué respuesta darle.

«Sinceridad». Una palabra que abarcaba tanto, pero para eso debía serlo conmigo mismo.

Me pasé la mano por el pelo, sintiendo algo viscoso y suspiré en alto al mirarme de arriba abajo. Estaba hecho una mierda, por lo que retomé el camino al hotel para cambiarme.

Acababa de darme cuenta de que necesitaba mucho más de May, y también sabía que podría costarme caro si no paraba a tiempo, pero no podía ignorar mis impulsos. Era un Lancaster y cuando deseábamos algo no descansábamos hasta alcanzarlo.

Y la deseaba por encima de todo, incluso de mi sueño más anhelado, mi hotel.

Al entrar al vestíbulo, el botones y la recepcionista abrieron los ojos ante mi aspecto deplorable, era un Lancaster y cualquier cosa podrían haberse imaginado. Dejé de importarme al pensar que, a pesar de todo, había valido la pena. Me acerqué a la joven, que bajó la cabeza, fingiendo teclear, sonreí y carraspeé.

—Elisa —dije atrayendo su atención—. ¿Alguna novedad? —Esperaba que May no se hubiera retractado llamando a su asistente para cancelarlo todo.

Había sido un movimiento muy estúpido por mi parte. Había actuado como solía hacer años antes, como tantas veces me prometí que no iba a volver a pasar.

—Señor Lancaster, hemos intentado localizarlo, pero nos ha sido imposible.

¡Mierda! Me dije, recordando que mi teléfono estaba en el bolsillo del pantalón, por lo que lo más probable era que se hubiera mojado. No tenía tiempo para comprar uno, pero no podía quedarme sin él. Lo saqué del pantalón y, efectivamente, estaba mojado, lo encendí con la esperanza de que funcionara y me saltó en la pantalla que estaba sin batería.

Solté aire y le mostré el aparato para que viera el inconveniente. El gesto de la joven me causó gracia y para no enfadar a otra mujer la empujé a que siguiera informándome.

—La asistente de May Gohshed ha llamado informando de que usted le ha extendido una invitación a comer. Le hemos informado de que no teníamos esa referencia anotada y que contactaríamos con usted lo más rápido posible.

—Sé que es precipitado, pero es cierto y os pido que cuanto antes reservéis una mesa para mis invitados. —La joven me miró con los ojos tan abiertos que supe que se asustó—. Elisa, no pasará nada, es solo llamar al *maitre* y al chef informándoles. Estoy seguro de que todos vosotros estáis capacitados para resolverlo, por algo somos uno de los mejores hoteles de la ciudad. Ahora subiré para cambiarme lo más rápido posible, poner a cargar mi móvil y encargarme de la situación, ¿de acuerdo?

Ella me afirmó con la cabeza y, sin dar más explicaciones, subí. Sabía perfectamente las consecuencias que traería, mi padre y Charlize se enterarían que me encontraba en Madrid y se entrometerían inmediatamente en el asunto.

En cuanto abrí la puerta de la *suite* familiar vi una habitación vacía, como tantas veces que visitaba los diferentes hoteles de la cadena, y comprendí que era lo que faltaba en mi vida. Había estado tan centrado en mis metas y en destronar a Charlize, que me había conformado con relaciones de una noche de las cuales solo recordaba poco. Llegaba el momento de volver apostar por una

relación. Aunque no sabía exactamente si sería con May. De algo estaba seguro, no era solo sexual, aunque tampoco podría decir que estuviera enamorado, desconocía lo que significaba estarlo y seguía convencido que en pleno siglo XXI estaba sobrevalorado.

Puse el móvil a cargar y me deshice del pantalón y de la camisa, sentándome en el sillón y pensando en que no recordaba cuándo había sido la última vez en amar a alguien. May había sido la única persona que se atrevió a hablarme con verdadera pasión de ello.

«¡Maldición! Estoy en problemas, en graves problemas», bufé para mí mismo, consciente de que debía detenerlo, sin embargo, en el fondo no quería.

Ese par de viejos habían sido los causantes de todo aquello y lo peor era que dieron en el clavo.

No podía apostar si May sentía lo mismo, pero si los dos dejábamos a un lado las peleas, quizás todo cambiaría. Era inevitable ignorar la sensación que aparecía, el hecho de arriesgarme, de saber hasta dónde sería capaz. El móvil sonó, sacándome de mis pensamientos. Me levanté a buscarlo y vi el número de la torre Lancaster.

—Buenos tardes, Leah —la saludé.

—Buenas tardes, Marcus —me dijo desde el otro lado de la línea—. Acabo de recibir los informes del presupuesto de la construcción del hotel, así como también la confirmación del vuelo para las Canarias el día de mañana.

—Envíamelos lo más pronto posible para revisarlos —le ordené.

—¿También confirmo las reservas para el martes?

—Sí, Leah. Si todo va como se ha vuelto a planear, pronto podrás trabajar para mí y no para el grupo Lancaster. —Ella suspiró y escuché un deje de satisfacción de su parte.

—Llevo trabajando para ti desde que volviste y será un honor seguir formando parte de tu equipo.

—Gracias, Leah, por tu sinceridad.

—No me las des —respondió—. Espero buenas noticias y disfruta de esa estancia en Canarias.

«Las Islas», pensé. Lo poco que conocía de ellas había sido a través de mi abuelo cuando era pequeño, que me hablaba de aquellos paisajes enigmáticos.

Ahora que trataba de encontrar un equilibrio entre May y yo, no tenía idea de si era bueno omitir el detalle de que iría a Canarias.

Quizás estando en el lugar en el que May era ella misma, sin ataduras, lograría que esas incesantes discusiones se acabaran. «Estás a tiempo de echarte atrás, Marcus», me dije, tratando de encontrar la lógica. No obstante, no podría estar el resto de mi vida pensando si debía haber seguido intentándolo.

Solo esperaba que ese chuchito espantoso no estuviera alrededor de ella. ¿Cómo era que se llamaba? ¿Goku? ¡Joder! ¡¿Qué más me daba?! Ese animal era lo más horrible que había visto en mi vida. Chasqué la lengua al darme cuenta de que pensaba en ese experimento científico y no en los problemas que debía resolver.

Respiré profundo para despedirme de Leah con la plena convicción de que esa visita a las Islas me despejaría de incertidumbres.

—Lo haré —le respondí—. Necesito un chofer a disposición por la noche para Pedro González y su mujer —le pedí—. Notifícaselo a su asistente para que a las nueve en punto esté en la puerta de su casa.

—De inmediato lo haré.

—Gracias —le dije a modo de despedida—. Buen fin de semana.

—Buen fin de semana, Marcus.

Me levanté y busqué entre mi equipaje ropa para cambiarme; afortunadamente, había traído otro par de zapatos con los que estaría

presentable para el almuerzo en el que tendría que encontrar alguna buena explicación para los representantes de la editorial por mi invitación. Entré a la ducha y solo allí recordé el mordisco que May me había devuelto. Ese beso con ganas que me había dado y ese maldito vestido que llevaba, insinuando el canalillo, además, de que apenas le cubría los muslos.

Las ganas de volver a escucharla gemir aparecieron y con ello una erección. Solté aire ante la inminente idea de volver a masturbarme; no era lo que realmente me apetecía, pero necesitaba controlarme antes de que sucediera delante de May y se dieran cuenta de ello.

May

En cuanto pisé el hotel, las miradas recayeron en mí, miradas sorprendidas por mi aspecto. Dignamente, caminé acompañada de Darth V, que también llevaba el hocico en alto, hasta que escuché un: «¡Oh, Dios mío!» de Roxana.

Darth V le gruñó en cuanto se acercó y me incliné rápidamente para evitar otro espectáculo.

—No seas malo con ella —le murmuré—. Estamos horribles, Darth V, olemos asquerosamente y es normal que esté al borde de un ataque de nervios —le dije acariciándole la cabeza—. Así que no le gruñas o ladres, acuérdate de que será tu compañera el resto de la tarde y quiero sentirme orgullosa de ti.

Darth V me miró, entendiendo cada palabra, se giró de nuevo a Roxana y luego hacia mí, acomodando su cabeza en mi pecho. Roxana se acercó con el rostro pálido y subimos al ascensor, no iba a darle explicaciones, ella respiraba con dificultad y murmuraba que Jack la echaría por su ineptitud. Al abrir las puertas del ascensor caminamos hasta llegar a la habitación y, como no estaba segura de si mi tarjeta serviría, tuve que girarme a ella y hablarle.

—¿Tienes la otra tarjeta? —le pregunté—. Quiero entrar a ducharme y restregarme con una esponja si es posible.

—Sí —respondió con los ojos abiertos—. May —me llamó—, ¿sabes que estoy metida en un problema? Jack no deja de llamarme preguntando por qué no le respondes las llamadas, quiere saber que tiene que ver Marcus Lancaster

con este cambio.

No pudo disimular su cara de asco en cuanto me miró de arriba abajo, era normal que estuviera histérica. «¿Cómo diablos le va a explicar a su jefe qué May Gohshed tiene aspecto de haberse estado revolcando con cerdos?». Temblorosa me dio la tarjeta y abrí la puerta.

Le quité la cadena a Darth V, que entró con rapidez para otear de nuevo el lugar mientras me quitaba los zapatos y sacaba del bolso lo poco que podía recuperar que no estuviera húmedo, a la vez me quité la ropa sin importarme quedar desnuda delante de Roxana. Nunca había ido en plan diva, pero en esa ocasión no estaba de humor para escuchar sus preocupaciones.

Entendía que Jack quisiera explicaciones, pero no encontraba ninguna que pudiera creerme. Tenía un problema y no era el único. Miré mi ropa y me maldije al pensar que solo había traído dos vestidos para ocasiones de este tipo, por lo que no tenía más remedio que usar ese que mi madre había insistido en que metiera para poder ducharme con rapidez y dirigirme al almuerzo.

Marcus Lancaster era el creador de toda la parafernalia, así que él sería quien se encargaría de encontrar la excusa perfecta para que todos comprendieran esa invitación tan repentina. Saqué el vestido del armario junto con ese conjunto interior que me había dado suerte. Chantal me lo había regalado con la plena convicción que me enrollaría con algún famoso en mi gira.

Lo dejé en la cama mientras el silencio invadía la habitación. Era la primera vez que me atrevía a pasearme de esta manera delante de Roxana, durante esos segundos recordé a Ethan, entendiendo su enorme egocentrismo. Era una forma de silenciar a muchos, así que fue una certera decisión quedarme en pelotas para no escuchar ni reproches ni histerismos. Me giré hacia Roxana, que se ruborizó enseguida.

—¿Podrías llevar a Darth V a una peluquería canina? —le pedí, mirándola como si no sucediera nada.

—¿Peluquería canina? Pero no tendré tiempo para...—Levanté las manos.

—Tiempo tienes de sobra. Eres mi asistente, creo recordar, por tanto, busca una peluquería canina, que debe haber alguna cerca, o pregunta en recepción y recoge esta ropa y, si es posible, llévala a la tintorería. Voy a ducharme para estar puntual en el Imperial Lancaster.

—Lo entiendo —respondió frunciendo el ceño—. ¿Algo más?

—No —respondí entrando al baño.

Roxana cogió la cadena e intentó llamar a Darth V, pero mi perrito la ignoró con deliberación. Cuando volvió a llamarle, la escuché maldecir por lo bajo y me asomé para saber qué sucedía.

Darth V estaba sentado como una estatua egipcia. Vi a Roxana mirar el reloj y de nuevo maldecía en voz baja.

Preferí desentenderme de todo ello, Roxana estaba muy nerviosa, acostumbrada a tener todo atado y esa vez se le había escapado de las manos. A su vez, las últimas semanas de trabajo habían sido una tensión continua: firmas, giras, aviones... Sin olvidar que verme desnuda la había incomodado y que era la primera vez que le exigía. Sin saber por qué sonreí y me metí en la ducha.

Roxana

—¿Por qué demonios este maldito chucho no me hace caso?

Estaba a punto de un colapso nervioso, transpiraba más de lo normal y sin saber aún qué rayos había pasado para que May terminara con ese aspecto. Sin lugar a duda, ese día era el peor de mi vida. Jack no paraba de llamarme y gritarme.

Ella evitaba explicarme qué había pasado haciendo cosas absurdas como pasearse desnuda delante de mí y Darth V seguía sin hacerme caso.

Quería gritar, llorar y mandarlos a todos a la mierda. Llamé por última vez a Darth V y me miró como si fuera poca cosa, incluso abriendo la boca para bostezar.

«Me cago en todo lo que se menea», siseé. Era sorprendente que un perro fuera el determinante de que perdiera mi puesto de trabajo. No, no iba a seguir rogándole, sin perder tiempo fui hasta él y lo pillé de forma desprevenida, sujetándole el hocico por si le diera por morderme.

—Nunca nos hemos llevado bien —le dije—. Por ser tan presuntuoso, si sigues con esta actitud, te juro que te mandaré a la primera perrera y allí te dejaré —le advertí.

Darth V abrió los ojos y seguí andando hasta cerrar la puerta, pensando que solo me quedaba ese día y podría alejarme de May Gohshed por un tiempo.

*«No me tientes,
que si nos tentamos no nos podremos olvidar,
Mario Benedetti».*

Marcus

Bajé diez minutos antes de lo previsto para dirigir a los empleados que me ayudarían en el almuerzo. Los primeros en llegar fueron los directivos, por lo que tuve la oportunidad de explicarles mi invitación repentina.

Las mismas palabras que le pedí a Roxana que informara a los ejecutivos de la editorial, repetí. May y yo éramos buenos amigos y ella se merecía este agasajo especial. Comenzaba a inquietarme por su tardanza hasta que la vi a aparecer.

«Así que quieres torturarme», me dije. Sonreí de lado y me levanté para saludarla, ese minivestido rojo atrajo todas las miradas a medida que se acercaba. Y decidí también jugar con la provocación rozándole la mejilla con los labios hasta llegar al lóbulo de su oreja, justo allí me detuve.

—Has hecho una mala elección con el vestido —murmuré con voz ronca—. Estás en mi territorio, en mi hotel y conozco recovecos...

May

Después de imponerme a Roxana y ducharme, rogando que en los siguientes días no apareciera alguna enfermedad tóxica, me puse el vestido y justo al subir la cremallera, se quedó trabada. El pánico se apoderó de mí.

Esto no podía estar pasándome. Como pude, me lo quité para intentar arreglarlo, pero fue en vano. Deseé saber el número de Marcus y maldecirlo una y otra vez, aunque no solucionaría nada. Escuché el móvil, que me mostraba el nombre de Jack. No podía seguir ignorándolo y respondí, intenté

calmarlo con una historia que ni yo misma me lo creía.

La casualidad de haberme encontrado con Marcus y que Darth V, que jugaba alrededor de los dos, nos enredara con su cadena y lograra que termináramos cayendo en la fuente. Era una mentira a medias que lo llevó a seguir preguntando y yo no sabía si mis respuestas eran acertadas, por lo que finalmente pasó a los reproches injustos y volví a maldecir por toda la eternidad a Marcus Lancaster.

Jack estaba tan enfadado que decidió dejarme en paz, me imaginé que se sentía frustrado. Había sido testigo del intercambio de ironías y groserías que Marcus y yo habíamos tenido en nuestro segundo encuentro en Nueva York. Tal vez pensaba lo mismo que mi parte lógica defendía, que yo era una mujer que creía en el amor y en los finales felices y Marcus lo consideraba absurdo.

Quizá si le contaba lo que estaba sucediendo me ofrecería un consejo honesto. Al segundo lo descarté, recordando sus sentimientos. Deseé llamar a Rosmina y contárselo, pero me llevaría a dudar y no quería seguir en este círculo en que se mantenían mis sentimientos. Me llevé las manos a la cabeza y sacudí mi pelo intentando liberarme de temores, solté aire y me dejé llevar.

Me puse un vaquero, una camiseta y unas bailarinas junto a una bandolera y salí del hotel hacia alguna tienda cercana. Tenía treinta minutos para encontrar el vestido perfecto que provocase a Marcus Lancaster y sería la manera de conocer lo que quería realmente y de castigarlo por arruinarme un día tan importante.

A las dos menos diez abrí la puerta de la habitación, nerviosa, dejando caer algunas bolsas de tiendas conocidas en el suelo a la vez que me desnudaba. Saludé a Roxana sin percatarme de lo que vendría segundo después: un ataque de nervios.

Comenzó a reprocharme y señalarme de que no me daba cuenta de que su puesto de trabajo estaba en juego, de que había ido corriendo a buscar una peluquería canina para complacerme en dejar a Darth V perfecto en menos de veinte minutos para llegar a la habitación y no encontrarme. No sabía muy bien

si calmarla o empezar a reírme debido a su dramatismo.

—Te juro que deseo mandar a todos a que les parta un rayo —protestó—. Me siento sudorosa, pegajosa y mi ropa está arrugada. Decidí llamarte y no me respondiste. ¡Maldita sea, May! —gritó, dejándome sorprendida. Se sentó en el sillón más cercano a la ventana, desalentada—. Este día ha sido el peor de mi vida, tú, Jack y Marcus Lancaster habéis logrado que hoy sea un día de mierda. He intentado que sea como habéis querido, pero sé que no ha sido suficiente

»Jack me ha gritado diciéndome que mis explicaciones no fueron suficientes, la asistente de los directivos de la editorial no ha dejado de llamarme también pidiéndome explicaciones y máxima puntualidad y ningún otro contratiempo o interrupción y cuando llego no estás. —Me reclamó frustrada.

—A May Gohshed se le ha ocurrido irse de compras cuando apenas hay tiempo para este cambio de agenda creado de la nada por un hombre que se cree que es el dueño del mundo —siguió soltando con rabia—. He intentado ser la mejor asistente y hoy me he convertido en la más inepta del planeta. Este fin de semana me daré un atracón de helado en Londres como consuelo al email de despido de Jack que recibiré el lunes. —Y, sin más, comenzó a llorar.

Darth V se acercó, subiéndose a sus piernas sin pedir permiso y le lamió la mejilla un gesto que solía hacer conmigo cuando estaba triste.

—Lo siento —le dije acercándome también y pidiéndole que se levantara. Darth V saltó al suelo y ella se levantó. Le pedí que me imitara, extendiendo los brazos y formara un semicírculo para luego entrar yo y abrazarla. Dio un respingo al no esperarse mi gesto—. Nadie te echará a la calle, te lo prometo —le aseguré—. Y no eres una inepta, un poco plasta sí, pero eres una gran asistente —le dije con sinceridad. Las lágrimas volvieron a salir de sus ojos y la volví a abrazar.

*«Sabes que estás enamorado,
cuando en vez de mirar su cuerpo
te quedas mirando sus ojos».*

May

Luego de resumirle lo que había pasado, me ayudó a vestirme, sorprendiéndose por el vestido que había escogido.

Le di una pobre excusa de que mi intención con el vestido era vengarme de Marcus Lancaster, pero la sonrisa en sus labios me expresó que no me había creído, yo necesitaba aferrarme a algo para seguir adelante. Me ayudó a maquillarme y arreglarme un poco el pelo para que fuese acorde con la vestimenta.

Bajamos con rapidez, tomando el primer taxi y al llegar al hotel Imperial Lancaster sentí un hormigueo en el estómago y mi corazón palpar con rapidez.

Debía mantenerme tranquila y apacible, ignorando las protestas de mi cuerpo y mi mente a abalanzarme sobre él para sentir sus caricias. Debía darle su merecido y demostrarle a mi corazón que jamás podría ser el hombre perfecto que una vez había soñado.

El minivestido rojo logró su efecto, atraer todas las miradas, pero cuando Marcus se acercó no tuvo reparo de decirme al oído sus intenciones, rozándome el lóbulo de la oreja y encendiendo mi cuerpo.

Si hubiera sido en otras circunstancias, accedería a su juego, pero necesitaba darle su merecido y dejarle claro que nadie tomaba decisiones por mí en lo que deseaba hacer.

—En tus sueños —le respondí en voz baja. Frunció el ceño y respiró con profundidad y a pesar de sentir que había ganado el primer *round*, algo me

decía que estaba acostumbrado a persistir y no dejarse vencer a la primera.

Llevó la mano hasta el bajo de mi espalda, provocándome con efecto inmediato un hormigueo en todo el cuerpo.

Caminamos juntos hasta llegar a la mesa donde estaban los directivos, que se levantaron para saludarme, allí me disculpé por la tardanza. Marcus arrimó la silla para invitarme a sentarme y lo hice a sabiendas que se sentaría a mi lado, comenzando a llevar la conversación mientras sonreía de lado, sonrisa que comprendí perfectamente debido a sus palabras.

—Gracias por la invitación —indicó Francisco, uno de los directivos—. Nunca es malo un cambio imprevisto si es a un sitio mejor. —Sonreí, pensando que para ellos era un respiro el que otro pagara sin medir coste, porque eso era lo que le había escuchado a Marcus—. Si todo va como esperamos, la rueda de prensa se hará en tres horas, para luego ir a la firma de libros, que se alargará hasta que tú decidas —me indicó.

—Por los lectores estaré el tiempo que sea —le respondí con un cosquilleo en el estómago ante lo que me esperaba aquella tarde noche.

—No esperaba menos de ti. Sin embargo, sigues sin responder la gran pregunta —añadió.

—Seguirá siendo un secreto —contesté sonriendo mientras bebía de la copa de vino a sabiendas de a qué se refería, la historia que tanto éxito había cosechado.

Marcus

No podía dejar de observarla, no solo por el vestido que llevaba puesto, también me sorprendía cómo la admiraban. Me di cuenta de lo poco que conocía de su trabajo, ni siquiera me había tomado la molestia de preguntarle sobre sus novelas. Quizás tenía razón y solo era sexo.

La observé de nuevo reír y contar cómo había sido el programa en vivo, donde había conocido a su cantante favorito. Se le iluminaron los ojos en ese instante, quería saber más y más de ella. Sonriente, graciosa, sin dejar de expresar a través de sus ojos todas sus vivencias, captando toda tu atención.

—Lamento de nuevo el imprevisto —le susurré en cuanto los directivos rieron a una anécdota.

—Es lo menos que podías hacer después de tirarme con alevosía a la fuente —me respondió en alto. Torcí la boca, me lo estaba poniendo difícil, sobre todo al mentir de esa manera e ignorarme cada vez que intentaba halagarla.

—Creo recordar que tropezamos los dos —respondí, mirándola fijamente para que dejara de lado esa actitud—. Por ello me disculpo también —añadí, y esta vez no la miré a ella, sino a los directivos—. He ocasionado retrasos en todas vuestras agendas.

—No tienes que disculparte —señaló Francisco—. Siempre prevenimos una hora o dos por retrasos de aeropuertos o tráfico.

—Entonces, ¿estoy absuelto? —bromeé, mirándola de nuevo.

—No sé si enviarle un mensaje a Zeus informándole de que acaban de hacerle un golpe de estado en el Olimpo —chinchó finalmente May. «No voy a caer en tus provocaciones, cariño».

—Me gusta resolver los problemas que ocasiono —proseguí, mirándola a los ojos.

Sinceramente, no podía dejar de mirarla. Estaba preciosa y sentarla a mi lado había sido la mejor de las ideas, estaba reprimiendo las ganas de llevar la mano a su muslo y averiguar si llevaba braguitas.

—Por encima de la opinión de los demás —respondió. «¡Joder, May! No sigas subiendo los muros», quise aclararle. Ambos seguíamos con dudas y nos dejábamos llevar por la prudencia. Ladeé la cabeza y sus ojos se cruzaron con los míos.

—Tengo ese defecto, como otros —le indiqué—. Estoy acostumbrado a resolver problemas y dar indicaciones, quizás es el motivo de nuestras discrepancias.

—Interesante saber eso —dijo el directivo, interviniendo en nuestra rara conversación, que lo llenaba de curiosidad—. ¿Y tienes alguno en este momento? —Era evidente que se habían dado cuenta de que algo más ocurría, por lo que tenía que llevarlo a mi terreno y demostrarle a May seguridad.

—No lo llamaría problema, más bien tengo varios motivos para haberme sumado a vuestro almuerzo, entre ellos conocer la historia que ha sido top mundial en ventas —respondí con honestidad.

Me miraron desconcertados, quizá cuando me presenté como un buen amigo habían asumido que conocía su trabajo. «Pues no, aún no conozco sus historias, Francisco». May abrió los ojos, sorprendida.

—Es sorprendente que siendo su amigo no hayas leído aún el libro de May —señaló con ironía Francisco. Carraspeé un poco y sonreí de lado.

—Me has pillado, Francisco —respondí para que se tomara a broma toda situación—. Debo confesar que no leo literatura romántica y no me hagas decir más, que durante el vuelo entre Nueva York y Londres en el que coincidimos me las tuve que ingeniar para evitar que sacara alguna espada de caballero andante.

May

No reconocía el hombre que tenía a mi lado. Estaba tan acostumbrada al hombre estirado con el palo metido en el culo que era lo que menos me imaginaba. No pude contener mi sonrisa y pensé que tal vez podría intentarlo.

—¿Por qué no hablas de nuestro trato? —le pregunté antes de meterme algo de comida en la boca. Marcus levantó una ceja y sonrió de lado.

—Que conste que la que propuso el trato fuiste tú —me recordó con picardía. Volvimos a mirarnos y esta vez bajé la guardia al completo, dejándome guiar por la fuerte atracción que nos atrapaba. Nuestras piernas se rozaron, un impulso que no pudimos evitar. Bebí un poco de vino, percatándome de que los directivos esperaban el siguiente paso de alguno de los dos. Suspiré, tratando de recordar exactamente la respuesta que le había dado a Marcus en el vuelo.

—Le dije que le demostraría que el amor era imprescindible en todos los aspectos de nuestras vidas.

—Un trato interesante, pero ¿cómo se lo demostrarías? —preguntó uno de ellos. Empezaba a complicarse el cómo salir de esta situación.

—He de confesar que me dejé llevar, me sentí ofendida con el gesto en su cara en cuanto supo que escribía literatura romántica. Desde un principio me di cuenta de que no sería fácil y me propuse lograr que le entrase la curiosidad por leer mis novelas, pero fue en vano.

Rogué que con eso su curiosidad fuera saciada y me pareció que lo había logrado, al ver cómo se carcajearon. Marcus y yo volvimos a mirarnos, olvidando por unos segundos nuestro alrededor. Bajó la mano hasta mi pierna y sentí su calidez junto a una sutil caricia.

—Yo estaba dispuesto a cerrar ese trato —dijo Marcus, bebiendo un poco de su copa. Solté aire poco a poco, disimulando cómo se me erizaba la piel. Me giré hacia él, mi plan había fallado en todos los sentidos, quería hacerle pasar un mal rato y me estaba haciendo imposible con su mano subiendo por mi muslo, naciendo las ganas de que me besara y que llevara a cabo todo lo que me había insinuado en ese beso de dos horas atrás. A pesar de que no tendría mi final feliz, como en las historias que había escrito, tenía que aceptar la necesidad de saber a dónde nos llevaría lo que sucedía.

—¿El trato sigue en pie? —murmuré mientras los directivos hablaban entre ellos. La respuesta la tuve inmediato, sin importarle quién nos viera su mano acunó la mía y fijó los ojos en mí.

—Sí.

*«Solo avísame si vamos a perder los modales
para vestirme de etiqueta».*

Marcus

Francisco de nuevo me agradeció la velada cuando nos despedimos. Miré mi reloj y supe que aún tenía tiempo antes de que May partiera a la rueda de prensa. Le sujeté la mano dispuesto a llevarla a algún recoveco del hotel.

—Es hora de que tú y yo resolvamos ciertas diferencias.

—No creo que sea el momento. —Decidí ignorar su excusa y proseguí recorriendo pasillo hasta entrar a una oficina en la que se encontraba un empleado.

—¡Señor Lancaster! —exclamó nervioso. Miré en el distintivo su nombre para dirigirme a él con propiedad.

—Alberto, ¿podría dejarme la oficina unos minutos? Necesito hablar a solas con la señorita.

Parpadeó varias veces sin entender. Aun así, se levantó, recogió su móvil y salió de la oficina.

Me giré hacia May en cuanto la puerta se cerró, la atraje a mí y la besé. Sabía que todos se enterarían de lo que estaba sucediendo y que me compararían con Ethan, sin embargo, no me importaba, solo quería volver a saborear sus labios y viajar por su cuerpo.

Con mi lengua recorrí cada recoveco de su boca, a la vez que mi mano serpenteaba por su silueta hasta meterla por debajo de su vestido, descubriendo un diminuto tanga que hice a un lado para jugar un rato con su botón del deseo. Ella gimió y enterró los dedos en mis hombros mientras apoyaba la cabeza en mi pecho dejándose llevar.

Con la otra mano bajé la parte de arriba de su vestido y me deleité con su pecho, las manos de May me agarraron del pelo, tirando de él hasta que volví a atrapar sus labios con los míos mientras sus manos bajaron a mi polla bajando la bragueta para sujetarla endureciéndola mucho más de lo que estaba. Solo había una forma de acabar con esta necesidad que teníamos.

Dejé de besarla y la giré sobre el escritorio para que apoyara los brazos allí. Subí las dos manos por sus muslos para bajarle el tanga, que me metí en la americana, y saqué de mi billetera un preservativo. Lo rasgué y me lo puse, sin perder tiempo para entrar en ella.

—¡Joder! —gruñí. Me recibía igual que ese sábado, succionándome al completo por lo que volví a empujar. Estaba tan prieto que me iba a correr en cualquier momento. May se acomodó mejor, sabía que estaba muy excitado—. Déjate llevar... —siseé. En ese instante sentí cómo sus entrañas comenzaban a abrazarme y apresuré mis embestidas hasta que solté un gruñido gutural dejándome caer en su espalda. Por unos segundos, deseé estar en la *suite* para quitarle toda esa ropa que sobraba y besar cada centímetro de su piel.

May

Aunque hubiera dado el pretexto de que no era el momento, estaba más que dispuesta a volver a sentir sus caricias. Marcus sujetó mi brazo, llevándome hasta él y me besó con la posesividad que solía hacerlo a la vez que su mano me subía por la pierna hasta hacer de lado el tanga y comenzar a toquetear mi clítoris con ansias y precisión.

Me había dejado desarmada hasta tal punto que no pude disimular mi gemido. Enterré los dedos en sus hombros y apoyé la cabeza en su pecho, dejando que me invadieran toda clase de sensaciones, hasta que decidió atormentar uno de mis pechos con su lengua.

Enterré los dedos en sus cabellos, acercándolo más, indicándole que no parara, pero lo hizo para volver a atrapar mis labios. Torpemente, bajé las manos hasta su miembro notando lo duro que estaba, por lo que le desabroché el botón del pantalón y le bajé la bragueta para sujetarlo, marcando así movimientos que lo excitaron aún más, solo entonces me dejó de besar para girarme e indicarme que apoyara mis brazos en el escritorio.

Mi cuerpo cedía ante las sensaciones del hormigueo que me recorría de arriba abajo. Cerré los ojos a sabiendas que había gente que tal vez nos podía escuchar, eso logró que la adrenalina fuera mayor.

Lo escuché gruñir en cuanto entró en mí y lo recibí con ansias que lo llevaron a volver a embestirme con fuerza y precisión.

—Déjate llevar... —siseó. No podía explicar por qué su voz y su seguridad me llevaban a recibirlo sin querer que parase, por lo que lo hice, originando una vorágine de sensaciones que terminaron en un orgasmo arrollador que me dejó por segundos sin respiración.

Marcus se apartó, no sin antes depositarme un beso en el hombro, rodeándome la cintura para ayudarme a erguirme, haciéndome girar para quedar frente a frente y besarme con sutileza.

Ese gesto me desarmó aún más, sobre todo cuando mi cuerpo no se había recuperado del orgasmo. Se alejó para quitarse el preservativo, amarrándolo y metiéndoselo en el bolsillo, evitando así dejar cualquier indicio para un cotilleo. Comencé a arreglarme el vestido, recordando que me faltaba mi ropa interior, por lo que lo miré.

—No pienso dártela —me dijo sonriendo de lado.

—¿Tienes algún fetiche? —pregunté sobre la marcha—. No puedo ir sin ropa interior por ahí.

—Sí puedes —respondió mientras se acomodaba la camisa—. Nadie lo notará.

—¿Cómo que nadie lo notará? —repuse, frunciendo el ceño—. ¡Yo lo notaré! —protesté.

—Cierto, y por tal motivo te diré que es una manera de chantajearte. Si no fuera por esa rueda de prensa, te juro que te llevaría a la habitación ya mismo, por lo que no me queda más remedio que recuerdes a partir de ahora que el tiempo libre que tengamos sucederán situaciones así. —Lo miré sorprendida, evitando apretar las piernas ante esa promesa.

—¿Eres así con todas?

—No soy Ethan —me dijo dolido—. Estoy intentando ser honesto contigo, pero sacando conclusiones así, me jodes.

—¿Te jodo? Perdona, don perfecto, pero no te conozco de nada —respondí. Era una torpeza por mi parte ya que minaba cualquier acercamiento. Me quedaba la última oportunidad para no llenarme de ilusiones.

Sí, era soñadora, sí, la ilusión de tener una relación de verdad crecía cada segundo, sí, quería que esa relación fuese con él.

—¿Por qué te empeñas en echarlo a perder? Intento conocerte, intento saber si podría funcionar lo que estamos viviendo, pero decides dinamitarlo con respuestas absurdas.

Abrí la boca para responderle y la cerré, aceptando que tenía razón. «May, la has cagado», me dije.

¿Cómo podría disculparme? Solo un hombre me había insinuado algo así, pero mis sentimientos no le correspondían. «¡Mecachis!» Defendía al amor, pero había dejado de apostar de que yo podría tener la oportunidad de vivir lo que era sentirse amada.

Sí, era un golpe bajo meter en el mismo saco de los idiotas a Marcus. Lo miré de reojo, arrepentida. Me había dejado llevar por los estereotipos de mis experiencias y de aquellos personajes que había descrito en mis novelas.

Quizás Marcus tenía razón, la vida real no era un cuento de amor. Respiré profundo y apreté los labios, debía ser valiente y reconocer que había sido injusta.

—Sé que una disculpa no es suficiente, pero piensa que, desde que nos conocemos, los únicos momentos en los que no hemos discutidos es cuando estamos en plena faena.

—¿Faena? —se burló de mí sin disimulo alguno.

«¿Faena, May?, ¿en serio has dicho faena?». Me maldije por soltar

semejante estupidez.

—Me pregunto si tus libros son ñoños o tienen escenas calientes. —Abrí la boca para responder a esa pregunta trampa y la cerré al segundo.

«¡Será capullo!»—. Fruncí el ceño.— «¿Libros ñoños?». Deseé responderle, pero no estaba muy segura de si eso era un insulto o se burlaba de mí. En todo caso, mis historias no eran ñoñas. Tenían su parte tierna y romántica, aparte de sus escenas sexuales en los puntos neurálgicos. Fijé los ojos en él, que mantenía la sonrisa en los labios, me estaba provocando y lo había conseguido.

—Cuando estamos follando —le respondí levantando una ceja—. ¿Contento?

Marcus rio a carcajadas y me llevó hacia él, besándome de nuevo. El cosquilleo nació una vez más, la ilusión se hizo paso, abriéndole así la puerta de mi corazón.

«Se me olvidó que en el amor no hay que ser valiente

Alejandro Sanz».

Marcus

Definitivamente, May era diferente y solo eso me llevaba a que deseara conocerla más a fondo, era peligroso para todo lo que había planeado, pero, por mucho que me pudiera llevar a la cuerda floja, complementaba esa parte de mí que había apartado y que comenzaba a darme cuenta de que necesitaba, ella había despertado de nuevo mi espíritu aventurero y jovial.

—¿Te gustaría que te acompañara? —le pregunté.

—¿A la rueda de prensa? —respondió sorprendida.

—He dicho que quiero conocer tus historias, así que, es más fácil llegar a cierta conclusión con las preguntas que te hagan los periodistas.

—¡¿Serás tacaño?! —me dijo, sin que entendiera a qué se refería ahora—. Prefieres ir a la rueda de prensa que comprar mi libro. —Reí a carcajadas, de todas las etiquetas que podía ponerme, esa era la que menos me había imaginado. Me crucé de brazos, entrecerrando los ojos.

—Ya que te gustan tanto los tratos, amplíemos el nuestro —le dije—. Si me convencen tus respuestas, no solo compraré el libro, haré la fila para que me lo firmes. Pero ten en cuenta lo que sucedería si no me convence. De todas formas, los dos casos llevan un extra, quiero que me acompañes esta noche a cenar con el constructor del nuevo hotel.

—¿Este es un trato a tu conveniencia! —protestó—. ¿Qué gano yo en todo esto?

—¿Quieres que te lo explique ahora o esperas hasta la noche y lo experimentas?

May

De nuevo me dejaba sin palabras y lo maldije por llenar mi mente de todo tipo de imágenes en las que gemía, pedía más y enterraba los dedos en su espalda. Escuchamos el móvil, que me salvaba de pedirle que me diese un adelanto. Vi el número de Roxana y me imaginé que estaba al borde de un ataque de nervios.

—Debo irme —le dije con cierto pesar.

—Te acompaño —sugirió. El cosquilleo en mi cuerpo aumentó y eso no me gustaba nada.

—No —contesté. No es que no quisiera que me acompañase, el problema estaba en que, si lo hacía, la rueda de prensa sería un completo desastre al pensar cada segundo que estaba a unos metros de mí, y confesarle eso lograría que su ego se engrandeciera.

Me mordí el labio con la idea que acababa de cruzármeme por la mente. Me acerqué, arreglándole los botones mal puestos de la camisa, y al mirarlo me sonrió, logrando que el instante terminase siendo íntimo en cuanto me rodeó con los brazos la cintura—. Si realmente te interesa conocer mi novela, llama a Roxana y respóndele la pregunta que te hará. —Se carcajeó, negando con la cabeza.

—¡Así que tengo que ganarme una credencial! —me respondió, acercándonos mucho más hasta que nuestros pechos se rozaron—. Soy experto en negociar, cariño —añadió con aires de superioridad. Deseaba ahorcarlo por su actitud, sin embargo, sonreí.

—Demuéstramelo —añadí, acercándome un poco más para morderle el labio inferior y alejarme con rapidez y salir por la puerta, aunque llegué a escuchar sus últimas palabras.

—Estoy seguro de que en cinco minutos la tendré.

Quise darme la vuelta, pero era mejor seguir el camino antes de dejarme llevar por los impulsos y las sensaciones que me invadían. Llegué al vestíbulo

con una sonrisa tonta plasmada en los labios, por mucho que quisiera ignorar la ilusión que se abría paso, mis deseos se habían cumplido y, aunque sonara egoísta, quería más de él, mucho más.

Si eran ciertas sus intenciones, algo me decía que no se daría por vencido, y yo no quería que lo hiciera. Roxana me esperaba como solía hacerlo, nerviosa, y le sonreí para calmarla, pero no tuvo efecto, volvía la chica obsesa del orden. De inmediato hizo una llamada y salimos del hotel a esperar un coche que nos llevaría al lugar de la rueda de prensa.

Traté de centrarme en lo que viviría aquella tarde y me estaba siendo imposible, por mucho que luchaba por apartar mis fantasías, era difícil ignorar que aquellas que una vez plasmé en el papel las estuviera viviendo. Estuve a punto de llamar a Rosmina, pero, por mucho que hubiera sido mi compañera de locuras y desdichas, me daría con un sartén para que reaccionase y pusiera los pies en la tierra.

Pero ¿qué se podía esperar de mí cuando escribía sobre el amor? Solo entonces me atreví a preguntarme por qué rayos estaba sucediendo todo de una manera tan extraña. El destino actuaba de manera incomprensible y recordé lo que había aprendido a través de mis novelas, y era que todos cambiamos el camino de nuestras vidas cuando menos lo pensamos.

«¿Quieres que te lo explique ahora o esperas hasta la noche y lo experimentas?», —recordé sus palabras—. «¡Eres un idiota, Marcus!», —me dije sonriendo de nuevo—, «por tu culpa no podré centrarme en la rueda de prensa, imaginando todo tipo de situaciones».

—May —me llamó Roxana—, Jack me pidió que te recordara que en cuanto te pregunten sobre tu nueva novela tienes que dejarlos a la expectativa.

Caí en la realidad, dejarlos en la expectativa no sería tan fácil y Jack lo sabía. Estaba bloqueada, sin poder encontrar el hilo de la historia, y estaba pasando por ello desde que había aparecido Marcus.

—Lo intentaré —le confesé—, a pesar de que apenas tengo ideas, por eso necesito desconectar.

—Lo harás —indicó Roxana, animándome—. Mañana comenzarás. Volarás a Canarias y te olvidarás de todo esto —prosiguió a sabiendas que serían también sus vacaciones.

—Necesito conectar de nuevo con el silencio y la inspiración —le hice saber. Al menos me quedaba eso, y recordé que Marcus no tenía ni idea de que viajaría a las Islas, así como también me vino a la mente esa respuesta chulesca por su parte con referente a la credencia.

«Estoy seguro de que en cinco minutos la tendré—dijo—. ¡Será creído!, —pensé—. Vamos a ver si lo logras». Tenía que pensar en algo con lo que se quedara bastante descolocado.

—Roxana, tienes otra misión. —Se giró a mí con los ojos abiertos—. No tengo ni idea de si Marcus Lancaster tiene tu número, me imagino que se encargará de encontrarlo, pero te llamará con el fin de responder una pregunta que tienes que hacerle.

—¿Cómo? —preguntó desconcertada.

—No te agobies ni llames a los marines —le pedí con seguridad—. Primero, debes buscar una credencial en cuanto llegemos y mantenerla contigo hasta que te llame, es una pequeña prueba que debe pasar. En el caso que llegase a responder, que espero que no lo logre, le dirás que lo esperas para entrégasela.

Sus ojos se abrieron mucho más y me imaginé que pensaba que volvía con una nueva excentricidad. Respiró lentamente y supuse que su mente bullía con insultos hacia mí y tal vez preguntándose por aquel juego raro que nos traíamos Marcus y yo. Hasta hacía unas horas lo odiaba y ahora tenía que darle una credencial dependiendo de una respuesta.

—May, no comprendo lo que estáis haciendo y no sé si te beneficia, sobre todo cuando Jack está muy enfadado contigo —me dijo con sinceridad y entendí a qué se refería exactamente. Todos conocían las atenciones extra que tenía Jack hacia mí.

—Entiendo tu lealtad hacia Jack, pero hace unos días fui honesta con él. No puedo explicar lo que sucede con Marcus, todo ha sido tan extraño que me incita a querer descubrir más, a sabiendas de que puedo terminar

estrellándome.

Esperaba que me comprendiera, varias veces me había confesado que le encantaría vivir alguna historia de amor como las escritas, pero dudaba que pudiera lograrlo cuando todo lo planificaba al milímetro y odiaba que se le saliera de las manos. Sin embargo, me sonrió, y eso alentaba a que me apoyaría.

—¿Qué debo hacer? —No pude resistirme y la abracé, a sabiendas que eso la incomodaba.

—En cuanto te llame, le pedirás que te diga tres nombres de protagonistas de las novelas románticas más importante de la historia.

—¿Hablas en serio? —pregunto sorprendida—. Dudo que los sepa.

—Exacto. Pero ten cuidado con sus respuestas —le dije—, sabe cómo negociar.

—¿Por qué me pones en estos aprietos? —me dijo en ruegos. Sonreí.

—Porque necesito saber lo que es capaz de hacer.

*«No me importan los obstáculos,
mi objetivo eres tú».*

Marcus

—Roxana, ¿qué te parece si nos saltamos esa pregunta y me esperas en la entrada? —le sugerí, pensando que esta vez May se había superado. Ya había logrado escaparse en el hotel y ahora me retaba con inteligencia.

Sabía que debía ganarme como fuese su confianza, ya no era una necesidad sexual, era descubrir a esa chica que se imponía, se dejaba llevar y me retaba como lo estaba haciendo. Me froté la cabeza, pensando, pero mi mente solo se centraba en el fin de semana para descubrirla. Algo que no debía pasar, pero la necesidad era mucho más grande y tenía ese otro pequeño detalle, aún no le había hablado de ello, por lo que tenía que ingeniármelas para explicarle que también iría a Canarias.

Sin embargo, no me esperaba que hubiese jugado tan bien sus cartas. May tenía un problema, y era que yo estaba acostumbrado a negociar y no iba a perder esta vez.

—Lo siento, señor Lancaster, pero debo seguir las instrucciones de mi jefa —respondió Roxana.

—Lo comprendo —le dije para ganarme su confianza—. Aunque comienzo a preguntarme si no tienes curiosidad por ver la actitud de May si me viera allí sorpresivamente.

—Le sugiero que vaya a la firma de libros y compre un ejemplar, estoy segura de que se lo firmaría con gusto. —Reí a carcajadas.

May había entrenado muy bien a su asistente, su papel lo llevaba con un gran sobresaliente, tenía que pensar con rapidez para metérmela en el bolsillo.

—Está bien —respondí pensando que debía seguir negociando, con la incertidumbre de saber cómo actuaría May si me viese en esa rueda de prensa —. Recuérdame la pregunta —le dije—. Tal vez si te respondo un sesenta y seis por ciento, tendría tu redención. —Esta vez la escuché sonreír, eso era buena señal.

—La repetiré, señor Lancaster, la pregunta es la siguiente: debe decirme al menos dos nombres de protagonistas de las novelas románticas más importante de la historia.

—Podría darte el nombre de una autora, como, por ejemplo, Jane Austen —me apresuré a responder, trayéndola a mi terreno.

—Lo siento, la pregunta es sobre personajes —me indicó con sarcasmo—. Debería conocer los personajes de la literatura clásica inglesa —respondió con retintín y volví a reír, pensando que a las mujeres le encantaban torturar a los hombres.

—Claro que conozco la literatura —añadí, fingiendo estar ofendido—. Era un asiduo lector, pero no de novelas románticas. En todo caso, con eso me estas afirmando que voy por buen camino —indiqué con burla—. Si hablamos de Jane Austen. Entonces podemos nombrar a Elizabeth Bennet.

—Creo que me está tomando el pelo, señor Lancaster —puntualizó Roxana. En ese instante me la imaginé frunciendo el ceño y sonreí.

—Para serte sincero, no soy de esos tipos de hombre, solo quiero lograr tener esa credencial, sobre todo para darle su merecido a tu jefa por vengativa.

—¿Vengativa? —preguntó curiosa Roxana.

—Si, he de confesar que desconozco sus novelas y se lo hice saber, por eso me ha puesto a prueba. Y ya que me ha puesto ciertas condiciones, intentaré ganármela con honestidad —le dije, y proseguí con el trabajo de meterme en el bolsillo a la asistente de May—. Según mis cálculos llevo el treinta y tres por ciento de la respuesta, me imagino que es un buen indicio. —Esta vez Roxana rio a carcajadas.

—Eso es correcto, le quedarían dos personajes, si le doy alguna pista —me dijo. Y yo canté «¡bingo!» en ese instante—. ¿Qué tal esas historias de amores enfermizos, llenos de envidias y venganza?

No estaba muy seguro de si describía a Charlize con eso de las venganzas,

pero con esa pista sabía hacía donde quería dirigirse. Pero tenía un problema había olvidado el apellido del personaje. Solo me quedaba arriesgarme y que ella se apiadara más por la curiosidad de saber que haría May en cuanto me viese...

—Me hablas de Catherine, de *Cumbres borrascosas*—respondí y ella sonrió de nuevo.

—Ya que ambos tenemos curiosidad sobre lo que pueda pasar, daré por hecho, que la tercera respuesta la ha respondido, por lo que tiene veinte minutos para atravesar la ciudad y darle así la credencial—señaló Roxana triunfante.

—No me hacen falta tantos minutos, estoy en la puerta, no es muy difícil indagar donde estará la autora romántica del momento —le indiqué. Ella cortó la llamada y unos minutos después la vi aparecer con cierto nerviosismo y una sonrisilla reflejada en el rostro.

—Buenas tardes, Roxana.

—Buenas tardes, señor Lancaster. —Alargó la mano y me dio la credencial—. Le he reservado un asiento en la segunda fila —me indicó invitándome a seguirla.

—Muchas gracias, pero prefiero estar en la última, no soy muy amigo de los medios —le confesé—. Encontraré la forma de que May se dé cuenta que estoy ahí —le aseguré, ella dudó y su móvil timbró, pero sonrió nerviosa de nuevo a modo de disculpa.

—Debo irme.

—Nos vemos dentro —le dije de nuevo—. Gracias por tu ayuda —añadí mientras se despedía con rapidez. Respiré con profundidad, pensando que hacía años me había jurado que evitaría estar en lugares atestado por la prensa y ahora estaba a punto de entrar a un salón en el que habría algún medio inglés que me reconocería al instante.

Y la duda me invadió, pensando si era conveniente arriesgarme a salir a la

palestra o debía mantenerme alejado, como hasta entonces. Suspiré en alto, May estaba metida en mi mente todo el maldito día, ya fuera para tener sexo o provocarla para que respondiera con esa lengua mordaz, o simplemente para tenerla a mi lado.

Durante mucho tiempo había estado rodeado de mujeres que decían lo que era conveniente para que les hiciera caso, hasta que apareció May, llevándome siempre la contraria, logrando que las ganas de callarla con un beso aparecieran constantemente.

Así como, también, las de conocer hasta dónde era capaz de dejarse llevar por su tozudez.

Solté aire, ya estaba allí y no podía echarme atrás, tal vez Leopold tenía razón, entre May yo había nacido la pasión sin saber cómo ni cuándo.

Caminé hasta la entrada del salón y abrí la puerta con la única intención de conocer a May Gohshed, rompiendo esa promesa que me había hecho de no volver a tener ninguna relación con alguien que tuviera que ver con el estrellato y la fama.

May

Respiré tres veces antes de salir al salón atestado de medios de comunicación. Me llamó la atención no ver a Roxana por ningún lado, pero, conociéndola como la conocía, me imaginé que estaría culminando detalles, de nuevo apareció un hormigueo, poniéndome más nerviosa de lo que estaba.

Me pregunté si el que no estuviera a mi lado Roxana sería porque Marcus había acertado, pero enseguida deseché esa idea. Era imposible que conociera la respuesta, si no creía en el amor, mucho menos leería novelas románticas, así que achaqué el hormigueo a los nervios de estar por fin en mi país.

Uno de los ejecutivos me sujetó el codo, sacándome de mis pensamientos, y me condujo por el pasillo hasta estar frente a la puerta. Respiré lentamente para calmar mis nervios y el escalofrío que me recorrió el cuerpo.

Mantenia mi miedo escénico, era imposible controlarlo, a pesar de haber

estado en diferentes talleres y con personas que trabajaban para que no apareciera. Las puertas se abrieron y caminé, saludando a todos y sentándome junto a la presentadora para así dar inicio a la rueda de prensa.

Las preguntas iban y venían sobre el personaje femenino, las escenas y la historia en sí y, a medida que fui respondiendo, sabía que se acercaba la pregunta de siempre.

—En el famoso programa de la cadena norteamericana se habló de ello, por lo que me remito de nuevo a la pregunta, sobre todo cuando en la siguiente escena nos muestra lo vulnerable que pueden ser los hombres, ¿me permitiría leerla?

—Adelante —le pedí, a pesar de sentir el temor porque mis emociones afloraran, llevando a que la gente siguiera preguntándome si existía o no mi protagonista. La periodista sonrió y abrió el libro.

—Su mirada, intensa que escondía su verdadera edad, junto a su sonrisa de lado, logró hacerme jadear en el instante en que se me acercó, pasando su pulgar por mi labio inferior. No pude seguir renegando de todo lo que nacía en mi interior, así como tampoco rechazar sus brazos, que me envolvían, dejándome notar su perfume, esa esencia varonil inconfundible. Noté de inmediato su cuerpo atlético, sin llegar a exagerar, su calor y los latidos de su corazón, pero solo tuvo que decir mi nombre con esa seguridad que desprendía para que me diera cuenta de que me había enamorado de él.

La periodista carraspeó antes de seguir.

—Todos sabemos que son palabras de una mujer enamorada —añadió—. En este caso, hablamos de Maia, pero, si lo analizamos a fondo, cuando hablas de su edad, su perfume, que más adelante mezclas con madera y cítrico, su calor y sus latidos...—La periodista me miró—. Es como si hablaras de un hombre al que hubieras visto cada día. Sé que te resistes a hablar de tu vida privada, pero es que son tantas pistas las que dejas en el aire que, retomo la pregunta que te hicieron en Estados Unidos: ¿realmente no existe ni te inspiraste en un amor del pasado?

Apreté los labios, sintiéndome vulnerable, miré a todo el grupo y evité que

notasen mi reacción al ver a Marcus inmiscuirse entre los periodistas. No sabía qué había escuchado y sentí que mi secreto más íntimo era descubierto. Tenía que centrarme en la pregunta, a pesar de que mi mente solo cavilaba múltiples hipótesis de lo que pudiese estar pensando Marcus.

—Si te doy la misma respuesta, tendremos un problema las dos —le dije—. Sentirás que me voy las ramas y yo tendré la sensación de que escribirás una mala crítica sobre mi libro. —Sonreímos, al igual muchos periodistas, y, sin saber por qué, tuve la necesidad y confesarle parte de la verdad—. ¿Alguna vez has tenido un amor platónico?

—Entonces está basado en una persona de carne y hueso.

—Un amor platónico no necesariamente es una persona real —me apresuré a decirle—. ¿Para qué os voy a mentir? Yo también suspiro por Taylor. —Escuché varias carcajadas y recordé la burla de Marcus. Volví a buscarlo entre todos los congregados y lo encontré, sonreí tratando de transmitirle lo que me hacía sentir—. Sus manos milagrosas, sus caricias y su dominio en la cama, solo de pensar en ello, en esa experiencia que Maia sintió, me hace envidiarla.

Sonreí y di las gracias a todos los que se acercaron antes de pasar a la firma de libros y, con disimulo, busqué a Marcus, intuyendo que se había aburrido de tanta cursilería y finales felices. Me sentí un poco decepcionada y me reproché por pensar en él cuando debería estar feliz por el éxito cosechado.

Uno de los representantes se acercó, invitándome a seguirlo a otro lugar, escuchando mucha algarabía. Era mejor centrarme, quizás había estado en la rueda de prensa por compromiso, pero debía ser consciente de que sería la última vez que lo volvería a ver en mucho tiempo y ese único pensamiento me llenó aún más de decepción.

«Me siento como si estuviera esperando algo que no va a suceder».

Marcus

Entendí perfectamente el juego de palabras, ya le preguntaría si tendría que competir con ese tal Taylor en referente a sus fantasías sexuales, aunque no me había percatado de si se veía con alguien más. De inmediato deseché esa idea, no era nadie para preguntarle, ni mucho menos compararme con un personaje ficticio. Seguí escuchando, a la vez que me preguntaba por qué habían llegado a comparar un personaje de ficción con una persona real.

En cuanto terminó la rueda, le hicieron miles de fotografías y vi cómo se alejaba hacia las afueras del lugar. Allí escuché una algarabía que me hizo replantearme si estaría dispuesto a seguir adelante, sin embargo, sentí un dedo hundirse en mi hombro, me giré y me encontré con Roxana.

—Tengo esta copia de la novela. Está en español, pero podría ayudarle a darle la enhorabuena si lo desea, y podría pedirle que se lo firmase. —Lo cogí y le di las gracias, esperando que se alejara, di unos cuantos pasos y vi el reflejo de flashes, por lo que temí ser fotografiado. Sabía que me exponía y comprendí de que no estaba preparado para afrontarlo.

Me sentí como un completo cobarde. Sin embargo, pesaba más la promesa que me había hecho y decidí abandonar el lugar con una sensación de que decepcionaría a May, asumiendo que, por mucho que ella fuera ese ápice, siempre tendríamos aquel gran obstáculo. Volví al Imperial Lancaster, refugiándome en mi proyecto para así terminar de concretar los puntos con Pedro durante la cena.

La cena con Pedro fue medianamente buena, si no hubiera sido porque su esposa se le ocurrió la idea de nombrar a May. Desde ese instante no pude

centrarme más en la fortaleza que deseaba restaurar. Lo que había contado, me empujaba a seguir preguntándome qué hacer, no recordaba cuándo había sido la última vez que me había encontrado en semejante dilema.

Apenas había podido dormir cuando regresé al hotel, durante el resto del día y la tarde me había convencido de no ir a Canarias, incluso había llamado a Leah para pedirle un cambio a última hora en mis vuelos, todo con el fin de dar un alto a aquel capricho con el que me había empecinado, pero todo se fue al garete cuando Raquel, la mujer de Pedro, decidió darme su versión resumida de la historia.

Maia, la protagonista de la historia, había conocido por casualidad a Taylor en una feria de pueblo, en un debate que comenzaron a tener en las mesas de camping sobre el significado de la vida.

Ambos se enzarzaron en una discusión sobre la evolución científica y los milagros de Dios y se juraron al final odio mutuo. Sin embargo, la casualidad los llevó a tener encuentros fortuitos, hasta que la atracción se hizo presente por medio de una mirada, seguida de un roce y terminando con un beso.

«¿Casualidad?», fue lo único que me vino a la mente ante ese resumen. La misma casualidad que me había llevado a conocer a May, así como también que hubiéramos tenido esos encuentros inesperados. Comenzaba a cuestionarme la vida misma y su forma de maniobrar y no me quedó más remedio que aceptar que debía ir y encontrar una explicación a ese deseo irrefrenable de querer tenerla a mi lado.

También debía tener presente que May estaría decepcionada y tendría no solo reproches, sino dudas. Para ella había sido un desplante por mi parte. Ninguna excusa me serviría para explicarle el por qué me había ido sin acercarme, y en ese instante recordé el compromiso con Leopold. «¡Maldición!».

A ese viejo alemán me era imposible darle esquinazo de por qué había cancelado el viaje, eso podría traerme muy malas consecuencias. Me sentía como un completo gilipollas por haber actuado como un hombre sin experiencias en el mundo de los negocios, dejándome llevar por impulsos. Durante un buen rato me debatí entre si sería mejor que May Gohshed me

odiase por haberla utilizado o perder la oportunidad de ver mi sueño hecho realidad.

Me sentía tan frustrado que decidí ir al gimnasio del hotel para descargar la tensión que mantenía mi cuerpo. Mientras más pensaba, más se me removía la conciencia, por lo que detuve la máquina y me bajé, caminando de un lado a otro. Busqué el móvil, que estaba junto a una toalla de mano que tenía para secarme y, sin preocuparme por la hora, marqué el número y esperé respuesta.

—Una de dos —me saludó Leopold—: o estás detenido o regresas a Londres.

—¿Detenido? —pregunté desconcertado—. Creí que me considerabas un socio honorable.

—Lo eres, chaval —respondió el alemán—. Me gusta madrugar, pero no suelo recibir llamadas a las seis de la mañana. —Resoplé con ese reproche cargado de ironía.

—Si quieres que vaya al grano, lo haré: todo esto ha sido una locura.

—¿Acaso Pedro se ha negado a seguir adelante? —Esta vez rezongué al ver que me lo pondría difícil.

—Sabes que no es eso.

—La mente me falla por la edad —me dijo y resoplé al saber que me mentía—. ¿Será que puedes recordarme qué carajo haces en España?

«¡Qué cabrón es Leopold Gohshed!», me dije.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un manipulador? —le pregunté sin rodeos.

—Creo que me lo han dicho un millón de veces, incluso me parece que me lo has dicho tú, pero, ya sabes, mi mente comienza a fallar. ¿Puedes decirme en qué puedo ayudarte? Mi vejiga no es como antes y debo ir al servicio.

—¿En serio tengo que darte todos los detalles? —le pregunté frustrado.

—Me preocupas —respondió—. Me llamas lleno de dudas y luego me dices que si me tienes que dar todos los detalles. No tengo poderes mágicos, que recuerde.

—No, no tienes poderes, pero sí un poder para exasperar a la gente, cuando recuerdas perfectamente todo.

—Creo que necesitas hablar con alguien y por teléfono no es bueno. Algunas veces un buen trago de güisqui o de un buen vino ayuda a resolver problemas. ¿Qué te parece si en un par de horas te ayudo a solventar esas dudas?

—Leopold...

—Te estaré esperando en El Secreto de los Gohshed. —Suspiré en alto al darme cuenta de que era vital que fuera a las Islas.

—Haré lo que esté al alcance de mi mano para ir —le dije a modo de despedida, maldiciéndolo por empujarme a enfrentarme a May.

Volví a la *suite* y compré el primer billete que encontré, recordando que la vida me había enseñado a no dejarme apabullar.

«Si te besa y sonríe al mismo tiempo,
es amor».

May

Me despert  con desazón y con la firme idea de seguir adelante. Desde que me había encontrado con los lectores sent  un gran cariño que ahogó el desaire de Marcus. Decidí que firmar cuantos ejemplares fuera posible era la mejor manera de mantener mi mente ocupada y agotar mi cuerpo por lo que al volver a la habitación apenas logr  desvestirme y cerró los ojos empujando a lo más profundo los recuerdos de Marcus, hasta que Roxana me despert  tocando la puerta repetidas veces.

Me duché para refrescarme y plantearme las pequeñas metas que comenzarían en cuanto llegase a las islas. Al salir del baño, Darth V corrió hacia mí ladrando y moviendo la cola.

— Mi chiquitito! —dije al verlo—.  Por fin disfrutaremos de unas vacaciones merecidas!

Roxana

Resopl  en cuanto escuch  a ese chucho responderle, no entendía ese amor entre dueña y animal, sobre todo con lo horripilante que era el último, pero eso no fue lo que me llamó la atención. Los ojos de May transmitían tristeza. Me imagin  que era por Lancaster, no comprendía qué había sucedido para que desapareciera de la manera en que lo hizo, había llegado a creer que su interés era sincero, pero no me atrevía a preguntarle a May si era eso. Solo esperaba que aquel reencuentro con sus raíces la ayudase a inspirarse y que olvidara lo que sea que hubiera existido entre ella y Lancaster.

Esper  a que se cambiara y bajamos juntas al buf  del restaurante. All  hablamos sobre la larga cola de lectores y de la ilusión que reflejaban cuando

ella firmaba el ejemplar; luego volvimos a la habitación a recoger nuestro equipaje y nos dirigimos al aeropuerto cerca del mediodía, en donde terminamos de facturar para despedirnos.

No me gustaba que me abrazaran, pero noté que May lo necesitaba de verdad y respondí. Ella me sonrió con la misma mirada de tristeza que la había acompañado el resto de la mañana y se alejó. Solo esperaba que fuera pasajero o, de lo contrario, ya nada sería igual.

May

Caminé hasta la puerta de embarque y me senté a la espera. Había pedido esta vez encarecidamente que me dieran un billete en clase turista, necesitaba por unos días ser una persona normal. Corría el riesgo de no pasar desapercibida, pero para ello me había comprado unas enormes gafas de sol y hecho un moño raro que había combinado con un vaquero y una camiseta de alguna estrella del rock.

Saqué a Darth V del trasportín para que descansara en mi regazo mientras leía un libro que había comprado en Londres antes de viajar a Madrid, pero, a medida que leía, recordaba de nuevo las manos de Marcus sobre mi cuerpo, rozándome, acariciándome y llenándome de frustración.

Darth V comenzó a ladrar y se bajó de mi regazo con rapidez.

—¡Maldito animal! —Escuché, levantándome a toda prisa desconcertada—. ¡Déjame, experimento científico! —Estaba tan confundida que me costaba reaccionar, pero los ladridos de Darth V me obligaron a hacerlo y me acerqué antes de que algún seguridad le llamara la atención.

—¡Darth V, déjalo ya! —Pero mi perro seguía mordisqueando los bajos del vaquero de Marcus, que intentaba zafarse evitando darle una patada fuerte.

El corazón me latía de nuevo con rapidez, las manos me temblaban e intentaba ignorar todas aquellas malditas sensaciones, mientras trataba de llamar a Darth V, que seguía sin hacerme caso.

Realmente, por mí hubiera dejado que lo mordiera hasta que le clavara un colmillo y le hiciese sangre, pero eso me causaría un problema más, por lo

que me incliné, sujetándolo y el muy capullo, me mordió.

—¡Mierda, Darth V! —me quejé—. ¡Es a él a quién debes morder!

—¿E incitas a este engendro de laboratorio a morderme? —protestó Marcus.

—¡Eres un capullo! —exclamé indignada—. ¡Él tiene sentimientos! — Marcus alzó una ceja y bufó de incredulidad.

—¿En serio es tan importante para ti? —me llegó a preguntar—. ¡Es un perro, May!

—Que demuestra más honestidad que muchas personas —dije finalmente y, sin esperar, respuesta me giré para volver a mi asiento a recoger mis cosas.

No entendía qué demonios hacía en esa parte del aeropuerto, ni por qué siempre, cuando deseaba olvidarlo aparecía. Me imaginé que con esa respuesta daba punto final a una conversación que nunca debió comenzar, pero no fue así, apenas pude sentarme cuando vi su sombra delante de mí junto a Darth V gruñéndole.

Cerré los ojos unos segundos para armarme de paciencia y poder enfrentarme de nuevo a Marcus. Tenía varios frentes abiertos, el golpeteo que sentía dentro de mí quería calmarlo e ignorarlo, pero me era imposible, mi cuerpo había reaccionado y era injusto. Odiaba que mis sentimientos comenzaran a ser tan fuertes hacia él.

Tenía que echar a patadas esas sensaciones que habían despertado y se arremolinaban dentro de mí. Abrí los ojos de nuevo y lo miré para enfrentarme a él, escudándome en su desprecio, pero el hombre que tenía al frente estaba igual de nervioso. No se parecía en nada al hombre con el que me tropecé la primera vez. Era el mismo del día anterior: desenfadado, sexy y con mirada chulesca.

Ese que estaba segura de que más de una había dicho que sí a sus intenciones, como lo había hecho yo el día anterior, a ese hombre que con un solo beso encendía todo mi cuerpo.

—¿Qué quieres, Marcus? —le pregunté, cansada de batallar—. No sé qué haces aquí, me imagino que ha sido casualidad, pero las puertas de embarque a Londres están al otro lado de la terminal.

—¿Y quién ha dicho dijo que vaya a Londres?

Marcus

En cuanto puse el pie en la terminal me imaginé miles de escenas de reencuentro con May, menos en la que el maldito chucho se lanzaba a morderme. A decir verdad, lo había olvidado por completo y no entendía su empeño de morderme cada vez que me veía. A pesar de tener ese perro guardián, por llamarlo de alguna forma, en cuanto la tuve frente a mí deseé besarla con ansias.

Sin embargo, sus ojos me trajeron a la realidad. Estaba decepcionada, lo que era de suponer, porque había desaparecido el día anterior sin ni siquiera darle alguna explicación, hacerle una llamada o dejarle un mensaje. Ahora me enfrentaba a los reproches y a intentar ganarme otro indulto, pero ¿cómo podía hacerlo cuando ella pensaba que iba a Londres? «¡Mierda! Últimamente lo único que hago es cagarla», me reproché. Solté aire lentamente, me froté la nuca y sonreí de lado, a sabiendas de que lo que diría me traería consecuencias.

—Mi destino no es Londres, es otro. Como decís en español: las islas afortunadas.

*«Después de muchos "no",
puede haber un sí».*

May

—¡¿Qué?! —grité sorprendida. «¿De todos los lugares del mundo él y yo iremos al mismo?». Debía estar gastándome una broma y negué con la cabeza —. ¿Te estás cachondeando de mí?

—No —dijo con la seguridad con la que solía responder, dejándome boquiabierta. Ahora sí que no entendía qué era lo que quería. Podía justificar el encuentro en Madrid con su trabajo, ¿pero que viniera a las islas? ¿A Canarias? Hasta que temí lo peor, que su viaje tuviera que ver con El Secreto de los Gohshed.

—Si tiene que ver con el hotel de mi familia, no lo lograrás, primero pasarías por encima...—Se acercó con algún motivo en mente, pero de nuevo Darth V ladró y ladró. Me lo arrebató de las manos, maldiciéndolo por los mordiscos que le pegaba, y lo metió dentro del trasportín.

—Aquí es donde debes estar —le indicó para luego girarse a mí—. No voy a permitir que tu cabecita se imagine cosas raras, así que es momento que los dos hablemos.

«¿Hablar?». No teníamos nada de qué hablar. Si dejaba que comenzara, volvería a caer y me había prometido olvidarlo. «Las promesas se cumplen, May, has aprendido esa lección», me repetí, buscando las fuerzas necesarias para encararle.

Sin embargo, una azafata, junto a un segurita, carraspeó a nuestro lado con una sonrisa diplomática.

—Señores, ¿hay algún problema?

Marcus

Me giré, dispuesto a decirle al desconocido que se metiera en sus asuntos, y me encontré con el de seguridad del aeropuerto, entendiendo que había llamado la atención más de lo normal. Me froté la nuca, observando a ambas personas, pensando en qué decir y recordando la amenaza del día anterior de May. Era su país y yo un extranjero.

No podía permitirme un escándalo de esa índole, sería el premio gordo para Charlize. «Piensa, Marcus. ¡Maldita sea! Sabes negociar y llevarte al huerto a la gente».

—No, no hay ninguno —comencé diciendo en un mal español—. El puto animal... —Y escuché a May protestar y me maldije de nuevo—. Disculpad mis palabras, Hulk siempre me recibe de esa forma, digamos que soy como su fetiche.

Los tres se quedaron en silencio, sin pestañear, era una estupidez lo que había dicho, pero era la mejor idea que se me había ocurrido.

—No se llama Hulk —me corrigió May indignada. «¡Joder, no paro de cagarla!», me reproché. El hombre de seguridad carraspeó de nuevo y se cruzó de brazos, intentando intimidarme.

Evité poner los ojos en blanco, estaba acostumbrado a aquellos tipos de comportamiento. Evalué las posibles respuestas que podría darle, tal vez algunos pasajeros avisaron de una posible discusión de pareja, por lo que debía hacerle entender a May que era mejor para los dos no seguir. Aunque, si quería ser el empleado del día, tendría un problema que debía resolver con astucia.

Lo observé largamente y me di cuenta de que dudaba, por lo que esperé con pasividad a que tomara una decisión, y los ojos del hombre recayeron en May.

—Señorita, ¿es cierto lo que dice?

—No —indicó con seguridad. «¡Mierda! Quiere castigarme por lo de

ayer»—. Quiero aclararte que no es ningún puto animal, ¡estoy harta de que le insultes!

—Me he disculpado, cariño.

—No me llames cari...—El joven de seguridad la interrumpió.

—Señores, tenemos dos opciones o alguno de los dos se queda en tierra o los dos irán a las dependencias policiales.

May fue la primera que abrió los ojos y yo la observé evitando sonreír. La situación cambiaba, favoreciéndome sin pretenderlo. La voz de otra azafata que anunciaba el embarque no le daba tiempo para pensar. May me miró fijamente y luego al de seguridad, sonrió de lado y levantó la cabeza.

—¡Dejadlo en tierra!—Evité que viera mi reacción, no diría que no quería matarla, lo deseaba, y mucho, pero no iba a demostrarle que me había cabreado—. No quiero más enfrentamientos con el señor Lancaster —prosiguió—. Ni que insulte a mi perrito. Que tengan buen día —determinó, dándose la vuelta para recoger el trasportín y dirigirse a la fila de embarque preferente.

Negué con la cabeza. La había subestimado y, a pesar de querer mandarla al infierno, mi idea se mantendría en pie. Debía pensar rápido en algo, estaba seguro: ese vuelo no lo perdería, ni desaprovecharía las dos horas y media de duración para provocar a mi escurridiza escritora.

—Señor, si me acompaña —me pidió el segurita—, podría esperar el siguiente vuelo.

—Verá, mi chica...—Al decirlo me di cuenta de que me gustó hacerlo. Era la primera vez que lo decía y no sería la última—. Está enfadada porque no pude estar en un evento importante para ella. No sé si se ha dado cuenta de quién es. —Me acerqué un poco, tratando de tener cierta camaradería entre los dos arriesgándome a que me detuviera—. Es May Gohshed, la famosa escritora y, si olvida este incidente, abriré mi equipaje y le entregaré un ejemplar para que con gusto se lo firme.

—No la conozco, pero... —Observó a May luego su mirada recayó en mí para finalmente chasquear la lengua—. Si es cierto lo que me dice, hágalo usted mismo.

«¡Joder! May pasará de mí»,— pensé—. «A no ser que...» Saqué de mi equipaje con rapidez el libro que me había dado Roxana y me dirigí hasta ella jugando la última carta, aunque luego me maldijera por haberme aprovechado de su fama.

—May —le dije al oído, observando su cuerpo reaccionar ante mi contacto—. ¿Serías tan amable de firmar tu libro?

May estaba a punto de entregar su documentación y se giró desconcertada. Me miró y luego de reojo a su alrededor, tensó la mandíbula y, con cierta tirantez, cogió el libro, extendiendo luego la mano pidiendo un bolígrafo. El de seguridad se dio cuenta de que no mentía y se apresuró a darle el suyo. Torpemente carraspeó, dándole el nombre de una chica, y luego le pidió una foto que mi chica aceptó sin dudar.

Había perdido el ejemplar que Roxana me había dado por una buena causa. Sonreí por ello, me había salvado de terminar en algún lugar extraño del aeropuerto y lo hice aún más pensando que ella me las haría pagar. Ya me encargaría de encontrar otro o, mejor aún, de que ella me susurrara la historia mientras volvía a llevarla al límite.

May

No quería perder el avión, y tampoco soportaría estar en el mismo vuelo con Marcus, pero me la había jugado, y de qué forma. Por su culpa antes de embarcar se arremolinó un cúmulo de personas para que les firmara una hoja o que me hiciera fotos. Agradecí encarecidamente a la auxiliar de vuelo que me salvó llevándome con ella, pero no surtió efecto.

No estaba segura de si era su día de suerte o si era que Marcus estaba sobornando a todo aquel que pudiese, el caso era que también se encargó de decirle a un pasajero que le cambiara su puesto para sentarse a mi lado.

—Disculpe —le dijo el muy desvergonzado—. No he podido encontrar asiento con mi chica, no sé si le importaría cambiármelo, el mío está en la clase *business*.

Ver el rostro del pasajero fue suficiente para darme cuenta de que lo haría de inmediato. Y, a pesar de lo cabreada que estaba, el cosquilleo regresó desde el momento en que se refirió a mí como su chica, pero debía mantenerme inflexible, debía pensar que había sido por interés propio, el muy capullo me había utilizado sin disimulo.

Deseé sacar a Darth V de su trasportín para que volviera a hacer de la suyas a modo de venganza, pero tendría consecuencias y durante la primera hora del vuelo decidí ignorarlo, a pesar de que me contara el principio de mi novela, tentándome a preguntarle cómo sabía todos esos detalles. Estaba sin salida en un avión cuyas puertas de emergencias estaban lejos, pero, por muy desesperada que estuviera, no sería cruel.

El viaje fue a peor cuando pasó el carrito de la comida y esa idea de buscar la puerta de emergencia apareció de nuevo.

—¡Basta! —le dije, viendo que no se decidía qué pedir—. Discúlpalo —proseguí avergonzada a la auxiliar de vuelo—. Un refresco de cola estaría bien. —Me giré hacia Marcus y lo señalé—. En cuanto a ti, no sé qué demonios te ha pasado, pero el Lancaster que tiene un palo metido en el trasero no es el que tengo delante de mí, si buscabas llamar mi atención, la tienes desde este momento.

—¿Estar dentro de un avión no te recuerda a hace un par de semanas?

—Por supuesto —afirmé—. Cuando diste a entender que las novelas románticas eran una mierda.

La auxiliar de vuelo bufó.

—¿Desean algo más? ¿O la cuenta?

—La cuenta —le ordené al mismo tiempo escuchamos ambas a Marcus decir: «me gustaría unas patatas». Lo miré de reojo y se me ocurrió la idea de demostrarle que su juego podía acabar muy mal—. Pensándolo bien —indicé—, no estaría nada mal volver a revisar. —Cogí el catálogo y lo oteé, encontrando lo que quería—. Me gustan este colgante tan chulo, estas gafas y, ahora que lo recuerdo, olvidé traerle un recuerdo de mi viaje a mi hermano y estoy segura de que este perfume le haría ilusión... —Pasé la hoja y fingí alegría—. ¡Esto a Darth V le encantará! —afirmé en cuanto señalé un juguete infantil.

—Si es lo que deseas, no me opondré a pagarlos. —Fruncí el ceño.

—Si crees que de esta manera podrás negociar con el hotel de mi familia, vas por mal camino.

Marcus

No podía seguir dejando que pensara así. May miró a la auxiliar de vuelo, que esperaba con impaciencia. Reconocía que había jugado sucio, pero era imposible ignorar esa sensación de libertad que tenía cuando estaba junto a May. Era la primera vez que a una mujer no le importaba ponerme en aprietos, a pesar de saber el apellido que me precedía.

No quería pensar en futuro, eso era precipitado, aunque con May todo estaba siendo demasiado rápido para comprender. Sin embargo, tendría dos días para ello y para que ella aprendiera a confiar en mí.

—Muchas gracias, Lorreina, pagaré los dos refrescos de cola, ese colgante y las patatas —dije en un español de pena. Saqué mi billetera para darle la tarjeta de crédito—. Tengo una conversación pendiente con mi chica y ya está bien de postergarla.

La joven hizo el pedido y me pidió unos minutos para terminar de atender al resto de pasajeros antes de entregar lo que había comprado y nos dejó a

solas.

—En primer lugar, no voy a Canarias para hacerme con El Secreto de los Gohshed, voy a pasar unos días.

—¿En mi isla?

—Sí —le afirmé—. Leopold me ha invitado, Anthony siempre me ha hablado también de lugar y, empujado por tu abuelo, me ha entrado curiosidad.

—No entiendo —me respondió con sinceridad—. En todo este tiempo no te ha interesado y cuando mi abuelo te invita nace ese espíritu viajero y da la casualidad de que es al mismo tiempo que voy yo. —Negó con la cabeza y me dijo—: No me lo creo.

—Me lo he imaginado. He pensado que, ya que te gusta hacer tratos raros, el colgante que he comprado te lo daré el último día de mi estadía, al amanecer, cuando te despiertes a mi lado. —May bufó.

—Te veo muy seguro de tu plan. Además, no me interesa ese colgante.

—Sí que te interesa —respondí con una sonrisa de lado—. Y, como aún quedan unos cuantos minutos para llegar, aprovecharé para jugar al Candy Crush.

—Si no hubieras regalado mi novela tendrías un mejor entretenimiento. —Me reprochó con sarcasmo.

—Tenía que buscar la manera de subirme al avión. Además, estaba en español, confieso que apenas entendería y entre mis planes está conocer esa historia. —Me acerqué a ella y le susurré—: De tus labios mientras te follo.

Saqué mi teléfono y la miré de reojo, el desconcierto junto el rubor de sus mejillas la delataron, dándome la plena confianza que había ganado el *round*.

May

Por mucho que deseara mantener la ilusión a raya, aparecía con más

fuerza. Marcus lograba derribar con un soplo la barrera que intentaba poner entre los dos. Lo miré y allí estaba esa sonrisa que odiaba y a la vez adoraba, esa sonrisa que me invitaba a que aceptara cualquier propuesta que me hiciese. Estaba perdida, no era posible que con un par de palabras fuese capaz de entregarme a él.

Debía aceptar que me hacía sentir, me llevaba al límite, y no solo hablaba de sexo. Marcus me exasperaba y me ilusionaba en segundos, era como si constantemente me llevase de una punta a otra, desde llorar de felicidad y soñar hasta odiarlo por no tener los mismos sentimientos que crecían en mí. Sí, estaba muy pillada. Sí, quería gritarle al mundo que me gustaba mucho Marcus, aunque, más que gustar, quería que nunca acabase lo que había entre él y yo.

Evité todo lo posible cualquier gesto que me delatase, pero no pude evitar apretar las piernas, evidenciando las ganas que fuera allí y ahora. Deseé que no se hubiera percatado, pero no fue así. Sonrió de lado y, tal vez, me dio una tregua, el caso es que, hasta que no escuchamos al capitán dar la bienvenida a mi isla, ninguno habíamos vuelto a hablar.

Me negaba hacerlo, me había provocado y mi cuerpo había reaccionado. Me odiaba por ello, porque mi mente ilusa y soñadora se imaginó miles de momentos y todos terminaban gritando su nombre. Intenté ingeniármelas para ignorar una y mil formas para distraerme, desde escribir hasta leer la novela que tenía en mi regazo, pero nada había funcionado.

«¡Marcus Lancaster eres un jodido capullo!». Siempre directo y sin ninguna pizca de sutilidad. Esperé con paciencia los diez minutos de aterrizaje y, cuando vi las luces de seguridad apagadas, me quité el cinto y encendí el móvil para llamar a Aaron. Agarré el trasportín para comprobar si Darth V estaba dormido y recogí mi bolso para salir lo más deprisa posible. Sin embargo, Marcus fue más rápido y me sujetó del brazo.

—¿A dónde vas con tanta rapidez?

—A casa —respondí sin mirarle. Suficiente tenía con sentir el cosquilleo por el cuerpo ante esa pequeña caricia que me acababa de otorgar.

—Deberíamos ir juntos, eres la que conoce la isla y donde queda el hot...
—De inmediato lo interrumpí.

—Lo siento, pero no he sido yo quien te ha invitado. Hemos venido por separado, ¿o se te ha olvidado? No me extrañaría, ya que has usado artimañas para terminar sentado a mi lado, pero eso no significa que saldremos juntos de este aeropuerto agarraditos de la mano.

—¿Estás segura? —me preguntó, atrayéndome hacia él sin darme tiempo de reaccionar y acercando sus labios a los míos hasta rozarlos. Pero no me besó y de nuevo lo odié por su maldito juego. En cuánto vi sus intenciones deseé que lo hiciera como solía hacerlo.

—Estoy segura —le dije, con sus labios casi pegados a los míos—. Y, si no quieres que suelte ahora mismo a Darth V para que haga de las suyas, es mejor que te apartes —le advertí, disimulando como pude las ganas de terminar siendo la que lo besara. La amenaza hizo efecto, se apartó un poco y aproveché para seguir lanzándole puyas—. Deberías llamar a Leopold y así te envía un chofer, que es a lo que estás acostumbrado. —Marcus resopló y farfulló unas cuantas palabrotas.

—Sabes que no es así —respondió un poco ofendido.

—Eres un Lancaster con un solo objetivo en las Islas —contesté sin pelos en la lengua y, sin decir nada más, le di la espalda y proseguí hacia la salida de la terminal con el corazón bombeando rápidamente.

No había mentido, seguía sin creer que había viajado hasta España para verme.

Llegué hasta la salida del equipaje y evité mirar a mi alrededor para no toparme con sus ojos. Necesitaba distraerme, por lo que busqué el móvil y el número de Aaron con la esperanza que fuera él quien estuviera esperándome y no que me dejara el mensaje de siempre: «me había olvidado de que venías». Dejé el trasportín en el suelo, ya que comenzaba a pesarme, y esperé a que mi hermano respondiera.

—¡May! —escuché gritar desde el otro lado de la línea—. ¿A qué hora

llegabas?

—¡Serás fantasmón! —exclamé, escuchando su carcajada.

—¡Venga, May! Ni que fueras una artista mundialmente famosa —chinchó solo para molestarme y me mordí la lengua para no responderle—. Aquí, en la tierra donde los hombres pobres trabajamos de sol a sol, tenemos mogollón de curro como para recordar ir con comitiva al aeropuerto.

—Espero que solo me estés tomando el pelo, porque la hostia que te vas a llevar en cuanto te vea, te haré ver estrellas de verdad.

—¡Joder! Había jurado que los ingleses te habían refinado.

—¡Que te den, Aaron! —le dije cabreada. «¿Pero qué diablos les pasa a los hombres hoy?». De nuevo escuché sus risas—. No perderé más el tiempo con tus estupideces, si realmente estás aquí, estoy esperando a que salga mi equipaje, pero, si de verdad no has venido adiós.

No tenía deseos de terminar discutiendo cuando podría tener detrás a Marcus escuchando. «Definitivamente, estamos en plena luna llena». Busqué los auriculares y el Spotify para no pensar y evitar terminar buscándolo con la mirada por la terminal.

Me sentía como una idiota, las ganas de hacerlo se incrementaban cada segundo, era como si necesitase de alguna forma saber si mantenía cerca de mí. Esperé unos minutos más hasta que vi aparecer mi equipaje por la cinta transportadora, fue cuando me percaté de que alguien estaba a mi lado. No tuve que girarme para saber quién era y sonreí.

—¿A dónde vamos? —Me preguntó, depositando en el carrito portaequipaje el trasportín y seguidamente agarrando mi maleta, rozándome la mano, todo se había ido al garete con ese gesto que me llegó al corazón.

Ese hombre era tan distinto... Era tal como lo había soñado y descrito en mi novela llevándome a que fuera más difícil ignorarlo y mantener las distancias.

—A la salida —respondí, manteniendo mi mal logrado papel de que no quería tenerlo a mi lado—. Mi hermano Aaron, no sé si lo recuerdas, es con quien has intercambiado emails, nos espera.

*«Tu sonrisa siempre luce mejor
cuando tu boca está a centímetros de la mía».*

Marcus

Como un tonto, me había esperanzado en que iba por buen camino, sobre todo cuando May había salido con tanta rapidez del avión demostrándome que el que estuviera a su lado le afectaba mucho más de lo que quería aparentar. Dudé si dejarla en paz y volver a trazar un plan con la ayuda de Leopold, estaba seguro de que ella me seguiría castigando.

Entendía que estuviera cabreada por mi menosprecio y mi desinterés el día de ayer, le había pedido que lo intentásemos, me la había follado en aquella oficina del hotel y luego había desaparecido.

«Debería dar las gracias a que no se le ocurriera seguir su numerito en el aeropuerto». Comenzaba a temerme que tendría que buscar la dirección exacta del hotel para indicarle al taxista a dónde iba.

Aunque tenía la intuición de que debía seguir con el mismo plan, ya que estaba a punto de romper el último caparazón que nos dividía. La vi desde lejos hablar por el móvil y me acerqué sigilosamente, había dejado a ese pequeño demonio que tenía por mascota en el suelo. Recogí el trasportín, escuchando el gruñido del experimento científico, y evité suspirar en alto.

Era hora de demostrarle quién mandaba. Lo alcé hasta ponérmelo a la altura de los ojos y volvió a gruñirme.

—Tú y yo tenemos una cuenta pendiente —le siseé—. No será ahora, pero, como vuelvas a gruñirme, me encargaré de que te secuestren y termines al otro lado del mundo.

El experimento científico gimoteó en respuesta. La cinta transportadora comenzó a andar y con ello aproveché para acercar el carrito portaequipaje.

—¿A dónde vamos? —le pregunté a sabiendas de que la iba a sorprender. May no se giró al momento, pero estaba seguro de que había sonreído en cuanto me escuchó y eso era una gran señal. La vi respirar profundo y quitarse los auriculares para girarse a mí mientras dejaba sobre el carrito el trasportín.

Después de todo, tendría esa oportunidad que me estaba costando horrores y comenzaba a sentirme pletórico hasta que escuché el nombre de Aaron. «¡Hostia puta!». Sabía que me tenía que enfrentar a él en cualquier momento, pero no que sería tan rápido. Al menos unos minutos más me hubiese gustado tenerla a mi lado sin ese hacha de guerra en alto constantemente, ahora sería difícil acercarme.

—Recuerdo a Aaron —respondí con seguridad. No debía preocuparme, lo máximo que podría pasar era que me diera una hostia o me echara del hotel, pero dudaba que sucediera algo parecido, éramos personas civilizadas—. Será interesante conocerlo.

—¡Sí, claro! —respondió May con una sonrisita demoniaca—. Será muy interesante observar vuestro saludo. —«¡Maldita sea!». May buscaba vengarse de nuevo.

Decidí no caer en su juego, estaba seguro de que me lanzaría un sinfín de puyas y amenazas, pero me mantendría tranquilo hasta hablara con Leopold y si, en todo caso, fuera a una situación violenta, recurría a las palabras mágicas: «Leopold me ha invitado».

«Toda esta situación es tu culpa, Marcus»,— me dije—. «Te has encaprichado a jugarte la vida de repente». Solté aire y sonreí de lado, dándole a entender que no me importaba. Llevé la mano su espalda para guiarla dio un pequeño respingo que intentó disimular, pero, finalmente, sonrió.

—¿Qué haré contigo? —masculló. Podía haberle respondido, pero preferí mantenerme en silencio, a la espera del siguiente paso que diera.

May

El móvil me vibró y lo saqué enseguida del bolso, pensando que era Aaron disculpándose, pero lo que me encontré fue un mensaje de Rosmina bastante extraño.

Rosmina 

Dime que sigues en libertad y no detenida.

Lo primero que pensé fue en el incidente del aeropuerto, que terminase en las manos de algún medio sensacionalista, pero lo descarté al segundo. No tenía ningún mensaje de Roxana, pero recordé las risas de Aaron, algo me decía que había hecho alguna trastada y ya tenía suficiente con tener a Marcus a mi lado, acariciándome la espalda con movimientos circulares que me erizaban la piel.

«¡Mecachis! Estoy cachonda y es por su culpa, no deja de insinuármeme y provocarme. Normal que me sienta así, pero me niego a que se entere».

Seguimos caminando uno al lado del otro, despertando de nuevo esa sensación de estar tan a gusto que no quería que se terminara.

Mi corazón cada minuto se abría a aquel inglés que no creía en el amor como lo hacía yo, que lo plasmaba en novelas sin olvidar esa forma directa de decirme lo que deseaba hacerme, excitándome sin tocarme.

A medida que nos acercábamos a la salida y que se abrían y cerraban las puertas me percaté de que la gente miraba a la izquierda. Mi presentimiento aumentó, por lo que debía hacerle una pequeña advertencia a Marcus.

—Si ves algo que te vaya a sorprender, ni se te ocurra opinar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó desconcertado.

La respuesta la obtuvimos al salir y encontrarnos con un enorme cartel que rezaba: «Bienvenida a casa, Pequita pecosa».

*«No se trata de encontrar a la persona perfecta,
se trata de encontrar a alguien que aún con sus defectos
hace la excepción de la regla».*

Marcus

—¡Así que Pequita pecosa!

—Otro comentario y haré que ningún taxista te lleve al hotel.

No pude evitar soltar una carcajada, nunca me hubiera imaginado toparme con aquel recibimiento. Ya le preguntaría a Leopold sobre ese mote curioso, puesto que al acercarnos observé a un hombre algo menor a May mirarnos con el rostro sombrío.

Era normal su actitud, escasos días atrás estaba a punto de ponerlos en apuros por culpa de las nuevas políticas del consorcio Lancaster y sabía que Leopold tenía un capital que habría ayudado a solventar esos inconvenientes, pero no lo hizo, sino que se lo dio a un desconocido, a un Lancaster, a ese Lancaster que al parecer tenía intenciones de arruinarlos.

Si hubiera estado en su lugar actuaría de la misma manera e incluso tomaría acciones legales.

Debía hablar con Leopold sobre ello, debía aclarar cuanto antes este asunto, no podía dejar a Pedro en la estacada otra vez y recordé que May tampoco lo sabía, por lo que me había dicho hasta entonces. Para ella la familia estaba por encima de todo y, definitivamente, si Leopold no lo aclaraba, terminaría siendo un punto de inflexión sin retorno.

Opté por caminar con lentitud, observándola acercarse a su hermano y señalándolo con el dedo. Este sonrió y la abrazó, una complicidad que yo jamás tendría con Charlize. Si alguna vez ella hubiera dejado el rencor de

lado, todo hubiese sido distinto en la cadena hotelera. Finalmente, me detuve delante de ellos.

—Buenas tardes —dije en un mal español a modo de saludo. Leopold apareció detrás de ellos.

—Mi querido muchacho, bienvenido a las islas que no olvidarás jamás. —Aaron resopló, tendiéndome la mano.

—Espero que reconozcas el trabajo que hacemos aquí.

—Aaron —señaló Leopold—, Marcus viene a conocer la isla y algo más —le explicó mirando a May, que se sonrojó—. Por cierto, ¿allí traes a mi nuevo compañero?

—Sí —afirmó May, girándose al trasportín para sacar a Darth V que en cuanto la escuchó referirse a él, ladró de alegría.

Abrió la cremallera sacándolo con cuidado, y le lamió la cara mientras movía la cola. May se lo pasó a Leopold, con el que tuvo el mismo gesto, pero este lo bajó y el perro se acercó a mí para gruñirme. Rodé los ojos, pensando que el experimento científico seguía en sus trece.

Luego de gruñirme alzó la pata y me meó.

—¡Maldito animal! —vociferé saltando y viendo los bajos de mis vaqueros mojados, era evidente que estaba dándome su opinión a la advertencia que le había hecho.

May abrió los ojos y se inclinó, llamándolo avergonzada.

—¡Darth V! —Pero el puñetero animal seguía gruñéndome y comenzando a ladrar—. ¿Qué demonios le has hecho? —«¿De qué coño me culpa ahora esta mujer?», me pregunté.

—¿En serio me estás culpando? —le pregunté, desconcertado ante su actitud—. ¡Ese puñetero chuchó me odia! —me defendí, ofendido.

—Si te odia debe ser por alguna razón —añadió Aaron, evitando reír a

carcajadas. Decidí no responderle, no quería que ese frente que estaba a punto de explotar lo hiciera en este instante.

—¡Vaya con el perrito! —siguió Leopold. Silbó, llamando la atención del experimento científico, que de inmediato corrió hasta él—. ¡Amigo! —dijo el alemán—. Está muy mal lo que has hecho, deberías reconsiderar encontrar a otro enemigo.

El chucho se sentó y se tapó los ojos con las patitas mientras yo me quedaba sorprendido a lo obediente que era con Leopold. Definitivamente, ese perro, por alguna extraña razón, me odiaba.

—Tenemos un problema —indicó Leopold fijando sus ojos en nosotros tres—. Aaron debes llamar al servicio de limpieza.

—¿Qué?

—Dudo que quieras que ocurra un accidente en el que puedan denunciarnos —le indicó, sujetándose de su bastón—. Y vosotros dos —dijo señalándonos—. Comprad algo donde os den una bolsa para que tú, May, lo acompañes a cambiarse y meter ese vaquero allí.

—¡Oh, no! —protestó de inmediato—. No es mi invitado —le recordó, y resoplé al ver que volvía a alzar el hacha de guerra.

—Que recuerde, Darth V es tu escudero, tu amigo fiel y es quien ha soltado sus aguas menores en él y en el suelo del aeropuerto o ¿es que eso pasó en mi otra vida?

May

Caminamos durante unos minutos con gestos sombríos, él estaba enfadado por tener que cambiarse por culpa de Darth V y yo estaba enfadada por la imposición de mi abuelo. Tenía razón, era mi perrito y era mi responsabilidad, pero no era mi culpa que lo odiase como lo hacía.

Lo que más me molestaba era que tenía que disculparme, y quién sabía de lo que sería capaz con tal de provocarme ahora que estaríamos solos. Resoplé,

cansada de caminar, y entré al primer local que encontré, la farmacia.

Y allí me crucé de brazos a la espera que don perfecto se las arreglara para comprar cualquier tontería de la que no tenía idea. Marcus observó el lugar con detenimiento y resopló, mascullando una palabrota. Carraspeó y se acercó a la dependienta, tratando de explicarse con un mal español. La dependiente le habló en inglés para ayudarlo, pero el orgullo Lancaster apareció para seguir explicándose en ese español inentendible.

Suspiré en alto, debía detenerlo y solucionar el inconveniente. A pesar de estar enfadada con él, reconocía que estar a su lado me gustaba y, por mucho que intentaba mantener las distancias, me estaba costando lo suyo. Así que lo interrumpí, pidiéndole a la dependienta una bolsa, contándole una verdad a medias.

Una vez hecho y después de comprar unas píldoras para el dolor de cabeza que iba a terminar teniendo, le indiqué a Marcus que pagase para que así nos dieran la tan necesitada bolsa. Inconscientemente, ambos alargamos el brazo y nuestras manos se rozaron.

De nuevo nos miramos aceptando que, con un solo roce, nuestros cuerpos se manifestaban. Ese hormigueo aparecía y las enormes ganas de que me rodeara la cintura con los brazos y me besara aparecieron. No, no era el mejor lugar y debía marcharme con mi hermano y mi abuelo para mantener controladas mis ansias.

—Bueno, he cumplido —le dije al dejarlo frente al servicio de caballeros—. Te he acompañado a comprar la bolsa, ahora me iré...

—De eso nada —me interrumpió—. Después de lo que ha hecho el engendro que tienes como mascota, lo menos que puedes hacer es esperar aquí o entrar conmigo.

—¡Que no lo llares así! —me quejé de tanto menosprecio—. ¡Se llama Darth V! —volví a decirle. La respuesta de Marcus fue esa sonrisa de lado que ignoré al recordar sus últimas palabras—. Has dicho ¿entrar?

—Sí, tengo la intuición de que, sino no lo haces, en cuanto entre yo

desaparecerás.

Era mi intención, no lo negaría, pero también me vino a la mente ese momento en el servicio del restaurante de Londres. Intenté respirar poco a poco y lo miré, Marcus me sujetó la mano y me arrastró con él. Entramos al primer cubículo que vimos, cerrando la puerta con brusquedad, y allí me besó como tanto había deseado. Con ansias, aquellas que llevaba reprimidas desde el avión. Me pegó a la pared y su lengua penetró en mi boca con ahínco, dejándome casi sin poder respirar. Agarró una de mis manos y la bajó para que sintiese la dureza de su miembro y me diera cuenta de lo que lograba en él.

Se separó con la respiración entrecortada y nos miramos, comprendí que era yo la que tenía que dar el paso de seguir o apartarme. Volví a palpar su miembro y, cuando lo hice, el esfuerzo que hacía Marcus por no gruñir en alto me gustó.

Le bajé la bragueta del vaquero y metí la mano en el bóxer.

—Te dije que quería follarte... —me murmuró al oído—. Se está convirtiendo en más que una simple necesidad.

Mi respuesta fue mover la mano y Marcus se sostuvo de una de las paredes del cubículo, cerrando los ojos. Sin embargo, al cabo de unos segundos los abrió, sujetándome la cara con una mano para besarme con desenfreno. Con la otra bajó hasta mi culo, acercándose más a él.

Gemí en su boca y pegué aún más mi cuerpo al suyo, tratando de encontrar la forma de desahogar ese deseo naciente, hasta que escuchamos unas voces que nos trajeron a la realidad. Marcus se separó violentamente, nos miramos unos segundos y finalmente me tuve que tapar la boca con la mano para no reír. Marcus me quitó la mano de la boca y esta vez me dio un beso cargado de ternura, mientras nuestras respiraciones se calmaban y nuestros deseos se apagaban, aceptando que todo aquello que vivíamos deseé por mucho tiempo experimentarlo.

No es que nunca hubiera tenido sexo en un lugar público, lo había tenido, pero la excitación que Marcus despertaba en mí era tan distinta a la que había

experimentado antes... Escuchamos a los dos hombres alejarse y volvimos a mirarnos, esta vez de manera distinta.

Le acaricié el rostro dejando que la barba incipiente trastocara las últimas barreras que me impedían creer en él.

—¿Te he dicho que debemos parar este tira y afloja? —me dijo en voz baja—. No me gusta nada quedarme con ganas de follarte, pero tampoco quiero exponerte, así que tienes dos opciones en estos instantes: esperarme fuera para ir al hotel y allí olvidarte del mundo las próximas cuarenta y ocho horas o ir con tu familia.

Aparecía nuevamente el Marcus Lancaster exigente, directo y sin ningún ápice de sutileza.

Para mí lo más fácil sería volver con Aaron y Leopold, de alguna forma estaría cuidándome de cualquier decepción, pero no conocería la verdadera felicidad, aunque fuera por unos días. Solo de pensarlo sentí como si me arrancaran parte del alma.

Me fijé en que sus ojos estaban oscuros y sus pupilas enormes, una señal clara de cuánto me deseaba y se alejó del todo, dándome la oportunidad de escoger. Salí del cubículo hasta llegar al quicio de la puerta y allí supe que no había vuelta atrás.

Diez minutos después, salió con un pantalón totalmente distinto, se acercó hasta mí y sacó del bolsillo una bolsita y de ella el colgante.

—Lo he pensado mejor —me dijo—. Quiero vértelo puesto desde ahora.

No tuve palabras a ese gesto sorpresivo, sonreí con verdadera ilusión, dejando que me lo pusiera para luego entrelazar nuestras manos y salir juntos de la terminal.

*«Y solo fue un gesto, su más mínima atención,
lo que bastó para llenarse de ilusiones y expectativas».*

Marcus

Me mantuve callado durante el camino, lo que Anthony muchas veces me había contado lo estaba contemplando. Hubo un tiempo en que llegué a pensar que exageraba, pero no era así. El camino al hotel estaba repleto de palmeras que le daban ese aspecto exótico y que solo con observarlas contaban todas las historias que tenían estos senderos a sus espaldas.

Al detenerse el coche y bajarme, admiré el paisaje que tenía delante. Unas arboledas junto a las montañas verdes que estaban acompañadas del sonido de la naturaleza. El edificio me dio la bienvenida con unas escalinatas rodeadas de diferentes plantas junto a un clima bastante favorable.

Respiré profundo, sintiendo un gusanillo que me indicaba que aquel lugar lo recordaría para toda la vida. No obstante, Aaron me hizo volver a la realidad en cuanto me empujó con el hombro al pasar por mi lado, murmurando por lo bajo, y siguió hasta abrir el portaequipajes, sacando la maleta de su hermana y cerrándola al segundo, sin esperar que yo sacase la mía.

Sin lugar a duda, una clara declaración de guerra.

—¡Aaron! —le reprochó Leopold—. Ya hablaré con él —concluyó—. May, deberías acompañar a Marcus a dar una vuelta. Ella sujetó mi mano y me pidió que la acompañara y la seguí.

Aarón

Deseaba que May le diese una patada en las pelotas por aprovecharse de un anciano de ochenta años. Al menos estaba de mi parte, o eso creía. Cuando

no la escuché protestar, como había sucedido en el aeropuerto, lo que me temía comenzaba a hacerse realidad. Me giré hacia Leopold, que sonreía, por lo que no me pude callar más.

—¡Todo esto que habéis montado es una puta mierda! ¡Este Lancaster solo ha venido a terminar de hundirnos, necesita el dinero y le importa un pepino a quién se lleva por el camino! —grité sin importarme que me escuchase.

No iba a permitir que mi hermana saliera lastimada, estaba convencido que Marcus Lancaster lo hacía por mero compromiso, pero Leopold, una vez más, me ignoró. Caminé rumbo a la salida del hotel antes de que la frustración me hiciera perder la cabeza y le diera una hostia al maldito inglés, decidiendo que no seguiría en este juego que mantenían Anthony y mi abuelo. No sería partícipe de ver cómo terminarían lastimando a May.

May

Volví en cuanto escuché a Aaron gritar y me encontré a Leopold negando con la cabeza, se giró, viéndome desconcertada.

—No te preocupes —me dijo—. Le he dado un tirón de oreja y ya sabes cómo ha sido siempre —me indicó—. No ha querido darme las llaves, aunque sé que hay una copia en la recepción. Ahora mismo le diré a Adassa que se encargue de dárnoslas. —Miró por encima de mi hombro y supuse que Marcus me había seguido—. May, vete a enseñarle las instalaciones a nuestro invitado, vuestra vuelta tardía del baño tiene dos posibles causas: o habéis hecho algún voto en una secta secreta en el aeropuerto u os urge estar a solas en otro lugar —indicó levantando las cejas.

—¡Abuelo! —me quejé llena de vergüenza.

—Si aún seguís con lo de medir quién tiene mayor aguante de los dos es que sois unos tontos —añadió en inglés para que Marcus lo escuchara.

—¿Te he dicho que me gusta tu manera de ser tan directo? —le dijo sonriente Marcus al llegar a mi lado.

—Que yo recuerde... —respondió fingiendo pensar—. Ya sabes que la

memoria me está fallando últimamente —concluyó, guiñándonos el ojo y dejándonos a solas. Sorprendida a la complicidad de ambos hombres me di cuenta de que Leopold había sido el cómplice de Marcus en todo aquel tiempo.

Sabía que si le llegaba a preguntar saldría con la misma respuesta que le había dado a Marcus y terminaría dejándome más confundida. Suspiré, llena de frustración, y de reojo lo miré que esperaba a dónde ir. Por una vez lo veía vulnerable, había metido las manos en el bolsillo de su vaquero dejando los pulgares afuera, jugueteando con las trabillas.

Hubiera querido verlo un rato más así, descubriendo a este hombre que se escondía detrás de esa fachada de frialdad. Me pasé la lengua por la boca, dando unos cuantos pasos para que me siguiera, pensando que no era tan mala idea que estuviera aquí.

Así se daría cuenta de por qué lucharía con los dientes mi familia en el caso que los Lancaster siguieran empeñados en sus políticas de cambios estructurales a la cadena de hoteles y asociados.

—¡Bienvenido a El Secreto de los Gohshed! —exclamé—. Límitate a observar cada detalle y admirar lo que te ofrecerán tanto el lugar como las personas que encontrarás aquí.

Eso último lo dije con orgullo. Había crecido en las paredes de ese lugar y vivido allí los momentos más felices de mi vida. Aún recordaba el día que, estando allí, había recibido el correo electrónico de Jack aceptando ser mi agente, incluso cuando me dio la noticia de que habían aceptado publicar mi libro.

*«Las miradas pueden resolver las cosas
que aún no se han preguntado».*

Marcus

Las paredes blancas, junto con las piedras del recinto, le daban al lugar el aspecto rústico que tanto atraía a los turistas. A medida que íbamos andando, descubrí pequeños recovecos que estaban acompañados de una farola y me imaginé que de noche eran los perfectos cómplices para poder disfrutar de cada uno, pero para eso debía comprobarlo, por lo que atraje a May en el siguiente con el que nos topamos y retomé lo que había dejado a medias en los servicios del aeropuerto.

La besé, mordí su labio y metí mi lengua, a la vez que mi mano desabotonaba su blusa para atrapar su pecho hasta que escuchamos un carraspeo. De nuevo nos detuvimos mientras ella escondía el rostro en mi pecho.

—Lograrás espantar a los clientes...

—No han visto nada, solo una pareja darse arrumacos —contesté. May me miró, levantando una ceja, y terminó riéndose.

—Voy a hacer que no he escuchado eso, y que no vuelvan a aparecer esas dudas que tengan que ver con tus políticas y ese interés repentino de estar aquí.

—May...

—Marcus... —respondió sonriendo de lado.

Se abotonó con rapidez la blusa y decidí ponerme las gafas de sol. El sol estaba en alto y nos abrasaba un poco. Sujeté la mano de May que respiró lentamente y prosiguió, contándome cómo Leopold había encontrado el lugar y

que la pequeña casa, que se fue agrandando con el paso del tiempo, se convirtió en la entrada principal con pequeños bungalós independientes.

Su esmero por crear un pequeño paraíso dentro de la naturaleza se había convertido en realidad. Seguimos caminando hasta detenernos en un pequeño viñedo que Leopold había hecho años atrás.

—No conforme con todo el trabajo que llevaba mantener en buen estado El Secreto de los Gohshed y de lograr que los clientes se fueran satisfechos, Leopold se las ingenió para tener y mantener su propio viñedo —me explicó con orgullo.

Estaba ensimismado con lo poco que había visto. Admiraba todo el esfuerzo de Leopold y me permití soñar unos segundos con la fortaleza. Esa edificación había ocupado mis sueños durante tantos años y el esfuerzo que había hecho para poder llevarlo a la realidad.

—¡Cuidado con el precipicio! —gritó May, deteniéndome violentamente y haciéndome tropezar con las pequeñas salientes del camino.

—¡Joder! ¿Estás loca? —grité desconcertado.

—Quería saber si eras sonámbulo —respondió con cinismo. Fruncí el ceño y me crucé de brazos.

—¿Y qué te hace pensar eso? Además, no está bien ir por ahí gritándole a la gente.

—Has estado todo el rato en silencio y pensé que calculabas cuánto podrías sacarle al hotel con los cambios que queréis dar —respondió sin pensar May y cerré los ojos al segundo.

—No pienso responder a semejante insulto —le dije ofendido.

—Lo siento, pero la falta de educación ante una persona que te lleva de recorrido para explicarte la historia del lugar con esmero es lo que me ha hecho actuar...

—¡No me vale esa estúpida mentira! —la interrumpí—. Juraba que me

habías dado una oportunidad de demostrarte que esa no es mi intención.

—¿No era más fácil preguntar en qué pensaba antes de darme ese susto y ofenderme de la manera que lo has hecho?

—¡Mecachis! —exclamó en español y suspiré en alto. Estaba seguro de que todo iba cambiar, pero volvíamos al mismo punto de partida.

—May, cariño —comencé diciendo—. ¿No es mejor que me digas: «lo siento, he metido la pata» y no escaquearse por ese orgullo que no te llevará a nada? —May abrió la boca para responderme, pero esta vez la había dejado sin palabras.

—Lo siento —me dijo apretando los labios—. Me he comportado como una maniática.

—No diría eso, pero sí como una niña pequeña pecosa. —Entrecerró sus ojos y evité reír, esperando que volviera a soltarme cualquier tontería.

May

Había metido la pata hasta el fondo. Nunca en mis treinta y dos años me había comportado de manera tan estúpida, y tenía razón en llamarme niña pequeña, e incluso si quería tacharme de bipolar podría hacerlo, sin lugar a duda. El caso es que no había actuado de la mejor manera, y de nuevo me volví a callar. Chasquéé la lengua, no entendía qué me pasaba, cualquier cosa que hacía ya lo juzgaba y eso me hacía sentir mal.

—No mentiré, estaba distraído —me dijo acercándose y rodeándome con los brazos—. Pensaba en la oportunidad que tiene Leopold de disfrutar de lo que había construido durante años y a la vez en si esta noche podré darle utilidad a los recovecos en los que nos detuvimos.

—No sé de qué forma podrías darles utilidad —le dije, mordiéndome el labio. Rio de lado y se acercó hasta mi oreja.

—Espera a la noche y lo sabrás —murmuró, mordiéndome el lóbulo después.

Era lo último que deseaba en ese instante escuchar. Marcus volvió a

sonreír de lado, sabía que con eso me dejaba traspuesta y que mi cuerpo se encendía a la espera de sus caricias. No estaba muy segura de si debía preguntarle si le gustaba torturarme, había soñado infinidades de veces en perderme durante las noches en este lugar, en estos rincones para encontrarme con ese amor prohibido, ese hombre que me llevara al límite, ajenos a todo nuestro alrededor.

Sí, un tiempo atrás, cuando solo escribía pequeños borradores de historias, me imaginaba situaciones así. No era justo que lograra adivinar lo que alguna vez me llegué a imaginar. Todo estaba pasando con mucha rapidez y no podía ser normal.

—Te has quedado callada —me dijo devolviéndome a nuestra conversación—. Eso quiere decir que estás pensando en qué rincón es el mejor para follarte.

—Cada vez me sorprendo más de lo sutil que eres —protesté a cómo había roto el momento y volvía el hombre directo y sin tapujos. Marcus rio a carcajadas—. Comienzo a preguntarme por qué los hombres sois tan egocéntricos.

—¡Eres una mentirosa, Pequita pecosa! —fruncí el ceño, me estaba provocando, esas subidas y bajadas de emociones no estaba acostumbrada a sobrellevarla, por lo que debía actuar.

—¿Has olvidado mi advertencia en el aeropuerto?

—No estamos allí —respondió con la sonrisa en los labios.

«¡Será capullo!». Marcus ladeó la cabeza con una sonrisa traviesa.

—Me pregunto si tenéis algún interruptor en automático para pasar a modo idiota en segundos.

—Para escribir sobre el amor eres muy quisquillosa —me respondió con burla.

—¿Yo? ¡Serás...! —No pude terminar de mandarlo por un tubo cuando Darth V apareció, ladrándole y mordisqueándole los bajos del pantalón.

—¿Será posible?! —soltó, tratando de zafarse de él y mascullando palabras que no logré entender.

—¡Mi querida Pequita pecosa! —dijo una voz grave a medida que se fue acercando a nosotros. Marcus volvió a mirarme de lado.

—Tengo una enorme curiosidad por ese mote —me dijo al oído mientras se daba por vencido con Darth V, que seguía mordisqueándole los bajos del pantalón y, de vez en cuando, suspiraba en alto intentando evitar gritarle. Debía parar a Darth V, regañarle por su mala educación y también a Marcus

por esa burla cuanto antes.

«Debo elaborar un plan de cómo ahorcar a mi hermano en las próximas horas, ese cartel tan ridículo a modo de bienvenida es el mayor motivo para ello».

—¡Ni lo sueñes! —le respondí—. O no conocerás el resto de los rincones que tenemos en el hotel —le advertí, zanjando el tema del mote del demonio que me había puesto Aaron hacía años.

—¡Al fin te veo, chiquilla! —prosiguió con deje de alegría Jonay, recibéndome con un abrazo cariñoso—. Espero que hayas mostrado la mejor parte del hotel.

—Iba a ello, Jonay —le respondí—. Te me has adelantado en darle la sorpresa.

—Entonces, ve a ello, tal vez se dé cuenta de por qué los Gohshed luchan por este paraje para que se mantenga intacto, a pesar de que otros piensen lo contrario. Es bueno que sepa lo que encontrará aquí; más que un grupo de empleados, somos una gran familia, nos cuidamos unos a otros —concluyó, fijando los ojos en Marcus.

Marcus

¡¿Qué coño le habría hecho a la familia de aquel maldito animal?! Cada vez que me veía, iba a por mí, clavándome esos puntiagudos colmillos. Estaba seguro de que debía tener los tobillos marcados y realmente comencé a desear que se le cayera uno a uno. Debía ignorarlo, tal vez así se cansaría y me dejaría en paz. May se acercó al hombre que llegó con el experimento científico y se abrazaron, supuse que era algún empleado. Sin embargo, al escuchar su nombre, supe quién se trataba.

Numerosas llamadas entre los dos, más tensas de lo normal, habían creado un ambiente nada favorable para mí. Me imaginé que, al igual que Aaron, Jonay también estaba al tanto del dinero que Leopold me había cedido. Lo saludé con la cabeza, pero me ignoró al completo. No podía dejar para más tarde el que May supiera que su abuelo era mi socio y, por algún motivo, intuía que nadie se lo había dicho y esperaban que yo se lo contara. Era más que evidente que todos apostaban contra mí.

Observé la incomodidad de May, pero me mantuve tranquilo hasta que volvió a acercarse a mí, invitándome al parador comedor. Extendió el brazo y sujeté su mano con fuerza, retomando el camino empedrado hasta llegar a la

entrada externa del comedor.

Me detuve, quedándome sin palabras ante lo espléndido del paisaje. Las nubes tocaban las montañas, cubriéndolas en gran parte para darles un aire místico. Me recordaba a leyendas que me contaba mi abuela de niño. A un lado, vi el mar, que conectaba con otro pico con una forma a la que no lograba terminar de darle nombre. Durante unos segundos, llegué a pensar que estaba en algún punto del camino entre el cielo y la tierra.

Y comencé a preguntarme por qué había tardado tanto en conocer este lugar, era impresionante. La culpa se hizo paso al haberme dejado llevar por la codicia y el egoísmo solo por lograr llevar a cabo mi sueño, sin importarme pasar por encima de otros.

Cerré los ojos unos segundos, era hora de poner los pies en la tierra. Por mucho que tuviera una pequeña cantidad de acciones del consorcio, Charlize haría lo que le apeteciera en la cadena hotelera con el apoyo que tenía del resto de socios. Debía llamar a Richard cuanto antes para pedirle que disolviera la sociedad y así todo el dinero recayera en manos de los Gohshed para así llegar a un acuerdo con la cadena hotelera Lancaster.

Sabía antemano que no solo perdería lo que tanto me había costado alcanzar, sino que, tal vez, lo hicieran los Gohshed si no actuaba cuanto antes. Y, peor aún, perdería a May.

*«Eres como uno de esos pueblecitos tranquilos
donde uno aprende a amar de verdad».*

Marcus

—¿A que es un lugar único? —me dijo May.

—Sí que lo es —respondí con sinceridad—. Lamento no haber podido disfrutarlo antes.

—Nunca es tarde —contestó. Ladeé la cabeza y le acaricié el rostro.

—Tienes razón —respondí de nuevo con cierta amargura que disfracé como pude. Lo que no me esperé fue el gesto de May, ese abrazo que me dejaba desarmado. May me miró, sonriendo, y se atrevió a besarme en los labios con ternura, sacándome una sonrisa. Esta vez fui yo quien le correspondió el beso, hasta que se separó de mí bruscamente.

—Ha llegado el momento —me dijo con una mirada llena de picardía.

Desconcertado a este cambio repentino, esperé que siguiera, pensando que tal vez me mostraría otro lugar mejor que este, aunque lo dudaba. Lo cierto era que May era cada vez más única, esa mujer con la que me había tropezado había desaparecido, dejándome saborear a la tierna, aunque no estaba de seguro cuál me gustaba más. Tenía curiosidad por seguir descubriéndola.

—Había dicho por la noche, pero si te apetece follar ahora...—Me tapó la boca.

—Marcus, el hotel tiene huéspedes de todas las nacionalidades —me reprendió con la sonrisa bailándole en los labios—. No era lo que me refería. —Soltó aire, con las mejillas sonrosadas, tal vez por la vergüenza que creyó que había podido vivir —. Estamos en el restaurante del hotel y llegó el momento de que pruebes la comida típica.

—¡Vaya! —exclamé, esta vez avergonzado—. Y yo que comenzaba a recordar los recovecos para ver cuál era el mejor —indiqué tratando de salvar mi honor.

—¡Marcus! —protestó negando con la cabeza.

—¡Me rindo! —señalé sonriendo—. ¿Con qué me sorprenderás esta vez?

Jonay

Desde lejos observaba todo lo que sucedía, lleno de preocupación por May. No era su padre, pero la había visto crecer y, al igual que todos, no estaba de acuerdo con todo el lío montado por Anthony Lancaster. Ella era soñadora y con un gran corazón, demasiado buena para un hombre al que solo le importaban sus intereses particulares.

Sentía la misma animadversión que Aaron y, al parecer, Darth V por Marcus Lancaster. No iba a negar que aquel canino ponía histérico a cualquiera con su rara forma de ser, pero, en todo caso, hacía un rato que había demostrado lealtad, no a solo a May, sino a casi toda la familia. Aunque había dado mi opinión, sabía que no serviría de nada, había sido decisión de Leopold el ayudarle con esa mentira bastante peligrosa.

Rogaba que todo de lo que estábamos seguro sobre el verdadero interés de Marcus Lancaster se quedara en especulaciones, pero temía que no fuera así. Por ello, me había adelantado en contratar un abogado, por si el consorcio hotelero impugnaba la nueva sociedad y peligrara El Secreto de los Gohshed.

Entré al comedor para saludar a los huéspedes hasta llegar a la mesa donde May se había sentado con él. Esta vez le estreché la mano con frialdad, evitando todo lo posible sacar temas sobre hoteles, algo difícil, pero no imposible. Cuando vi que comenzaba a quedarme sin conversación, decidí despedirme, no sin antes volver a recordarle sobre la importancia que tenía para todos los empleados El Secreto de los Gohshed.

Marcus

Había sido una comida curiosa desde el instante en que me senté. Una mujer con chaquetilla y gorra se acercó a una mesa de lo más pintoresca dejando diferentes platos. En cuanto vio a May se acercó con la ilusión en su rostro.

—¡Mi niña! —dijo alzando la voz—. Había escuchado unos ladridos y pensé que era Aaron imitando a esa criatura que tienes por mascota. —No pude contener la risa, traté de hacerlo, tosiendo ante la mirada asesina que me otorgó May. Sentí cierto alivio al saber que no era el único que pensaba que ese perro era feo de cojones. La mujer me miró de reojo y habló con tanta rapidez que apenas pude entenderle.

—¿Y este buenorro de dónde lo has sacado? —Observé a May sonrojarse y decidí ser espectador de una conversación en español que no comprendía.

—Es un amigo. —Había dicho «amigo». Supuse que le había preguntado por mí.

—Amigo es el ratón del queso —indicó, dándole un codazo. Al ver el rubor de sus mejilla deduje que era alguna connotación de pareja y sonreí al ver la situación medianamente divertida—. ¡Hola, amigo de May! —me saludó en un inglés chapurreado.

—Hola —dije sonriente y, para fastidiar un poco a May, decidí mirar bien su nombre. Se llamaba Encarna y era la chef, por lo que me uní en seguir tomándole el pelo—. Encarna, eres una de las personas más importantes del hotel. —Abrió la boca para responder, pero se había quedado sin palabras ante mi descaro.

—¡Vaya jeta tienen algunos! —No supe muy bien qué había querido decir, aunque deduje que había sido por mi modo de saludar.

—Soy Marcus Lancaster —añadí a continuación y, al escuchar mi nombre, dejó de sonreír.

«¡Maldición! El memorándum». Acababa de recordar que entre las sugerencias habían considerado pasar a un menú con varios platos modernos y minimalistas. Su actitud cambió, se alejó y tensó el cuerpo.

—Tengo un manjar que os alegrará el día —sugirió sin volver a sonreír.

—Todo lo que haces sabe a gloria —respondió May, que me tradujo de inmediato.

—Me *encantaría poder probarrlo* —respondí con mi mal español.

—Voy a traer algo que os gustará y le diré a Roque que traiga el vino de la casa. — Se alejó hasta una puerta y se perdió en ella para volver con una bandeja con dos platos que, al ponerlos en la mesa, le sacaron una sonrisa a May.

May

El haberme ido a vivir a Londres me había privado de poder degustar carajacas.^[12] Cuando Encarna las dejó en la mesa junto a las papas arrugadas, con los diferentes mojos, me mordí el labio. A su vez, un joven que apenas conocía traía también dos copas y una botella de vino.

—Espero que podáis disfrutar de la comida tradicional que se hace con tanto cariño —señaló Encarna—. Señor Lancaster, esto es un pequeño enyesque canario. —Sabía que Marcus no tenía ni idea de qué quería decir, pero su sonrisa significó mucho para mí. Encarna se despidió y, sin decir nada, Marcus cortó la carne y la metió en la boca.

Hice lo mismo. La carne se deshizo en mi boca, junto con el sabor del ajo y la pimienta. Era un plato sencillo, pero gustoso que me hacía sentir en casa. Vi de reojo a Marcus, que había cerrado los ojos y saboreaba la carne.

—¿Qué te parece? —le pregunté una vez que los volvió a abrir para coger la copa de vino.

—Me ha recordado a mi niñez y el verano que pasaba en Escocia, aquellas vacaciones con mis abuelos en las Tierras Altas. —Sonreí, llena de ilusión por haber logrado hacerle revivir algún momento feliz de su vida.

—Ahora prueba esto —me atreví a decir, pinchando una papa y mojándola en una de las salsas que acompañaban el plato.

—¡Hostia! ¿Os gusta lo picante? —preguntó, bebiendo con rapidez de su copa de vino.

—A la vida siempre hay que darle unos gramos de picante para sentirnos vivos, ¿no crees?

—Ahora más que nunca lo creo, es por eso que estoy aquí, has vuelto hacerme a sentir vivo.

65

*«Cuando veas que me callo, mírame a los ojos,
pues mi mirada te lo dirá todo».*

May

Ese cosquilleo en mi cuerpo aumentó. En ese instante quería saltar, gritar, besarlo hasta cansarme, pero me limité a seguir comiendo. Le sonreí y él volvió a comerse una papa con mojo, arrugando la cara en broma, haciéndome reír.

Minutos después, mi madre apareció junto a Leopold, siendo ellos los únicos que trataron hospitalariamente a Marcus. Comprendía la animadversión de Aaron, de Jonay y los empleados, él era el motivo por el que podían perder sus empleos y mi familia el hotel, que estuviera con él era como una ingratitud de mi parte.

Leopold decidió que era momento de arrebatármelo y llevárselo a la pequeña bodega que tenía, quizás una manera de darnos tiempo a los dos para que lográramos digerir todo lo que estaba pasando. Se lo agradecí, ya que necesitaba pensar.

Necesitaba disfrutar de todos estos sentimientos que mantenía reprimidos que lograban que mi corazón latiera con tanta rapidez cuando Marcus me besaba, me acariciaba y me hacía sentir cuánto me deseaba. Necesitaba demostrarle que creía en él, en sus intenciones, sobre todo con lo que acababa de confesarme.

Leopold

Le pedí a Marcus que me siguiera y se sentara mientras buscaba uno de los vinos que añejaba para luego coger dos copas y que lo probara, una forma de comenzar la conversación.

—¿Qué te ha parecido lo que has visto?

—Me arrepiento de haberlo conocido tan tarde.

—¿Tarde? —pregunté sorprendido—. Has llegado en el momento preciso —le hice ver—. Es buena época para disfrutar del entorno.

—Es lo que quiero hacer este fin de semana. Y también hablar, Leopold, necesito esclarecer algunas dudas.

Lo observé minuciosamente y luego el pequeño rincón en el que estábamos, recordando cuán importante había sido antes de convertirlo en viñedo. Ahí descubrí lo que era amar por primera vez, había conocido infinidades de mujeres, pero solo con una decidí arriesgarme.

En aquel mismo lugar acepté que Anthony fuese mi socio para que ayudara a crecer a El Secreto de los Gohshed, así como también disfruté de grandes conversaciones con él cuando se escapaba de ese imperio que tenía como empresa.

—A tu abuelo le gustaba mucho estar aquí —señalé con el dedo—. En esa misma silla se sentaba y pasábamos largas horas conversando. —Marcus sonrió con sinceridad.

—Yo nunca he tenido esa suerte, lo más parecido a un mejor amigo que he tenido es Ethan, y ni siquiera he confiado en él sobre nuestra sociedad —me confesó—. Pienso que nuestros intereses ya no son los mismos, yo decidí enfocar mis energías en la empresa y en que los empleados me tuvieran respeto.

—¿Respeto? —Respeto era lo que menos le tenían, en los últimos años había actuado de manera muy autoritaria. Tal vez no buscaba el respeto de los empleados, sino de su familia. Lo miré de nuevo—. Diría más bien que lo que has creado en los últimos tres años ha sido temor.

—Reconozco que he sido algo déspota y autoritario, pero en un momento de mi vida llegué a la conclusión de que era la forma de hacerme respetar.

—¿Ante quién? —Marcus resopló.

—Ante todo el consorcio Lancaster —respondió, cansado de fingir, y me dio pena verlo así—. Ante la junta de accionistas. —Chasquéé la lengua y bebí un poco de vino.

—¿Me estás dando a entender que querías ser igual a ellos? —le pregunté yendo al grano—. A mi parecer, todos son unos estreñidos con un palo metido en el trasero. —Eso último se lo dije mirándolo fijamente. Marcus rio.

—May fue más vulgar cuando me lo echó en cara, ella dijo un palo metido en el culo.

—¿Qué le vamos a hacer? Es mi niña y algo ha tenido que aprender de mí —le dije con orgullo. Adoraba a esa chiquilla desde que había nacido y siempre supe que iba a despuntar—. Eso me lleva a ser directo, no olvido que sientes mucho más que atracción por ella.

—Acepté venir con el firme propósito de saber qué es lo que ocurre entre nosotros.

—¡Qué empeño tenéis los jóvenes en buscarle a todo una explicación! —le dije, dándole un golpetazo a la mesa—. Deja de pensar, Marcus, dejaos llevar por el momento. Enamorarse no tiene una fecha en el calendario, ni tan siquiera en nuestra página de la vida, sucede y punto.

—Leopold, me preocupo, son muchas cosas las que pueden echarlo a perder. Desde la sociedad que hemos fundado hasta alguna decisión que pueda afectar a vuestro hotel.

—¡Deja de pensar en ello! Mi familia tiene su opinión —le hice saber, sin que tuviera que contarle la verdad—. Ya tendré una conversación con ellos acerca de lo que he decidido. Tarde o temprano lo entenderán y confío en que May sea la primera en hacerlo.

Marcus

Lo observé, confuso. Estaba siguiendo sus consejos y, para ser sincero, me era muy difícil de aceptar. Había antepuesto lo que sentía por May a mis sueños y necesitaba tener claro que valía la pena. Sí, mi parte lógica era la

que hablaba, pero era parte de mi personalidad. Aunque, una vez más, supe que llevaba razón.

—No es fácil cambiar una forma de ser —le confesé.

—Marcus, mientras vivas, siempre tendrás el nuevo día para hacerlo, pero también puedes adelantarte, como esta noche —dijo levantándose de la silla—. El Secreto de los Gohshed tiene recovecos que han ayudado a más de uno a definir lo que quiere en la vida —puntualizó, dejándome desconcertado. No pude hacer otra cosa que reírme—. Esta noche viene un grupo, les pediré que armonicen con alguna canción que toque el corazón de la mujer más dura.

—¿Por qué quieres ayudarme? —le pregunté sorprendido.

—Porque yo también tenía otras metas hasta que conocí a mi Carmencita.

Fue lo último que escuché. Me había dejado para que reflexionara sobre nuestra conversación. Sí, tenía mucho que pensar, y le daba las gracias por dejarme en aquel lugar en el que nadie me iba a buscar.

«¡Hostias! Qué difícil es tomar decisiones que te podrían cambiar la vida para siempre». Respiré profundo, cerrando los ojos. «El Secreto de los Gohshed tiene recovecos que han ayudado a más de uno...», recordé.

—¡Viejo cabrón! —concluí riendo a carcajadas.

«El amor no se puede ver ni tocar,
tan solo se puede sentir».

May

Caminé con mi madre hasta la oficina, en donde se encontraba mi hermano Aaron junto a Jonay. Dudé en entrar o no, estaba segura de que me reprocharían el camino que había elegido. Iba a girarme cuando comenzó Darth V a ladrar desde dentro. Comenzaba a creer que era un boicot por su parte. La puerta se abrió y al primero que vi fue a Aaron.

—¡Pequita pecosa! —exclamó—. Aún puedes pasar, al que queremos clavar en una estaca es al Lancaster.

—¡Qué gracioso eres! —respondí con ironía.

—¿Y qué esperabas? —me hizo saber—. Te has pasado al lado oscuro de la fuerza, y no por Darth V, que es más leal que tú.

—Prefiero no responder —contesté, inclinándome para coger a Darth V, pero él levantó el hocico y se giró para ir junto a Aaron, dejándome con la boca abierta.

—¡Serás traidor! —exclamé sorprendida a que se aliara contra mí.

—Sabe cuál es el lado correcto de la fuerza—chinchó Aaron. Escuché las risitas de Jonay y de mi madre y suspiré en alto.

—Con todo lo que está pasando, acabo de cerciorarme de que le he puesto el nombre correcto. —Lo miré, señalándolo con el dedo índice—. ¡Traidor! Se te olvida que quien te da de comer y te compra caprichos soy yo. —Darth V ladeó la cabeza y me ladró.

Aaron volvió a sonreír disimuladamente y me tapé la cara, pensando que había creado un monstruo. No podía escudarme en mi perrito, debía enfrentar el malestar que había en mi familia, por lo que solté aire y los miré.

—Entiendo que no sintáis simpatía por Marcus, pero debéis haceros a la idea que es un huésped más y tal vez ayude a que los Lancaster, por fin, nos vendan las acciones que tienen del hotel sin tanto protocolo.

Los tres me observaron sin pestañear, Aaron soltó un bufido y Jonay decidió levantarse, con la excusa que debía hablar con el socorrista que se encargaba de la piscina.

—¿Confías a ciegas en ese hombre? —me preguntó mi madre.

—No voy a clavar su cabeza en una estaca como quiere Aaron.

—Tengo mis motivos —contestó al momento.

—Y puedo entenderlos, pero estoy segura de que no viene para arrebatarnos El Secreto de los Gohshed.

—Eso lo tengo más que claro —repuso de nuevo Aaron.

—No es lo que parece —le hice saber ante su animadversión—. ¿Por qué no le das un voto de confianza?

Aaron clavó sus ojos en mí y negó con la cabeza. Se levantó con rabia, tensando la mandíbula.

—Te lo dije —soltó, señalando a nuestra madre—. No seré partícipe de esto y me vais a obligar a romperle la cara.

—¿Qué?! —exclamé sorprendida a ese repentino arrebató—. Te recuerdo que soy mayor que tú y las consecuencias de mis actos son mías, te prohíbo que te inmiscuyas —le advertí ofendida y Aaron rechistó.

—Había olvidado que eras una mujer de mundo ahora.

Dio dos pasos hasta llegar a mi altura, me observó concienzudamente y me

abrazó. Un abrazo que me dio mala espina, luego se separó. En cuanto llegó al quicio de la puerta, silbó, llamando a Darth V.

—¡Oye, es mi perro! —le grité. O al menos eso pensaba. No sabía qué ocurría, pero comenzaba a incomodarme. Me giré hacia mi madre, ella era la única que podía explicarme qué pasaba, pero se encogió de hombros y se escondió cobardemente detrás del monitor del ordenador.

—Creía que teníamos un lema en esta familia —le reproché, dolida por su actitud y la de todos.

—¿Por qué dices eso?

—¿Tengo que recordártelo?

—Mi niña, esta vez no me corresponde a mí, lo siento. —Mis sospechas estaban siendo confirmadas, todos hablaban en clave y tenía que ver con Marcus. No quería juzgarlo, pero no me estaba contando la verdad. Sin decir nada más me giré, abrí la puerta y salí.

¿A que me tenía que atener? ¿Después de todo Marcus seguiría con sus planes de cambios que acabarían destruyendo El Secreto de los Gohshed?

¡No! Me estaba dejando llevar por la rabia que sentía mi familia, lo había visto en sus ojos y sus palabras eran sinceras. Solté aire, desalentada. Los miembros de mi familia no eran de los que menospreciaban a los demás, a diferencia de los Lancaster. Estaba viviendo un sueño peligroso, dudaba y no quería hacerlo, y decidí que, pasara lo que pasara, debía vivir con intensidad ese fin de semana.

Alcé el mentón y seguí caminando hasta tropezarme con una escena que me comenzaba a ser familiar: Darth V mordía los bajos de los pantalones de Marcus, al que a la vez escuchaba maldecirlo. Por otro lado, mi demoníaco hermano fingía leer el libro de las entradas de huéspedes, evitando reír a carcajadas por la mala educación de Darth V.

Comenzaba a cansarme de que mi familia y Darth V lo trataran tan mal y era hora de poner remedio al asunto.

—¡Darth V, basta! —le advertí en un tono bastante alto. Se detuvo y me miró con una oreja levantada para luego sentarse y convertirse en una estatua. Estupefacta ante aquella actitud tan gamberra, llegué a la conclusión de que debía buscar un educador de mascotas.

Aaron masculló que se había acabado la diversión y me cansé de sus tonterías.

—Si te parece gracioso que Darth V ataque de esa forma a los huéspedes, vas por mal camino, Aaron. —Sus ojos se fijaron en mí mientras enarcaba una ceja.

—No tengo la culpa que Darth V reconozca cuando alguien es del lado oscuro —respondió sin mirar a nadie en especial, pero sí con la sinceridad que solía tener.

Marcus

Una vez más volví a ignorar las indirectas de Aaron. Estaba convencido de que en algún momento tendría la oportunidad de hablar con él y explicarle que no había tenido nada que ver con la decisión de su abuelo, y a su vez que lucharía para que El secreto de los Gohshed saliera del programa de modernización que había diseñado en un principio.

Me sentía culpable porque hubiera tensión entre ellos. Me acerqué a May, invitándola a que me acompañara a la habitación, pero un grupo de turistas apareció de la nada, junto a un chico que llevaba una vestimenta con el logotipo del hotel.

—Buenas tardes —dijo el joven en un inglés bastante fluido—. ¿Estáis preparados para disfrutar de la naturaleza? —preguntó—. Haremos una mini excursión por la zona para que disfrutéis del entorno.

—¡Esa excursión es perfecta para ti! —exclamó Aaron señalándome y dejándonos desconcertados a May y a mí por ese comentario inesperado—. ¡Nauzet! —llamó al monitor—. No olvides a nuestro recién llegado huésped,

no estaba apuntado, pero he visto que todavía hay una plaza.

El tal Nuzet lo observó confuso, tal vez no era usual apuntar a última hora a un huésped, por lo que me miró entrecerrando los ojos. Temí que me reconociera, incluso comenzaba a pensar que todos los empleados sabían que estaba allí y pensaban que estaría inspeccionando las instalaciones. Me removí un poco, esperaba que me castigara por hacerle peligrar su trabajo.

—Sí, todavía nos queda una plaza —respondió con una sonrisa de medio lado.

—Creo que él no tiene ganas de ir —repuso May—. Ya ha visto el lugar y sus alrededores, por lo que deseará descansar.

—¿De verdad lo crees? —le preguntó Aaron—. Con todo lo que tenemos alrededor..., apenas ha visto más allá de los senderos —repuso Aaron—. Y ya que ha venido a conocer la estancia, que disfrute de todo lo que ofrecemos.

—Pero... —Sin embargo, interrumpí a May ante el desafío impuesto por Aaron, era evidente que me estaba poniendo a prueba y no iba dejar que ganase.

—No tengo ningún problema en seguir descubriendo el paraje.

—Te acompaño, entonces —se apresuró a decir May, haciéndome sentir como un idiota. Esto era un pulso entre Aaron y yo y no debía meterse.

—¿Desde cuando eres su guardaespaldas? —soltó su hermano con mala intención.

—Puedo andar solo, no te preocupes —le dije intentando que no le diera importancia—. Lo que sí me gustaría ir a mi habitación antes.

—No es necesario —respondió de nuevo Aaron—. Tienes la indumentaria perfecta para la caminata —me indicó—. Leopold ha hecho que dejen tu equipaje en la habitación —concluyó, cerrando el libro de huéspedes.

Abrió un cajón y me entregó una llave antigua que estaba identificada con un número.

—Esta es tu llave —me indicó con bastante acritud para luego dirigirse a su hermana—. Deberías ir a por Leopold, seguro que se está echando la siesta en el jardín.

—¡Muy bien! —gritó Nauzet—. ¿Estáis preparados para la aventura? —preguntó—. El día está fantástico para donde iremos. —Con sus gestos nos invitó a salir de la recepción.

No tenía ni idea a donde iría, no me arrepentía de haber aceptado. Solté aire, resignado, y me despedí de May con un beso en los labios.

—Nos vemos en un rato.

May

Me giré hacia mi hermano, furibunda. Me había aguantado por los huéspedes, pero estaba segura de que era una treta para vengarse de Marcus, y no era justo.

—Si le llega a suceder algo, no volveré a hablarte en la vida —le advertí.

—¿Me estás amenazando por un tío que apenas conoces? —me preguntó, incrédulo.

—No tienes ni idea de cuánto puedo conocerlo —contesté, dándole la espalda y maldiciendo a Aaron por confabularse con los empleados en contra de Marcus.

«No vales la pena, lo vales todo».

Marcus

Nunca me imaginé la belleza que encontraría en aquel paraje, así como tampoco que tuviera que hacerlo sin May, la echaba de menos. No obstante, no me había equivocado con la intención de Aaron, ni el pantalón ni los zapatos eran indicados para andar por los senderos.

Me hacían quedar como un idiota cada vez que me resbalaba, aunque lo disimulase de forma heroica, y podía jurar que llegué a ver la sonrisa burlona del maldito guía.

Estaba cansado de escuchar sobre la flora y la fauna y de hacer el ridículo, decidí volver con el GPS. Nuzet se apresuró a convencerme de que quedaba poco, pero estaba seguro de que no era así.

Saqué el móvil y tecleé la dirección de El Secreto de los Gohshed y esperé que el GPS diera con la ubicación para volver por mi cuenta. Sin embargo, nunca me imaginé que la lluvia me acompañaría y terminara siendo aliada de esa confabulación en mi contra.

Quería mandar a todos a la mierda. Durante esas horas en las que May no había estado junto a mí comprendí que sentía algo profundo por ella. Pensé que en su infinita imaginación hubiera encontrado alguna idea para hacerme reír mientras me quejaba por el fango y la lluvia incesante, e incluso aposté conmigo mismo que no pararía de hablar hasta que yo la callase robándole un beso y la llevase hasta el pino más cercano para así recrearme en ella. Seguí el camino y, como era de esperar, volví a resbalarme, quedando mi pantalón totalmente perdido.

—¡Joder! —Media hora más tarde entraba a la recepción empapado y enfadado por las ironías de la vida. Sin saludar me dirigí a la habitación

donde me deshice de toda la ropa, quedándome en calzoncillos. Me pasé la mano por el pelo mojado y suspiré en alto.

—Nadie me ha obligado a estar aquí —dije en alto. «Todo lo que te está pasando es parte de la locura que aceptaste llevar a cabo».

May

Estaba convencida de que esa excursión no terminaría bien. En cuanto salí de la recepción rumbo a la casa familiar, deseé regresar y convencer a Marcus de que no fuera. Elevé la mirada y vi el cielo encapotado, pero en ese instante el jardinero me saludó con ilusión.

Me conocía desde que había nacido y me di cuenta de que todos tenían alguna anécdota conmigo, la conciencia comenzaba a hacerse paso, dejando que la duda apareciera. Darth V apareció también y se acercó a Migue moviendo la cola con alegría.

—¡Cómo has crecido, chavalote!

—Y está algo rebelde, diría que es su adolescencia —respondí. Miré de nuevo al cielo y supuse que alguien que conocía a la naturaleza más que yo podía sacarme de mis suposiciones—. ¿Migue, crees que lloverá?

—Parece mentira que olvides cómo es el tiempo por aquí —me dijo sonriendo—. La tierra necesita el agua y es época para ello.

—¡Mierda! —exclamé. Había acertado y me temía lo peor. Tenía una opción y era ir a toda prisa por los senderos hasta alcanzar la excursión, pero para ello tendría cambiarme de ropa y entonces me di cuenta de la mala intención de mi hermano—. ¡Aaron eres un gilipollas! —grité, esta vez sin remordimiento alguno. Leopold nunca nos había enseñado a ser vengativos y él se estaba comportando con bajeza.

—¿Qué ha hecho esta vez ese gamberro?

—Apuesto a que sabía que llovería y mi amigo no iba apropiadamente vest... —Migue me interrumpió.

—¿Se la ha jugado! ¿Por casualidad no será el inglés familia de los Lancaster?

—¿Cómo sabes quién es?

—El chismorreó, mi niña. Todos están revolucionados —me dijo—. Algunos con ganas de darle un escarmiento.

—Estáis exagerando —le respondí—. Marcus no ha venido a inspeccionar el hotel, ha venido... por... —Ni siquiera podía asegurar si realmente era como me había prometido. Y allí estaba, lo que tanto había luchado por evitar, aparecía la duda y odié a Aaron por lograr su cometido.

Migue respiró profundo y me sonrió con sinceridad.

—Voy a confesarte algo —me dijo—. Hace un buen rato tu abuelo vino por aquí a protestar por las rosas y me dijo que, al ser el más pureta de los empleados, no me dejaba llevar por la pasión —me indicó—. No sé cómo tomarme toda esa pederreta que se echó. La cuestión es que me parece que tu abuelo confía en él, así que no deberías dudar y, en caso de tener miedo, detente unos minutos y piensa ¿qué te dice el corazón?

—Ese es el problema —le confesé, sentándome en un banco cercano—. Mi corazón me dice que crea ciegamente en él. —Su rostro trataba de ocultar lo que realmente pensaba. Quizás estaba deduciendo que el clima británico me había vuelto loca y que era más ilusa que nunca o, sencillamente, que todos tenían razón. Darth V ladró sacándome de mis pensamientos saltando.

—Me parece que el perrito tiene prisa por algo.

—A mí me parece que está pasándose de malcriado —repuse al verlo—. Está teniendo actitudes que no logro comprender.

—¿No será que te está diciendo lo que debes hacer? —me indicó—. Quizás estás actuando de la misma forma que él y por eso te lo reprocha. Los perros son muy inteligentes, tanto que pueden recordar dónde encontrarte con solo haber estado dos veces.

Era cierto, apenas había llevado a Darth V a aquella parte de la casa en donde solía esconderme.

Migue se hizo a un lado, dándome paso para que fuese hasta allí. Finalmente, hice caso y me despedí. Al llegar me senté en un pequeño columpio que Leopold había hecho construir en los jardines de la casa familiar mientras Darth V correteaba de un lado al otro.

Si era cierto que los perros nos entendían, volvería a tener una de esas conversaciones filosóficas que solía tener con Darth V cuando estábamos a solas.

—¿Por qué no te gusta Marcus? —le pregunté. Darth V se detuvo en cuanto escuchó el nombre de Marcus y comenzó a gruñir—. ¿Qué sabes tú que tu dueña no sabe y pasa por alto? —Esa pregunta me la hacía más a mí misma.

Dándome cuenta de que todos los caminos conducían a tener que escoger entre mi familia y lo que sentía por Marcus, supe entonces que de nuevo me había dejado llevar por esa soñadora que había dentro de mí, la que se empeñaba en vivir con intensidad cada segundo.

Él era mi príncipe de cuentos felices, un príncipe bastante directo, pero, al fin y al cabo, mi príncipe, a pesar de que hacía tiempo había dejado de creer en ellos.

Una gota cayó mojándome la cabeza y maldije de nuevo a Aaron, levantándome con rapidez para cubrirme al ver cómo comenzaron a multiplicarse y la lluvia se abrió paso. Darth V comenzó a ladrar, correteando por el césped mojado y el lodo que se formaba sin hacerme caso alguno cuando lo regañaba.

—¡Rosmina! —grité a la nada—. ¡¿Qué demonios le has hecho a mi perrito?!

Cuarenta minutos después, regresaba a mi habitación con huellas de barro de Darth V por toda la ropa e incluso la cara. Lo metí en la bañera y lo lavé segundos después. Me quité con rapidez la ropa y me di una ducha rápida para estar en la recepción, avergonzada por la putada que le había hecho Aaron a

Marcus.

Aún con el pelo humedecido, corrí, percatándome de que había dejado de llover, pero había llegado tarde, Marcus ya había pasado por allí. Vi a mi madre y le di a Darth V para ir a la habitación de Marcus. No tenía ni idea de qué esperar tras la puerta, pero debía enfrentarme a ello.

Toqué varias veces y, cuando estuve a punto de desistir, me abrió. Marcus estaba con el torso descubierto y la toalla enrollada en su cadera. Había disfrutado de tocar y sentir el roce de sus vellos en mi piel, pero verlo así me llevaba directamente al infierno. Sin embargo, ni siquiera me saludó, se giró, dejando la puerta abierta para que pasase. La cerré con el peso de la culpa en mi espalda y esperé con paciencia a que me mandara a la mierda.

—He tratado de justificar esta jugada por parte de Aaron —dijo un minuto después—, recordarme por qué estoy aquí, pero se me ha hecho difícil.

—No puedo defenderlos —respondí avergonzada. Marcus se sentó en el borde de la cama y suspiró en alto.

—No tienes que hacerlo —contestó—. Es una reacción natural cuando algo o alguien quiere imponer sus reglas. Las pocas horas que he estado en este lugar he aprendido cómo se logra ganar el respeto y lealtad de los empleados sin que te tengan temor. He estado equivocado todo este tiempo.

No podía afirmar si todo lo que decía era cierto, solo conocía la forma en que me había tratado, autoritario y déspota, pero que los empleados de la cadena Lancaster sintieran temor hacia él y que reconociera que se había equivocado me demostraba que no era un mal hombre.

—Si prefieres cenar en la habitación... —le indiqué, tratando de animarlo—. Mandaré a pedir la cena y nos quedaríamos el resto del fin de semana aquí, como me sugeriste en el aeropuerto. —Sonrió y me acarició la mejilla.

—No, esa no es la mejor solución. Es mejor que me vista para cenar con el resto de huéspedes —respondió—. Hay que hacerles frente a los problemas y callar suposiciones, intentar que no me vean como un enemigo, a pesar de que lo seguiré siendo.

—No sé qué decir —le confesé—. Reconozco que cuando supe lo del memorando yo también sentía desprecio hacia ti.

—¿Y ahora lo sientes? —Sonreí con timidez mientras se acercaba para abrazarme. El contacto con su torso desnudo aceleró mi corazón con ganas de volver a acariciar sus brazos, su pecho, su abdomen. Sonreí con picardía en un último intento de seducirlo.

—Me lo reservaré, sobre todo cuando pienso que preferiría que no te quedaras tal y como estás en estos instantes. —Rio a carcajadas.

—Tampoco me importaría deshacerme de ese vestido que me está tentando, pero te he prometido una noche única. —Resoplé y se echó a reír, alejándose de nuevo para sacar un vaquero de su maleta, junto a una camiseta estilo polo y un bóxer, y se dirigió al baño. Dos minutos después salió vestido y yo solté aire con resignación.

—Te gusta destrozar las fantasías de otros —protesté—. Comienzo a entender a todos esos que te temen. —Volvió a reír.

—¡Qué impaciente te has vuelto! —soltó con una sonrisa ladina y acercándose lentamente.

—Es tu culpa —respondí, fingiendo estar ofendida—. Me dejas con ganas de más.

—No sé si tomarme eso como cumplido —repuso sardónico y sonreí.

Sus labios estaban casi pegados a los míos, deseé que me besara, pero no lo hizo. Me rodeó la cintura y me abrazó.

—Si te confesara que no tienes ni idea lo que estás haciendo en mi vida...

—Me gustaría saberlo —le contesté con la cabeza pegada en su pecho. Lo escuché soltar un bufido de risa.

—Me has hecho recordar ese espíritu aventurero y jovial que solía tener, apartando los excesos que cometí —me dijo mientras nos acercábamos de nuevo a la cama—. Me gusta que no te dejes apabullar, que defiendas lo que

crees y esas ganas de querer cambiar el mundo. Eres increíble, May, nunca dudes eso. —Alargó un dedo y me tocó la nariz con él, dejándome completamente desarmada y maravillada a sus gestos de ternura.

Me sentí culpable porque mi inseguridad me llevaba a dudar constantemente de él. Marcus estaba siendo honesto con sus sentimientos y eso no se podía fingir.

—Comienzo a debatirme sobre si darte o no mi punto de vista —respondí a su confesión—. Pero no sé si terminarás huyendo de mi mente soñadora. —Rio a carcajadas. Se apartó un poco para dejarse caer en la cama.

—Las camas no solo son para dormir y follar —indicó, invitándome a unirme a él—. ¿Qué te parece si me cuentas alguna anécdota que tengas de este lugar? Así puedo conocerte un poco más. —Sonreí y me uní a él.

—Con la condición de que también me cuentes una —le pedí—. Tengo ganas de conocer a este Marcus Lancaster que está a mi lado.

—Soy el mismo, te lo aseguro, pero no creo que te gustaran las mías. —Vi en sus ojos que prefería no hablar de ello y, por alguna razón, decidí no presionarlo y pasé a contarle cómo había sido mi primer beso entre estas paredes.

Me las había ingeniado para que la clase entera del instituto aceptara pasar un fin de semana con todos los gastos pagados en el hotel. Vivía en la capital de la isla y pasaba los fines de semana aquí, por lo que armé un plan sin haberle dicho nada a mi madre ni a Leopold. Mi espíritu soñador me había llevado a montar semejante locura solo por fantasear con tener el mejor beso de mi vida y fue todo lo contrario.

Todo iba bien hasta que llegó el momento, en uno de esos tantos recovecos me esperaba el chico con el que fantaseaba que fuese el primero que me besara y, a decir verdad, fue decepcionante. Me había llenado de babas obligándome a separarme de él. En ese instante lo miré con asco, pero me arrepentía de ello. También era su primer beso y estaba igual de nervioso que yo, y por ello la torpeza se hizo paso.

Lo que nunca me imaginé fue que Marcus se riera a carcajadas cuando le detallé cómo había sido ese momento, por lo que le lancé una almohada por burlarse de mí.

Marcus

May de nuevo lograba que olvidara todos mis problemas, sacando ese joven aventurero y rebelde que mantenía a raya. Reí un buen rato por su patético primer beso y ella me golpeó con la almohada por haberlo hecho, así que le sujeté la mano y la atraje a mí para darle un beso como se merecía.

Le mordí el labio y metí la lengua, guiando la suya. La subí encima de mí cuando ahogó un gemido e hizo un movimiento que me obligó a detenerme o terminaría empalmándome de nuevo. No tuve que explicarle nada, lo entendió y se acomodó a mi lado, acariciándome el pecho. No estaba muy seguro de si eso no me afectaría, pero al menos me podría controlar.

Sí, podía desnudarla ahí y ahora, pero deseaba más disfrutar aquel instante.

El silencio nos acompañó unos minutos y observé el lugar. Me daba la sensación de que la habitación era parte de una montaña, sus paredes blancas junto a los techos de madera y el piso le daban el aspecto rústico que tanto pegaba con el hotel. Debía tomar una sabia decisión que determinaría la vida de todos.

Me obligué a cambiar de pensamientos, no solía hablar de lo que sentía, apenas logré hacerlo con Hillary, por ello, lo mejor que había podido hacer por ella era decirle la verdad, no podía darle lo que quería. Sonreí sin seguir creyendo que estuviera en un lugar remoto por una mujer a la que había jurado demostrar que el amor solo estaba en las novelas que ella escribía.

Para qué seguir negándolo, me gustaba todo de ella y cuando decía todo eran desde sus gemidos y su predisposición a que metiera la polla entre sus piernas hasta momentos como aquel, donde la May soñadora aparecía. Esos eran en los que más a gusto me sentía, sin duda alguna. Me habían dado la oportunidad y las ganas de seguir adelante con lo que surgía entre los dos.

Tal vez era momento de contarle el porqué de la actitud del resto de los Gohshed hacía mí, pero eso rompería la confianza que apenas nacía entre nosotros y que era quebradiza.

—Si te soy sincero, no recuerdo ni mi primer beso, ni con quién follé la primera vez —le indiqué para hacerla reír, me gustaba su sonrisa, pero en ese momento no la hubo. Entrecerró los ojos, esperando cualquier burrada de mi parte. Sonreí de lado—. Estaba borracho, eso es lo único que recuerdo.

—¿Cuándo? ¿El día que follaste o el del primer beso? —reí a su intención.

—¿Cuál te interesa más? —Levantó una ceja al darse cuenta de que le tomaba el pelo y volví a reír.

—Uno de los mejores recuerdos que tengo son los almuerzos con Anthony, casi todos los días, y el mejor era los viernes. Después de comer hablábamos de todo y de nada. Desde lo que había vivido en la guerra, hasta consejos sobre manejo de empresas. Incluso algunas veces los llevamos a la práctica, cuando aparecíamos en el Imperial Lancaster de Londres y terminábamos en las cocinas, comiendo el postre junto a mi abuela Jane.

—Eso es uno de los mejores recuerdos que podemos tener.

—Sí... Luego todo cambió.

No iba a entrar en detalles, me imaginé que todos conocían esa faceta en la que me creía intocable. Ir contándola no me enorgullecía, era consciente de que, si no hubiera caído en esa actitud, mi vida hubiera sido una mierda. Quizás en unos meses me atrevería a contarle a May el motivo de mi comportamiento.

—Siento lo que ha hecho Aaron —me dijo con cierta vergüenza.

—Ya te he dicho que lo comprendo —respondí—. Las pocas horas que he estado aquí he comprendido la ferocidad por defender este lugar de cualquiera que quiera romper la armonía que tenéis, y mi intención iba en cierto sentido por ese camino

—¿Iba?

—Sí —le aseguré—. No quiero engañarte, todo ha cambiado, y no es por ti, pero no es momento de hablar de ello, ya tendré tiempo de contártelo todo al detalle. —La atraje aún más hacia mí, depositándole un beso en la cabeza—. Ahora, cuéntame, ¿la primera vez que follaste también fue en una fiesta o algo así?

No pude seguir a la risa que me entró. Ella se giró hacia mí, cogió la almohada y me la estampó en la cara sin dejar de reír.

«Yo te enseñaba mis vacíos con la esperanza
de que los llenaras».

May

Los pocos momentos en los que había intimado de esa manera con un hombre habían sido con Jack, en una de nuestras largas conversaciones, y con Gonzalo. Con el resto siempre había acabado teniendo sexo y poco más. Por eso el poder descubrir, aunque fuera un poco, al verdadero Marcus, me hacía ilusión. Apostaba que tenía muchos demonios que vencer, era normal, pertenecía a una familia con prejuicios y actitudes bastantes lamentables y tal vez había tenido que fingir muchas veces.

Solo entonces me llegué a preguntar por sus padres. Poco sabía de los hijos de Anthony, casi todo era malo y me di cuenta de por qué no quería hablar de su vida. Lo miré de reajo, estaba ausente, podía ser por muchos motivos, como que disfrutaba, al igual que yo, del abrazo, del silencio, del momento, o sencillamente estaba enfrascado en los recuerdos, hasta que me pilló observando.

—Doy un millón de euros por tus pensamientos —señalé a su silencio prolongado.

—¡Sí que eres cotilla que intentas sobornarme! —exclamó, tomándome de nuevo el pelo.

—¡Serás idiota! —protesté, dándole un codazo.

—¡Joder! Qué empeño en atacarme —se quejó riéndose—. Ahora no te lo diré. — Y él sonrió, respiró con profundidad —. ¿Así que estás preguntándote en qué pensaba? —Me sonrojé al verme descubierta—. Para que esa mente no despliegue su derroche de imaginación voy a ser directo, creo que es hora de hacer una promesa.

—¿Una promesa?

—Sí, una promesa, May —repitió—. Trataré todo lo posible de no romperte el corazón. —Abrí los ojos y levanté la cabeza.

—¿Sabes que con esas palabras alimentas mi enorme imaginación?

—No es lo que deseo, solo digo que, si por el motivo que fuese me separo de ti, intentaré que sea lo menos doloroso posible. —Pestañeeé varias veces, tratando de que las dudas no volvieran aparecer, pero el muy idiota me lo estaba poniendo difícil—. Y acabo de recordar que Leopold me comentó algo sobre un grupo.

—¿Un grupo? —¿De qué demonios me estaba hablando? El único grupo que podía conocer eran los amigos de Aaron, solo esperaba que Leopold no le advirtiera de ellos.

—Sí, un grupo musical —respondió. Y recordé el que venía una vez por semana al hotel. Sin embargo, me llamó la atención su interés por ello.

—Pensé que hablabas de... —Y evité mencionarle los amigos de Aaron y lo que estaban dispuestos a hacer por él—. ¡Olvídalo! Mi mente de escritora se precipita a los hechos. —Entrecerró los ojos y me encogí para no darle importancia, esperando que desistiera de cualquier pregunta.

—Ahora que lo recuerdo —me dijo—. Aún me debes contar sobre la historia de tu novela.

Eso me había pillado desprevenida. No es que no quisiera hacerlo, pero si lo hacía podría encontrar la similitud entre el protagonista y él. Me levanté de la cama, acomodándome el vestido hasta que la voz gruesa de Marcus me hizo reaccionar.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—He olvidado el móvil y debo darle de comer a Darth V.

—Pensaba que no era tan importante el móvil para ti, yo creo que huyes.

—¿Huir? —«¡Mierda, May!»—. ¿De qué iba a huir? Además, no te debe interesar tanto mi novela cuando la regalaste. —Rio a carcajadas.

—Debía hacerlo por un gran motivo. —No quería caer en una discusión sobre ello—. Ya que te vas, tendré tiempo para echar un vistazo a unos asuntos pendientes del trabajo.

—Dijiste que no hablarías de trabajo.

—Cierto, que no hablaría contigo. —Apreté los labios, preguntándome si estaba siendo sincero. Respiré profundo fingiendo una sonrisa genuina para no señalarlo de nada.

—Está bien, nos veremos en la cena. Espero que de aquí a entonces no te arrepientas de lo que tienes pensado para esta noche. —Marcus rio a carcajadas.

—¿Arrepentirme? —Volvió a reír—. Te recuerdo que quiero darles uso a los recovecos del hotel.

—Pensé que era una treta para que cayera en tus brazos —le dije, acercándome a la puerta para salir con la esperanza sembrada en mi corazón.

—Nunca he necesitado de tretas cuando estoy seguro de lo que quiero.

El cosquilleo volvió aparecer, deseando más que nunca correr a sus brazos de nuevo. Marcus se levantó, acercándose para darme un beso en la mejilla y volver a la mesilla, donde tenía sus pertenencias, mientras yo me quedaba allí atontada como una ilusa por lo que acababa de pasar.

—Si no te marchas, me veré obligado a tirarte del brazo y follarte, por lo que quedaré mal con Leopold, ya que esta vez sí que no saldríamos de la habitación hasta volver a Londres —dijo en alto.

—Siempre tan directo.

—Lo soy cuando hay algo que quiero y lucho por ello.

Cerré la puerta al salir, evitando que Marcus viera el reflejo de ilusión que

debían tener mis ojos. Me sostuve unos instantes con la espalda pegada a la puerta y cerré los ojos, permitiéndome soñar despierta.

—¿En serio, May? —me sobresaltó Aaron incrédulo. Abrí los ojos y me alejé de la puerta, acomodándome inconscientemente el vestido.

—No voy a darte ninguna explicación —le hice saber, tomando el camino para volver a la casa familiar.

—No me obligues a ser el malo —repuso Aaron con enfado. Me detuve y lo señalé con el dedo.

—¡Sé cuidarme! Así que vive tu vida, no la de los demás. —Me giré de nuevo, retomando mi camino con la firme decisión de sentar a la familia y a Marcus para que hablaran y se entendieran.

Regresé a mi habitación pensando en cómo debía hacerlo. Aaron era obtuso cuando quería, pero nunca se había metido en mi vida. Me senté en la cama, pensando que ellos mismos eran los que debían aclarar las diferencias. Solté aire y me levanté, pensando que el vestido que llevaba era apropiado para la noche, pero debía buscar algo más especial. Dudaba si había traído uno mejor o no y recordé que la última vez que había estado en la isla había comprado un vestido de lo más bonito.

Había aceptado salir con unas amigas, pero nunca pasó por diferentes motivos y lo dejé allí por si surgía otra ocasión, como la de esa noche. No quería tampoco ser el centro de atención, pero quería sentirme sexy y que Marcus, este hombre tan directo que me enloquecía con sus intenciones, me comiera con los ojos.

Azul oscuro, entallado y palabra de honor. No necesitaba nada más para jugar a ser jóvenes con un amor prohibido con ganas de desatar su pasión. Si analizaba cada palabra, no era muy distante a lo que estaba viviendo. Estaba ya pasando a modo May soñadora y me alejé de ella, no necesitaba que saliera en esos instantes.

Saqué el vestido del armario y recordé ese conjunto interior que también había desterrado en el fondo del cajón por culpa de ese Cameron, al que había

conocido en un viaje a Escocia.

Sonreí para mí misma, a sabiendas de que era solo el principio de una gran noche. Salí de la habitación hasta la oficina para preguntarle a mi madre sobre lo que tenían preparado para la ocasión. Algunos grupos cantaban de todo un poco; si era ese caso, le haría una petición especial. Pero al bajar el picaporte del despacho me encontré con la puerta cerrada, por lo que tendría solo dos opciones: o esperarlos en la entrada o preguntarle a Adassa, la recepcionista de la tarde, sobre los planes.

Esperaba que no respondiera con otra pregunta, la apreciaba, pero era la más cotilla del hotel y no estaba dispuesta a darle explicaciones. Esperé diez minutos mirando el móvil, supe que mi madre no volvería y me dirigí a vestíbulo del hotel.

Marcus

Decidí escribir el borrador de un email extendido a Richard y a Leopold en el que les pedía una reunión sobre el futuro de nuestra sociedad. Me levanté para despejarme y caminar un poco antes de volver a enfrentarme a los Gohshed y evitar en lo posible caer en las provocaciones de Aaron. Al salir de la habitación, lo primero que noté fue que la temperatura había bajado, siendo perfecta para pasar la noche viendo las estrellas. Me imaginé el lugar perfecto y, aún más, que May estuviera a mi lado.

Aunque esa noche quería que fuese diferente, después de probar los recovecos del hotel no terminaría con sexo rápido, quería que May no lo olvidara y que fuese el paso siguiente a intentar una relación. Al llegar a la recepción, me topé con el grupo de músicos y se me ocurrió una idea. Con mi mal español, traté de explicarme y di gracias al universo cuando uno de ellos me habló en mi idioma, así logré convencerlo de llevar a cabo lo que tenía en mente.

Me acerqué al comedor, que supuse que sería el centro de todo lo que acontecía en El Secreto de los Gohshed, y no me equivoqué. En cuanto oteé por la ventana, vi que el mobiliario había sido cambiado, creando una especie de *u* con las mesas y las sillas, dejando un pequeño espacio en el que había varios micrófonos de pie.

El lugar poco a poco se fue llenando y esperé con paciencia a May hasta que apareció como si buscara a alguien. Cruzamos la mirada y sonrió. Me dejó de importar todo en cuanto vi el vestido que llevaba puesto. May no era de esas modelos con las solía salir o esas jóvenes de familias distinguidas con las que Rupert tanto intentó que me relacionara. Ella era distinta, incluso con ese vestido tan sencillo lograba que olvidara dónde estaba y que quisiese arrancárselo.

—Perdona la tardanza—me dijo al llegar a mi lado.

—Diría más bien que te has empeñado en que piense solo en follarte —le respondí. Ella abrió los ojos, mirando a los lados para cerciorarse de que nadie me había escuchado, y reí a carcajadas. Su rostro cambió para darme algún sermón, siendo un momento divertido.

—¿Algún día medirás tus palabras cuando estemos juntos? —me preguntó torciendo la boca.

—¿Estás segura de que quieres eso? —le pregunté con sorna. En vez de debatirme, me provocó con su gesto el de morderse el labio. «Si se diera cuenta que eso me incita, no lo haría», pensé.

—Depende del lugar en donde me lo digas. —Volví a reírme, cerciorándome de que el juego que habíamos comenzado me gustaba, y quería saber hasta dónde llegaría.

Me acerqué a ella sigilosamente, sujetándole la cintura y atrayéndola hasta mí hasta sentir su respiración y, sin darle tiempo a pensar, le deposité un beso en la comisura de los labios.

Me miró, esperando mucho más, pero escuchamos murmullos de ovación. En un principio creí que era por el grupo musical, pero cuando supe el motivo, me negué a aceptarlo.

—Pero ¿¡qué coño?! —El experimento científico me respondió como era habitual, ladrándome. Con paso lento, fue acercándose hasta llegar a mis pies y gruñirme. En mi vida me había topado con un animal tan cabrón, y de nuevo

le hice saber quién mandaba—. ¿Recuerdas mi advertencia? Sigue en pie, pequeño demonio.

Comenzaba a preguntarme si el espantoso animal se creía un ser humano por la actitud con la que me respondió, alzando su cuello para volver a ladrar tres veces más. Comprendí que este pequeño engendro también era un gran obstáculo para llegar al corazón de May. Lo lograría, me lo metería en el bolsillo y, cuando eso sucediera, lo mandaría directo a Siberia para no volverle a ver nunca más el hocico.

«Hay cosas que no se pueden ocultar por mucho tiempo,
el sol, la luna y la verdad».

May

Me llevé las manos a la cara, viendo la vergüenza que me estaba haciendo pasar Darth V. Con todo el remolino que sentía en mi interior, solo podía decir que me sentía feliz hasta ver lo que Aaron era capaz de hacer. Si creía que mi perrito era el payaso del circo, estaba equivocado. Volví a mirarlo, no me cabía en la cabeza que Darth V, que odiaba que le pusiera ropilla, fuese capaz de haberse dejado embaucar para que le pusieran esa especie de capa negra junto algún trapo y gorra del mismo color.

Era como si toda la familia se hubiera puesto de acuerdo para hacer una especie de competición de quién daba más la nota. Todo ello me llevó a recordar que debía reunirlos con Marcus, pero antes tenía que recordarle a Darth V quien daba las órdenes. Me incliné hasta arrodillarme para estar a la altura de él.

—Creí que la conversación que tuvimos te dejaba claro que no está bien este comportamiento.

Me observó con detenimiento y lo que jamás había hecho desde que lo había visto por primera vez en el refugio de animales, lo hizo. Darth V se puso a dos patas y me respondió con dos ladridos, luego las bajó, levantando el hocico y me dio la espalda, dejándome boquiabierta.

«Pero ¿¡qué coño se ha creído este jodido animal?!».

—Si no recuerdo mal, en la película el hijo era el que estaba con los rebeldes... No sé, algo extraño ha sucedido en esta historia —dijo Marcus. No podía darle la razón, a pesar de que la tuviese, si lo hacía tendría que regañar a Darth V cada vez que le gruñera.

—Mi trabajo es escribir historias —respondí en un intento fallido de defenderme—. Con Darth V la estoy reescribiendo.

Marcus no pudo aguantar y soltó una carcajada, preferí ignorarlo, a la vez que maldecía mil veces a Aaron por mimar a mi perro, que seguía siendo el centro de atención de los huéspedes.

Marcus quiso apoyarme, rodeándome de la cintura con un brazo.

—No le deberías dar tanta importancia —me animó—. Te ha tocado como mascota un tocapelotas.

—¡Marcus! —Él volvió a reír, llevando la nariz hasta mi cuello, logrando que se me erizase el cuerpo, una manera injusta de hacerme callar.

—Tengo varios problemas en estos momentos —me murmuró al oído—. El primero es que se me ha puesto dura por culpa de tu contoneo con ese vestido y no tuviste mejor idea que inclinarte para que viera ese canalillo que me ha tentado miles de veces. —Ladeé la cabeza, encontrándome con una ceja levantada y una sonrisa sardónica. Respiré con lentitud a la espera de escuchar más—. Mi otro problema es que me muero de hambre y si no como ahora, todo lo que tengo planeado se irá a la mierda.

—¿Alguna vez te han dicho que puedes ser terriblemente seductor e insoportable a la vez?

—Es la primera vez que alguien es tan directo.

—Lo dudo —le dije con sinceridad.

—Créeme, eres la primera mujer con la que no tengo que medir las palabras ni lo que deseo hacer. —Y con esas palabras, se alejó.

Parpadeé varias veces. Un calor me recorrió el cuerpo al saber que lograba sacar ese lado salvaje y apasionado que juraba que solía usar con las mujeres con las que mantenía algún tipo de relación.

Sentí un subidón que me fue imposible ocultar, me sentía sofocada y, tal vez, estaba hasta sonrojada, por lo que, para disimular, me acerqué a una de

las mesas, saludando a los huéspedes y así estuvo unos minutos hasta que fui al bufé.

A pesar de que tenía el estómago cerrado, cogí un poco de todo y dirigirme a la mesa donde estaba, sonreí al verlo y me senté lado del hombre que se había ganado mi corazón.

Marcus

Sabía lo que le había confesado y no me arrepentía de ello, pero necesitaba también asimilarlo, aunque supiera que había sido lo correcto. De nuevo, miré mi alrededor y me permití soñar con la fortaleza y que aquellos eran los huéspedes de esta, tal vez solo se quedaría en un sueño. Respiré profundo y sonreí al ver a May a mi lado y luego aparecer a Leopold junto al resto de los Gohshed.

De todos, solo él y Nisa se atrevieron a saludarme, sin dejarme tratar de entablar una conversación apareció el grupo musical. Canción tras canción, May me explicaba lo que cantaban y Leopold observaba, intuí que se había dado cuenta de que necesitaba hablar con él, solo entonces uno de los cantantes anunció que un huésped los acompañaría.

Y comprendí que había hecho la mayor gilipollez de mi vida. Ethan se burlaría incluso en el infierno, cuando ambos llegáramos a ese lugar. No era que cantase de pena, tampoco lo sabía, pero era la primera vez que lo hacía para una mujer.

Me levanté como todas las miles de veces que enfrentaba los obstáculos de mi vida. Saludé con mi maldito mal español y comencé.

—My three words have two meanings

But there's one thing on my mind

It's all for you

Proseguí cantando, mirándola fijamente, segundos después miré a los huéspedes, que me acompañaron al conocer la canción.

—*There's one thing on my mind, it's all for you*

And it's so hard to say it but I've been here before

And I'll surrender up my heart and swap it for yours. [\[13\]](#)

—¡Que se besen, que se besen!

No estaba seguro en besarla ese momento y temí que alguien lo hubiese grabado. ¡Mierda, había olvidado que la gente usaba las malditas redes sociales! Había ido demasiado lejos, solo por dejarme llevar, tratando de que May confiara en mí.

La gente seguía gritando y comenzaba a incomodarme, así que entregué el micrófono al chico del grupo. Volví a sentarme junto a May que me sonrió agradeciéndome el gesto. Podía decir que había logrado mi propósito, pero realmente tampoco estaba a gusto, no era hombre de hacer estas cursilerías y me sentí terriblemente estúpido al haber recurrido a la primera idea que se me había cruzado por la mente hasta que vi aparecer a Aaron con el rostro sombrío.

—Nunca pensé que tu ambición llegase a tanto —soltó, señalándome con el dedo.

—Me imagino a qué te refieres —le respondí—, pero te equivocas.

—¿Que me equivoco? —bufó y negó con la cabeza para mirar a May—. ¿A que aún no te lo ha dicho?

—¿Me ha dicho qué? —respondió ella con otra pregunta.

—Damas y caballeros —escuchamos decir en inglés a Nisa, para que la entendieran todos—. El grupo seguirá animándonos con un popurrí de canciones españolas —indicó, dándole el micro de nuevo al cantante.

—Os pido que lo que queráis aclarar, lo hagáis fuera. —Nos pidió Nisa acercándose y señalándonos el camino, nerviosa. Sin decir nada salimos caminando unos minutos hasta un jardín que acababa de descubrir.

—Muy bien —señaló May con preocupación—. ¿Alguno será el valiente de decirme qué coño está pasando?

—Que te lo diga él —respondió Aaron. Nunca me imaginé que fuera tan cabrón para hacerme esto por venganza—. Me gustaría saber hasta dónde es capaz de llegar por su puta ambición.

—¡Esos modales! —dijo Leopold detrás de todos—. En todo caso, soy yo que debería aclararlo.

—¿Queréis dejar de hablar en clave? —rogó May nerviosa, así no quería que se enterara y no pintaba nada bien.

—No es necesario que lo hagas —le pedí a Leopold, ya que él no era el culpable del enredo, solo me había ayudado—. Debí hacerlo yo hace días, pero he querido dejarlo de lado para ser simplemente un hombre conociendo a una mujer.

—¡Venga ya! —inquirió Aaron—. Eres un Lancaster, un maldito y ambicioso Lancaster.

—No te permitiré que nos metas a todos en el mismo saco —le advertí.

—Tengo todo el derecho de decir lo me salga de las narices cuando tú nos llevarás a la ruina.

—¿Ruina? —preguntó desconcertada May.

—Lo que oyes, este embaucador —dijo señalándome con el dedo, comenzando a cabrearme— ha logrado que Leopold terminara siendo su socio en el hotel que quiere construir.

—Eso no es cierto — me defendí—. Leopold decidió ser mi socio por propia voluntad, yo nunca lo persuadí.

—¡Y yo soy el Sam Sagaz!^[14] —exclamó Aaron—. Todo es una estratagema de parte de vosotros, los Lancaster. Leopold apenas tiene dinero para mantener este hotel, que has tratado también de robarnos.

—Esa no era mi intención —respondí—. Mira, Aaron, estoy siendo correcto y seguiré siéndolo. Intentaba hacerle mejoras para que mantuviera el mismo sello de calidad de la cadena.

—¡Te puedes meter el sello por el culo! —gritó Aaron—. Pensaba que Anthony era el único honesto, pero es igual de rastroero que toda vuestra familia. —Tensé la mandíbula al escuchar que insultaba a mi abuelo.

—No te permitiré que hables de Anthony de esa manera o ¿se te ha olvidado que le debéis mucho? —le dije señalando el hotel. Si quería humillarme saldría escamado.

—¡Basta ya! —gritó Leopold—. Estoy de acuerdo con Marcus, que sea la última vez que te expresas así sobre mi amigo.

—Perfecto, ¿qué te parece si le cuentas la verdad? Así veremos si sigue pensando igual.

Leopold

Comprendí lo que Nisa tanto me había reprochado, el daño que podía hacerle a Marcus. Aquel joven que había sido continuamente despreciado por su familia y que tal vez nuestra disputa terminaría de alejarlo de todos. No eran ni el mejor lugar, ni el mejor momento, pero las mentiras no podían sostenerse durante mucho más tiempo.

—Está bien —dije con pesar—. El dinero para la financiación de tu hotel proviene de tu abuela, era un fondo que mantenía en secreto Anthony para evitar que llegase a manos de Charlize.

—¿De qué coño hablas? —me preguntó Marcus frunciendo el ceño.

—Anthony y yo lo ideamos para que Charlize no se saliera con la suya. Lo que no esperábamos era que May entrara en escena y que te enamoraras de ella. Lo siento.

*«No jures que no quieres perderla,
si actúas como si no quisieras tenerla».*

Marcus

No podía pensar con claridad, solo había retenido una palabra: ideamos. No me había apoyado por ser un hombre visionario, había sido solo por lástima. No me veían capaz de lograr un objetivo.

Me sentía humillado y vilmente engañado, me dolía que todo el trabajo, todo mi esfuerzo y empeño, habían optado por armar toda esta farsa para demostrarle a Charlize que, a pesar de estar retirado, Anthony seguía vivo y podía volver al ruedo con la ayuda de Leopold cuando le diera la gana.

Estaba rabioso y los observé a todos.

—¿Y quién te ha dicho que lo esté? —indiqué, sabiendo que estaba hiriendo a May. No me importaba, era lo más importante para ellos, pues quería que sintieran lo que era ser humillado de la manera que lo estaba siendo.

—Entiendo que estés enfadado —prosiguió Leopold—, pero Anthony siempre ha pensado en ti y en que, si el dinero venía de mi parte, Charlize no pondría tantos impedimentos para que lograses cumplir tu sueño. —Negué con la cabeza, lleno de incredulidad.

—Y todos sentisteis lástima por Marcus Lancaster, el Lancaster producto de una infidelidad, el Lancaster de segunda.

—Ninguno ha pensado en ello, ni siquiera nos interesa tu pasado —repuso Leopold—. Eres un joven honesto que lucha por sus metas y por ello acepté formar parte de tu proyecto.

—Está bien, en vista de que es hora de confesar, me toca a mí hacerlo —le dije. Sabía que me arrepentiría, pero no me importaba, quería que probasen de su propia medicina, que sintieran la gran decepción que sentía en esos instantes—. Aaron estaba en lo cierto.

—Marcus —me llamó Leopold—, no tomes ese camino. ¿Qué te parece si damos una vuelta y te calmas antes de que digas cualquier tontería?

—No es ninguna tontería, sabes perfectamente que me rehusaba a venir a esta maldita isla, pero debía ganarme tu confianza y ¿qué mejor que hacerlo con alguien a quien quieres con locura.?

—¡Sigue! —me dijo Aaron—. Quiero ver si tienes cojones de hacerlo, porque estoy listo para partirme esa cara de niño rico.

—Aaron, por favor no sigas —le pidió Nisa—. Ya lograste lo que querías.

—Yo no quería esto—respondió—. Te dije que no me iba a prestar al juego retorcido de los Lancaster.

—¡No quiero escuchar más! —gritó May. Me miró y vi dolor en sus ojos—. Quiero escucharlo de ti.

—Si es lo que deseas... —respondí, sintiendo un pinchazo en el pecho—. He buscado la manera de ganarme tu confianza, de seducirte como y donde se me ha antojado para así conseguir el mejor de los premios, asegurar mis intereses: que te enamoras de mí ha sido siempre mi propósito.

—¡Te voy a matar, hijo de puta! —gritó Aaron.

—¡Quiero que te vayas! —me exigió May, arrancándose el colgante para dármele con un empujón en el pecho, obligándome a que lo cogiese—. ¡Eres un cabrón!

Por supuesto que me largaría de aquel maldito lugar. Ya había tenido suficiente de que todos sintieran pena de mí. De ese Lancaster tan fracasado que hasta su propio abuelo no lo veía capaz de triunfar.

Charlize había ganado el premio que tanto había ansiado. Tensé la

mandíbula y maldije al universo por habérmela jugado.

«Estoy bien, solo duele cuando respiro».

May

Lo vi alejarse y el pinchazo fue más fuerte. Me abracé mí misma, pensando que lo que tanto había temido, había sucedido. Marcus Lancaster acababa de romperme el corazón.

—¡May, mi niña! —exclamó Leopold acercándose.

—¡Dejadme! —grité. Escuché sus pasos alejarse y a mi madre llorar. Poco a poco me incliné hasta quedar arrodillada y me permití soltar toda la rabia y frustración—. Solo unos minutos, May —murmuré—. Ya luego tienes que esforzarte para salir adelante. Piensa que solo era sexo, métete eso en la cabeza.

«Es lo que siempre te has dicho». Pero la mente me traicionó, recordando cada instante, cada gesto y palabra que había vivido con complicidad con Marcus.

Marcus

Al abrir la puerta busqué con rapidez la maleta y lo poco que había sacado lo metí como pude para luego ir a la recepción con la única idea de buscaran la forma de llevarme a la capital. Era un Lancaster y ejercería presión como tal.

—Quiero un taxi.

—Pero, señor, es un poco tarde para llamar a uno —me dijo la joven recepcionista.

—¡Quiero un taxi! —repetí cada palabra con acritud—. Y en cinco

minutos, o te aseguro que el viernes no estarás trabajando aquí —sonreí de lado solo para atemorizarla—. Ten por seguro que ninguno lo estará.

Abrió los ojos y buscó con rapidez los números y comenzó a buscar uno, pero, a medida que pasaban los minutos, veía que no era posible y volví a acercarme.

—No eres eficiente, no sé qué haces en este puesto. —La vi a punto de llorar no me importaba, me giré, alejándome para caminar de un lado al otro.

Adassa

Estaba perdida y con ganas de llorar necesitaba aquel trabajo y por una pelea de enamorados lo perdería. Volví a marcar y vi salir al grupo musical, por lo que se me ocurrió una solución precipitada y llamé al bajista con la mano.

—No sé cómo pedirte esto, pero ese...—dije, señalando con el pulgar al inglés gilipollas que quería despedirme— está apuradillo por irse, creo que se ha peleado con los Gohshed.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —me respondió frunciendo el ceño. Le pedí que bajara la voz.

—Quiere irse y me ha amenazado con que me echaría si no encontraba un taxi y... y... ¡no hay! —le dije casi llorando.

—¿Tan importante es? Algo gordo pasó, porque este le cantó a la piba y luego se fueron todos. Me da que hay lío —me indicó. No tenía que jurarlo, lo estaba viendo y estaban pagándolo conmigo.

—No sé qué ha pasado, pero quiere irse a la capital y como vosotros vais para allá...

—¡Ah, no! —exclamó—. Ya cambié el repertorio por ese tío.

—¡Porfi! Haré lo que sea.

—¿Lo que sea? —preguntó, moviendo ambas cejas.

—¡No te pases! —le advertí.

—¡Entonces me largo!

—¡Qué mierda eres! Puede peligrar mi curro y no eres capaz de echarme una mano.

Me observó y luego al inglés.

—Si sales conmigo, me llevo a ese incordio de huésped.

—Cuando me des las pruebas de que lo dejas en la capital, te doy la respuesta. —Arranqué una hoja de papel, anoté mi número de teléfono y se lo di. Se metió el papel en el bolsillo de los vaqueros y se acercó al inglés.

—¿Problemas, amigo?

El inglés se giró dispuesto a mandarlo al diablo, pero se contuvo.

Marcus

—¿Problemas, amigo? —escuché. Me giré para encontrarme con el bajista con el que había hablado para la canción. «¡Maldita la hora que se me ocurrió hacer el imbécil!», me dije y me di cuenta de que si la recepcionista seguía haciendo la inútil, él podía sacarme del apuro en el que me encontraba.

—¿Para qué negarlo? —respondí sin rodeos—. Si logro largarme cuanto antes de aquí solucionaré uno de ellos.

—Voy a la capital, te podemos hacer un hueco en la furgó.

—Te lo recompensaría —respondí sacando la billetera. El bajista sonrió de lado y me detuvo.

—Tranquilo, ya obtuve mi recompensa. —De reojo miró a la recepcionista con una sonrisa socarrona y estuve a punto de decirle que las mujeres eran unas serpientes con el peor de los venenos. Solté aire, a sabiendas que había

sido cruel con May—. Entonces, ¿te vienes? —me preguntó.

—Sí, no quiero pasar ni un minuto más aquí.

El bajista me indicó con la cabeza que lo siguiera hasta a la furgoneta y allí me pidió la maleta mientras yo seguía en la búsqueda de alguna habitación en un hotel de la capital. Encontré una que reservé sin importarme el coste.

—¡Tío! —me gritó el bajista—. ¿No decías que te querías largar cuanto antes?

—Estaba terminando de hacer una reserva. —El bajista bufó y el resto del grupo se miró. No estaba para murmullos ni indirectas, pero tenía que contenerme si quería irme cuanto antes.

—¡Tienes que tener pasta, hermano! —soltó uno—. Una reserva la misma noche cuesta casi lo que ganamos nosotros por tocar. Por cierto, eso de cantar no se te da nada mal, deberías montar tu propio grupo. —El resto del grupo se quejó por darme ideas que pudieran perjudicarlos—. ¡Vale, vale! Me callo, pero que conste que no he dicho ninguna mentira.

Esperaba que durante el camino no fuese así. Me senté y me puse el cinturón de seguridad, el chico encendió el motor y salimos de El Secreto de los Gohshed.

Volví a entrar a mi correo, abrí el borrador que había escrito con referente a la sociedad y lo modifiqué pidiendo su disolución. Ya el lunes me encargaría de enviarle un email a Pedro para pagarle sus honorarios y el trabajo que había hecho. No me importaba quedarme sin un penique, no era la primera vez, volvería a levantarme, pero sin la ayuda de los Lancaster.

—Mira, tío —comenzó diciendo el bajista diez minutos después de haber salido—. Ya se le pasará. Además, lo de esta noche es una prueba que muchas quisieran vivir.

«¿Cómo le explico que me importa una mierda lo que me diga?». No necesitaba escuchar sus estúpidos consejos, tenía mayores problemas y me estaba resquebrajando la cabeza para buscar soluciones, sobre todo si

Charlize se enteraba de dónde provenía el dinero, podía acusarme de crear todo este lio tan retorcido no iba a aceptar esa carga, esta vez no.

El bajista prosiguió con el tema y la rabia me cegó de tal manera que no me importaban los sentimientos de May Gohshed. Todo lo que le había dicho había sido una mentira, pero no iba a perder mi tiempo en que me creyera, jamás lo hubiera hecho. Me sentía tan frustrado junto a la extraña sensación de que me habían arrancado una parte de mí.

—¡Maldita sea! —exclamé sin importarme que me escucharan y dándome unos golpes con la mano en puño en la cabeza. Tenía un gran problema que no podría resolver, un problema que marcaría mi vida: me había enamorado de ella.

*«Caer es permitido,
levantarse es obligatorio».*

Ethan

Un mes después.

Abrí la puerta y me acerqué hasta la cama, levantando con todas mis fuerzas el colchón, tirando al suelo al despojo en que se había convertido el hombre del que pensaba que conocía todos sus secretos.

—¡Apesta a mierda! —solté, tratando de airear la habitación—. ¿Cuánto llevas sin ducharte, cabrón? —siguió ignorándome. No me había hecho ni puta gracia saber la verdad con aquella llamada en plena madrugada, ya que por su culpa me había cortado el rollo de esa noche. Era de locos todo lo que me había contado.

Por querer demostrarle a la junta, a Rupert y a la frígida de Charlize que él era un Lancaster de pura cepa, se había empeñado en sacar adelante un proyecto que ni siquiera tuvo la amabilidad de contarme. No hubiera dudado en apoyarlo, pero no, yo soy Ethan el juerguista, el que solo piensa en follar y meter la polla en cuantos coños me apetezca. Y no voy a negar que me gusta, pero no soy un idiota ni un chivato.

Todos lo sabían, todos habían visto el esfuerzo y la dedicación que había asumido con la cadena hotelera. Era el único que había tenido los huevos de enfrentarse a Charlize y, al parecer, ese gilipollas lo que tenía de inteligente se le iba en el maldito orgullo y había terminado como lo estaba viendo: un tío derrotado.

¿Marcus Lancaster derrotado? ¿Desde cuándo? Por eso yo no estaba mucho tiempo con una mujer, luego se complicaba todo y esos dramas de mierdas no los quería en mi vida. Y yo que juraba que se había cortado el pito o que estaba en alguna secta rara y por eso no follaba. Pero no, Marcus solo

quería llevar a cabo su meta, su sueño. Cada vez que pensaba esa palabra me parecía tan de gilipollas... Claro, hasta que la conoció a ella.

Ya sabía que May Gohshed me traería problemas, y el primero fue que Marcus hubiera terminado escondiendo la cabeza en mi casa y ya de eso hacía un mes. Un mes en el que no había podido venir a casa a follar por tenerlo deambulando de un lado al otro, por lo que no tenía más remedio que pasar a modo ataque y acabar con lo que se estaba convirtiendo en sequía, un gran problema para mí.

—Pero ¿qué cojones? —bramó Marcus.

—No me va eso de la mendicidad en mi casa —le advertí—. Llevas un mes escondido, desaparecido para el mundo —seguí reprochándole—. Cada puto día me llaman desconocidos que me hacen preguntarme dónde demonios han encontrado mi número. Tengo la intuición de que, en cualquier momento, un coche se detendrá cerca de mí y me meterán a patadas dentro para terminar en una habitación con una bombilla colgando donde aparecerá Charlize con sus tacones rechinando por el piso.

—Te estás convirtiendo en una maruja —respondió con cinismo.

«Vaya, y ahora se hace el gracioso, si es que el sarcasmo Lancaster no lo pierde». Crucé los brazos, alzando una ceja.

—Me parece que con este retiro antiespiritual y antihigiénico has encontrado tu verdadera vocación, la de gilipollas.

—¿Qué quieres, Ethan?

—¡Que te levantes y te largues de mi casa!

—Si es lo que quieres... —dijo levantándose del suelo.

—¡Joder, Marcus! Te comportas como un niño con una pataleta.

—¿Y qué coño quieres que haga? —me preguntó, haciéndome entender lo desorientado que estaba—. He perdido todo por una jugada de Anthony, nunca pensé que me haría algo así.

—¿Sigues con eso? Es que no se puede ser más orgulloso, porque, si no, ni entrarías por la puerta. Ya quisiera yo que Anthony confiara en mí como lo ha hecho contigo a lo largo de la vida.

—¿Me hablas de confianza?! —ironizó—. ¡Maldita sea!, si a eso se le llama confianza. ¡Joder, que ideó un plan que me llevó a la mierda! —Resoplé, estaba cansado de aquel bucle de conversación y por ello fue a la raíz del problema.

—Mira, tío, eres un digno Lancaster —le aseguré—. Tienes las tres características del ADN: la testarudez, la gilipollez y la polla enorme.

—¡Que te den, Ethan! —me respondió con rabia.

Decidí no responderle, ya descargaría toda esa frustración en cuanto saliera de la habitación. Suspiré en alto y lo dejé allí. Al pasar por el salón miré al par de personas sentadas en el sillón con semblante serio. Estaba aburrido de todo este lío y decidí pasar, por lo que me despedí con la mano, esperando que esta nueva terapia de choque hiciese volver a ese hombre emprendedor al que tanto admiraba. Estaba seguro de que Marcus, mi mejor amigo, tenía agallas para enfrentarse hasta con el mismísimo Thor.

Marcus

Me pasé la mano por la cabeza y chasquéé la lengua, frustrado. No solo era mi fracaso como visionario, sino también en relaciones personales. Había tratado con crueldad a la única mujer que me había hecho ver el mundo desde otra perspectiva, y no solo la había perdido, se mantenía en mi cabeza noche y día. Pero Ethan tenía razón, era hora de que dejara de gorrearlo y enfrentarme a la realidad, la que no podía seguir ignorando, la que siempre Charlize me había recordado. Era un fracasado.

Si de verdad la familia me hubiera visto como me veía Ethan, me hubieran respetado y no me la hubieran jugado hasta llevarme a la ruina.

—¡Maldita sea! —Me sentía perdido en todos los sentidos, todo se había

ido a la mierda desde que había decidido sacar de mi vida a May, sin percatarme de cuánto la echaría de menos. Desde su sonrisa, a su cuerpo, su forma de responder y de enfrentarse a mí, incluso esos ideales absurdos sobre el amor. Respiré con profundidad y salí de la habitación para darme una ducha, llevándome una sorpresa. Anthony y Leopold estaban sentados ante un tablero de ajedrez en el salón y tenían una partida comenzada.

Maldije por lo bajo a Ethan por haberme traicionado de semejante manera, pero claro, en su obsesión de follar y no tener dónde, no le quedaba otra que recurrir a ellos, los que me habían metido en toda esa mierda, los que habían destruido mi futuro.

Opté por ignorarlos y entré al baño para hacerles entender que estaban perdiendo el tiempo, pero, al verme en el espejo me di cuenta de lo patéticamente que me estaba comportando. Me apoyé con las manos en el lavabo, lleno de frustración. El hombre que había construido junto a la seguridad con la que plantaba cara a mis contrincantes lo había perdido en alguna parte de mí mismo y, por mucho que llevaba semanas intentando acallar esa vocecita en mi mente, cada hora cobraba más fuerza.

No podía seguir escondiéndome, no podía seguir pensando que mi vida era miserable, debía enfrentarme a las consecuencias. Al fin y al cabo seguiría siendo un Lancaster de segunda, pero un Lancaster. Me giré, sujetando el picaporte de la puerta, y volví a salir, acercándome a los dos ancianos sentados en el sillón del salón, y me crucé de brazos.

—Espero que me pidáis perdón por hacerme quedar como el mayor gilipollas de todos los tiempos.

—Me debes cinco libras —dijo Anthony.

—Que conste en acta que el pago se hará por escrito en un bloque de hielo.
—Fruncí el ceño al ver que seguían burlándose y no lo iba a permitir.

—¡Que os den! —bramé, girándome y entrar a la habitación, pero la voz de Anthony me detuvo.

—Sin tan solo nos hubieras gritado eso el fin de semana que regresaste de

Canarias, ya tendrías la mitad de los problemas resueltos, pero preferiste irte a la zona de confort y llorar como una nenaza. —Ladeé la cabeza y los observé. Me había llamado cobarde en todos los sentidos, así que me acerqué de nuevo con actitud desafiante.

—Así que soy una nenaza. ¿Me lo dice el que ideó todo este maquiavélico plan? Quién sabe desde cuándo lo tenías pensado, solo esperabas el instante perfecto para usarme —le eché en cara—. Para eso fui tu puto peón en la junta, solo para que les recordaras quién era el fundador y que darías por culo hasta el final de tus días —proseguí, señalándolo con el dedo.

—¿Eso es todo? —preguntó Anthony cogiendo su bastón y levantándose para llegar hasta mí y encararme. Era más alto que él, pero eso no lo amedrentó.

—¡Esto es increíble! —solté sorprendido.

Si no fuera porque era mi abuelo no hubiera contenido las ganas de darle un buen puñetazo. Era como si lo que acababa de decirle no tuviera importancia. ¿Qué coño quería que dijera?, ¿que lo odiaba por haberme humillado? Ganas no me faltaban de soltar lo que realmente pensaba y sentía. Me pasé la mano por la cabeza, maldiciéndome por lo bajo y, cansado de tanta mierda, me senté en el sillón soltando aire, decepcionado.

—¿A qué coño habéis venido?

—A sacarte de este encierro y que vayas a la junta a luchar por tu hotel antes de que pase a ser propiedad de la cadena Lancaster, Charlize le ha puesto el ojo —respondió Anthony.

—¿Acaso no lo es ya?

—No, aún no. Se te olvida que el capital lo ha dado Leopold.

—Eso es difícil olvidarlo —ironicé—. Como tampoco olvido que solo era en apariencia.

—¡Me cago en la mar! —exclamó Leopold—. He firmado una asociación

con la condición de ser el socio mayoritario y, a pesar de tener a toda mi familia en contra, asumí el riesgo. ¿Acaso no te dije varias veces que creía en ti? Mi único pecado ha sido omitir la verdad, y lo hice por petición de Anthony, pero, ya que dudas de mi honestidad, te diré que hace muchos años firmé un documento en el que declaraba ser testigo de la decisión de tu abuela Jane.

—Ninguno de vosotros lo conocía porque soy su heredero —argumentó Anthony—. Y sigo vivo de momento.

—Para ser una simple herencia, tiene mucho secretismo —respondí con cinismo—. Y eso de socio mayoritario... —proseguí—. Nunca hubo ninguna asociación si todo ha sido una mentira en la que muchos participaron para complacerte. —Anthony golpeó con su bastón el suelo con tanta fuerza que logró captar mi atención.

—Nunca más permitiré que dejes en entredicho la reputación de Richard —vociferó bastante ofendido—. Todo ha sido legal, que no hubiera hablado nunca de ese dinero no implica que me saltara las leyes. Era de tu abuela y no te negaré que me preocupaba cualquier vacío legal que pudiese encontrar Charlize, pero, siendo el apoderado de este, podía elegir qué hacer con él y decidí dejártelo en vida.

»Mi error fue no aclararlo desde un principio, pero eres tan jodidamente orgulloso que estaba seguro de que no ibas a aceptarlo, por muy desesperado que estuvieras.

Cerré los ojos, tenía razón, no se lo hubiera aceptado. Anthony siempre me había ayudado y apoyado, por lo que comencé a sentirme idiota.

—Todos nos equivocamos —prosiguió Leopold más calmado—. Te exiges tanto que no te das cuenta de que eso te ha hecho daño. Has olvidado que eres un muchacho, al fin y al cabo, y vas a tener más fracasos, te lo garantizo, tendrás más de los que crees, yo cometí muchos errores cuando comencé en El Secreto de los Gohshed. ¿Por qué crees que la cadena Lancaster terminó teniendo acciones de mi hotel? Esta actitud de encerrarte como si la pasma te estuviera buscando por toda la ciudad cambia mi perspectiva del joven con metas y deseoso de trabajar que conocí.

—¿Podéis decirme que queréis realmente?

—Lo primero de todo es que te adecentes —respondió Anthony—. Jamás permitiría que vieses a mi nieto en este estado tan deplorable. A su vez, es hora de que aceptes que ese dinero se ha invertido en el sueño por el que tanto has luchado y que sigue en pie, por lo que asumirás la dirección del proyecto y darás la cara ante el constructor.

—Es hora de que lo hagas —añadió Leopold—. Llevo semanas hablando con él sobre unos cambios en una fortaleza de la que apenas te había escuchado hablar y no puedo seguir dándole largas.

—Y ya que quieres todo sea transparente, es mi deber informarte de que firmarás otro documento —indicó con pesar Anthony, me miró a los ojos y suspiró en alto—. Debes tener claro que te excluirá de todo lo que tenga que ver con el consorcio Lancaster.

—Con qué facilidad resolvéis las cosas —respondí, sorprendido a cómo lo veían todo—. Olvidáis que Charlize impugnaría cualquier documento.

—No te precipites a sacar conclusiones —me advirtió Anthony—. He dicho que te daré una herencia en vida y lo haré —afirmó con seguridad. Abrí los ojos ante su aclaración, si bien la oferta era tentadora, le dejaba el camino libre a Charlize para apoderarse de toda la cadena hotelera. No, no podía dejar que se quedara con todo el patrimonio.

—No puedo dejar que esa arpía se quede con todo tu trabajo.

—¿Y quién ha dicho que se lo vaya a quedar?

—Acabas de decir que me excluyes del consorcio Lancaster, eso es la cadena de hoteles y empresas.

—Pero no lo que más codicia... —me dijo, mirándome a los ojos—. La Casona y todo lo que hay dentro. —Solté aire y apoyé la cabeza en el sofá. Eso sería un golpe mortal para la serpiente que tenía como hermana, sin ninguna duda. Lo que había dentro de La Casona valía mucho más y jamás lo aceptaría, por lo que tendría años de lucha con ella.

—Marcus —me llamó mi abuelo—, es mi decisión y deberá respetarla. Es hora de que deje todos los asuntos completamente atado.

—Nunca se quedará de manos cruzadas —le aseguré—. Y no solo podría tener problemas con Charlize, también podría causarme inconvenientes con tío William, mi padre, e incluso Ethan.

—Tanto Rupert como William han dejado que Charlize se apoderara de todo, y han asumido cuál es tu papel desde que volviste, Ethan... —Anthony puso los ojos en blanco y negó con la cabeza—. Nunca se pondría en tu contra, por muy cabeza hueca que sea, sabe que contigo podrá seguir con la vida que lleva. En cambio, Charlize lo dejaría en la calle —me aseguró—. Por eso es momento de no dejar cabos sueltos.

—Me pregunto por qué has esperado hasta ahora.

Anthony

¿Cómo responder a Marcus? Tenía que seguir sincerándome, desde que había asumido su rol en la vida, trabajando arduamente para aprender los rasgos de liderazgo y gerencia, supe que lucharía por tener su propia empresa.

Marcus no era de simples respuestas, necesitaba aquellas que le hiciesen entender por qué lo había estado preparando durante mucho tiempo. Quería que comenzara desde cero y, a pesar de que me representaba en la junta de accionistas, veía que seguía siendo insuficiente. Conocía lo que era la tenacidad, la seguridad para saber negociar, pero le faltaba algo importante y solo lo vi cuando me confesó su frustración en el hospital, lo mucho que había trabajado para hacer su sueño realidad. Era hora de decírselo.

—Porque quería que sacases la pasión que hay en ti.

May

Había pasado un mes desde aquel horrible fin de semana y allí estaba, esperando esa reunión con Jack para que me diese su opinión de los primeros capítulos. Había evitado todo lo posible tener que verlo, a él y a cualquier otra persona, pero no quería más tiempos muertos en mi vida, el tenerlos me llevaba a recordar esos días oscuros en los que me había sumergido.

Estaba dolida por el engaño de Leopold y Anthony, y de que mi propia familia lo supiera y me lo hubiera ocultado. Por muchas explicaciones que me dieran, seguían siendo cómplices, y comprendí que yo solo había sido un daño colateral en toda la farsa.

Quien debía estar hundido era otro. Deseé varias veces ponerme en contacto con Marcus, pero desistí, recordando su mirada gélida y sus palabras, que seguían doliéndome y haciéndome sentir un enorme vacío en el pecho. Me era imposible olvidar la mañana siguiente. A pesar de odiarlo por herirme de esa manera, deseaba verlo de nuevo. Había creído que las horas lo habrían calmado y que me diría que todo había sido mentira.

Me acerqué hasta su habitación sin esperanza alguna y me llevé una amarga sorpresa cuando la puerta estaba semiabierta. Entré, viendo la cama desarreglada, la única prueba de que había estado allí. Cerré los ojos, apretando los labios para no echarme a llorar. Pero no servía de nada, toda la noche había estado llorando, reprochándome por dejarme llevar por la ilusión.

Era momento de ponerle punto final y no seguir autocompadeciéndome. Era otro día, otra nueva oportunidad para seguir adelante y, cuando estaba dispuesta, me topé con Darth V, que me había seguido. Entró a la habitación, olisqueando y acercándose a la cama donde ladró y luego gimoteó, tapándose los ojos con las patitas.

—¡No me hagas esto! —le pedí—. ¡Ódialo como siempre!, necesito que lo hagas... —le pedí. Darth V se acercó hasta mí ladrándome y levantándose a dos patas, donde de nuevo gimoteó. Me incliné para sujetarlo y, en cuanto lo hice, me dio un lametazo, logrando que una lágrima se me escapara.

Volví a mi habitación para evitar derrumbarme de nuevo, sabía que no podía esconderme, pero tampoco deseaba volver a Londres porque, con la suerte que tenía, terminaría encontrándomelo. Me senté en la cama, totalmente perdida hasta que Darth V de nuevo me sorprendió. Comenzó a ladrar sin parar. Estaba al lado de la mesa donde estaba el portátil y lo entendí, había llegado el momento de volver a escribir.

Ese día apenas salí de la habitación, al igual que los días siguientes, plasmando una historia en la que volvería a ser la protagonista, viviendo cada capítulo escrito, sin esconder nada de los sentimientos que habían aflorado en mí durante los días que estuve junto a él.

—¡No tengo hambre y no voy a morir de inanición! —grité en cuanto tocaron la puerta una semana después de mi encierro—. Por la noche me aprovisiono de lo necesario —añadí—. Estoy bien, estoy escribiendo y necesito tiempo para ello.

—¡¿Ni siquiera para ver la barrigota de tu mejor amiga?! —gritó Rosmina desde el otro lado. Me giré sorprendida porque estuviera allí, por lo que me levanté enseguida y abrí la puerta—. ¡Anda, dime que soy un enorme donut! Y todo por un relleno de leche.

—¡Eres un enorme donut! —le respondí, abrazándola y riéndome ante semejante burrada. Sin embargo, no pude contenerme y fue entonces cuando lloré de desconsuelo.

—Sabía que te gustaba ese hombre —me dijo media hora después—, pero no hasta el punto de llegar a este estado tan deprimente.

—No lloro por él —le respondí en un intento fallido por defenderme—. Es solo que he estado tan de lleno en la historia.

—Y el arcángel Gabriel bajó y me hizo el bombo —respondió, mirándome

con una ceja levantada—. Lo que veo es lo siguiente: hay una historia que sigue sin tener final y es hora de que se lo des.

—Ya lo tuvo, incluso aprendí que no todas las historias tienen finales felices —le dije con pesar—. En eso él tenía razón y tuve que vivirlo para entenderlo. —Rosmina frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

—Dudo que la escritora May Gohshed piense así.

—Es cierto, ella no, pero May del Pino Betancourt Gohshed, sí —le aseguré.

—No he venido hasta aquí para verte hecha polvo, y no quiero parir sin mi mejor amiga cerca, así que, en vista de que no respondes las llamadas decidí viajar, algo contraindicando para una mujer con una barriga como la que tengo.

—No pienso volver a Londres —le aseguré, sentándome de nuevo frente al portátil.

—¡Mira que eres intransigente cuando quieres! Londres es una de las ciudades más grandes del mundo como para encontrártelo a la vuelta de la esquina.

—Se te ha olvidado que siempre se cruzan en mi camino las casualidades —le repliqué.

—¡Cobarde! —me gritó—. Te juro que le diré a tu ahijado que su madrina es la mujer más cobarde que he conocido en mi vida.

—¡Oh, por favor! —solté con acritud—. No soy Gonzalo para que me manipules a tu antojo.

—No, no lo eres, pero estoy embarazada, me siento como un donut gigante que cada día se hace más y más enorme y no cuento con ninguna amiga para quejarme.

—Tienes a Chantal y Shiona.

—¡May! —exclamó, poniendo los brazos en jarras de nuevo. Suspiré de

decepción y la miré a los ojos.

—A pesar de obligarme a desconectar con la historia que estoy escribiendo, me es imposible ignorar lo que siento por él. Necesito seguir con mi vida y sé que la única forma es volver para seguir con todo donde lo dejé antes de toparme con él, pero me da miedo —le confesé.

—Múdate a mi casa, allí puedes estar horas y horas sin que nadie te moleste, pero necesitas salir de estas cuatro paredes.

—Si regreso no es para encerrarme en tu casa.

—¿Eso qué quiere decir?

—¿Tú que crees?

—Que podré tener a mi bebé sabiendo que estarás en la sala de espera. —
Sonreí.

—Sí, allí estaré.

May

Abrí con premura la puerta de mi casa al volver, pensando que debía terminar de corregir la novela para entregársela al editor.

Había vuelto a recuperar la ilusión. Al fin tenía una pizca de felicidad entre las tantas nubes grises que habían aparecido el mes anterior. No sabía si darle las gracias a Marcus por haberme roto el corazón o seguir odiándolo, en todo caso, prefería seguir dejándolo apartado de mis pensamientos y centrarme en el trabajo que, según Jack, también tendría un éxito rotundo.

Sin embargo, en cuanto abrí la puerta me llevé una sorpresa de las grandes. Parpadeé varias veces, pensando que era un sueño, que mi imaginación estaba creando alucinaciones. Incluso me aferré a que ese café que me habían dado en el despacho de Jack tuviera algún compuesto extraño. Lo mejor era recurrir a lo más lógico, cerrar la puerta, pellizcarme y meterme en la cabeza que me había equivocado de apartamento.

Cerré la puerta, pero no me pellizqué, los nervios se aglomeraron en mi corazón, haciéndolo palpitar como si estuviera a punto de explotar. Creí que me iba a desmayar y concluí que necesitaba aire puro, por lo que di unos cuantos pasos hasta el ascensor, tocando el botón sin cesar.

Había aceptado a regañadientes la visita de Leopold y mi madre ya que, según comentaron, mi abuelo tenía que firmar unos documentos con Marcus.

En cuanto escuché su nombre, le pedí que no siguiera contándome nada. No me importaba lo que tuvieran que hacer en la ciudad, pero jamás de los jamases me habían comentado que el hombre que se había adueñado de mi corazón estaría sentado en el sofá de mi casa con Darth V en su regazo.

—¡Maldito traidor! —siseé.

—No creo que lo sea —respondió Marcus detrás de mí. Cerré los ojos; lo que tanto temía se estaba cumpliendo.

No quería volverlo a ver, ni toparme con él, pero ahí estaba, y con mi perro, ese que tantas veces le había ladrado y mordisqueado los bajos de los pantalones.

—Voy a contar hasta cinco y despertaré de este sueño —dije en alto—. Volveré a mi casa y retomaré mi vida en los escasos segundos que entré en un mundo paralelo.

»Uno, porque eres producto de mi mente cansada por las horas que he estado envuelta en la novela que acabo de terminar de escribir.

»Dos, porque la vida es tremendamente maquiavélica.

»Tres, porque he jurado que iba hacer lo posible para que no nos cruzáramos nunca más en la vida.

»Cuatro, porque no puedes volver a mi vida como si nada hubiera pasado, me rompiste el corazón y me prometiste que no sucedería.

»Cinco, porque, a pesar de lo que me dijiste, cada día al despertarme intento por todos los medios olvidarte y no puedo. ¡Mecachis! Eres el hombre con el que siempre había soñado, ilusa yo por dejarme llevar por eso.

Conté hasta cinco de nuevo en mi mente y me giré para enfrentarme a él cara a cara y, al hacerlo, ya no estaba, solo estaba Darth V mirando hacia las escaleras.

El pinchazo que había logrado que cesara, apareció con un dolor mucho más fuerte. No quería llorar por aquella desilusión que nacía, pero necesitaba saber si había sido real. Mantuve la compostura y entré a mi apartamento y supe que lo había sido cuando tres pares de ojos me observaban en silencio.

Comencé a preguntarme qué demonios había pasado para que apareciera como si nada hubiera ocurrido entre los dos. ¿Qué coño había pasado para que

mi familia estuviera de su lado? ¿Por qué lo habían llevado hasta mi casa? ¿Es que acaso no habían sido notorios los días que había estado encerrada en mi habitación en la isla?

Me llevé las manos a la cabeza y gemí de impotencia. Me giré de nuevo y los miré, esperando que soltasen cualquier explicación absurda.

—Siento que estés tan disgustada —comenzó diciendo Anthony—. Todo ha sido mi culpa y me gustaría enmendar mi error. —No le respondí, no era suficiente, llevaba un mes ocultando mis sentimientos, haciéndolos a un lado para que me dieran una respuesta tan simple—. Te pido perdón si te he hecho daño.

—Supongamos que te perdono, que no sé si puedo hacerlo, pero, ¿qué hacía él aquí? —Esta vez mi madre levantó la mano con timidez.

—Ha venido porque me lo han pedido Anthony y tu abuelo —me confesó—. ¿Te quedarías más tranquila si te dijese que no estaba a gusto? Ni siquiera sabía de quién era la casa hasta que vio a Darth V. —Abrí de nuevo los ojos y resoplé.

—Ni siquiera ha sido su idea...

—Necesitamos a una persona de confianza y leal —respondió Leopold.

—¿Cómo?

—Una persona que testifique con una firma —concluyó Nisa.

—¿De qué coño habláis ahora? ¿Una firma? ¿En serio me lo estáis pidiendo a mí? ¿Después de todo lo que habéis montado seguís con los jueguitos? Además, si tanto os urge alguien de confianza, tenéis perfectamente a Ethan.

—¡May del Pino Betancourt Gohshed! —bramó Leopold con severidad—. ¡Hemos decidido que sea Nisa, no tú!

En contadas ocasiones había escuchado a mi abuelo gritar y mucho menos llamarme por mi nombre completo, el nombre con el que mi abuela

Carmencita había pedido que me llamaran. De cualquier manera, no quería tener nada que ver con eso, algo dentro de mí me decía que me uniría de nuevo a Marcus y no quería.

Aún tenía las heridas abiertas, como para tenerlo de nuevo en mi vida, eso era lo más cercano a la tortura.

—Lo siento, pero no, no quiero volver a ver a Marcus en mi casa ni en ningún lado.

—No sucederá—respondió Anthony—. Ha sido casualidad.

Recordé mis palabras cuando Rosmina había ido a las islas. Las casualidades lograrían que volviésemos a toparnos, y no me equivoqué, siempre ocurría. Y esa vez no sería la excepción.

—¿Por qué tengo la sensación de que no será así? —confesé finalmente, llevándome las manos a la cara para secarme las lágrimas que demostraban lo mucho que me dolía, lo mucho que lo quería.

—Me aseguraré de que no pase —indicó Anthony—. Que coincidierais es producto de un pequeño inconveniente de última hora —siguió explicando—. Charlize ha pedido una reunión extraordinaria con el firme propósito de sacar a Marcus de la junta. Le hemos dado motivos y con ello querrá apoderarse de la empresa definitivamente, así que es hora de librar la batalla. He de pedirte disculpas de nuevo, os hemos hecho suficiente daño a ti y a Marcus. —Se giró hacia Nisa con una sonrisa—. Os esperaré abajo, debemos ir lo más pronto posible al bufete de Richard Green.

Se levantó, acercándose, me acarició la cara para despedirse y desapareció por la puerta principal.

—May —me llamó mi abuelo y sentí como si de nuevo algo se hubiera roto dentro de mí—. Algunas veces nos toca enfrentar las batallas que creemos que están perdidas. Rehuir por miedo a que nos vuelvan a herir no es la mejor de las opciones —indicó, dándome un beso en la mejilla, y siguió el camino por donde se había ido Anthony.

En cambio, mi madre se quedó en el mismo lugar en el que estaba cuando abrí la puerta, la cerró y fijó los ojos en mí.

—Sé que ahora mismo desearías clavarme en una estaca. Reconozco que he juzgado a ese pobre muchacho y he desconfiado de su forma de actuar. No lo justifico, pero Anthony siempre ha sido un apoyo para tu abuelo en los momentos más duros de su vida y me da la impresión de que tu abuelo se ha visto reflejado en ese pobre chico.

»Leopold me ha contado que Marcus ha tenido etapas difíciles, algunas de rebeldía por el continuo señalamiento de esa arpía que tiene por hermana y su empeño por conseguir que el resto piense que es un Lancaster de pura cepa.

—Eso no justifica en nada lo que me dijo —respondí con un deje de rencor.

—Lo sé, por eso me atrevo a recordarte la vida que he intentado que llevases después de que tu padre desapareciera —comenzó diciéndome—. Siempre he evitado que ese abandono te afectara y tuve la oportunidad de conocer a un hombre que te quiere como a su propia hija. Este chico solo tiene a Anthony y a ese atolondrado que tiene por primo. —Recogió su bolso, dándome esos segundos para que sus palabras se enraizaran en mis pensamientos y se acercó a mí—. Piénsalo. No te pido que lo perdones, pero sí que te pongas en su lugar. —Darth V ladró y mi madre se inclinó para acariciarle la cabeza—. Pórtate bien, y cuidala, que debo irme —le dijo. Abrió la puerta y desapareció tras ella.

Solté todo el aire contenido y lloré de nuevo ante los sentimientos que se arremolinaron en mi interior. Darth V se acercó gimoteando.

—Y tú tanto que le ladrabas y lo mordisqueabas para al final quererlo también. —Me ladró dos veces más y volvió a gimotear, pegándose el hocico en la pierna—. No, no iré, no quiero volver a verlo —le dije sin estar del todo convencida.

Marcus

Me mantuve en silencio en cuanto regresé al coche y agradecí que ni

Anthony ni Leopold hicieran algún comentario. Me detuve al llegar al edificio donde estaba el bufete de Richard.

—Adelantáros, iré en un momento. —Les pedí.

Ellos se bajaron y una vez que lo hicieron pude descargar mi frustración.

—¡Joder!, ¡joder!, ¡joder! ¡Debiste dejarte llevar por la sensatez y no por los impulsos de ese par de ancianos que piensan que te conocen! Eres una cobarde May y yo un puto gilipollas que me dejé llevar por el orgullo.

«Un buen destino es que dos personas
se encuentren, cuando ni siquiera
se estaban buscando».

Marcus

Nueve meses después.

Al volver a la oficina en el edificio Lancaster me llegó un correo electrónico con la minuta de la reunión de la junta directiva. Era el momento de la batalla, llevaba mucho tiempo esperándola, pero no había sucedido aún. Comenzaba a creer que Charlize no tenía el apoyo de toda la junta y eso era un golpe hiriente para su ego y que nos ayudaba a ganar tiempo.

Desde esa corta conversación con May me había centrado en lo único que podía salvar en mi vida, y era la fortaleza. Viajé de nuevo a Madrid para reunirme con Pedro y contarle la verdad, arriesgándome a que no siguiera adelante con el proyecto. Sin embargo, se mantuvo, y desde ese instante trabajamos codo a codo para solucionar el retraso que se había generado.

A su vez, comencé a preparar a la única persona que nos representaría en cuanto Charlize hiciera el siguiente movimiento, Ethan.

Anthony me citó en La Casona y allí, sin tapujos, me explicó su posición. Al principio lo vi descabellado, pero, tras investigar las acciones en bolsa en las que había invertido, me di cuenta de que el muy cabrón solo aparentaba aquel desinterés. Era astuto y observador, siendo el indicado para el papel que debía desempeñar. A pesar de ser gilipollas, nunca había sido codicioso, ni tan siquiera podía tildarlo de egoísta. Había sido mi mayor apoyo en mis horas bajas.

Ethan en un principio se negó, pero Anthony había decidido confiar en él y no podía echarse atrás, por lo que aceptó y, en cuanto nos comunicó su decisión, fui el primero que lo felicitó, seguido de Richard Green.

El cambio en su vida sería radical en todos los sentidos, y por ello le sugerí que me acompañase para que observase mis movimientos y los cambios que estaba llevando a cabo.

En una de nuestras conversaciones volvió a insinuarme que yo era el indicado para darle pelea a Charlize, pero le reiteré que ella conocía los pasos que yo daba, no los suyos, y que estaba decidido a seguir creando mi empresa desde cero siendo mil veces más satisfactorio que heredar una empresa. Además, por mucho que lo intentase, la junta nunca me aceptaría.

Yo era el hijo de una camarera de cafetería que tuvo un *affaire* con Rupert, que conllevó a un matrimonio por compromiso para evitar habladurías y que trajo las consecuencias de que terminase viviendo en casa de nuestros abuelos por no tener a nadie que se hiciese cargo de mí.

Sabía de sobra que para Ethan no era un don nadie, era su primo y, más que su primo, era su hermano, pero eso no le importaba a la junta de accionistas.

—No puedo hacerlo —me indicó, caminando de un lado al otro al recibir la minuta.

—Llevas meses siguiéndome como si fueras mi sombra, conoces los engranajes del consorcio Lancaster junto a toda la cadena de hoteles, Ethan, eres el más cualificado para ser el presidente.

—Rupert y todos sus aliados apoyaran a Charlize, por no hablar de mi padre, que se reirá a carcajadas.

—¡Deja de montarte historias! —le exclamé—. Recuerda que estará Anthony allí, eso puede influenciar a muchos accionistas.

—No sé... —siguió dudando—. Esa arpía tiene el coño muy caliente, está dispuesta a follarse a cualquiera. —Respiré con profundidad, pidiendo que

esas palabras soeces no la soltarse en plena reunión.

—Créeme, estás preparado —respondí con la sonrisa en los labios—. Y, que yo recuerde, siempre la has tachado de frígida, ahora me haces dudar, pensaba que el que ha follado más que todos en este edificio eres tú. ¿No dices que tienes la polla grande?

—No sé por qué te burlas. Me habéis metido en todo este rollo cuando yo estaba feliz con mi perfil bajo. Podía follar a gusto y ahora tengo que mantener celibato, el pito se me caerá por el desuso.—Reí a carcajadas.

—Ese talento innato de los Lancaster se estaba desperdiciando —añadí con burla—. Tienes buenas ideas, recuerdo aún la solución que diste para el hotel de Acapulco. —Ethan me miró de reojo.

Era cierto, a pesar de que él pensase que no era suficiente. No había sido solo en Acapulco, también en Dublín, en Dubái, Las Vegas, Buenos Aires, e incluso ayudó a encontrar la forma de que los Gohshed logaran recuperar el control de su hotel encendiendo las alarmas de Charlize, que finalmente convocó la reunión.

—Por bocazas estoy en este embrollo. Si no hubiera encontrado ese epígrafe con respecto al tratado de El Secreto de los Gohshed, no estaría en el punto de mira de Charlize.

—Comenzaste a estarlo desde que en las facturas de gastos mensuales aparecieron tus constantes billetes de avión y tus gastos extras.

—¿Gastos extras? ¿Cómo puedes decir que una peli porno es un gasto extra cuando me obligas a entrar al celibato? —Volví a reír carcajadas—. No es para reírse, es una tortura seguir tu ritmo de vida. No sé de dónde sacas fuerzas ni cómo has logrado canalizar las ganas de desenvainar el sable... —Un carraspeo nos interrumpió.

—Perdón por interrumpiros —indicó Leah sin poder mirar a Ethan a los ojos—. Marcus, tienes los informes que me pediste.

—Gracias, Leah —le respondí al percatarme de que estaba a punto de

estallar a carcajadas—. Puedes irte e ignorar las incongruencias que suele soltar Ethan.

—Eso no es fácil de hacer, sobre todo cuando compara el miembro viril de un hombre con una sable, lo que me ha llevado a preguntarme si será de láser. —Estallé en carcajadas viendo como Leah había dejado en silencio a Ethan, que ladeó la cabeza para fijar los ojos en mí.

—Si llego a ser presidente de esta empresa, ¿me la pido como asistente personal!

—De eso nada —le hice saber—. Leah se irá conmigo—le advertí, señalándole con el dedo.

—Siempre te quieres quedar con lo mejor. Y no lo digo por ella, aún recuerdo hace dos semanas cómo en Nueva York esa pelirroja no te quitaba ojo —se quejó.

Levanté la mirada del documento y sonreí, a pesar de que ese viaje no fuera un buen recuerdo precisamente. May también estaba en la ciudad presentando su nuevo libro y supe de ello cuando Simpson me dio la lista de huéspedes.

Contuve las ganas de tratar de encontrar la manera de toparme con ella, pero desistí al recordar nuestra última conversación.

Ethan

Me di cuenta del silencio que se instaló entre nosotros y sabía el por qué. Marcus no podía olvidar a May. «Si es que es lo que sigo pensando, es malo enrollarse mucho tiempo con una mujer, al final terminamos como perritos falderos».

En cuanto May me vio, se puso tan nerviosa que llegué a pensar que moriría de un infarto, tuve que sujetarle de los brazos para que se calmara. Solo entonces me rogó que buscara la forma de que ella y Marcus no coincidieran, dándome un sinfín de argumentos estúpidos que me llevaron a pensar por qué demonios Marcus estaba tan encabronado por una mujer como

aquella.

Aunque también me di cuenta en esos cinco minutos de que ella estaba encoñada de él. Vamos, que eran tal para cual. Estuve a punto de confesarle que Marcus se había puesto un candado en la polla y que estaba convencido de que nunca más buscaría donde meterla, pero no sabía cómo se lo tomaría y me callé. Sin embargo, días después comprobé que tenía que haberlo hecho, Marcus cada vez se enfrascaba más en su proyecto y el trabajo.

—Ethan, deja de ser tan llorica, no te la ligaste porque no te dio la gana.

—No es cierto, es que no mola nada que tu sigas siendo el Lancaster responsable y yo el juerguista. —Marcus volvió a reír.

—Si logras ganar la batalla podrás follar a gusto.

—Si logro ganar la batalla, será porque me enseñaste tácticas para lograrlo, no necesito ser presidente de un consorcio para follar.

—Solo te he llevado al campo de acción —me dijo, tratando de que no desviara el tema.

—¡Como sea!, tengo una pregunta: cuando inaugures la fortaleza. ¿que pasará?

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Seré claro: si gano la batalla follaré como un conejo toda esa semana porque, viéndote, creo que tendré que vivir de machaque diario, aunque los fines semana arrasaré, pero, en cambio, tú solo piensas en una mujer, una mujer que no quiere volver a verte.

—Sabes que tienes ese punto de franqueza de los Lancaster.

—No me vengas con que te ofendes, que tú también lo tienes —le respondí antes de que lograra cambiar de tema. Marcus dejó el informe en la mesa y se sentó en la silla, llevándose los dedos al puente de la nariz y mostrando su cansancio.

—Ya veremos, faltan unos meses todavía.

—Respuesta errónea.

—¡Joder, Ethan! ¿Cuándo se ha vuelto sería esta conversación?

—En el primer momento que mencioné Nueva York —afirmé—. Sé perfectamente que ella estaba en el hotel.

Marcus

Solté aire; cuando Ethan quería ser un jodido cabrón, lo era. Desde que supe que estábamos en el mismo lugar me fue imposible concentrarme, evitaba pensar en ella, pero, cuando no pude más con mis ansias, me dirigí hasta el sitio donde haría la presentación.

Era una librería que estaba abarrotada de personas, pero, a pesar de eso, desde lejos pude verla. Se había cortado el pelo y se la veía más sensual, más salvaje. Recordé las veces que estuvo en mis brazos, me era imposible olvidarla. Me giré para volver y quedarme con esa imagen, pero antes de irme vi su libro y lo compré. Desde entonces cada noche lo leía, descubriendo los sueños y la historia que deseaba vivir, la frustración de no encontrar a ningún hombre afín a ella. Y, cuando por fin confió en el que creyó que era el correcto, la había abandonado a la primera. Era su historia, nuestra historia.

Me quedaba poco para terminarla y temí que no tuviera un final feliz.

—Sí, sé que estuvo hospedada en el hotel de Nueva York —le dije

—Dime que intentaste al menos verla —me instó Ethan.

—La vi —le confesé—. Estaba preciosa, pero es inalcanzable para mí.

—Para un Lancaster ninguna mujer es inalcanzable —repuso.

—May Gohshed no es cualquier mujer, ella anhela ser amada y tener un final feliz.

—Y, según tú, no eres hombre para cumplirle ese deseo. —Chasqueó la lengua, negando con la cabeza—. Qué poco te conoces, Marcus Lancaster. Pero no seré yo quien te lo diga, no me van esas mariconadas.

«Si no lo intentas, siempre te arrepentirás
de lo que podría haber pasado».

May

Volver al hotel donde había comenzado todo fue bastante difícil. Después de escribir la historia y darle el final más triste que había podido escribir, no llegué a imaginar que mi novela tendría más éxito que la anterior.

Esa vez la gira había comenzado en España y fue recibida con una gran acogida. En Nueva York, sin embargo, seguía con los nervios a flor de piel, por lo que decidí contarle a Roxana lo que significaba para mí volver a la ciudad.

Los sentimientos encontrados y el recuerdo permanente de Marcus se amontonaban en mi interior. Ella me indicó que trataría de que la estancia fuera lo menos estresante posible, pero nos llevamos una sorpresa cuando nos cruzamos con Ethan. Quise desaparecer y sentí que me flaqueaban las piernas. Roxana se dio cuenta y trató de sujetarme por la cintura, pero Ethan se le adelantó, agarrándome de los brazos.

—Respira, por el amor de Dios —me dijo Ethan.

—Te ruego que no le digas que estoy aquí —le pedí—. Solo estaré dos noches.

—¿No se supone que no quieres verlo y lo odias a muerte? No entiendo tu preocupación.

—Es importante para mí, porque...

—Necesita estar tranquila —dijo Roxana interrumpiéndonos—. La presentación de mañana es importante para la editorial, su nueva novela es

totalmente diferente. —Ethan la miró con una ceja levantada

—¿Eres su niñera? —preguntó con sorna. Poco a poco vi el rostro de Roxana teñirse de rojo, por lo que levantó el mentón y lo miró con orgullo.

—Soy la asistente de May, y como te acabo de indicar, no necesita distracciones.

—Ajá, pero quiero que me lo diga ella —indicó sin tapujos—. Quiero ver si tiene los ovarios para hacerlo. —Suspiré con cansancio y le pedí a Roxana que nos dejara cinco minutos a solas. Ella dudó en hacerlo, pero finalmente nos dejó.

—Es la segunda vez que te pido algo, Ethan.

—Es cierto y, ahora que lo recuerdo, aún no me has devuelto las llaves. —Lo ignoré. No entendía ese afán que tenía por cambiar el tema a la conversación al que más le convenía. Necesitaba aclararle lo que mi corazón pedía, aunque, si se ponía impertinente tenía claro de que iba a estamparle las llaves en la cabeza.

—Necesito estar lejos de Marcus —le indiqué—. Venir a Nueva York me ha sido muy difícil, todo me recuerda a él y nuestros mundos jamás podrán unirse. Vosotros pertenecéis a un estilo de vida en el que yo nunca encajaré, al igual que él no está a gusto en el medio donde me desenvuelvo.

—A ver si lo entendido, ladrona de llaves —respondió y contuve las ganas de girarme y dejarlo hablando solo—. Si llegas a ver a Marcus se te escurrirán las bragas y el coño se te calentará.

—¿Eres así de ordinario de nacimiento o te diste un golpe en el camino del crecimiento? —Ethan sonrió de lado.

—Soy directo y lo veo así —contestó sin vergüenza alguna—. Vosotros dos necesitáis follar y cuando ya tengáis varios polvos encima, podréis entonces arreglar vuestras diferencias.

—Esta conversación no tiene sentido —le dije al ver cómo había logrado

llevarme a su terreno—. Hablaré con Jack para irme a otro hotel.

—Esa es la solución perfecta para que Marcus se entere con rapidez de que estás hospedada en el hotel y te busque para echarte en cara lo cobarde que has sido.

—¿Y qué demonios hago? —pregunté, preocupada por que sucediera eso. Me tapé los ojos mientras el corazón me bombeaba con rapidez al saber que había una mínima posibilidad de que nos volviéramos a encontrar—. Me lo pones tan difícil... y no es conveniente que lo vea. —Esta vez me sujetó los hombros y me miró de frente.

—Veré que puedo hacer, pero no soporto ver a una mujer llorar —respondió Ethan—. No te garantizo que no lo sepa, en cualquier momento se reunirá con Simpson y allí se dará cuenta.

—Gracias, Ethan.

—No lo hago por ti, lo hago por Marcus, que lleva seis meses sin limpiar el sable.

Y con esas palabras se despidió.

Qué difícil era hablar con un hombre que todo el tiempo estaba pensando en sexo. A pesar de tener la promesa de Ethan, estaba nerviosa, porque en el fondo ansiaba volver a sentir sus labios.

Cada noche recordaba su último beso y deseaba que volviera a tocar el timbre de mi puerta y que me tirara del brazo, empujándome hasta él, en donde nuestros cuerpos chocaran para que me besara con las mismas ansias, la misma pasión con la que lo había hecho en cada ocasión. Pero no podía negar que nuestros mundos eran totalmente distintos y, tarde o temprano, alguno de los dos se terminaría cansando.

—May, ¿estás bien? —me preguntó con dudas Roxana.

—Sí —respondí, desalentada—. Debemos seguir con la agenda —señalé, girándome para mirarla con una sonrisa cargada de tristeza.

—¡Ay, May! No es justo que escribas preciosas historias de amor y sufras por ello.

—No se puede tener todo.

«Un día alguien te abrazará tan fuerte,
que todas tus partes rotas se unirán de nuevo».

Anthony

Terminé de arreglarme la corbata con el pasador con el escudo de la familia. Me miré en el espejo, había llegado el día de darle un escarmiento a esa caprichosa que tenía como nieta. Cogí el bastón y salí de la habitación para desayunar con Marcus y Ethan.

Desde que le había comunicado que era el candidato ideal para que ejerciera como presidente del consorcio Lancaster había dado un giro radical a su vida, tomándose como algo personal.

Nos confesó que Charlize tenía pensado cerrarle el grifo y eso no se lo perdonaría cuando ella no era nadie. No es que necesitara vivir del consorcio, pero lo hizo sentir como un idiota. Sabía perfectamente de qué hablaba, Ethan había invertido en la bolsa años antes, obteniendo ganancias en ciertas empresas. Había jurado que podía conocer a todos simplemente observando su comportamiento y me había equivocado.

Ethan me sorprendió con su determinación y dedicación para enfrentarse a Charlize. No había sido fácil mantener reuniones en secreto con algunos miembros de la junta sin que otros que podía asegurar que la apoyaban se enterasen, todo con el único propósito de sacarla de la presidencia.

Necesitaba dejar mi compañía en buenas manos y no en las de una mujer sin escrúpulos que mantendría a los empleados en un estado de incertidumbre constante por los eventuales cambios. Debía terminar aquello, me estaba sintiendo cada vez más cansado, llevaba meses fingiendo y cada día me costaba más.

Como decía el refrán: la edad no perdona. Llegué a la puerta del salón y allí me sostuve gracias al picaporte. Contemplé el lugar que tantos recuerdos me traía y, con esfuerzo, respiré con profundidad.

—Con La Casona no te quedas, ¡los cojones! —dije para mí. Me di la vuelta hacia otra estancia y allí saludé a mis nietos. Sabía que había enmendado mi error con ellos, cada uno era diferente, pero ambos son unos verdaderos Lancaster.

Hora y media después, junto con Richard Green, entramos a la torre Lancaster. En cuanto Charlize nos vio llegar su rostro dibujó una fingida sonrisa diplomática.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó acercándose a mí—. ¡Dios los cría y ellos se juntan! —indicó con ironía.

—Buenos días, Charlize —contesté a su grosero saludo—. Tengo entendido que hoy hay junta de accionistas.

—Sí, pero los miembros honorarios no tienen que asistir.

—Creo que no te has leído los estatutos, querida —repuse—. Según recuerdo, dos o más miembros pueden llamar al miembro honorario para impugnar algunos asuntos. —Charlize fingió no sorprenderse, pero su ojo izquierdo comenzó a parpadear más de lo normal.

—¿Y qué se supone que van a impugnar?

—Ya lo verás —respondí con una sonrisa de lado prosiguiendo a paso lento hasta el despacho de reuniones. Sabía que Marcus la ignoraría, pero Ethan no pudo resistirse.

—¡Zorra! —soltó en alto sin importarle quien lo escuchara, por eso sabía que eran muy diferentes al decir lo que pensaban.

Marcus

Sonreí de lado al escuchar a Ethan, podría haberse tomado las cosas en

serio, pero seguía teniendo esa manera natural y directa de decir las cosas. Nos sentamos a la espera de los demás miembros, a los que vimos llegar, incluyendo a nuestros respectivos padres, hasta que Charlize entró con el ceño fruncido al notar que no podía sentarse en la cabecera, ya que Anthony ocupaba ese puesto, por lo que se sentó del lado opuesto.

—Buenos días —comenzó diciendo—. Bienvenidos a la reunión número catorce del presente año de la junta de accionistas. Como todos habéis visto, tenemos la visita de nuestro presidente honorario, Anthony Lancaster, que, al parecer, presidirá la mesa.

—En efecto, Charlize —la interrumpió Anthony—. Y, sin perder el tiempo, ya que precisamente no tengo mucho, seré preciso —explicó—. Me he tomado la tarea a lo largo de mi vida de dirigir esta compañía de forma humilde, siempre con el apoyo de los empleados, que son los que han logrado mantenerla en lo más alto, pero en los últimos tiempos los cambios que Marcus ha querido implantar han tenido que ser reajustados con unas series de medidas que no los benefician y pueden perjudicar a la empresa en los próximos años.

»Por ello, me veo en la necesidad de exigir la dimisión inmediata de la actual presidenta.

—¡Esa es la idea más absurda que he escuchado! —gritó Charlize—. Nadie hasta ahora se ha quejado de la manera en la que se ha dirigido la compañía los últimos años.

—Porque has maquillado las cifras —respondí.

—Tú no tienes voz en esta junta —me recordó—. Solo has estado presente porque Anthony te ha tenido lástima desde que la arribista de tu madre te abandonó.

—¡Charlize! —protestó Rupert—. No es necesario sacar los paños íntimos de la familia al aire.

—¡Oh, por favor! —dijo, volteando los ojos—. Dejémonos de ironías, ¿acaso no ves que el bastardo solo quiere adueñarse de la compañía? De tu

compañía, de mi compañía y de la compañía de todos los activos de los miembros de la junta.

—¿Has terminado, Charlize? —preguntó Anthony, retomando el liderazgo de la reunión—. Me gusta saber que en algo estamos de acuerdo: la compañía es de todos y no de una persona que solo codicia tener el poder absoluto, olvidando que sigo vivo.

Richard Green se levantó, entregándole una carpeta a cada uno de los miembros, incluida Charlize, para luego volver a ocupar una silla en la que comúnmente se sentaban los invitados.

—Como veréis, los últimos meses he estado haciendo un pequeño trabajo de campo con la ayuda de mis nietos y mi albacea. Encontrareis un estimado de pérdidas que, en los próximos años, y con los costosos que han sido ciertos cambios que la presidenta de la compañía ha impuesto, pueden acarrear consecuencias nefastas. Por estos hechos me he tomado la libertad —continuó, acomodándose las gafas y fijó la mirada en Charlize— de conversar con algunos de los miembros de la junta para notificarles mi intención de proponer como candidato para la presidencia a Ethan Lancaster.

Charlize abrió los ojos de par en par y al segundo estalló en carcajadas, terminando por abanicarse, sorprendida a lo que acababa de escuchar.

—Definitivamente, esto tiene que ser alguna broma de mal gusto o un castigo por haber vetado a Marcus de la junta. Si es eso, no tengo ningún problema en que vuelva, con tal de que esta farsa se acabe en este instante.

—No es ninguna broma ni ninguna farsa, mi querida Charlize —respondió con tranquilidad Anthony—. Como podéis observar en la página siete, Ethan Lancaster es un bróker con mucho talento, gracias a él las acciones de la compañía se han mantenido en alza por...

—¡Es su trabajo! —exclamó Charlize—. Es lo que supuestamente estudió.

—Corrección —la interrumpió Ethan—. Estudié Económicas con un Máster en Finanzas en bolsa, ¡zorra!

—Me gustaría seguir —pidió Anthony, tosiendo un poco—. A la vez que desearía no tener tantas interrupciones, recordad que no tengo vuestra edad —nos dijo a todos—. Ethan ha mantenido las acciones en alza y, a su vez, se atrevió a invertir en otras empresas, logrando generosos dividendos.

—Eso no me indica nada —protestó Charlize—. Él no sabe llevar una empresa. —Decidí intervenir antes de que la duda apareciera en aquellos miembros que seguían resistiéndose.

—Ethan ha estado trabajando a mi lado desde hace meses para aprender el negocio —expliqué—. Por decirlo de una forma sencilla, sabe de antemano los problemas que tiene la cadena hotelera.

—Gracias, Marcus —dijo Anthony—. He de confesar que cometí un error con mis hijos, debí seguir el ejemplo de mi padre y llevarlos a entablar confianza y respeto con los empleados, el reconocimiento de su trabajo ha sido el que ha llevado a que la cadena hotelera tenga distinción.

»No obstante, ese error llevó a otros, y la familia Lancaster se estaba convirtiendo en un completo desastre. Debo decir que gracias a Rupert, que tomó la sabia decisión de dejar a mi cargo a Marcus, decidí enmendar mi error, mandando al chico a que aprendiera desde abajo y logrando que respetara al motor de nuestra cadena hotelera, los empleados. Afortunadamente, es buen maestro con respecto al trabajo que ha hecho con Ethan.

—Más bien el alumno es aplicado cuando quiere —respondí.

—En todo caso, como he dicho antes, propongo a Ethan Lancaster como el nuevo presidente del consorcio Lancaster y la cadena de hoteles. Quien esté en contra, que levante la mano.

Vi varias manos levantadas y me sorprendí. Eran muchas menos de las que habíamos previsto.

—¿Votos a favor?

De nuevo, se alzaron varias manos y, sorprendentemente, entre ellas estaba la

del padre de Ethan, William, mientras Rupert se abstenía, me imaginaba que no iba a tomar partido. La secretaria que redactaba la junta dijo en alto el número de votos a favor y en contra junto con la abstención, dando como ganador a Ethan.

—¡Sí! ¡Hoy voy a follar a gusto! —exclamó en alto. Seguidamente, observó a los miembros, que lo miraban detenidamente, y se acomodó la corbata—. Soy joven y tengo que celebrarlo —se justificó—. Pero os prometo que, a partir de mañana, trabajaré para enseñaros un proyecto que tengo en mente.

Sonreí de lado al escucharlo junto al jaque mate que le habían hecho a Charlize, que respiraba con dificultad ante la traición de varios miembros de la junta, entre ellos mi padre y mi tío.

—Señores —alzó la voz Anthony—. Hemos finiquitado la reunión de la junta. Ahora me gustaría aprovechar el tiempo para una reunión familiar con el albacea —indicó Anthony.

Los miembros fueron abandonando la sala, felicitando al nuevo presidente y estrechándole la mano a Anthony. Yo me mantenía alejado en un segundo plano, disfrutando del estupor y la humillación de Charlize, que no volvería a hacerse con la empresa.

—¡Si pensáis que esto quedará así, no me conocéis! —advirtió Charlize una vez nos dejaron a solas.

—¡Que te follen, Charlize! —exclamó Ethan.

Charlize se acercó con la intención de abofetearlo, pero me metí en el medio, mirándola con una ceja levantada. Anthony se acercó a Ethan y le pidió que calmase su euforia. Quería reírme ante la cara de mi querida hermana, pero no era el momento y estaba convencido de que Ethan encontraría uno en un futuro.

—Lo sabemos —respondió Anthony a Charlize—. A eso también me he adelantado —le hizo saber con parsimonia—. Debido a los últimos acontecimientos y tus acciones malintencionadas mientras estaba

convaleciente en el hospital, mi testamento ha sido modificado.

—¿Qué?! —gritaron Rupert, William y Charlize.

—Lo que escucháis —contestó Anthony—. Richard os lo explicará.

El albacea carraspeó y explicó lo que Anthony había decidido, dar en vida la herencia a sus nietos, el inmueble que más codiciaban, La Casona, incluyendo todas las obras de arte que atesoraría cualquier coleccionista. En principio iba a ser para mí, pero insistí en compartirla con Ethan. De alguna manera, nadie confiaba en él por su estilo de vida.

También fueron notificados de la herencia que había dejado mi abuela y de que Anthony había decidido legármela. Charlize se levantó, jurando que impugnaría el testamento y que nos declaraba la guerra, dando un portazo a modo de despedida.

—Jamás pensé que nos dejarías en la calle —sentenció Rupert.

—Y nunca me imaginé que despreciarías a tu hijo por un error que no cometió —le respondió Anthony—. Vamos a poner las cartas sobre la mesa, a ninguno de vosotros dos le ha importado La Casona jamás, por lo que no permitiría que cayera en las manos de Charlize. Esa mujer malcriada nunca entendería el valor sentimental que tiene para mí.

—¿Pero somos tus hijos!—repuso William.

—Sabéis que heredareis mucho más y, para vuestro beneficio, Marcus dejará de ser miembro de la junta, incluso no tendrá nada que ver con la empresa, así que tenéis uno menos del que preocuparos —concluyó.

Los dos hombres se levantaron sin mirar a nadie y también se despidieron con un portazo. Sabía que la guerra apenas empezaba y que traería grandes consecuencias, pero Anthony había cumplido su parte hasta el final. Ahora tendría una dura batalla con una mujer rencorosa y un padre al que tal vez no me volvería hablar en la vida, y quizá también le traería problemas a Ethan con el suyo.

Me pasé la mano por la cabeza, preocupado. Charlize podía esperar hasta el momento en que Anthony ya no estuviera con nosotros, quizás lo más sensato era firmar algún documento que cediera mi parte de La Casona, ya que pasaría más tiempo en España y probablemente terminara viviendo en ese país.

—Marcus, no te martirices —me dijo Anthony—. Son pataletas de hombres que se sienten desplazados por un muchacho. Ya se les quitará cuando piensen fríamente en lo que heredarán.

—Os recuerdo que la oveja negra soy yo —respondí escueto.

—¡Eres un Lancaster de pura cepa! —me aseguró mi abuelo—. Porque lo digo yo y porque lo dicen unas pruebas que quisiste hacerte para demostrar algo que tu abuela y yo supimos en el instante en que llegaste a La Casona.

»Te he liberado del consorcio para que te centres en la fortaleza. Lamento que decidieras irte en cuanto este asunto terminara, y entiendo que necesitas alejarte de lo que te puede traer recuerdos. Sin embargo, siempre quedará ese vacío que no te permitirá recuperar tu vida del todo.

—¿Qué quieres decir?

—Qué vayas a por May, ¡gilipollas! —respondió Ethan—. Es irritante ver cómo contienes las ganas de follar porque te has enamorado de una escritora morbosa. ¿Sabéis qué? ¡Dais asco! —Se metió el dedo en la boca.

—Comienzo a pensar que me he equivocado al hacerte presidente de la compañía —señaló Anthony frunciendo el ceño.

—No sé a qué viene May Gohshed en todo esto —añadí. Ethan alzó las manos, pidiendo paciencia y resopló.

—Tenéis un asunto pendiente y mientras siga así, seguiréis sin dejar fluir al destino. —Ethan se metió la mano en el pantalón para luego lanzarle un objeto—. Esto lo dejaste en mi casa y como no vino ninguna titi a buscarlo, me imaginé que era tuyo. Creo que sería bueno que se lo des.

Lo atrapé en el aire y, cuando abrí la mano, vi que era el colgante que le había regalado a May, ese que le había puesto al salir del servicio en el aeropuerto y que había dado inicio a unas horas mágicas.

Ese colgante que me lanzó esa misma noche que la menosprecié. Sin saber qué decir, lo miré desconcertado.

—Me imaginé que para devolvérselo a su verdadera dueña debía estar arreglado y me encargué de ello —me explicó encogiéndose de hombros. Me mantuve en silencio, era muy fácil sacar conclusiones al no estar en mi pellejo—. De nada —me dijo.

—¿Qué harás, Marcus? —preguntó Anthony—. Han pasado meses y las heridas se curan.

—¿Por qué siempre veis las cosas con tanta facilidad? —les hice saber, incrédulo porque todos de repente se interesaban por mi vida personal.

—Porque la vida es mucho más sencilla de lo que crees —añadió Anthony.

—Es muy tarde para eso —repuse—. Ni siquiera sé si está en Londres —añadí, dando por concluida aquella conversación absurda.

—Tengo entendido que la presentación de su libro es mañana en el centro —dijo Richard, logrando que todos lo miráramos enseguida—. Mi mujer ha leído sus libros y no deja de hablarme de ella.

—¿De verdad pensáis que me puedo presentar como si nada hubiera pasado? —pregunté sorprendido. ¿En qué momento había cambiado todo? Estábamos hablando sobre el futuro de la compañía, no de mi vida personal—. Me parece que todo este asunto de la presidencia y la herencia os ha vuelto susceptibles, porque no me explico en qué momento os pusisteis de acuerdo para dirigir mi vida.

—¡Eh! —me interrumpió Ethan—. Deja el drama para la escritora, que sabe gestionar muy bien eso —me dijo burlón—. Aquí nadie se ha puesto de acuerdo, al menos yo no lo he hecho, lo que no soporto es que tengas un buen sable y esté sin uso.

—No sé qué es peor, si la metáfora o lo brusco que eres al hablar —respondió Anthony—. En todo caso, me preocupa que hables de sus dotes como si las hubieras visto.

—Abuelo, estamos en el siglo veintiuno —contestó mi primo con parsimonia—. Para serte sincero, el mes que estuvo en cautividad cuando salía de la cueva en la noche, salía en slips. —Anthony frunció el ceño y Ethan volteó los ojos—. ¡Calzoncillos! En fin, que salía casi en pelotas y empalmado.

—¡Qué cabrón eres! —respondí, sorprendido por las tonterías que decía. Recordé que alguna que otra vez había salido en slips, pero nunca empalmado, ya que lo que menos tenía durante esos días era apetito sexual. Sin embargo, seguía asombrado por la conversación absurda en la que estaba participando y necesitaba ponerle punto final.

Me había costado mucho centrarme de nuevo en el proyecto, a pesar de que me era imposible olvidarla. Pero, si nuestros caminos se habían separado solo podía significar una cosa, no estábamos hechos el uno para el otro y me maldije. Estaba pensando tal y como May hablaba a lo largo de su novela.

Comenzaba a afectarme, eso era grave para un hombre que solo debía tener una visión en esos instantes. El problema estaba en que no podía, y en que tenían razón. Ansiaba volver a verla, estrecharla entre mis brazos, besarla hasta saciarme, amándola hasta cansarme.

Si eso era enamorarse, maldecía la hora en que me había sucedido. Mi vida había cambiado desde entonces y añoraba esa parte que disfruté con May durante un breve tiempo, y es que solo con ella logré vivir momentos tan absurdos e inverosímiles que me negaba a tener la oportunidad de volverlos a vivir. Suspiré en alto, observando a los tres hombres.

Ella lograba que me arriesgara a hacer las cosas más estúpidas que cualquier persona racional pudiera hacer, pero que para otros, como mi chica soñadora, significaban pruebas de amor.

—¿En qué zona del centro estará?

Epílogo

«¿Que cuál es mi libro favorito?»

Lo estoy escribiendo con todas las conversaciones que tenemos».

May

Después de ese encuentro con Ethan en el hotel de Nueva York apenas pude soportar el largo día de firmas con valentía. Llegué a pensar que en cualquier momento Marcus aparecería y me juraría amor eterno, pero al final de la tarde me di cuenta de que solo era parte de mi anhelo por tener un final feliz, uno que ni siquiera tenía la protagonista de mi nueva novela.

En cuanto pisé suelo londinense, comenzaron los preparativos para la presentación del libro en la capital inglesa.

Recordé que me había prometido un tiempo de descanso. Sin embargo, la vida nos cambiaba los planes de un día para otro y de nuevo vino a mi mente que era Marcus el que tenía una vida planificada y que era yo la que quería enseñarle que no podía ser así.

Debía olvidarlo como fuese, debía aprender de él, que había desistido a la primera de cambio. Tenía que tratar de que estos sentimientos comenzaran a enterrarse, por lo que la única forma era irme a una isla remota en donde no hubiera ningún recuerdo de Marcus que me persiguiera.

Qué fácil que era escribir sobre el amor y que difícil era vivirlo de verdad.

El taxi en el que iba aparcó finalmente y pagué para bajarme en un restaurante asiático donde me encontraría con Jack. Al menos había logrado una especie de rutina. Cada jueves quedaba para comer con él. Agradecía que se preocupara por mi estado de ánimo, a sabiendas del enorme esfuerzo que era para él ver que me había enamorado de otro. No habíamos vuelto a hablar sobre sentimientos, pero algo me decía que mantenía la esperanza de que algún día le abriera mi corazón, aun sabiendo que de momento le pertenecía a otro.

Entré al restaurante y allí estaba Jack, con el móvil al oído. Al verme se levantó para saludarme y en cuanto terminó la conversación me sonrió.

—¡Qué guapa te veo!

—Siempre tan zalamero —respondí con una sonrisa sincera.

—Digo lo que veo —me dijo guiñándome el ojo—. Pero me parece que hoy estamos en esos días...

—Lo siento, Jack, me siento culpable por hacerte pasar por esto.

—No sé qué quieres decir —dijo tratando de hacerme reír—. Y estoy empezando a preocuparme por si vuelve a aparecer el fenómeno del bloqueo, creo que me arruinaría. Tendría que convencer a ese cantante americano que tanto te gusta de que escriba una canción para ti.

—¡Mira que tienes más imaginación que yo! —exclamé riéndome, y él también lo hizo.

—¡Eso es imposible! —soltó burlón—. La escritora eres tú, yo solo me encargo de llegar a acuerdos, de llevar tu carrera. Y, hablando de ello, hoy vengo repleto de noticias sobre cómo se desarrollará la presentación de dentro de cinco días.

—Sé que me debo a mis lectores, pero me pone nerviosa ver tanta gente, tantos medios.

—Olvídate de los medios —me dijo—. Céntrate en todos esos lectores a los que, de alguna forma, transportas a la historia, haciéndolos parte de ella. —Suspiré en alto y fijé los ojos en él.

—Entonces comencemos, no quiero seguir con esta agonía.

—¡Vaya! Yo que quería seguir siendo tu verdugo —respondió guasón y sonreí de nuevo.

La semana se me pasó volando hasta darme cuenta de que en un abrir y cerrar de ojos era el día de la presentación. Cuando Jack me indicó que habría algunos medios no pensé que fueran audiovisuales y que retransmitirían parte de la presentación en los informativos con más alta audiencia.

Caminaba de un lado al otro en un despacho de oficina que me habían facilitado hasta que llegase la hora. Recibí un mensaje de Aaron animándome al igual que el de mi madre y Leopold, pero las que me tenía a punto de un ataque de nervios eran Roxana y Rosmina, que no dejaban de decirme qué hacer o no por lo que les exigí, por último, que me dejaran a solas.

Había amanecido con una extraña sensación en el pecho, esa que tanto había descrito en mis novelas cuando las protagonistas iban a vivir el momento más importante, y no lo comprendía. Todo estaba planificado y no era la primera vez que me entrevistaba un medio televisivo, como para que llegase a sentir que en cualquier momento se me saldría el corazón.

Respiré varias veces con profundidad y no conseguía calmar esas ansias, por lo que me lo recriminé, no era una novata en eso de las presentaciones. Escuché el repiqueo del toque de la puerta y sentí mi corazón que bombeaba con rapidez, obligándome a sentarme sin explicación alguna. Rosmina entró y se asustó en cuanto vio mi rostro de pánico.

—¿Quieres que llame a un médico?

—No —respondí con dificultad—. Estoy bien, es solo que... —Fijé los ojos en ella—. ¿Sabes esa sensación que sientes cuando algo va a ocurrir que cambiará tu vida para siempre? —Rosmina afirmó con la cabeza—. Pues así me siento.

—Vas a hacer una presentación importante, sabes que todo el mundo habla del final del libro y por eso se ha vendido en enormes cantidades.

—No me ayudas en nada, Rosmina —protesté.

—Es lo primero que se me ha ocurrido —confesó—. Lo demás lo descarto completamente.

—¿Y qué era lo demás? —le pregunté nerviosa.

—¡Ni loca te lo voy a decir!—me indicó.

Rosmina

Es que, si le decía lo que estaba suponiendo, le daría un ataque de pánico. No estaba muy segura, pero por la descripción que May me había dado de él y las pocas fotos que había encontrado en la red, me había dado la impresión de que Marcus Lancaster estaba en el lugar.

Si no era él, entonces tendría que preocuparse el hombre, porque tenía un doble. En todo caso, era poco probable que estuviera después de tantos meses sin tener comunicación ni volverse a tropezar, por ello, ni por todo el dinero del mundo se lo diría a mi amiga. Sonreí para calmarla, era lo único que podía hacer, aunque me daba pena la mirada triste que no se apartaba de ella por mucho que tratara de fingir que estaba bien.

Desde que la había sacado de esa habitación en El Secreto de lo Gohshed, no había sido la misma chica que defendía a muerte el amor en todos sus matices. El desamor había tocado su corazón y desde entonces se había dejado abrazar por él. Quizás esa era la base del éxito de su nueva novela, cuyo final era tan triste que tocaba la fibra más sensible de todo aquel que la leyera, fuera por curiosidad o por afición.

En cuanto me pasó el manuscrito y tuve la oportunidad de leer el final, le pedí que lo cambiase. Nadie se merecía vivir en esa soledad, añorando tener

la oportunidad de sentirse amada y construir castillos de ilusiones. Comprendí que May había dejado de soñar, y eso no podía sucederle a una escritora de novelas románticas, por lo que emprendí una campaña para que recuperara esa inspiración que la llevaba a defender con pasión el amor.

—¿Por qué no haces ejercicios de respiración para calmar los nervios?

—Ya los he hecho, pero sigo teniendo esa sensación tan extraña —me respondió. Solté aire y la observé.

—¿Puedo ser sincera? —Me afirmó con la cabeza—. Es hora de que abras de nuevo tu corazón. Afuera hay mucha gente que te quiere y cree en ti. Permítete disfrutar de eso y quizás la vida te dé una nueva oportunidad de creer en el amor.

May

Me pasé la lengua por los labios, lo que me estaba pidiendo no era fácil. Había preferido ser realista y no una tonta enamoradiza, pues bastantes errores había cometido por dejarme llevar y ya tocaba madurar. Sin embargo, a pesar de tomar esa determinación, mi corazón lo ansiaba y quizás eso era lo que me pedía a gritos, que me diese otra oportunidad.

Era consciente de que no aparecería el hombre de mis sueños para declararme amor eterno, eso no sucedería cuando estaba más que segura de que Marcus estaba en cualquier parte del planeta menos en Londres.

—Está bien, lo intentaré —le prometí con sinceridad.

—¡Perfecto! —Y me abrazó, sonreí y de nuevo respiré con profundidad.

—¿Preparada?

—Sí.

Juntas salimos hasta el salón donde estaban esperándome. Mi corazón de nuevo se aceleró y volví a respirar con profundidad. Roxana me agarró la mano, transmitiéndome fuerzas, nos dieron la señal y entré al salón, donde fui recibida con un caluroso aplauso. Me emocioné cuando un grupo de lectores corearon mi nombre y aplaudieron con ánimo. Los saludé con la mano y me senté para darle paso a la presentación de la novela.

Entre pregunta y pregunta de la presentadora, vino aquella que me habían hecho reiteradas veces, pero fue interrumpida por quien menos creí que estaría presente en la sala. Mis pensamientos se unieron a un solo recuerdo, a ese anhelo que tuve minutos atrás con que el hombre de mis sueños estuviera en el mismo lugar en el que estaba yo.

Marcus

Richard me había indicado el lugar exacto donde estaría May. Estuve a punto de retractarme, pensando que todo era una completa locura y lo mejor era volver a fijar mis miras en el proyecto.

No obstante, al llegar la noche, cuando regresé a La Casona vi en la mesilla la novela que aún no había terminado. Me senté en la cama y me tapé la cara con las manos, cansado de luchar.

«No, no puedo dejarme llevar por los sentimientos», me dije y me obligué a ignorar el libro, levantándome para ducharme e irme a dormir, pero mis planes no pudieron cumplirse como quise. La curiosidad era mayor y me dejé seducir por ella. Cogí el libro de nuevo y me dispuse a leer los últimos capítulos que me quedaban.

Pasadas las dos de la madrugada lo terminé, con la amarga sensación de que el final no podía ser aquel y no lo iba a permitir.

El libro no podía reescribirlo, pero mi destino sí y eso era lo que haría en las horas siguientes. A las diez de la mañana llamé a Ethan, obligándolo a mover a sus contactos para poder encontrar la forma de ignorar a todos los medios de comunicación que tanto odiaba. Caminaba de un lado al otro en la entrada del lugar mientras Ethan se carcajeaba por el manajo de nervios en que me había convertido.

Quería matarlo, pero necesitaba centrar todos los sentidos en lo que iba hacer hasta que lo vi venir sonriendo quién sabe qué estaba pasando por su mente, pero se giró al contoneo de una mujer que pasó por su lado.

—Estos son los momentos que me pregunto si la única neurona que sirve en tu cabeza se va de juerga.

—Quién sabe si aquí mismo me enrolló, hacerlo en el baño con un montón de medios cerca debe ser excitante.

—Comienzo a darle la razón a Anthony.

—¡No seas gilipollas! —me dijo carcajeándose—. Pensándolo bien, lo eres. En la vida hubiera apostado que harías una mariconada como esta.

—No me des tantos ánimos—protesté—. Me ha costado un huevo tener que afrontar que saldré de nuevo en las primeras páginas de la maldita prensa.

—Míralo por el lado bueno, tendrás publicidad gratis en cuanto sepan que

eres el dueño de un hotel en España llamado La Fortaleza.

—Mi capacidad de asombro contigo no tiene límites.

—¡Qué capacidad y leches! Soy práctico—respondió alzando ambas cejas—.Lo bueno de que te pasaras al lado ñoño es que ahora todas las titis son para mí y podré follar a gusto en el salón de mi casa sin que me interrumpas.

—Nunca lo he hecho.

—Tu no, pero la escritora morbosa sí, por cierto, cuando estés— añadió gestos bastantes obscenos—.Recuérdale que me devuelva las llaves.

—¡Eres un enfermo!—respondí sonriendo de lado—. Se lo recordaré.

—¿Y me llamas enfermo a mí cuando bebes los vientos por una escritora morbosa?

Escuchamos que pedían a los medios acomodarse y volví a dudar pensando que lo que haría mandaría a la mierda mis años de trabajo y esfuerzo para que me respetasen. Sentí la mano de Ethan en mi hombro.

—Deja de pensar en el trabajo—bromeó—.En cuanto Pedro vea en las noticias internacionales lo que has hecho dará las gracias al todopoderoso de que le has dado un respiro.

—¡Eres gilipollas!

—No, no lo soy. Soy un Lancaster y los verdaderos Lancaster somos...

—¡Directos! —añadí riéndome a las tonterías de Ethan.

Los cámaras comenzaron a encender sus aparatos y supe que llegaba el momento, escuché los aplausos y vítores de algunas personas, a la vez que poco a poco me acercaba a escuchar las preguntas de la presentadora hasta que le hicieron una referente al final.

Dejándome guiar, me atreví a interrumpir la presentación.

—Me pregunto si ese final se podría cambiar si fuese real.

May abrió los ojos en cuanto me vio frente a ella, a la vez que el lugar quedó enmudecido.

—Disculpe, ¿usted es...? —preguntó la presentadora un tanto desconcertada.

—Soy Marcus Lancaster, sí, el mismo que un tiempo atrás salía en la prensa rosa —confesé, mirando a los medios que comenzaron a tomar fotos cada segundo—. Y me gustaría saber si ese final se puede cambiar.

A la presentadora, desconcertada, no le quedó más remedio que girarse hacia May y esperar que me respondiera.

—Los finales solo se pueden cambiar si de verdad la persona está dispuesta a arriesgarse a todo lo que conlleva —me respondió, dejando a todos en silencio. Sonreí de lado.

—¿No crees que lo está haciendo?

Esta vez, mi querida soñadora no pudo ocultar su emoción, pasándose la lengua por los labios. Respiró lentamente y me sonrió.

—Teniendo en cuenta que no es muy amigo de los medios, creo que sí.

—Entonces, no quedará otra que comprobarlo —le respondí escuchando a la vez un suspiro de emoción entre los asistentes.

—Pero primero lo primero —le indiqué levantando la mano—: ¿me firmarías el libro tachando el final y reescribiendo el que realmente deseas?

—Sí.

FIN

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi familia, porque siempre me han apoyado cuando estoy dentro de una historia.

A mis lectoras cero, que me han ayudado con esta historia, Mónica Rosmina, Cecilia y Bárbara, gracias por darme de su tiempo para leer a May y a Marcus.

A mis amigas Ana y Andre, gracias a ellas pude lograr crear un personaje importante de la historia.

A Lucía Brisbane por corregirla la historia.

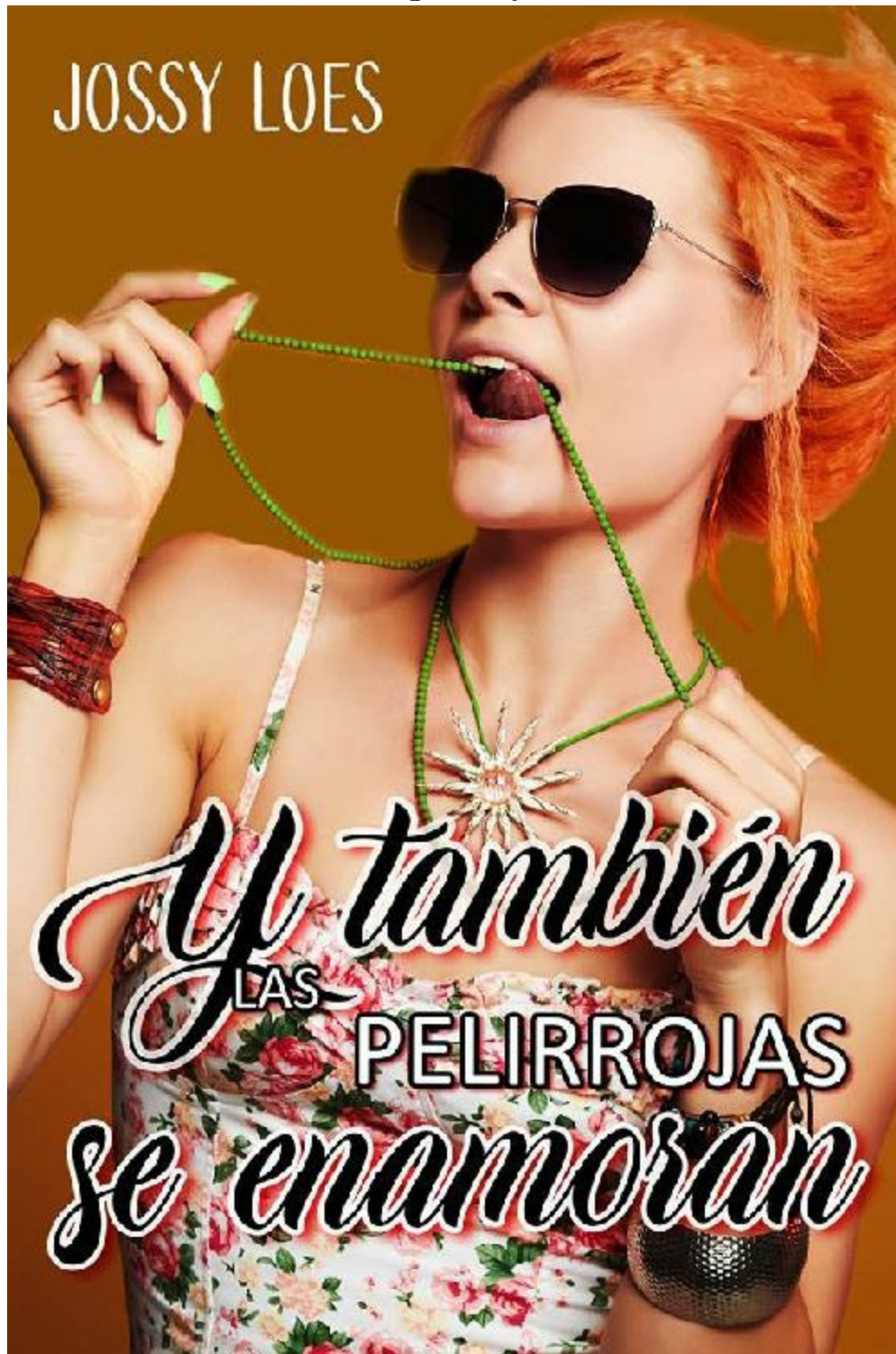
A Roma por crear la portada de Cuatro citas Falsas de amor.

A Raquel por su infinita ayuda

A Adri, Rotze y las a RomántiCanarias las experiencias han logrado que aprendamos y sigamos adelante.

A ti lector, por darme de nuevo la oportunidad de darte a conocer a May y Marcus.

Y también las pelirrojas se enamoran



¡Maldito Duncan McGregor!

Exclamó Caris Cameron en el tren que la llevaba de vuelta a Edimburgo. Sin imaginar que minutos después viviría una nueva humillación. Recogió su equipaje y se bajó para sentarse en un banco y llorar durante un largo rato.

La vida le ha jugado una mala pasada con el que pensaba que sería el amor de su vida. Decepcionada ante ese fracaso, como otros anteriores, se prometió no volver a creer en la palabra de ningún hombre hasta que apareció él... De la manera que menos se imaginó.

«¡Eres increíble, Mihulk!». Escuchó dejando que el frenesí se hiciera paso y es que él, Miguel Alarcón, tenía un lema: la vida hay que vivirla de forma práctica y si eres joven mejor.

Pero aprendió una lección sobre mujeres y sexo fácil, prometiéndose que, a partir de ese instante, miraría con lupa cada mujer que apareciera en su camino, hasta que la casualidad lo llevó a ella.

Las redes sociales no volverían a verlas como el resto de las personas.

Un viaje al país de los kilt, de las vacas peludas y de situaciones pintorescas que solo viven los Cameron cambiará el rumbo de lo que Miguel y Caris, en sus más íntimos pensamientos, deseaban, trayendo consigo enredos y destapando heridas mal curadas.

Un destino que se empeñó en jugar a que aprendieran a confiar y luchar ante todos los obstáculos que les imponían. ¿Será posible que el amor pueda nacer a través de las redes traspasando distancias, culturas e idiomas?

El morenazo español y la pelirroja escocesa son los únicos que nos darán las claves de esta disparatada historia.

Trigésimo cumpleaños



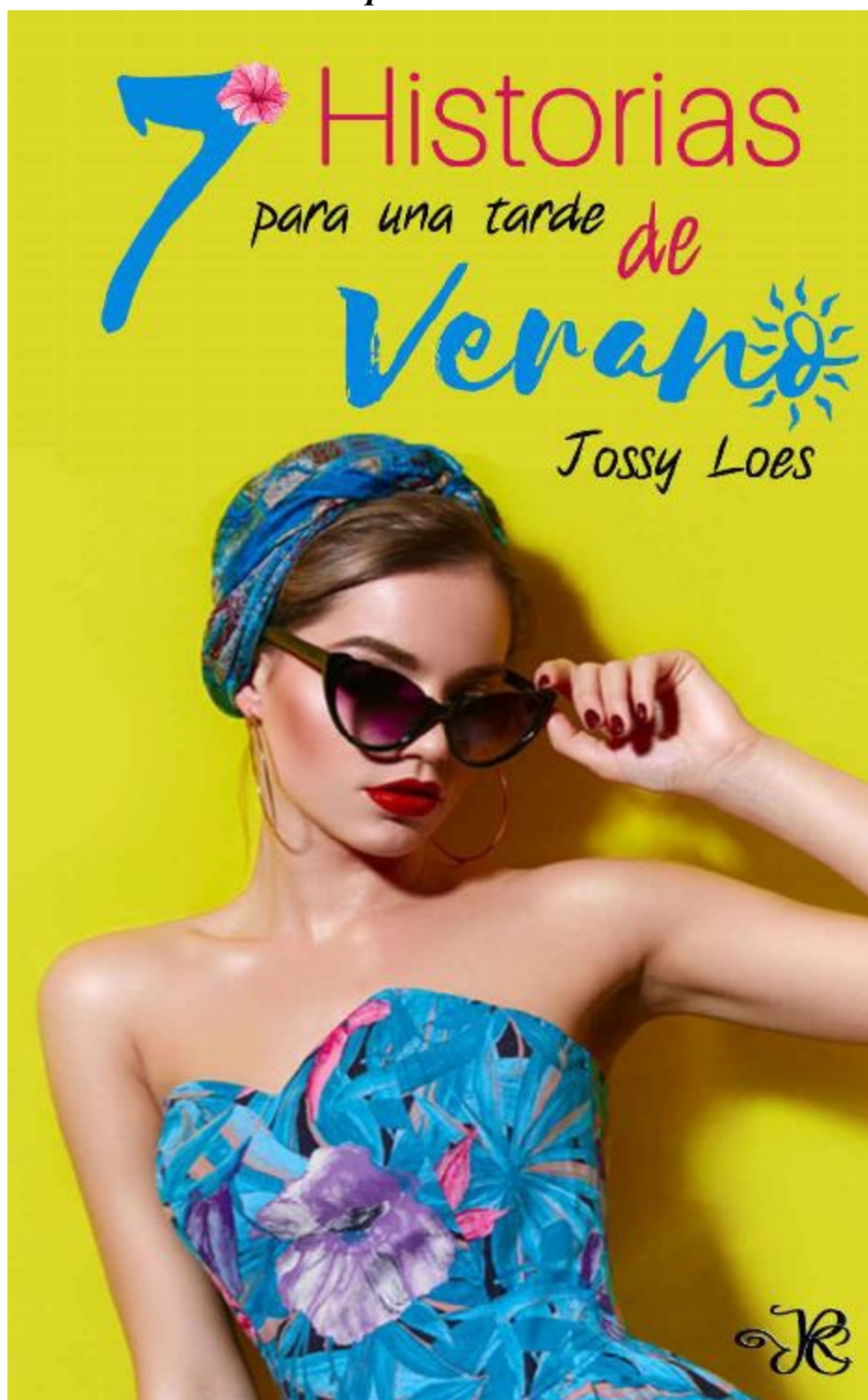
Trigésimo cumpleaños es una novela escrita en el 2014 y reeditada incluyendo escenas y un extendido epílogo.

Emma es una joven anglo-canaria, con una carrera exitosa y grandes amigos, aunque no todo en su vida es como esperaba, su parte sentimental es nula. El día de fin de año anunciaría su ascenso de directora creativa en una gran agencia de publicidad y su hermana menor decide opacar la noticia con otra: ¡se casa!

Todas las miradas recaen en Emma, haciéndole recordar un detalle importante. ¡Su edad! Emma cumpliría treinta años en el recién comenzado año 2013 y debería asentar cabeza.

Por orgullo, se plantea la tarea de callar bocas buscando un hombre que deje sin aliento a su familia. Sin embargo, el destino le hace una mala jugada y por trabajo, termina en Londres donde vivirá situaciones que jamás creería que le pasarían, culpando a lo que ella llama «la maldición del trigésimo cumpleaños». Sumado a ese empeñado año de querer que se reencuentre con ese pasado que había enterrado hace años y que le hará dudar cuál camino escoger: lo que cree que es lo correcto o el de sus sentimientos más profundos.

7 Historias para una tarde de verano



Las tardes de verano dan para mucho y creo que en eso me daréis la razón, comenzando con una siesta tostándote al sol tratando de que aparezca ese moreno que te han pedido para el posado del

HOLA... ¡Vale!, me he pasado un poco. Lo que si es cierto es que en esas largas tardes disfrutamos de la compañía de amigos y momentos llenos de diversión y complicidad. Los veranos cambian el ánimo a todos, reímos, nos vamos de fiesta, viajamos descubriendo parajes maravillosos y, tal vez, terminamos topándonos con esa persona que nos mueve todo nuestro mundo. Es lo que tiene la estación más cálida del año, en otra época se prestaba para que los bailes fueran el momento perfecto para aquellos que sentían a su corazón palpitar más rápido de lo normal, pudiesen reencontrarse.

Es el tiempo de atardeceres con ese primer amor el que más de uno se vuelve un tanto tonto o ese anochecer tan esperado cenando con una brisa que nos cobija, adelantando lo que sucedería en las horas siguientes, descubriendo la pasión enardecida de dos cuerpos que se unen para vivir una historia inolvidable... Sí, da para mucho, incluso para leer siete historias que podrás descubrir en una tarde de verano.

Sobre el autor

Llevo tiempo tratando de hacer una biografía diferente a las que solemos ver y tal vez, la que vais a leer para algunos es sumamente chocante, pero es que así soy, un tanto controversial y distinta al resto. Siempre me han preguntado de dónde soy por mi acento. De inmediato respondo de Maracaibo, Venezuela.

Sí, soy venezolana, secuestrada desde hace años por un hombre desde otro continente con el que aprendo cada día el arte de convivir, pero no conforme con ello, tiempo después apareció en mi vida otro que desde el primer momento que estuvo en mis brazos lo he amado con todo mi corazón.

¿Pero eso no es lo que queréis saber? ¿Verdad? Vayamos a ello...

Desde pequeña leía mucho y devoré todo aquello que pillaba en la pequeña biblioteca que estaba en el salón de esa enorme casa de mi abuela. Incluso, en vacaciones cuando visitaba a mi padre, leía una y otra vez libros referentes a mi país, aunque los que marcaron mi infancia y adolescencia fueron esos libros con lomo rojo y cubierta amarilla que, al abrirlos, me trasladaba a la selva o viajar por un submarino y por supuesto, soñar mil y una noche.

En la adolescencia llegaron a mis manos desde esa biblioteca algunos con escenas implícitas, que debí haber leído tiempo después, pero así somos los lectores, cuando necesitamos leer y leer. En el instituto, descubrí que me gustaba escribir, cambiando algunas historias de Disney (las de toda la vida) dándole ese toque de humor sarcástico que suelo tener y terminaban siendo media polémicas. He de dar las gracias a mi profesor de literatura, su insistencia en leer logró seguir desarrollando mi imaginación, aunque fuese en forma secreta.

Lamentablemente, decidí estudiar ingeniería y posteriormente administración olvidando esa faceta... (confieso que me dejé llevar por lo que otros querían y no lo que realmente debí hacer. Algo así, como llevarme la contraria). Defecto o virtud que algunas veces me ha dado la oportunidad de luchar por mis metas y otras... me ha dado grandes lecciones de la vida.

Sin embargo, tras emigrar por amor, afloró las ganas de escribir

nuevamente y desde entonces vivo con voces en mi cabeza (no estoy loca). Esas voces me piden a gritos escribir sus historias y lo hago desde las islas afortunadas, sintiéndome feliz por ello y con ganas de contar sobre el amor y todo lo que conlleva.

Más de una vez, me han preguntado si mis novelas tienen parte de mí. No, ninguna, aunque, si soy fiel defensora de los amores por Internet (Y también las pelirrojas se enamoran, es la respuesta a esa defensa). «En noviembre saldrá publicada de nuevo».

Eso sí, no olvidéis que tengo mi lado oscuro. Soy una friki a la que le vuelven loca las películas de Marvel y DC junto a las series y hablar de libros, novelas y lo que voy leyendo. A eso añadiremos que soy algo alienígena, dependo mucho de las fases lunares, (los astrólogos lo justifican por el signo zodiacal al que pertenezco).

Así que, no es de esperar que algunas veces estaría al lado de los cabecillas liderizando movimientos algo inusuales, pero otras, prefiero desaparecer ya que, en esos momentos, subo a la luna para soñar mientras escribo historia que podréis disfrutar.

¿Quieres saber más? Te invito a conocer mis novelas y seguirme en mis perfiles en las redes sociales.

Más información a través de

Facebook JossyLoes

Instagram jossyloes

Twitter Jossylo03

[1] Te quiero, querida.

[2] Transformación legendaria de la raza [saiyajin](#) del manga *Dragon Ball*,

que le da un aumento inconmensurable de fuerza y mejora sus aptitudes de combate, también le cambia el color de cabello de acuerdo al nivel alcanzado.

[3] Cantante de Maroon 5

[4] Transformación legendaria de la raza Saiyajin del manga *Dragon Ball*, que le da un aumento inconmensurable de fuerza y mejora sus aptitudes de combate, también le cambia el color de cabello de acuerdo al nivel alcanzado.

[5] Alemán: ¿Qué decía de un trato?

[6] Coloquial- España: persona informal, irresponsable.

[7] Licor típico alemán a base de ron, brandy, whisky, leche, crema, azúcar y huevos.

[8] Policía metropolitana de Londres

[9] Hey, tú! ¡Sí, tú! ¿La dejarás escapar, no vas a hacer nada? (la letra original es de *Another Brick in the Wall* de Pink Floyd)

[10] Te equivocas de nuevo (letra de *Another Brick in the Wall* de Pink Floyd)

[11] Historia recopilada en *Una segunda sopa de pollo para el Alma*.

[12] Se denomina al compuesto hecho con hígado de res asado o frito, que normalmente suele ir acompañado de una salsa o mojo picante. Es un plato típico de Gran Canaria.

[13] *Lego House*, de Ed Sheeran.

[14] Amigo de Frodo, protagonista de *El señor de los anillos*.